JUSTIN HILL

Sueños en la Casa de Té

13

Cuando la antigua Fábrica Estatal de Cohetes Espaciales cierra, los trabajadores de la pequeña ciudad de Shaoyang y sus familias han de enfrentarse a una China que ha cambiado radicalmente desde 1949 y donde conviven las canciones tradicionales con la música pop y los primeros bares de karaoke con las casas de té, Así, sus vidas se desarrollan en el constante conflicto entre unas doctrinas medio olvidadas y unas aspiraciones de riqueza y de realización personal que apenas empiezan a despuntar. Pero cuando Da Shan, el hijo pródigo del viejo Zhu, regresa de la gran ciudad, mueren los viejos sueños y florecen nuevos amores al ritmo cadencioso de la ópera de Beijing.

Justin Hill

Sueños en la casa de té

Título original: *The Drink and Dream Tea House*
Justin Hill, 2001
Traducción: Pilar Vázquez, 2002
Diseño de cubierta: Romi Santmartí

-

Revisión: 1.0

27/12/2020

Para Emma, Windy, Zoë y SongQuing,
que toman el té juntas

I

Durante dos semanas los fuegos artificiales no dejaron de hablar en la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang. La decimocuarta y última noche era la Fiesta de los Farolillos: los amantes esperanzados escondían su corazón en unos farolillos de papel que oscilaban, cual peces capturados en el sedal, en el extremo de unas largas cañas. Un río de estrellas surcaba la noche, las velas ardían uniformes y, ya de madrugada, los espíritus solitarios deambulaban por las calles, buscando con creciente desesperación esa pareja perfecta que tal vez nunca aparecería.

A la mañana siguiente, la radio anunció el fin de las fiestas, pero los niños seguían buscando en la escarcha los últimos petardos sin explotar y los hacían estallar en una batalla desigual de disparos intermitentes. A las 7.45 de la mañana, hora de Pekín, Li, el secretario del Partido, se despertó de una pesadilla glacial y gris que le había devuelto al año 1967 y le había dejado perplejo y nervioso. Era la cuarta vez en el mismo número de semanas que esa pesadilla había infundido la confusión en su mente dormida. En esta ocasión permaneció acostado y, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo, examinó su interior en busca de algún signo de secreto desvarío.

A su lado, profundamente dormida bajo los edredones, estaba Nube de Otoño, su mujer, la cabeza ligeramente ladeada y la boca abierta. Li, el secretario del Partido, salió de la cama y abrió la ventana para sentir la helada en la piel. Soplaba una gélida brisa matinal, y los petardos rompían esporádicamente el silencio. Se frotó los ojos al tiempo que sentía en la nariz el picante olor de la pólvora; cuando los abrió, vio la nieve blanca moteada de pétalos de papel: rojos, fríos.

El secretario del Partido intentó llevar a cabo sus actividades matinales como si nada hubiera pasado. Se aclaró la garganta en el cuarto de baño, luego hizo de vientre con un único y fluido movimiento de sus intestinos y se limpió con un trozo de papel. Examinó en el espejo su vieja cara, arrugada como una cáscara de nuez, y se rascó la barbita de chivo que se le había erizado con el frío. Encendió un cigarrillo y lo fumó; hizo todo lo que pudo por comportarse normalmente.

Para el desayuno, Nube de Otoño calentó al vapor cinco bollitos rellenos de pasta de dátiles y sirvió dos cuencos de gachas de arroz dulce, que adornó por encima con jojobas rojas y hongos blancos. Nube de Otoño sorbía ruidosamente sus gachas, y el secretario del Partido sorbía en respuesta. Sorbetón a sorbetón: ésa era su conversación matutina. En el balcón de la casa de al lado, *Madam* Fan ofrecía al mundo una serenata de canciones de la Ópera de Pekín. Tenía una voz aguda y hermosa, y cada nota de las arias era modulada a la perfección. Esa mañana cantaba el soliloquio de la joven novicia de *El manto de piel blanco*:

Una joven novicia soy, dieciséis años tengo,
temprano en la pubertad me afeitaron la cabeza.

El secretario del Partido y su mujer sorbieron, dándose por enterados.

Temprano en la pubertad me afeitaron la cabeza,
y cuando mi belleza se marchite y deje atrás la juventud,
¿quién querrá casarse con una vieja arpía?

—Hace años que es una arpía —masculló Nube de Otoño—. ¿Qué se cree?

El secretario del Partido levantó la cabeza del cuenco y miró a su mujer. Ella le devolvió la mirada, y luego volvió la vista hacia otro lado. Por un momento, la letra del aria le pareció muy hermosa.

No son para mi cámara nupcial
las velas del altar,
no son para mi cámara nupcial.

Li, el secretario del Partido, se imaginó a *Madam* Fan con las mangas del vestido ondeando al viento y su sombra bailando en el escalón.

¿De dónde sale este ardor que me sofoca?
¿De dónde sale este ardor extraño y sobrenatural?

Sus solitarias palabras flotaban por encima de los bloques de hormigón de las viviendas y de los tejados de chapa de la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang, y llegaban al otro lado del río, más allá de la Pagoda del Este y de la del Oeste, hasta las colinas cubiertas de bambú y de pinos, donde el viento del Norte las respondía en susurros. El secretario del Partido cerró los ojos y respiró acompasadamente, una honda inspiración seguida de una espiración reconfortante, y por un momento se sintió embargado por una profunda calma, profunda como el barranco más profundo.

Una joven novicia soy, dieciséis años tengo,
temprano en la pubertad me afeitaron la cabeza,
pues a mi padre, a mi padre le gustan los sutras
y a mi madre, a mi madre le gustan
los sacerdotes budistas.

El secretario del Partido rió de pronto. Se levantó de la silla y se puso el capote del ejército y un gorro de piel ruso.

—Voy a la oficina —dijo.

Cuando estaba saliendo, su mujer le gritó:

—¡Creía que estabas jubilado!

Él pasó por alto este comentario, como hacía siempre, y salió.

—¿Para qué sirve un marido que está siempre fuera de casa? —imprecó ella a los pasos que se alejaban, y siguió rezongando mientras terminaba de recoger la mesa.

El secretario del Partido le dio tal susto cuando volvió y, para

variar, le contestó, que se le cayó al suelo el cuenco azul que tenía en la mano; los fragmentos se esparcieron por las baldosas blancas, decorándolas con trazos azules y blancos. El secretario del Partido se quedó en el umbral un instante y le cantó un verso del soliloquio, «Una joven novicia soy, dieciséis años tengo», tras lo cual se volvió y se fue.

Nube de Otoño corrió a la puerta para verlo marchar. ¿Quién se creía que era? ¿Y si se llegaba a saber que su esposo se dedicaba a cantar los versos que correspondían a una muchacha?

Las oficinas estaban cerradas, así que el secretario del Partido rodeó el bloque de viviendas número 7. Se detuvo y observó la tierra negra de los huertos. Allí estaba el viejo Zhu, rastrillando y amontonando las hojas secas. Allí estaban su blanco cabello, su sonrisa desdentada y su suave piel de niño pequeño.

—¿Qué tal estuvieron las Fiestas de la Primavera? —preguntó Li.

—¡Bien! —respondió Zhu—. ¡Bien!

—¿Vino tu hijo?

—No; está demasiado lejos. Demasiado lejos. ¿Y el tuyo?

—No, no le dieron vacaciones.

Se quedaron un rato en silencio. Los jóvenes nunca regresaban a Shaoyang, ni siquiera para morir. Allí no había nada para ellos, salvo recuerdos. El secretario del Partido observó cómo el viejo Zhu formaba un nuevo montón de hojas. Ahora había dos, dos inestables mosaicos rojizos, marrones y negros. Sacó un cigarrillo.

—¿Quieres uno?

El viejo Zhu rehusó con un movimiento de la cabeza.

El secretario del Partido encendió el suyo, inhalando y exhalando envuelto en una columna de humo. Le supo rancio. Lo tiró y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Observó al viejo Zhu, que iba ya por el tercer montón de hojas rastrilladas. Los tres formaban un triángulo. El tres era un número de la suerte, pero en cada uno de los montones sintió el mismo escalofrío de la pesadilla: estaba en los cigarrillos que fumaba, en los alimentos que comía, y coloreaba su sueño.

—¿Te has enterado? —le preguntó el viejo Zhu, enderezando la espalda y apoyándose en el rastrillo.

—¿De qué?

—Van a cerrar la fábrica —respondió el viejo Zhu.

—¿Que van a qué? —preguntó otra vez.

—A cerrar la fábrica.

—¿Esta fábrica?

—Sí.

—Eso es imposible.

—Es verdad.

—No puede ser.

El viejo Zhu alzó la vista a las ramas que soltaban las hojas que estaba rastrillando. Pensó en la fábrica, se rascó la cabeza y dijo simplemente:

—Así es.

El corazón casi octogenario de Li, el secretario del Partido, palpitaba con fuerza cuando volvió precipitadamente a casa. No pueden cerrar la fábrica, se dijo, no esta fábrica. Abrió la puerta y llamó a su esposa. No hubo respuesta. Miró en la cocina, pero ella no estaba allí. Se dirigió a la puerta del dormitorio y la abrió, pero salvo un pálido rayo de sol invernal que se extendía por el suelo, el cuarto estaba vacío.

La silla protestó con un crujido cuando el secretario del Partido se sentó y volvió a protestar cuando la arrastró para pegarla más a su escritorio. Tomó el pincel más fino y vertió una pequeña cantidad de tinta en un plato desportillado. La tinta se deslizó hasta la mitad del plato, blanco y negro, yin y yang. Mojó el pincel e intentó apaciguar su mente. *Madam* Fan seguía con su ensayo de la Ópera de Pekín. Tenía una casete de fondo, y su voz y la casete se fundían, de modo que le resultaba imposible distinguirlas. De fuera le llegaba el olor a humo de las hojas que quemaba el viejo Zhu, de los montones convirtiéndose en cenizas.

El secretario del Partido se inclinó sobre un largo pliego de papel, y el mundo se quedó en completo silencio, salvo por el susurro del pincel sobre el papel. Escribía cada carácter con limpias pinceladas y luego alejaba la cabeza para comprobar el resultado. Sacó el sello y estampó el cuño cuadrado rojo bajo lo escrito y colgó la primera pancarta de la ventana de su despacho.

Decía:

El sabor de la corrupción emborracha a nuestro líderes.

Volvió a la mesa y sacó otro pliego del montón. Mojó el pincel,

quitándole el exceso de tinta.

Los Inmortales envidian la vida de nuestros burócratas.

Estampó su cuño rojo.

Los *burócratas privilegiados se masturban viendo películas pornográficas*.

Y tomó otro pliego del montón.

Nube de Otoño pasó la mañana en el mercado. Compró cerdo y espinacas, brotes de soja y un trozo de tofu[1]. En el camino de vuelta se encontró con la señora Cao, que la invitó a una partida de *mah-jong*.

—Apostamos dinero —dijo la señora Cao, guiñándole el ojo.

Nube de Otoño hizo una mueca.

—Venga, ¡yo te llevo la cesta de la compra! —insistió la señora Cao—. Necesitamos una cuarta persona.

Se reunieron con el marido de *Madam* Fan y su hermana, que estaban jugando al *mah-jong* en la cocina. Un brasero encendido bajo la mesa mantenía sus pies calientes, pero no así sus manos, que seguían frías como la nieve. *Madam* Fan cantaba en el balcón, y de vez en cuando se volvía y los miraba con desaprobación desde el otro lado del cristal. Sus arias y el arrastrar de las fichas sobre la mesa llenaban la mañana. Nube de Otoño estaba nerviosa porque empezaba a perder dinero. Fingió que no le importaba.

—¡A ver si deja de cantar de una vez! —exclamó con enfado el marido de *Madam* Fan.

Nube de Otoño rió más alto que el resto.

—Van a cerrar la fábrica —comentó la señora Cao.

—Bien —contestó el marido de *Madam* Fan.

—Bien —repitió Nube de Otoño, aunque no era su intención decir que estaba bien. Removieron las fichas en el centro de la mesa, pero ella estaba preocupada—. ¿Qué pasará con nuestras pensiones? —dijo al fin.

—Pues nada; nos las seguirán pagando —dijo la señora Cao.

Nube de Otoño asintió, intentando ocultar su alivio.

—¿Y con los obreros? ¿Qué va a pasar con los obreros?

—Me parece que ya no queda ninguno, ¿no? —opinó el marido de *Madam* Fan.

—Creo que cien —dijo la señora Cao.

Nube de Otoño asintió, respaldando esta información.

Al marido de *Madam* Fan no le preocupaba lo más mínimo.

—Se lo tienen merecido. Tendrían que haberse buscado otro trabajo. Montar algún negocio o algo. Hay que saber ir con los tiempos. ¿Para qué eran entonces las Cuatro Modernizaciones? ¿Y la Política de Puertas Abiertas? ¿Y para qué sirve sino la Economía de Mercado Socialista? ¿Es que no se han dado cuenta de que el mundo ha cambiado?

Nube de Otoño asintió de nuevo. Sí, sí, se lo tienen merecido. Hay que saber ir con los tiempos.

Seguía perdiendo dinero cuando Melocotón, la hija de *Madam* Fan, entró corriendo en la cocina. Melocotón estaba pálida, tan blanca que parecía enferma.

—Señora Li, venga enseguida —dijo Melocotón casi sin aliento.

La señora Cao la miró furiosa porque estaba teniendo una buena racha.

—Señora Li, venga enseguida —repitió Melocotón jadeante, tras lo cual se tapó la boca con la mano para ocultar su risa—. ¡Mire qué palabras más feas cuelgan de sus ventanas!

Nube de Otoño fue lo más rápido que pudo, pero tenía la pierna izquierda agarrotada y no le permitía ir más aprisa. Bajó las escaleras y siguió a Melocotón hasta la calle. Melocotón señaló hacia sus ventanas.

—Mire, señora Li.

Nube de Otoño levantó la vista.

Los *burócratas del Partido se folian a nuestras hijas*, decía una pancarta colgada en la ventana del baño.

La Quinta Modernización: Democracia, decía otra, echada sobre la barandilla del balcón.

Una tercera con *Que se joda el Partido Comunista* ondeaba suavemente en la brisa.

—¡Cielos! —exclamó, la respiración entrecortada y agarrándose la mano izquierda—. ¡Cielos! —repitió, y empezó a temblarle la mano.

II

Todos la conocían. El viejo Zhu tenía una de *mahjong* para discutir qué debía hacer. El viejo Zhu tenía una de *mahjong* para discutir qué debía hacer. El viejo Zhu tenía una de *mahjong* para discutir que había logrado arrancar del balcón de la familia Li. La alzó para que la vieran todos:

Los *Mercedes Benz aparcan todas las noches delante de los burdeles*.

—¿Qué significa eso? —preguntó Melocotón.

El viejo Zhu se aclaró la garganta.

—Significa que el secretario del Partido está enfermo —dijo, y todos asintieron.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó *Madam* Fan, avanzando hasta el centro de la habitación.

—Sí, no queremos que se arme jaleo.

Todas las caras se volvieron hacia Nube de Otoño, que estaba sentada en un rincón, pequeña y temblorosa como un niño asustado, entre los brazos de la esposa del viejo Zhu, una mujer de cabello cano. Esperaban alguna reacción por su parte, pero no dio signo alguno de reaccionar. Sólo siguió temblando. La esposa del viejo Zhu le apartó suavemente el cabello de la cara.

—Pues, ¿qué hacemos entonces? —insistió *Madam* Fan.

Todos se volvieron entonces hacia el viejo Zhu. Era el mayor de los reunidos. Era él quien debía decidir. Buscaban en su cabello blanco y en su boca desdentada las palabras que les guiaran.

—Ha echado el cerrojo a la puerta —informó Melocotón.

El viejo Zhu asintió al oír esta observación, y todos lo vieron concentrarse en sus pensamientos. Nube de Otoño temblaba en el rincón, y la esposa del viejo Zhu la estrechaba contra su pecho y le limpiaba el sudor de la frente.

—Al secretario del Partido Li le ha disgustado mucho el cierre

de la fábrica —dijo por fin el viejo Zhu.

Los otros contuvieron la respiración esperando que siguiera. El viejo Zhu se rascó la cabeza.

—Ha trabajado toda su vida en la construcción de la Madre Patria. Fue para todos una luz: aprendimos con su ejemplo —alguien carraspeó—. Toda su vida ha sido un miembro ejemplar del Partido. Y Nube de Otoño ha sido también una trabajadora modelo —todos la miraron con simpatía, pero ella no oía ni veía nada de lo que sucedía en la habitación—. Tenemos que ayudarle. Tenemos que ayudarle a comprender que el cierre de la fábrica es bueno para el país. ¡Tenemos que ayudar a construir la Economía de Mercado Socialista!

Li, el secretario del Partido, estaba encorvado sobre su escritorio con la vista fija en la taza de té. Un solo jazmín giraba lento en la superficie, giraba y giraba. Oía las voces al otro lado de la puerta. Discutían sobre qué debían hacer. Entre ellos estaba el viejo Zhu, y también todos los vecinos. Discutieron un rato y luego volvieron a golpear la puerta de su casa. El estruendo de sus puños en la puerta de metal resonaba en todo el piso; luego hubo un momento de silencio, como una lluvia suave.

—¡Camarada! —le llamó a voces el viejo Zhu—. ¡Camarada!

El secretario del Partido no respondió. Ya no le quedaba papel, pero todavía tenía las sábanas.

—¡Camarada Li! ¡Hay un médico con nosotros!

—¡Vecino Li! —gritó otra voz.

—¡Cuñado Li!

O sea, que la hermana de Nube de Otoño estaba también allí.

—No vale de nada —anunció a la comunidad el viejo Zhu esa noche—. Tendremos que llamar a su familia. ¿Dónde viven sus hijos?

—¿Lo sabe ella? —preguntó *Madam* Fan, señalando a Nube de Otoño.

—¿Dónde viven sus hijos? —gritó el marido de *Madam* Fan en el oído izquierdo de Nube de Otoño.

—¡Sus hijos! —le gritó *Madam* Fan en el derecho.

El viejo Zhu le tomó la mano y la miró a los ojos.

—Camarada Nube de Otoño, ¿dónde están sus hijos? Estamos intentando ayudarla. ¿Dónde viven? Sus hijos. ¡Hijos!

Ya habían desistido de lograr una respuesta, y de hecho algunos ya se habían ido a casa, cuando Nube de Otoño habló.

—Siete, seis, cinco, dos, ocho, ocho, ocho.

—¿Puede repetirlo?

Nube de Otoño lo repitió.

—Siete, seis, cinco, dos, ocho, ocho, ocho.

El viejo Zhu agarró un bolígrafo y escribió los números.

—Parece un número de teléfono.

—Sí, pero, ¿de dónde? —dijo *Madam* Fan—. No es un número de Shaoyang. Sus hijos no están en Shaoyang. Se han ido al Sur.

—Lo intentaremos en todas la ciudades chinas —declaró el viejo Zhu, confiado—. Salvaremos la pata robándole los huevos —anunció con una sonrisa.

Mientras los residentes de la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang chismorreaban sobre el escándalo de la familia Li, el viejo Zhu se sentó al teléfono y con gran diligencia fue localizando a los cuatro hijos del secretario del Partido. Dos estaban en Guangzhou, uno trabajaba en un fábrica de Shanghai, y el cuarto era maestro en una escuela secundaria cercana. A todos ellos les hizo saber que su padre estaba gravemente enfermo, y que su madre había sufrido una recaída. Todos ellos hicieron inmediatamente la maleta y se dispusieron a iniciar el largo viaje de vuelta a casa.

Con la ayuda de cañas y palos provistos de ganchos en sus extremos, los residentes de la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang habían roto todas las pancartas que el secretario del Partido había colgado de sus ventanas. Sus vecinos habían conseguido incluso arrancar las sábanas que ondeaban en las barandillas del balcón, mientras que él intentaba detener a todo aquel que intentara alcanzar la pancarta colgada de la ventana del

baño. Pero nadie ganaba en viejo y astuto al secretario del Partido: todavía le quedaba una sábana. Le bastaba para su última protesta.

Entró en el dormitorio y las manos le temblaron cuando levantó la sábana de la cama. Ésta se resistió, y él tiró con violencia. Las puntas remetidas se soltaron del colchón, y la sábana formó un remolino en el aire antes de caer extendida en el suelo, una punta todavía aferrada por el puño de Li, el secretario del Partido. La arrastró por el suelo y metió la punta debajo de la pata de la cama, de modo que quedara firmemente sujeta, y empezó a caminar de espaldas, lentamente, pasito a pasito, retorciéndola. La retorció una y otra vez, sus manos resueltas a continuar la tortura hasta que la sábana fuera una soga blanca de algodón. Y siguió retorciendo hasta que las fibras gimieron, y entonces le dio todavía una vuelta más, y el extremo de la soga empezó a curvarse formando un dogal.

Conseguido lo que quería de la sábana, el secretario del Partido se subió a la cama y comprobó la resistencia del ventilador colgado del techo. Parecía suficientemente sólido. Ató la soga al ventilador con un nudo del tamaño de una calavera y se bajó de la cama. Habían quedado cuatro sucias huellas en el edredón, que todavía olía a recién lavado. Se imaginó a su mujer volviendo a lavarlo y se reprendió en su fuero interno.

Las temblorosas manos del secretario del Partido sacudieron primero las huellas del edredón y después peinaron sus cabellos al tiempo que él respiraba hondo. Por un instante le vino a la cabeza la cara de su esposa —ella entendería, pensó, ella sabía lo que significaba la fábrica para él—, y volvió a respirar hondo. Sus nervios no se calmaron con esto. Pasó revista a la habitación: sobre su escritorio estaba el pincel y el platillo manchado de tinta. Sí, eso era lo que tenía que hacer. Tomó el pincel y escribió unos caracteres inmensos en la pared del cuarto, alargando el brazo para escribir los superiores y agachándose para los inferiores. La tinta se corrió de un carácter al otro, como si estuvieran haciendo causa común.

Todavía chorreaban cuando Li, el secretario del Partido, lavó el pincel y lo volvió a colocar en su soporte de porcelana. Tapó el frasco de tinta y se volvió de frente a la cama. Comprobó que tenía los cigarrillos en el bolsillo superior, se quitó los zapatos, los dispuso cuidadosamente uno al lado del otro y se subió a la cama.

Sus pies se hundieron en el blando colchón y se tambaleó como un hombre subiéndose a una barca: se agarró a la soga para afianzarse. Cuando estuvo equilibrado, encendió un cigarrillo y se puso el dogal al cuello, y la soga se posó sobre sus hombros como el brazo de un amigo.

Le temblaban terriblemente las manos, y tiró el cigarrillo por la mitad. Cerró los ojos. Tomó aire.

Y saltó.

Fuera de la cama.

El dogal se apretó lentamente, y el secretario del Partido empezó a dar boqueadas, los dedos hincados en el cuello. Pataleaba con violencia; los labios se le demudaron en una mueca desesperada. Su respiración se convirtió en un estertor. Le manaba sangre de los arañazos del cuello. Pasados unos minutos, las patadas perdieron su violencia y se transformaron en una especie de vals. La orina le corría por la piernas y se le soltó el vientre. Los estertores pasaron a ser un leve gorgoteo. Su boca abierta era como la de un pez fuera del agua. Tenía los ojos salidos de las órbitas.

Hubo un breve instante en que el dolor del ahogo desapareció: las palabras escritas flotaban juntas, y un hilillo de tinta que corría separado pared abajo fue la última cosa en que se fijaron sus ojos.

La tinta se había secado formando una fina costra negra sobre el yeso cuando el grupo de vecinos se reunió en la puerta del piso del secretario del Partido. El viejo Zhu dirigía la operación de derribo de la puerta con un gran mazo.

¡Atrás! ¡Atrás! —gritaba—. Echaos atrás.

El mazo oscilaba, y en las habitaciones vacías resonaba el eco de sus voces y de las embestidas contra la puerta. Nada de ello oía el secretario del Partido, colgado sobre la cama, inmóvil al fin tras unas últimas sacudidas esporádicas.

Cuando la puerta estuvo completamente torcida y abollada, la abrieron de una patada, y el grupo de residentes de la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang se apresuró a entrar. Se distribuyeron, presas del pánico, por el pisito, mientras que el viejo Zhu avanzó directamente hasta la puerta cerrada del dormitorio y la abrió. Li, el secretario del Partido, colgaba del

techo, y sus pies se balancearon apenas, empujados por la corriente de la puerta abierta. El viejo Zhu se paró en seco, movió su vieja cabeza y sintió que la impresión le atenazaba la garganta. Se quedó sin respiración y le dio un escalofrío, sintió cómo las lágrimas se le acumulaban y le empezaban a brotar.

El marido de *Madam* Fan ayudó al viejo Zhu a bajar el cuerpo. Los dos dieron un respingo cuando la cabeza, aún tibia, se desplomó sobre el cuello distendido y las piernas dejaron en la cama una fría mancha de aguas residuales. El marido de *Madam* Fan cerró los ojos clavados en la nada del cadáver, mientras el viejo Zhu se limpiaba las manos con una mueca de asco. El marido de *Madam* Fan torció el gesto cuando vio que le habían caído excrementos en los dos zapatos. El viejo Zhu levantó los ojos empañados en lágrimas y vio los caracteres negros escritos en la pared, el último mensaje de Li, el secretario del Partido:

> *El honor y la fortuna son ráfagas de viento*
> *que soplan un instante y se van.*

Esa noche se vio aparecer por el Este una luna pálida, que al poco quedó oculta tras unas nubes de tormenta. Densas nubes empapadas que echaron el ancla sobre la fábrica y empezaron a verter agua sobre ella. Las primeras gotas golpearon los cristales con fuerza. Este tamborileo definido fue aumentando hasta convertirse en un estruendo semejante al de los petardos con que se habían celebrado las Fiestas de la Primavera tan sólo quince días antes.

Nube de Otoño estaba sentada a solas, viendo caer la lluvia a la fría luz azul de la vela, la pena revolviéndose lenta en sus entrañas. Lágrimas de aguanieve formaban miles de estratos de frío, un frío tan feroz que aturdía la carne. Al viejo Zhu el mundo le parecía insoportablemente húmedo, y cogió una vela para fundir su melancolía con un vaso de vino. *Madam* Fan se esforzaba por cantar sus fragmentos de ópera, *Una joven novicia soy, dieciséis años tengo, temprano en la pubertad me afeitaron la cabeza*: la lluvia ahogaba su voz.

Durante toda la noche los cielos truculentos derramaron su cólera sobre la fábrica, anegando a la par los arrozales cercanos y las calles.

III

Cuando el viejo Zhu despertó, el cielo estaba velado con nubes negras, y se imaginó que el pato, su amigo, estaba bajo el agua. La lluvia caía incesante, rebotando en los tejados y las ventanas, como añicos de jade. Le volvió la visión del cuello distendido de Li, el secretario del Partido, colgando de una soga blanca. Sintió el invierno en sus huesos como nunca lo había sentido antes. Se levantó anquilosado del blando colchón y observó que durante la noche habían caído todas las hojas. *Madam* Fan salió a la mañana a cantar sus arias. Se aclaró la garganta, y el mundo contuvo el aliento, pero sólo siguió un silencio que ponía la carne de gallina.

El silencio despertó a Nube de Otoño. Había soñado que estaba junto a un lago gris: amanecía, y ella contemplaba una barca que desaparecía empujada por la corriente al otro lado del cabo. Se sentó en la cama y se preguntó por qué sentía el peso del mundo sobre ella; entonces recordó la muerte de su marido, y esto volvió a abatirla. Un obstinado murmullo de recuerdos vino a incrementar su soledad, todas sus viejas y lamentadas disputas presentes en su cabeza. Nube de Otoño se sentó a la mesa con una taza del té sobrante de la noche anterior. Estaba amargo y espeso, pero ella no podía paladearlo. Se oía gotear el agua en el cuarto vacío: y el eco de las pisadas resonaba por toda la casa.

Nube de Otoño agarró la taza con las dos manos, buscando consuelo, mientras la lluvia parecía estirar los cristales de la ventana. De nuevo le vino a la cabeza la imagen de la barca alejándose mar adentro. La barca se perdía de vista sin dejar la menor estela sobre el agua, y su corazón se fue tras ella, a la deriva. Luchó contra una oleada de odio hacia su marido, que la había abandonado, la había varado en la orilla opuesta de la soledad; pero

era demasiado agotador mantener el odio; lo único que sentía era el vacío de la pérdida.

El viejo Zhu salió de casa rastrillo en mano, pero había tantas hojas que no sabía por dónde empezar. Una ráfaga helada recorrió los huesos del anciano y sus órganos se estremecieron. Los oscuros árboles susurraron sobre su cabeza, y al levantar la vista vio una luz en el piso del secretario del Partido. La cara de Nube de Otoño estaba enmarcada en la ventana, mirando al camino por el que nunca volvería la persona que esperaba. El viejo Zhu miró las hojas y sacudió la cabeza. Caían y volvían a salir año tras año, mientras su cuerpo sólo se hacía más viejo. Nada tenía sentido. Una nueva ráfaga de viento gélido movió las ramas, y el viejo Zhu suspiró hondo y empezó a quitar las hojas mojadas del camino.

Parecía que la lluvia empezaba a amainar, cuando un camión se paró al lado, los faros pálidos en la fría neblina. Un hombre con una colilla húmeda entre los labios se bajo y se dirigió al viejo Zhu.

—¿Es aquí dónde vive el secretario del Partido? —gritó el hombre desde el otro lado de la calzada. Su aliento quedó suspendido en el aire, encima de su boca.

El viejo Zhu se secó la cara mojada y levantó la cabeza.

—Sí, aquí es.

El hombre se volvió a gritar a quienes estaban dentro del camión:

—¡Manos a la obra!

Y cinco campesinos saltaron de la caja del vehículo y empezaron a descargar cañas de bambú, que resonaban al caer en la gravilla, vibraban un instante y se quedaban inertes en el suelo. Los hombres trabajaban sin necesidad de hablar, atando las cañas, mientras los árboles goteaban el exceso de lluvia acumulado en sus ramas y las últimas hojas revoloteaban hasta el suelo. Cuando tuvieron levantada una estructura estable, sacaron del camión un plástico y se lo echaron por encima. Se hinchó con la brisa como un pájaro alzando el vuelo, hasta que lo ataron y lo sujetaron al suelo con piedras y ladrillos. El plástico era de rayas rojas, azules y blancas. Rojas por el Partido Comunista, azules por el cielo, y blancas por la muerte, la nieve y la página no escrita.

Terminada su tarea, los campesinos volvieron al camión. La humedad hacía temblar al viejo Zhu. Las ropas y la carne no le

protegían contra el frío, pensó: el frío resplandor de la luna sobre su tumba. Volvió a su trabajo, a formar con el rastrillo montones de color sobre la tierra, y por un momento sintió calor en el alma. Pensó en el secretario del Partido y en el cierre de la fábrica e intentó acomodar ambos hechos a lo que él sabía del mundo.

—¿Dónde está la viuda? —preguntó el conductor del camión mientras comprobaba por última vez que el plástico había quedado bien sujeto.

El viejo Zhu señaló con la cabeza hacia la ventana de Nube de Otoño. Los reflejos del cristal daban a su cara una apariencia espectral.

—¿Qué tipo de funeral crees que quiere? —preguntó el hombre.

—El mejor —respondió el viejo Zhu.

—¿Es rica?

El viejo Zhu sonrió.

—Nadie es rico por aquí.

—¿Trabaja?

—Está jubilada.

—¿Y la fábrica?

—La han cerrado.

El hombre escupió la colilla al suelo.

—Están cerrando todas las fábricas.

El viejo Zhu no respondió. El cierre de las fábricas era algo que no entendía.

—Todo el mundo en esta asquerosa ciudad está en paro —dio una patada a una piedra y entonces rió de pronto—. Sobre todo cuando les dices que paguen la factura.

El viejo Zhu se puso tenso.

—Se te pagará, no te preocupes por eso.

El hombre lo observó, y su mirada se endureció un instante. Luego se volvió y caminó hacia el camión.

—¡Recuerda que queremos el mejor! —gritó el viejo Zhu a sus espaldas. Cabellos blancos, vieja piel lisa y un miedo atroz a la muerte.

El hombre no dio signos de haber escuchado y subió a la cabina, encendió el motor y arrancó. El viejo Zhu vio desaparecer el camión entre la cortina de lluvia gris. No dejaba nada atrás, salvo huellas en el barro, un torbellino de humo del tubo de escape y el

entoldado funerario bajo los árboles.

El cuerpo de Li, el secretario del Partido, fue dispuesto sobre una mesa vieja y cubierto con un paño rojo. Lo habían vestido con un traje Mao azul, abotonado hasta el cuello. Cruzada sobre el pecho tenía una banda escarlata y oro, y en sus labios una expresión gris, desapacible. En un extremo de la mesa, el viejo Zhu y el resto de los vecinos habían puesto una cómoda. La madera había perdido todo el brillo tras generaciones de manos sobre ella, y el tiempo había ennegrecido los adornos de latón. El viejo Zhu le quitó el polvo con la mano y la cubrió con un paño blanco, sobre el que dispuso una foto del muerto. Había dejado de ser una cómoda para convertirse en un altar.

Nadie se ponía de acuerdo en cuáles debían ser las ofrendas funerarias tradicionales, de modo que durante la mañana se fueron acumulando los objetos según el parecer de unos y otros. Nube de Otoño cocinó tripas de cerdo y pimientos verdes picantes y los puso en un plato sobre la cómoda. Querría habérselos cocinado todos los días, para el desayuno, la comida y la cena. Quería cocinar todos sus platos favoritos y se imaginaba que los aromas exquisitos lo levantarían de entre los muertos.

La mujer del viejo Zhu le pasó la mano por el cabello y la sentó junto al difunto. Se puso a consolarla mientras *Madam* Fan ordenaba las ofrendas y disponía el recipiente del incienso delante. Tras cambiar varias veces de sitio, sin dejar de mascullar para sus adentros, la profusión de comida y la foto y el recipiente del incienso, carraspeó y preguntó:

—¿Alguien tiene cerillas?

Uno de los maridos le dio las suyas, y *Madam* Fan encendió dos velas rojas. En ese momento apareció de la nada un renqueante batallón de ancianas, que vinieron a sentarse en el centro del entoldado. Entre todas no reunían media dentadura y llevaban la cabeza cubierta con trapos blancos.

—¡Pero bueno, velas rojas para un funeral! —bisbiseó una—. Traen mala suerte.

Y entonces todas chistaron molestas y miraron a *Madam* Fan agitando la cabeza en señal de clara desaprobación; ésta les

devolvió una mirada furiosa y luego murmuró lo bastante alto para que la oyeran todos:

—Rojas o blancas, ¡qué más da!

Las viejas se pusieron cómodas y empezaron a gimotear, animándose unas a otras en la faena, pero pasado un rato perdieron la concentración y volvieron a su cháchara. Comentaban a voz en grito el precio del entoldado, la extravagancia de las ofrendas funerarias, la vida del difundo y la mala suerte que caería ahora sobre su familia. *Madam* Fan hizo todo lo posible para que sintieran que estaban de más, pero no hubo manera de que se fueran. Habían venido a pasar el día y se quedaron.

Nube de Otoño no oyó los comentarios de las ancianas. Lo único que veía y oía era el pasado, encerrado en el presente y girando sin fin. La gente pasaba por el entoldado a dejar sus coronas de papel de colores, y Nube de Otoño rebuscaba en sus recuerdos, que eran más reales que sus caras, y sonreía brevemente. Cada vez que llegaba alguien, la ancianas se daban un codazo, dejaban de cuchichear y jipiaban un poco más. *Madam* Fan acabó por darles cinco yuans esperando que con eso se fueran, pero ellas se negaron a ser compradas y en lugar de irse gimotearon con fuerza renovada. Se mecían sobre sus huesudas nalgas y, chupeteando sus desdentadas encías, lloriqueaban ora más alto, ora más bajo, hasta que los hipidos se desvanecían en el aire, junto con el incienso de sándalo y el negro remolino del humo de las velas, mientras las sombras de la noche empezaban a cubrir la tarde.

Finalmente, el movimiento de dolientes empezó a menguar, y los espectadores se aburrieron y poco a poco fueron yéndose a cenar. Uno de ellos voltio con un resto de arroz para los deudos. Las ancianas, sin embargo, dieron muestras de gran agilidad y se pusieron las primeras para recibir su ración. Comieron con apetito y no dejaron un grano en sus cuencos. Entonces consideraron que su trabajo estaba hecho, se levantaron y se fueron.

—Qué buenas mujeres —dijo Nube de Otoño, viéndolas alejarse.

—¡Sanguijuelas!

Al anochecer, una maraña de cuervos sobrevoló el entoldado y fue a posarse para la noche en los árboles cercanos. Nube de Otoño

temblaba, no de frío, sino porque el cúmulo de voces en su cabeza la habían dejado exhausta y porque toda una noche sin su marido le parecía insoportablemente larga. Se levantó para irse a su casa, pero en ese momento los cuervos aletearon en las ramas y graznaron lúgubres. Todos miraron suplicantes a los pájaros negros, pero éstos volvieron a aletear y graznar.

—Creo que debo quedarme —dijo Nube de Otoño.

—Pillarás un resfriado mortal —le advirtió la esposa del viejo Zhu.

Nube de Otoño se negó a moverse. La esposa del viejo Zhu hizo todo lo posible por convencerla, pero no hubo modo.

—Ésta será la última de nuestras penalidades juntos —dijo.

Así que fueron a sus casas a buscar edredones, y Nube de Otoño se los echó sobre los hombros para calentar su débil cuerpo. Se quedó allí sentada sola, torturándose con la idea de que si pudiera volver a la mañana siguiente de la Fiesta de los Farolillos impediría que su marido tomara el camino que terminaría precipitándolo a la muerte. Se imaginó diez mil posibles finales, y cada vez volvió a encontrarse donde estaba, sola.

Hacia las diez, apareció tambaleante bajo la lluvia un grupo de músicos. Se acercaron al entoldado y se detuvieron a la luz de las velas; parecían exhaustos. Eran tres hombres mayores que transportaban un amplificador y un pesado altavoz. Iban encorvados y la cabeza les salía de los hombros como si fueran tres viejas tortugas. Detrás de ellos venía una chica vestida con una camiseta blanca y unos vaqueros, que mecía entre las manos un micrófono metido en una bolsa de plástico transparente.

—¿Es aquí el funeral de Li, el secretario del Partido?

Nube de Otoño respondió:

—Sí, aquí es.

La chica exhaló un largo suspiro y se desplomó en el banco, y los tres hombres desempacaron el equipo. Uno tenía un par de címbalos, otro un tambor, y el tercero se sentó, afinó su erhu[2] y acto seguido se puso a tocar. La chica sacó el micrófono y empezó a cantar. Cantaba las canciones modernas que oía por la radio, rebosantes de amor y de desamor y de vuelta al amor, que sonaban amplificadas en la noche oscura y desapacible. Los vecinos oían su bonita voz desde las frías viviendas: era joven y suave y

acariciadora, llena de todas esas esperanzas que los años les habían ido arrebatando.

La chica cantaba a los espíritus mientras las velas rojas se consumían, hasta que finalmente se apagaron. El entoldado quedó sumido en las tinieblas y los músicos dejaron de tocar. Lo único que se oía eran los débiles sollozos de Nube de Otoño.

—¿Qué hora es? —se oyó susurrar a la chica.

La llama de un mechero brilló un instante, amarilla con un halo azul, y uno de los hombres dijo muy quedo:

—Casi medianoche.

—Pues venga, vámonos a casa —dijo la chica.

Y se fueron.

Los músicos volvieron la segunda noche: una chica y tres viejos surgieron de entre las sombras. A la luz anaranjada de una lámpara, desempacaron en silencio sus instrumentos. La chica tosió para aclararse la garganta, se atusó el cabello mojado y respiró hondo.

En los pisos, los vecinos esperaban sin decir palabra hasta que la chica empezó a cantar las canciones de moda en Taiwan y Hong Kong. Las letras de las canciones eran todas de corazones rotos, unas letras que retrotrajeron a Nube de Otoño a un tiempo, hacía más de cincuenta años, en el que ella también cantaba canciones de amor, antes de que el amor pasara a ser algo burgués. Estaba todavía perdida en el pasado cuando oyó un jipido sofocado por la música. La chica estaba llorando al tiempo que cantaba; unas lágrimas como diamantes negros surcaban sus mejillas. Era como si estuviera cantando toda la tristeza que iría acumulando a lo largo de su vida: o eso, o que le había conmovido profundamente la muerte del secretario del Partido.

—Lleváosla a casa —dijo Nube de Otoño—. Es demasiado joven para cantar en un funeral.

Los tres viejos músicos avanzaron unos pasos y ella examinó sus apergaminadas caras de tortuga y sus ojos viejos y brillantes, en los que chisporroteaban llamas diminutas.

—Necesitamos el dinero —dijo uno de ellos.

—Nuestra nieta… —empezó otro, pero Nube de Otoño le interrumpió.

—No le diré nada a vuestro jefe. Dejadla ir a descansar.

Los viejos siguieron su consejo y se fueron a casa, y ya no volvieron.

Durante seis días se quemó incienso en el entoldado, mientras las velas rojas derretían las horas solitarias. Por la mañana, los vecinos llevaban más coronas y cintas amarillas y figuras recortadas en papel blanco, el color del luto ritual. Las figuras se colgaban en el techo del entoldado, las coronas se ponían en los laterales y las cintas amarillas se depositaban sobre el ataúd. Otros llevaban espumillón y lucecitas de colores, hasta que el entoldado se convirtió en una verbena de guirnaldas y luces que iluminaban un mundo gris, descolorido por la lluvia incesante.

Los amigos y los parientes sustituyeron a la banda de karaoke. Unas siluetas sin edad acompañaban a Nube de Otoño y al secretario del Partido, de cuerpo presente, jugando a las cartas mientras en un casete sonaban sin parar durante toda la noche marchas militares. De vez en cuando, Nube de Otoño se acercaba y se sentaba con los hombres que jugaban al *mah-jong* o a las cartas y escuchaba los chistes que contaban para animarla y sus risas. La quinta y última noche dejó de llover. Nube de Otoño se aproximó al ataúd. Levantó el paño rojo y miró la cara de su marido: los globos oculares se habían hundido, los labios habían tomado un tono grisáceo y su cuerpo estaba tan inmóvil que daba miedo. Lo miró por última vez, pensó palabras secretas de despedida y de reproche, y volvió a cubrirlo con el paño rojo.

La mañana del funeral, el camión que traía a los parientes desde los pueblos vecinos sufrió una avería, así que tuvieron que hacer el resto del camino en varios tractores y llegaron con media hora de retraso: algunos oficiales imitados a la ceremonia fúnebre se quedaron dormidos y también llegaron tarde; la banda de música perdió al trompetista; y un grupo de primos ancianos e importantes en la jerarquía familiar se negó a coger un taxi e insistió en ir andando. Reinaba el caos y la confusión. Nube de Otoño temblaba de frío, expuesta a los vientos del cementerio, mientras unos y otros

hablaban por teléfono a voces y corrían de un lado al otro de la ciudad en busca de fulano o mengano.

Cuando por fin estuvo todo preparado, el cortejo fúnebre inició su marcha desde el recinto de la fábrica. Había un gran número de expectantes espectadores, quienes guardaron respetuoso silencio en cuanto vieron avanzar el cortejo, dirigido por un hombre con un estandarte en el que aparecían los hechos más importantes de la vida de Li, el secretario del Partido. A éste le seguía un grupo formado por cincuenta parientes varones, que llevaban las coronas, y una banda de metales que no sólo caminaba, sino que también tocaba desacompasada. Se sintió un murmullo de exclamación contenida cuando los espectadores vieron a Nube de Otoño vestida de blanco y con las mejillas tiznadas de hollín. Se hicieron comentarios sobre la calidad del ataúd, aprobadores en su totalidad, y éste fue subido a las andas, que transportaban dieciséis hombres. Seguidamente venía un grupo de amigos y parientes, muchos de ellos ya ancianos y delicados de salud; una banda de música tradicional, con gaitas, gongs y tambores; tres monjes budistas que combinaban sus ocupaciones religiosas con otras actividades, pero que en cualquier caso se sabían de memoria el Sutra del Diamante; y por fin, un grupo de niños que seguía al cortejo corriendo y chillando excitados.

El cortejo llenó las calles y provocó tres horas de embotellamientos en toda la ciudad. Los viandantes preguntaban quién había fallecido, qué edad tenía, cómo había muerto. Los conductores y los camioneros tocaban la bocina y sacaban la cabeza por la ventanilla, gritando que avanzaran de una vez y que se quitaran de en medio, mientras los guardias de tráfico se habían ido a fumar un pitillo.

La banda de metales contestó a los gritos airados de los conductores empuñando sus instrumentos y lanzando al aire sus atronadoras notas. La banda de instrumentos tradicionales no podía ser menos e hicieron sonar los gongs y soplaron las gaitas y flautas, y los monjes budistas a tiempo parcial se unieron a aquella algarabía cantando los sutras y golpeando de vez en cuando sus trozos de madera, que producían un sordo «cloc, cloc». El del trombón, que se había parado a sacarse una china del zapato, dio unos saltos a la pata coja, corrió hasta alcanzar el cortejo y sopló

jadeante el instrumento, uniéndose a sus colegas justo antes de que aquel inarmónico guirigay se disipara en el aire.

El cortejo fúnebre serpenteó por las calles de Shaoyang hasta la Incineradora Número 4, cruzándose por el camino con otros cortejos que iban al mismo sitio. Las bandas de cada cual se pusieron a competir, los deudos se mezclaron en una confusa marabunta; los estandartes y los hechos relevantes de la vidas de los difuntos se enredaron unos con otros y ya no se sabía de quién era cuál. Melocotón iba pegada a Nube de Otoño, mientras que *Madam* Fan no dejaba de maldecir y empujar a ciegas a quienes la rodeaban. El viejo Zhu se abrió paso entre el marasmo y la confusión, y los hombres que llevaban el ataúd pasaron detrás de él. Al llegar junto a la puerta, siguió abriéndose paso entre la masa que la taponaba y consiguió entregar el cadáver al funcionario. Pagó los cien yuans y le dieron un recibo sellado para que recogiera las cenizas.

—Vuelva mañana —le dijo a voces el funcionario—. ¡El siguiente!

—¿A qué hora?

—¿Es que no me oye? ¡Mañana, le he dicho!

—¿Y qué hacemos con las coronas? —le preguntó el viejo Zhu —. ¿Pueden ir con el cuerpo?

El oficial se volvió y señaló un gran contenedor en el que los deudos iban echando las coronas.

—¡Las coronas se echan ahí!

En la confusión que reinaba en la Incineradora Número 4, los deudos se dispersaron y se perdieron unos de otros, de modo que se fueron cada uno por su lado o en pequeño grupos, como las tropas que se retiran tras una aplastante derrota. Algunos tiraron sus coronas a la calle, donde fueron pisoteadas, otros se fueron a comer algo, pero la mayoría sólo quería regresar a casa y cerrar la puerta tras ellos. El viejo Zhu avanzó a buen paso con el recibo de las cenizas en la mano y de pronto distinguió a su mujer caminando por la calzada a cierta distancia. Sorteó coches y bicicletas y la

alcanzó, todavía con el resguardo firmemente sujeto en la mano. Ella miró a su viejo marido, sin resuello tras la carrera, y esbozó una sonrisa. Entonces siguieron el camino juntos, en silencio, sus viejas articulaciones renqueando en perfecta sincronía.

—Tengo hambre —dijo el viejo Zhu a su mujer.

—Tú siempre tienes hambre —contestó ella, pero al oír el tono de reprimenda se ablandó. Volvió a mirarlo y dijo con más cariño —: Yo también tengo hambre.

Siguieron avanzando juntos, y el viejo Zhu se sintió mejor porque estaba al lado de su esposa y los dos tenían hambre. El hambre era una sensación de la que te podías fiar. Tenía una sencillez de la que ni el amor ni el dolor eran capaces.

Cuando llegaron de vuelta a la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang, había un camión aparcado bajo los árboles y cuatro campesinos estaban desmontando el entoldado funerario. Habían hecho una hoguera con las coronas y guirnaldas que habían quedado y los papeles que imitaban billetes, y las llamas despedían cenizas blancas.

—Ve a asegurarte de que no roban nada —le susurró su mujer.

Así que el viejo Zhu se acercó para comprobar cómo estaban las cosas debajo del entoldado. Organizó el traslado de la cómoda y la mesa. Había que devolver el quemador de incienso de bronce a *Madam* Fan y tirar los alimentos al contenedor de basura más próximo. Tomó un fajo de falso papel moneda y una televisión recortada en papel y los echó al fuego. El recortable se elevó en la columna de aire caliente y cenizas y salió volando. Lo vio alejarse empujado por el viento del Este, y se volvió para irse a casa.

Después de cenar, el viejo Zhu y su mujer fueron a visitar a Nube de Otoño. Las luces del piso estaban apagadas, de modo que el viejo Zhu llamó suavemente a la puerta. No hubo respuesta, volvió a llamar y de nuevo escuchó el pertinaz silencio.

Nada.

—Debe de haberse ido a dormir —le dijo a su mujer.

Ella asintió. Volvieron a bajar las escaleras y se acostaron, y esa

noche el viejo Zhu durmió tan profundamente como una piedra lanzada al fondo del océano.

En el horizonte nocturno de Shaoyang se distinguía un farolillo en el Monasterio Budista de la Pureza Universal. Desde lejos no era más que un brillante grano de arena blanca, pero bajo su luz, un monje recitaba el Sutra del Loto por el alma de Li, el secretario del Partido, disipando así el aura de la muerte. El monje leía diligentemente los versos y golpeaba el gong al pasar de página. De madrugada llegó a la última estrofa y recorrió a trompicones la última línea, la repitió y luego golpeó el gong tres veces, y su eco se desvaneció en la memoria.

El monje miró el reloj y exclamó:

—¡Mierda!

Era demasiado tarde para irse a casa. Se arrebujó bajo una manta y se quedó dormido. No soñó nada.

Mientras dormía, el farolillo se apagó, y la estatua de Guanyin vio cómo iban saliendo de sus agujeros los ratones hambrientos; sus serenos ojos pintados tenían una compasiva expresión. Mientras los ratones roían las ofrendas sagradas, la luna se alzó por encima de las ramas, convirtiendo el rocío en una escarcha blanca como la nieve.

IV

Nevó casi todo el día, y la nieve cubrió la ciudad con su silencio, y en el mundo blanco *Madam* Fan se retiró del níveo silencio cuando salió a su balcón unos minutos después de amanecer. El aire era cortante, pero ella no se movió y se aclaró la garganta. Los finos copos de nieve flotaban a la deriva empujados por la brisa, imperturbables. Hincó los pies en el suelo para sentirse segura, tosió y se sopló la yema de los dedos, lanzando al aire una bocanada blanca. Los copos de nieve caían como capullos blancos, enterrando el mundo bajo ellos. *Madam* Fan se frotó los ojos y tembló, no de frío, sino por la opresiva autoridad de la nieve.

Decidió que ya no iba a cantar más el soliloquio de la novicia de *El manto de piel blanco*, sino la canción de la esposa de *El honrado funcionario*. Volvió a asentar los pies en el suelo; el mundo borroso absorbió el eco amortiguado, y ella se limpió con la manga los copos que se derretían en sus mejillas, dejó que su aliento se condensara delante de la boca y empezó:

El pueblo sufre cuando los reinos se alzan,
el pueblo sufre cuando los reinos caen.

La esposa del viejo Zhu se levantó y vio que el cuarto tenía una luz extraña y que la ventana estaba cubierta de escarcha, como si fueran escamas. Se vistió temblando de frío, y luego frotó la escarcha y vio que el mundo exterior era una borrosa masa blanca formada por los edificios que se habían amalgamado durante la noche. Golpeó los pies en el suelo, se palmeó los costados y, maldiciendo el frío, recorrió tres veces el piso antes de sentirse

preparada para hacer el desayuno. Cuando estaba calentando la sopa, oyó cantar a lo lejos y luego oyó la letra de la canción y dejó de revolver el puchero. Se volvió a mirar a su marido, que salia dando tumbos del dormitorio, con cara de preocupación. El viejo Zhu se sentó muy quieto y escuchó.

—No puede ser ella —dijo su mujer.

—Pues creo que es —respondió el viejo Zhu.

La canción continuó mientras las sopa giraba y giraba en la olla.

Las leyes que gobiernan son laxas,
las leyes que castigan, duras.

La sopa hirvió. Su mujer la sirvió con un viejo cucharón de aluminio, y puso frente al viejo Zhu un cuenco de sopa de huevo y espinaca. Él bajó la cabeza y llevándose la cuchara a la boca, empezó a sorber. Su mujer se sentó enfrente. Sacaba la cuchara cargada de espinacas del cuenco y volvía a meterla y removía otra vez la sopa. La atención con que estaba escuchando le impedía comer.

¿Por qué nos gobiernan estos brutos?
Estos brutos arrogantes y corruptos.

El viejo Zhu se atragantó y salpicó de sopa a su mujer. Se le enrojeció la cara y entonces por fin tomó aire y tosió ferozmente, mientras el aria continuaba:

Estos repugnantes funcionados corruptos
que mataron a nuestros hijos
y destruyeron las esperanzas de Ming.

De pronto se oyeron gritos, y la canción quedó interrumpida. La voz de *Madam* Fan calló de pronto ahogada por la de un hombre que chillaba con todas sus fuerzas, irritado.

El viejo Zhu apartó la cortina para ver qué pasaba. Rascó la escarcha del cristal y miró. Era el marido de *Madam* Fan intentando arrastrarla a la casa.

—Deja de hacer ruido —bramaba el marido de *Madam* Fan, y *Madam* Fan intentaba soltarse—. Maldito el día en que me casé contigo —le espetó cuando ella le arañó en el brazo.

El viejo Zhu vio pelearse a los Fan en el balcón, chistó y comentó:

—Pobre Melocotón. No hay derecho que una hija tenga unos padres que se comportan así.

—Sí —dijo su esposa, limpiándose trocitos de espinaca y huevo del jersey—. Nube de Otoño se pondrá triste si lo oye.

El viejo Zhu vio cómo arrastraban a *Madam* Fan dentro de la casa. A lo lejos se golpearon unas puertas, y el edificio tembló con unos ecos que se desvanecieron en el silencio. El viejo Zhu se quedó mirando el paisaje nevado, que parecía devolverle una mirada perdida. Aguzó el oído, pero no volvió a oír nada más de la discusión de los Fan, nada salvo el hambriento silencio.

Apoyó la frente en la gélida ventana.

—¿Qué nos ha pasado? —dijo al fin—. ¿Qué nos ha pasado a todos nosotros?

Sus palabras se condensaron en el frío cristal y se congelaron. Su mujer, que estaba sentada en silencio, se levantó de la silla, cruzó el cuarto y se puso detrás de él. Corrió la cortina unos centímetros más para ver ella también. El balcón al que salía a cantar *Madam* Fan todas las mañanas estaba vacío, sólo quedaban las huellas en el suelo cubierto de nieve. En el piso del secretario del Partido todavía no se veía luz, pese a la hora que era. Nube de Otoño debía de seguir durmiendo. Esos pequeños cambios los desconcertaban.

La esposa del viejo Zhu le puso la mano en el hombro, apoyándose en él, y el anciano se sintió acompañado. Miraron por la pequeña rendija entre la cortina y el marco de la ventana a un mundo que ya no reconocían ni entendían. La gente se dirigía a sus quehaceres diarios: al mercado a comprar verduras, a casa de un amigo a jugar a las cartas, a ver la nieve, a los huertos comunales a pensar en lo que plantarían para la próxima temporada. Pero todos ellos parecían irreales.

Debemos esforzarnos por entender, pensó el viejo Zhu. Éste es el mundo en que vivimos.

—¿Cuándo vas a ir por las cenizas? —preguntó la esposa del viejo Zhu mientras recogía la mesa.

Le había interrumpido en sus pensamientos. Él frunció el gesto un instante y luego dijo sin más:

—Hoy.

—¿Tienes el resguardo?

—Sí.

—¿Dónde está?

—No sé.

—¿Lo has perdido?

—No.

—¿Dónde está entonces?

—No lo sé.

—Lo has perdido.

—No. No lo he perdido —dijo el viejo Zhu—. Tiene que estar en algún lado.

Su mujer no parecía muy convencida y se fue a la cocina, donde se oyó un vigoroso aporrear de ollas y platos antes de que ella volviera a aparecer en la puerta con renovadas energías.

—¿Ya sabes cómo vas a traer la cenizas? —inquirió.

—Las traeré en la bicicleta —le contestó él, dando una palmada en la mesa como para decir que no había más que hablar del asunto.

Ella miró la espalda encorvada del viejo Zhu, sentado a la mesa, y se dirigió al estante y levantó la tetera. Debajo había un magro fajo de billetes de diez yuans. Cogió uno y se lo metió en el bolsillo de la pechera.

—Cógete un taxi.

—Iré en bicicleta —dijo, y sacó el dinero del bolsillo y lo dejó sobre la mesa. El billete aguantó un momento aplanado y enseguida se dobló por la mitad.

—¿Cuándo fue la última vez que has ido en bicicleta a ninguna parte?

Él no respondió.

—Es demasiado peligroso. Está nevando —se quedó de pie frente a él a fin de añadir autoridad a sus palabras—. ¡Y con todos esos coches y motos! ¡Es peligroso!

El viejo Zhu no respondió. Se puso el abrigo y entró en el

dormitorio. Su mujer lo observó abrir y cerrar cajones buscando el resguardo. Lo encontró debajo de una cajetilla vacía, lo agarró entre el índice y el pulgar y se lo puso en el bolsillo del pantalón, metiendo bien la mano. Ella lo siguió con los ojos cuando salió por la puerta y se fue andando por la nieve.

—¡Bah! —dijo cuando se había ido—. ¡Qué suerte la mía! Estar casada con una cabra vieja y estúpida.

El viejo Zhu pasó la mañana yendo de un lado a otro con el resguardo para recoger las cenizas de Li, el secretario del Partido, metido en el bolsillo. Primero se dirigió al huerto, situado detrás del Edificio Número 7, pero las hojas estaban enterradas bajo la nieve, así que decidió dar un paseo alrededor del recinto de la fábrica. Se puso en camino siguiendo las apretadas hileras de bloques de viviendas grises, luego giró, pasó delante del salón de baile y del antiguo restaurante comunal, donde habían fundido todas sus ollas y sartenes para sacar hierro en el verano de 1959. Una anciana con un tapabocas de punto barría la nieve, abriendo un camino negro. La escoria que había salido entonces de sus altos hornos domésticos era brillante y rugosa como un meteorito. El viejo Zhu pensó en las estrellas y la luna, en el día en que el vicepresidente Zhou Enlai había visitado la fábrica. ¡Llevaremos el comunismo a la luna y a diez mil estrellas!, había proclamado, y entonces fue cuando la fábrica pasó a llamarse el Cohete Espacial, en su honor. El secretario del Partido, Li, era el responsable por entonces y siguió dirigiéndola hasta que se jubiló en 1990, después de la Revuelta.

El camino le condujo aún más lejos en sus recuerdos, a la época inmediatamente posterior a la liberación, cuando él era un joven ferozmente decidido a cambiar el mundo. Iban a construir una nueva China, a barrer la vieja. Tenía a su cargo varios equipos de voluntarios, y juntos habían imaginado que la fábrica era el país. Todos dejaron que aquel sueño dominara sus vidas. Para muchos de ellos había terminado siendo fatal. Ahora los dirigentes habían decidido que había llegado el momento de vender y pasar a otra cosa.

El viejo Zhu levantó la vista cuando se acercó a la fábrica, cubierta por un manto de nieve. Reinaba un extraño silencio en el

lugar: no había luz en las ventanas y donde antes habían desfilado masas de obreros, ahora sólo paseaban fantasmas solitarios, e incluso los pájaros habían anidado en las altas chimeneas que antaño habían lanzado orgullosamente a los cielos espesas columnas de humo industrial.

En el extremo opuesto de la fábrica un equipo de campesinos estaba desmantelando el Edificio Nuevo. Ya habían quitado la tejas y vigas del tejado, y estaban levantando los ladrillos, uno por uno. Los campesinos habían formado una cadena y se iban pasando los ladrillos de mano en mano hasta llegar al suelo, donde los apilaban en montones cuadrados.

El viejo Zhu recordó cuando habían construido el Edificio Nuevo en 1978. Él estaba en el tejado y agarraba los ladrillos que le lanzaban y los lanzaba al siguiente hombre en la cadena, hasta que el último los ponía sobre el cemento. Habían construido aquellas paredes ladrillo a ladrillo. Ver ahora a aquellos campesinos desmantelándolo era como ver deshilacharse sus recuerdos. Ya no se sentía seguro del pasado ni del presente, y no sabía nada del futuro.

Los trabajadores encargados de la demolición vivían en una tienda de campaña de plástico y dormían en catres, de veinte en veinte, apretujados para darse calor. Trabajaban en turnos, un grupo de día y otro de noche. También cocinaban por turno. No cocinaban como en la región, sino que preparaban unos fideos de trigo muy gruesos con huevos y tomates o tostaban unas tortas de pan en barriles de metal que llenaban de carbón. Los amigos del viejo Zhu culpaban a aquellos trabajadores inmigrantes del incremento de la delincuencia y repetían los insultos que aparecían en las noticias que leían en la prensa bajo titulares del tipo «Una avalancha imprevista» o «Peces abisales».

—¡Qué frío hace! —dijo al pasar al lado de uno de ellos, un muchacho de unos dieciocho años.

—Sí, sí que lo hace —repuso el muchacho tiritando—. Pero en nuestra tierra todavía hace más.

El viejo Zhu lo miró y asintió con una media sonrisa. El viento era cortante y alborotaba sus cabellos blancos. Miró con ojos empañados al chico.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

El chico tuvo que hacer un esfuerzo para entender el acento del anciano.

—Nací en el Año del Perro —dijo, incierto.

El viejo Zhu asintió.

—¿Y de dónde eres?

—De Shanxi.

—Mis antepasados eran de Shanxi —dijo el viejo Zhu—. De un pueblo llamado Ruicheng.

El chico no respondió.

—¿Lo conoces?

El chico agitó la cabeza, negándolo, porque no entendía lo que le decía el anciano y no sabía qué responder. El viejo Zhu lo miró fijamente.

—Un buen dinero os estarán dando, ¿no? —le dijo.

—Umm —balbuceó el chico.

—Cuando tenía tu edad estaba en el ejército. Luchar contra los japoneses es lo que hacía. Y luego contra el Kuomintang. Y luego construimos este país.

El chico estaba tiritando y se frotó las manos, que tenían un blanco violáceo y estaban agrietadas y manchadas de sangre.

—¡Muchos puñados de tierra levantan una montaña! —exclamó el viejo Zhu, recordando el pasado, y entonces se le ocurrió que al muchacho le pagaban para derribar su montaña. Sonrió un instante, con una sonrisa que en su cara parecía pesarosa e incómoda, luego dijo—: Buen trabajo —y continuó su camino.

Intentó caminar por la ribera del río. Había habido un tiempo en el que uno podía contar los guijarros del fondo, tan cristalinas eran sus aguas, pero ahora eran negruzcas y sucias, y en sus márgenes, donde las planchas de hielo habían empezado a desprenderse y a flotar hacia el medio del río, se apelmazaban unas algas asquerosas. Las aguas turbias reflejaban el edificio de la fábrica; unos matorrales inextricables sobresalían en sus orillas, y en las manchas oleosas se veían arco iris. Una ráfaga de viento horadó los reflejos. El viejo Zhu observó bailar los arco iris un instante y decidió que había llegado el momento de ir a recoger las cenizas de Li, el secretario del Partido.

El viejo Zhu montó en la bicicleta y no bien partió empezó a lamentarlo. El ruido y el caos en las calles era tal, había tanta gente, tantos coches y motos, tantas bicicletas y ciclistas enloquecidos, tantos vendedores ambulantes abarrotaban las aceras y se derramaban por la calzada, tanta gente y tantos campesinos y tantos pensamientos en su cabeza, que ésta no tenía cabida para todo ello. La calzada era un lodazal de nieve sucia y medio fundida, y las ruedas de los coches la salpicaban al pasar. Era un largo camino. Y cuesta arriba, además.

El viejo Zhu pedaleaba despacio y las junturas de la bicicleta crujían en respuesta al artrítico chirriar de la cadena, girando y girando pesadamente. Le llevó casi una hora llegar a la Incineradora Número 4, donde no paraban de arribar nuevos cortejos fúnebres, que depositaban sus cadáveres, como los restos de un naufragio en la orilla, y se retiraban, de nuevo llevados por la corriente. Empujó la bicicleta entre la muchedumbre y el griterío, y las ruedas iban trazando líneas rectas sobres las coronas pisoteadas en la nieve. Los colores se corrían y se mezclaban, formando borrones azules y rosas y pardos, entrecruzados de pisadas y huellas de bicicleta. Volvió la vista atrás, pero no pudo localizar por donde había venido, sólo sabía que estaba allí.

El viejo Zhu apoyó la bicicleta contra la pared. El candado de la cadena estaba oxidado y no pudo abrirlo, así que la dejó sin atar y entró en el edificio. Nadie se la robaría, seguro.

En la oficina de la Incineradora Número 4 había una confusa cola de gente; unos intentaban entrar y otros salir, todos al mismo tiempo. El mal tiempo había asustado al personal, todos tenían prisa por volver a casa, a invernar. Manos y vociferantes bocas surgían por doquier; insultos, maldiciones y nombres colmaban el ambiente, saturado con la pena y la desesperación de tanta gente. El viejo Zhu sintió que el miedo le corría por las tripas como el té caliente; metió la mano en el bolsillo y apretó el resguardo; bajó la cabeza y empujó para ponerse delante, el resguardo firmemente agarrado.

El mostrador estaba sitiado por un prieto ejército de parientes y amigos desesperados que repelían a los intrusos con toda la fuerza de sus codos y puños. Tres veces intentó el viejo Zhu forzar la barrera, y tres veces fracasó. Había llegado al límite de sus fuerzas

cuando una muchacha de tez amarilla y con unos guantes tejidos en todos los colores imaginables le tomó de la mano y le cedió su lugar. De tanto que se lo agradeció, se le olvidó darle las gracias, se olvidó totalmente de ella hasta bien pasado el trance. Se introdujo a empujones en el hueco que le dejaban, haciéndose sitio, echó el cuerpo hacia adelante y levantó el resguardo y lo examinó.

—Vengo a recoger las cenizas de Li, el secretario del Partido —dijo en voz alta, pero los funcionarios no le hicieron el menor caso —. Vengo a recoger las cenizas de Li, el secretario del Partido —repitió, blandiendo el resguardo en la mano.

La gente le empujaba, intentando colarse, pero él defendió su posición a codazos. Tenía la sensación de que estaba saltando en las olas, y que éstas le derribaban. Una anciana de cabello gris y nervios de acero se empotró en la primera fila. El viejo Zhu se lió a codazos para quitársela de delante, sin conseguirlo, pero entonces sintió que alguien le arrebataba el reguardo de entre los dedos.

—¿Nombre?

—Zhu Zhongua —respondió al instante.

—Carnet de identidad.

Lo sacó y lo entregó.

—¿Tiene el recibo?

Experimentó un momento de pánico y palpó en el bolsillo de la chaqueta, lo encontró y lo sacó. El hombre lo cogió.

—Número ochenta y siete —gritó por encima del hombro—. ¡Siguiente!

Li, el secretario del Partido, salió de la Incineradora Número 4 en los brazos del viejo Zhu, cuidadosamente transportado en una caja de cartón marrón que sonaba al moverla. El ruido lo asustó cuando se la dieron.

—No hay fantasmas ahí dentro —había gritado el funcionario para todo el que quisiera oírlo—. ¡Son sólo huesos! Todos se habían vuelto a mirarlo, riéndose, pero no bien cogió la caja, con ruido y todo, se alejaron unos pasos de él.

Sólo huesos.

El viejo Zhu ató la caja en la rejilla trasera de la bicicleta, y el secretario del Partido bajó por última vez la larga cuesta hasta la

Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales. El viejo Zhu no tuvo que pedalear en el camino de vuelta, pero iba apretando los frenos, que chirriaban y rascaban la calzada al unísono con el girar de las ruedas. Sus cabellos blancos al viento, tuvo un momento de euforia al sentir que pasaba sobre el mundo como una ráfaga de viento. Un momento de euforia lo bastante largo para recordar y ponerse a tararear una tonadilla que cantaban durante los primeros años de la liberación. Tarareaba y cantaba una extraña letra en la que había verdes colinas y solidaridad obrera y un nuevo paraíso socialista, y las ruedas giraban y giraban y los huesos vibraban de alegría de ir colina abajo, y dentro de la caja se desataba una ventisca de polvo blanco.

El viejo Zhu entró en el recinto de la fábrica y aparcó la bicicleta junto a la escalera de uno de los bloques de viviendas y subió al piso del difunto secretario del Partido. Tambaleándose con el peso de la caja, llegó al rellano y llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar, con más fuerza esta vez. Silencio.

—¡Nube de Otoño! —gritó, y volvió a golpear la puerta.

Nada.

Comprobó que el piso y la puerta eran los correctos. No se había equivocado. Ésta era la casa. Volvió a intentarlo, pero de nuevo no recibió respuesta.

El viejo Zhu se quedó mirando la puerta, meneando la cabeza, incrédulo. Un nuevo golpe en la puerta.

Nada.

Entonces probó a llamar en la puerta de al lado, y una voz gritó desde el interior:

—¿Quién es?

—El viejo Zhu.

Se abrió una rendija y una cara asomó por ella.

—Ése es el piso de Li, el secretario del Partido, ¿verdad? —preguntó, señalando tras él.

—Sí.

—¿Sabes dónde está Nube de Otoño?

—Se ha ido.

—¿A dónde?

—No lo sé. Con unos parientes. Tiene un hijo que trabaja en el campo.

—¿Qué se ha ido?

—Sí.

Pero si tengo a su marido aquí en esta caja, pensó el viejo Zhu; pero en lugar de ello dijo:

—¡Bueno! Pues gracias.

La puerta se cerró.

Se quedó entre las dos puertas cerradas, preguntándose qué camino tomar. Era una posición un tanto extraña la suya en ese momento: tenía en su poder las cenizas de un hombre cuya viuda había desaparecido. Por fin, se decidió a bajar con el secretario del Partido en las manos. Llevó la caja a su casa y la dejó sobre la mesa, se preparó una taza de té y se sentó a meditar, agotado. Cuando su mujer regresó, iba a preguntarle cómo le había ido, pero en ese momento vio la caja y cambió la pregunta por:

—¿Qué has comprado?

—Nada.

Se aproximó unos pasos a la mesa.

—Pues, ¿qué es esto entonces?

—Son las cenizas.

Ella le lanzó una mirada recelosa.

—¿Las cenizas de qué?

—Del secretario del Partido.

Ella gritó.

—¡Ay! ¿Y qué están haciendo encima de mi mesa? Sácalas de aquí. No puedes traer cadáveres a la casa. Nos traerá mala suerte.

Discutieron y se gritaron, sólo para llenar el piso de ruido. La caja pasó de la mesa al suelo, gritaron y gritaron alrededor de ella. La sacaron al balcón y volvieron a entrarla. Por fin llegaron a un punto muerto.

—Si te empeñas en guardar esa caja aquí, me iré a casa de mis padres —le amenazó su esposa.

—¡Pero si tus padres están muertos! —le gritó él encolerizado, la cara encendida y casi sin resuello.

Su esposa no respondió. Se miraron, de pie en medio de la habitación, y entonces ella se mordió el labio, le dio la espalda y entró en la cocina. Cogió el cuchillo de cortar las verduras y lo

clavó de un golpe en la tabla de picar, que vibró con el impacto. Cogió una olla y la estrelló contra la pared, dio una patada a la cocina y consideró romper un plato. El viejo Zhu la dejó desahogar su furia contra él y llevó la caja al dormitorio. No cabía debajo de la cama, así que abrió el armario y la deslizó al fondo; puso un par de zapatos encima, aparentando que ése era su sitio desde siempre.

Esa noche, su mujer le repitió varias veces que no podía dormir sabiendo que tenían un difunto en el armario, pero terminó quedándose dormida. Fue él quien no pudo dormir. Pensó en todo lo sucedido, y pensó en su hijo, que los había dejado para irse a trabajar en una de las Zonas de Régimen Económico Especial.

Al despertarse la mañana siguiente, vio que el mundo seguía difuminado bajo una capa de nieve. Se sentó en la cama, y sus pensamientos volvieron a su hijo y a por qué se había ido. Comprobó si su mujer seguía dormida. Roncaba nostálgicamente entre sueños, así que se levantó, cerró la puerta tras él y fue al teléfono. Levantó el auricular y marcó un número de Guangzhou.

Se oía muy mal y con muchas interferencias. Sólo su voz, gritando al auricular, parecía tener volumen.

—¡Da Shan!… ¿Da Shan? No te oigo. Está mal la línea… Bien. Estamos bien… Tienes que hablar más alto… Eso creo… Sí, sí, está bien. Está dormida en este momento. No quiero despertarla. Te echa de menos —el viejo Zhu carraspeó y respiró hondo—. Escucha, tu madre cree que debes volver a casa… No está del todo bien… Sí. Eso creo yo también… De acuerdo. Sé que ahora tienes mucho que hacer —dijo al final—, pero cuando puedas…

Da Shan recorrió el trayecto de vuelta a su ciudad natal como si estuviera regresando a su infancia. Hacía siete años que se había ido, un día de primavera, cuando las flores malvas de la glicina colgaban espesas de las ramas y las mariposas bailaban al sol. Era un día hermoso y cálido, y se había marchado pensando que nunca regresaría.

Su madre había llorado. Para ella, dejar la casa o unirse a una banda de salteadores de caminos era todo lo mismo. Los días anteriores a su partida no le había dirigido la palabra, y luego, ya en la estación, intentó convencerle de que se quedara.

—¿Quién se ocupará de nosotros si tú te vas?

—Volveré —le había dicho Da Shan.

—Cuando vuelvas estaremos muertos —dijo ella, y lo lamentó nada más decirlo. Les traería mala suerte. Era tentar al cielo.

—En Guangzhou encontraré trabajo.

—¿Por qué no trabajas en la fábrica? Dentro de unos años, los dirigentes lo habrán olvidado todo.

La irritación casi hizo reír a Da Shan.

—¿Qué sentido tiene? En Guangzhou encontraré un trabajo. Incluso puede que lo encuentre en Shenzhen o en Hong Kong.

Su padre le había prevenido sabiamente:

—Las otras montañas siempre parecen más altas que aquella en la que está uno.

—Sí, padre —le había contestado sin escucharlo.

Da Shan se había ido y había descubierto que, efectivamente, las montañas en el horizonte eran más altas, más escarpadas y también más hermosas, y en los pálidos atardeceres parecían tomar un color azul zafiro. Había escrito a su padre para decírselo y continuó escribiéndole unas cartas muy pensadas, aunque infrecuentes, en las que le enumeraba todas las cosas que había logrado, la gente que había conocido, y le explicaba las razones para hacer lo que había hecho. Su padre nunca le contestó; le había enfadado que Da Shan no se hubiera quedado a trabajar en la fábrica. Le enfadaba que su hijo fuera un capitalista. Era algo todavía más desafortunado que ser un contrarrevolucionario.

Da Shan comprobó la batería de su teléfono móvil, y estaba agotada. Se sentó y miró por la ventanilla. Dos días de la vida del mundo pasaban ante sus ojos, una película de la vida cotidiana, desde la salida del sol al ocaso, en sus más mínimos detalles. Con cada kilómetro que recorrían, el paisaje se iba haciendo más invernal, internándole en las montañas de caliza cubiertas ahora de nieve que se elevaban a su alrededor cual jorobas de camello. Aquí y allá glaciales ríos negros se deslizaban entre las blancas laderas y las aldeas de tejados de paja; los campesinos se movían como espantapájaros hambrientos entre los rastrojos; niños harapientos agitaban la mano al paso del tren, mientras que los más mayores

corrían detrás e intentaban subirse, desistiendo finalmente y tirando piedras a los vagones.

—¡Coca-Cola, cerveza, cigarrillos, fideos fritos! —voceaba el encargado del vagón, avanzando lentamente por entre la alfombra de cuerpos, dando patadas a los que dormían y empujones a los que se paraban en su camino.

—¿Tiene algo de carne? —le preguntó Da Shan cuando el hombre llegó a su asiento.

—Carne en salazón —respondió el hombre.

—¿A cómo la vende?

—Seis yuans.

—Bien. Deme dos.

Da Shan masticó la carne seca lentamente, mientras el tren seguía traqueteando un minuto tras otro de las cuarenta y tres horas y media de viaje. Sus mandíbulas machacaban la carne, deshaciéndola en hebras y luego las hebras en algo que se podía tragar. Las ayudaba a bajar con un trago de té verde frío. La vuelta a casa le ponía un nudo en el estómago. Había intentado enterrar el pasado, dejarlo enmohecerse bajo una fría manta de musgo, pero en los momentos de calma todavía le volvían fragmentos. En los días grises y lluviosos todavía oía suspirar a los fantasmas.

Al segundo día de viaje. Da Shan empezó a reconocer el paisaje de cerros y arrozales, pueblos y lagos helados. Aquello ya era casi su tierra, la región de Hunan donde la gente era tan apasionada como picante su comida. Hombres apasionados como Mao Zedong y el general Cai E, uno de los pioneros de la revolución, que sacó su pistola y derrocó a la dinastía Qing, eran de allí. Y pronto estarían en Shaoyang, donde Da Shan había abandonado todos sus sueños de infancia.

Contempló los negros troncos de los árboles, veteados por la bruma invernal, y a los pobres agricultores esparciendo estiércol a puñados sobre la tierra helada. Su único sueño era abandonar el campo por la gran ciudad y llevar a cabo sus fantasías de comida caliente y billetes nuevecitos. Cada día eran más los que partían y se echaban a las calles de Shanghai y Guangzhou. Seducidos y confusos y atrapados en el mundo moderno de los automóviles y los neones. En los estantes de los supermercados se apilaban caros productos que ellos nunca podrían permitirse. Incapaces de volver a

sus pueblos e incapaces de dominar las nuevas drogas del dinero y el lucro. No mucho mejor de lo que habían estado en el pasado, bajo las diferentes dinastías. Explotados.

Las leyes que gobiernan son laxas,
las leyes que castigan, duras.

Los cerros y los bosques de pino y de bambú continuaron sucediéndose hasta bien entrada la tarde del segundo día, cuando Da Shan se encontró ya en una tierra cuyos contornos le eran conocidos. Los nombres de los pueblos y los acentos empezaron a resultarle familiares. La ciudad de Shaoyang se recortó tras las curvas del terreno y vio las pagodas del Norte y del Este, los grupos de chimeneas y los miles de bloques de viviendas de hormigón gris. Distinguió el antiguo monasterio agazapado entre los árboles en la blanca ladera de la colina, se irguió en el asiento y sintió que el corazón se le aceleraba. El paisaje le era tan familiar como su propia infancia, pero las colinas y los árboles cubiertos de nieve no tenían ninguna razón para actuar como viejos conocidos. Vieron aproximarse su tren con frío desinterés.

El tren 516 entró lentamente en la estación de Shaoyang, y tras un largo pitido y un escueto anuncio de su llegada por los altavoces, se detuvo con un largo y estridente resoplido de la máquina y del sistema hidráulico. El andén 8 estaba lleno de campesinos y obreros desempleados que emigraban al mismo tiempo que las ocas en busca de trabajo y dinero; figuras sentadas y dormidas que la llegada del tren volvió a dar vida, como los brotes de soja que buscan la luz. Echaron a correr con los sacos atados a sus espaldas de un extremo al otro del tren, buscando una puerta o una ventanilla abierta. Los viajeros que ya estaban dentro mantenían las puertas y las ventanillas cerradas, lo que provocó una oleada de pánico en el andén; pánico y temor a quedarse en tierra, en sus ciudades y pueblos, donde las horas y los días devoraban silenciosamente sus vidas.

Hubo cinco minutos de batalla entre asaltantes y defensores del tren. Se forzaron las ventanillas, y docenas de manos empujaban a

los que intentaban entrar, mientras que otras, el puño cerrado, intentaban impedirlo. Pero por fin se abrieron las puertas y los emigrantes se abrieron paso a patadas, arañazos y manotazos.

Sólo bajaron unos cuantos pasajeros. Da Shan fue uno de ellos, y hubo de atravesar el embudo humano de los que intentaban subir. Cuando consiguió salir del tumulto, su camisa tenía un botón menos.

—¡Malditos campesinos! —musitó.

Sonó un silbato, se agitó la banderita del jefe de estación, los frenos se soltaron y el monolítico tren empezó a moverse, vagón tras vagón, hasta que pasó el último y aceleró y desapareció de la vista, apresurándose para seguir a los otros. Una ráfaga de aire se arremolinó detrás, y el vengativo frío hizo tiritar a Da Shan. Había vuelto a casa.

Salió de la estación y cogió un taxi.

—¿A dónde vamos? —preguntó el taxista.

—A la Fábrica de Cohetes Espaciales —respondió Da Shan, y casi se echó a reír.

El taxista puso la radio y empezó a tararear al tiempo que se iban desgranando los grandes éxitos pop de Hong Kong. Tenía muy mala voz y desafinaba. Su acento cantonés era espantoso.

—¿Ha llegado en el tren de Guangzhou? —el hombre levantó la voz por encima de la música.

—Sí.

—¿Trabaja allí?

—Sí.

El hombre asintió. Cogió una cajetilla del salpicadero y le ofreció un cigarrillo a Da Shan. Eran cigarrillos nacionales, pero tomó uno igualmente.

—Gracias.

Fumaron con las ventanillas abiertas a la noche mientras el taxista atendía a semáforos y rotondas, y daba volantazos para esquivar a los vendedores ambulantes que pasaban en sus maltrechos *rickshaws* llenos de ropa pasada de moda.

—¿Hace tiempo que tiene el taxi? —preguntó Da Shan.

—Un año. Me costó cuarenta mil yuans. Me los prestó mi hermano. Trabaja en Guangzhou.

—¿Qué hace allí?

—Trabaja en una fábrica. Haciendo ropa para la exportación. Saca un buen dinero.

—¿Y usted?

El taxista se echó a reír.

—Yo me voy defendiendo —dijo—. Me defiendo.

Durante el trayecto, Da Shan observó que Shaoyang había cambiado. La viejas casas de madera habían desaparecido, sustituidas por angulosos edificios de hormigón y luces de neón. El taxista siguió el río y giró al llegar a la entrada del recinto de la fábrica. Ésta estaba coronada por una mata de malas hierbas e incluso había salido un arbolito entre los ladrillos. La pintura del letrero estaba saltada y erosionada por el tiempo, pero los caracteres todavía eran legibles: «Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang», anunciaba la columna de la derecha. «Trabajemos para construir la Cuarta Modernización», instruía la izquierda. Y atravesada encima de las dos, una línea escrita en inglés: *We Wel Come Your Irx Vest Ment*[3].

Era tan patético que casi se rió. El taxista entró bajo estos optimistas eslóganes y detuvo el vehículo. Da Shan se bajó.

—¿Qué le debo? —le preguntó.

—Doce yuans.

Da Shan le dio quince.

—Quédese con la vuelta.

—Gracias —dijo el taxista, guardando el dinero en la guantera —. Gracias.

Da Shan estudió la escena ante sus ojos. Las ventanas de la fábrica estaban apagadas, sin vida, parecían abandonadas. No encajaban con su recuerdo. Ésta era la tragedia definitiva, pensó, el viajero que vuelve a casa y ésta ha desaparecido.

Da Shan se dirigió a las escaleras, doscientos dieciséis escalones, si recordaba bien, que subió de dos en dos. Se hubiera sentido orgulloso de ello antaño, cuando un escalón era una montaña y subirlos de dos en dos era algo que sólo los adultos podían hacer. Pero ahora, cuando estaba retornando al pasado y llegó a sus oídos el agudo sonido de una voz femenina cantando melodías de la Ópera de Pekín, esto apenas se le pasó por la cabeza. La canción

decía algo de una novicia y de tener dieciséis años. Da Shan medio se paró a escuchar y le costó entender qué decía la letra. Se cruzó con algunas personas que bajaban, pero estaba demasiado oscuro para verles la cara. Contó los bloques de viviendas al pasar y, subidos los tres tramos de escalera, llegó a la puerta de sus padres. Llamó tres veces —toc, toc, toc— y esperó en la sombra. La puerta se abrió y la rendija de luz se prolongó en un arco.

—Hola, madre, he vuelto —dijo.

Ella lo miró sin reconocerlo. La voz le resultaba familiar y le había llamado madre.

—Madre, soy yo, soy Da Shan.

—¿Da Shan? —clavó los ojos en él—. ¡Da Shan! —exclamó—. ¡Da Shan! ¡No reconocía a mi propio hijo!

La madre de Da Shan dio unos pasos atrás, tambaleante, y se llevó la mano al cabello gris, hecha un manojo de nervios. Había cultivado su enojo día tras día desde que su hijo se había ido, lo había nutrido y mantenido vivo, lo había hecho crecer a lo largo de los años, pero cuando lo vio, se quedó tan sorprendida que se olvidó de su enfado.

—Pasa —dijo nerviosa—. No te esperábamos. Debes de estar cansado. Pasa, siéntate. No sabía que ibas a venir. ¿Por qué no nos avisaste? Deberías habernos dicho que volvías. Qué susto me has dado.

Le indicó con gestos que se sentara, y él intentó detenerla para que no se fuera inmediatamente a hacerle un té. Ella lo hizo sentar y fue a buscar el termo y una taza. Los puso sobre la mesa y se volvió para coger el cuenco con las golosinas reservadas para los invitados especiales.

—¡Por favor, madre! —exclamó Da Shan—. Siéntate. Haces que me sienta como un huésped en mi propia casa.

—¿Por qué no nos avisaste de que ibas a venir? —dijo ella, poniéndole las golosinas delante—. Aquí tienes el té —añadió, y le llenó la taza con el agua caliente del termo. Entonces se tranquilizó un poco y empezó a volver en sí. Lo primero que volvió fue el enfado—. No deberías haberte ido nunca… ¡Mira lo que nos ha pasado! —siseó sin abrir la boca apenas.

—¿Cómo? —dijo Da Shan en tono brusco.

Ella lo miró a la cara. Ojos severos y furiosos, palabras severas y furiosas.

—Han cerrado la fábrica y la gente se está suicidando —le soltó—. ¡Y tengo un muerto en el armario! ¿Cómo quieres que viva con un muerto en el armario? ¡Y todo porque te fuiste al fin del mundo y nos dejaste aquí solos! —se le saltaron las lágrimas y al punto se las secó. Da Shan quería levantarse y decir algo, pero sabía que eso la enfurecería más—. No pienses que estoy llorando —le dijo llorando—. Bébete el té —se reclinó en la silla, cogió una golosina, le quitó la envoltura y la puso delante de su hijo—. Toma un dulce.

Da Shan bebió un sorbo de té y miró la golosina sin atreverse a comerla y sin atreverse a no comerla; y entonces recordó el motivo principal por el que se había ido.

El regreso de Da Shan trajo un poco de calor a los cansados huesos del viejo Zhu, le descongeló la médula. Permaneció echado en la cama, y, por primera vez en varios meses, no recordó apenas despertarse que las cenizas del secretario del Partido estaban en el fondo de su armario, bajo un par de zapatos y una manta vieja bordada con florecitas azules.

—Está bien que nuestro hijo esté de vuelta en casa —dijo, y suspiró aliviado.

Había terminado el invierno.

Su mujer se peinaba sentada frente al espejo. Se desenredaba mechón a mechón los nudos del cabello gris acerado. Miró a su marido, tumbado en la cama en camiseta. Al hombre con el que se había casado hacía tantos años, al hombre que le había dado aquel hijo que se había ido allende los límites del mundo que ella conocía y que había vuelto de repente.

—Esposa —dijo el viejo Zhu, cortando el silencio—, somos afortunados de tener un hijo que cumple con sus deberes filiales y que además es rico.

Ella frunció el gesto y dejó el peine; se volvió hacia su marido y dijo:

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? ¡Pero no te das cuenta que es igual que tener un tigre en el patio trasero! Haya vuelto para lo que

haya vuelto, ¡no tiene ninguna intención de quedarse!

Los ojos del viejo Zhu recorrieron la habitación y se fijaron en la severa mirada de ella. A él no se le había ocurrido que Da Shan volviera a irse. No tan pronto.

Da Shan se levantó temprano la primera mañana, pero su madre lo había hecho aún antes y le dijo que volviera a la cama. Al segundo día, el cansancio del viaje se hizo sentir en su cuerpo y se quedó en la cama hasta bien pasada la hora del desayuno. Su madre recorría la casa dando golpes a diestra y siniestra, y la furia de sus pasos hizo naufragar sus sueños y lo dejó varado en plena luz del día. Se vistió, comió y se puso a ver la televisión, lo que hizo que ella armara aún más ruido.

—¿Por qué no vas a ver si encuentras a alguno de tus compañeros de clase? —le dijo por fin, de modo que a él no le quedó más remedio que irse a la calle. Cuando volvió, ya oscurecido, ella le esperaba sentada en una silla.

—Llegas muy tarde —le reprochó.

—Lo siento.

—Tu padre no pudo esperarte.

—No te preocupes. Sólo he ido a ver a mis compañeros.

—¿Cómo íbamos a saber dónde estabas? Has estado fuera siete años.

Él hizo un mudo gesto de asentimiento.

A la mañana siguiente, el viejo Zhu estaba sentado a la mesa del desayuno, fumando. Frente a él había un plato blanco repleto de huevos cocidos, así como encurtidos, un montón de bollos al vapor y una gran olla de sopa de fideos.

—Buenos días —dijo Da Shan, sentándose a la mesa.

Su padre sonrió y asintió detrás del velo de humo de su cigarrillo.

—Qué cantidad de comida —dijo Da Shan. El viejo Zhu permaneció callado—. ¿Dónde está madre?

—Ya ha desayunado.

Da Shan esperó hasta que su padre terminó el cigarrillo y lo

apagó; entonces cogió los palillos.

—¡Come! —le dijo el viejo Zhu entonces—. ¡Come!

Golpeó un huevo duro sobre la mesa, craquelando la cáscara, que se asemejó a un delta con miles de islitas, y se lo dio a su hijo. Da Shan lo tomó y deshizo lentamente la filigrana de la cáscara. Cuando terminó de comerse el huevo, el viejo Zhu agarró el cucharón y llenó el cuenco de Da Shan con sopa de fideos. Su hijo bajó la cabeza hacia el cuenco y sorbió sonoramente. No dejó de sorber mientras quedó un fideo o una resbalosa alga en el cuenco, y luego se bebió el caldo verde pálido.

—¿Más?

Da Shan rehusó meneando la cabeza. El viejo Zhu asintió y dejó el cucharón en la olla.

—Está muy bien que hayas vuelto —dijo el viejo Zhu después de un largo silencio. Luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, buscando sus cigarrillos. Encendió uno, se reclinó en la silla y dio unas caladas. Su cara se relajó y sonrió abiertamente a su hijo—. Ya sabes, siempre esperé que trajeras a tu mujer y te vinieras a vivir aquí.

Da Shan respiró hondo.

—Pero si estamos divorciados —dijo. Se lo había dicho por carta, de eso estaba seguro. Le entró la duda de si sus padres las habrían leído.

—Sí —asintió el viejo Zhu—. Lo sé —y luego se calló. Da Shan estaba a punto de decir algo, pero su padre levantó la vista—. La corriente de la vida es un río sin fin —dijo en tono solemne— y no se debe dejar secar.

Da Shan estaba junto al televisor, mirando la foto de su mujer y su hija, cuando su madre volvió a casa. Dejó la foto en su sitio inmediatamente, se sentó y la siguió mirando desde el otro extremo de la habitación. Su mujer era oscura de tez y sus gruesos labios sonreían de medio lado. Igual que su hija. No se parecía en nada a él. Podría ser de cualquiera, pensó, y apartó ese pensamiento. Ahora que estaba lejos ya no importaba mucho. El que no le importara fue lo que más le sorprendió.

Encendió el televisor con el mando, zapeó de un canal a otro y

lo apagó. Su madre fregaba a su alrededor, armando alboroto, pero él era una mancha demasiado persistente.

—Hoy estoy haciendo limpieza general —dijo— y estás en medio —Da Shan levantó los pies, pero ella no desistió—. Eres joven. Sal de casa —le dijo, y siguió golpeando las puertas de los armarios y carraspeando hasta que él se levantó y se fue.

Da Shan cogió la bicicleta de su padre y salió del recinto de la fábrica en dirección al centro de la ciudad. Miró alrededor, pensamientos que se convertían en imágenes y pensamientos sin orden ni concierto le pasaban por la cabeza: un día que se había sentado a comer fideos en la calle; la decepción al despedir a los que se iban a Pekín; un cumpleaños siendo niño en que su madre le hizo fideos Larga Vida, y él los sorbió sin romper ni uno. Eso significaba buena suerte, dijo su madre sonriendo, y él era tan joven que la creyó.

Da Shan se detuvo en un semáforo en rojo y esperó. La ciudad había cambiado tanto en esos años que casi no reconocía dónde estaba. Aquélla era la calle que llevaba al parque Oriental. Continuó pedaleando por ella hasta que vio que conducía a la puerta principal, entonces dobló, dejándola a un lado y pasando frente a los vendedores ambulantes de chicle y palomitas. Habían construido un nuevo muro exterior de ladrillo. En él había un eslogan en grandes caracteres rojos: *Adopta un comportamiento políticamente correcto, resístete a la corrupción*.

Da Shan se dirigió a la puerta lateral, pero la cancela estaba atascada por el óxido, de modo que tuvo que volver a la principal y pagar dos yuan para entrar. El parque estaba lleno de malas hierbas y de restos de metal tirados por doquier. Andando sobre ellos se dirigió al lago, y en el camino se tropezó con la estructura de hierro de una bicicleta modelo Paloma Voladora, que hacía años que había perdido las ruedas, y se lastimó un dedo.

Da Shan recordó la época en que iba allí con su primer amor. Cerró los ojos y se la imaginó: sus alargados ojos negros y su suave piel amarilla. El miedo que sintió al preguntarle si quería salir con él, que no era nada comparado con el miedo que sintió cuando ella le dijo que sí. Más tarde, encontraron lugares más cerca de sus casas. Cuanto más seguros se sentían con respecto al otro, menos tímidos se mostraban. Pero los primeros meses habían tenido el lago

como escenario de sus encuentros. La primera vez que la besó era otoño. Sus labios estaban fríos, pero su boca, muy cálida.

Da Shan intentó recordar el sabor de aquella boca, la excitación que sentía cuando la besaba, pero no pudo evocar la imagen. Lo único que veía su mente era el lugar tal como estaba ahora: los caminos desbaratados por las malas hierbas; el agua cuajada de hojas podridas y una lata oxidada clavada en la orilla.

Da Shan abrió los ojos. Lo único que le quedaba eran sus padres. Incluso los fantasmas del pasado habían desaparecido.

Cuando volvió a casa, su madre le acusó de llegar tarde adrede para la cena. Lo mantuvo en el mismo estado de sitio durante diez días más. Si se quedaba en casa, lo echaba, y cuando volvía lo estaba esperando con una reprimenda. Al décimo día se sentaron a comer. El viejo Zhu se servía de los diferentes alimentos. Tomó un trozo de hígado asado y se lo llevó a la boca, masticó y tomó otro trozo.

—¿No comes? —le dijo la mujer del viejo Zhu a su hijo.

—No —respondió el hijo.

El viejo Zhu alcanzó otro trozo de hígado, alzó los ojos y se los quedó mirando.

—¿Por qué lo estás haciendo? —preguntó Da Shan.

—¿El qué? —preguntó su madre.

—Esto.

—No estoy haciendo nada.

—Sí, sí que lo estás.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes —dijo Da Shan.

El viejo Zhu los observó mirarse. No sabía de qué estaban hablando. El mundo se había reducido a los ojos de ellos y al sonido de sus mandíbulas masticando.

Da Shan miraba fijamente a su madre. Sus canas y su rostro viejo y agotado, las profundas patas de gallo en los ojos y los surcos alrededor de la boca. Estaba intentando lanzarle su mirada castigadora, pero no le funcionaba, lo que hizo sonreír a Da Shan.

—¿Por qué no comes? ¿Es que mi comida es demasiado pobre para ti ahora? —le preguntó.

—No. Pero no me sabe tan bien como antes.

—¿Qué intentas decirme?

—No lo intento, lo digo.

El viejo Zhu resopló, deseoso de afirmar su autoridad e intentando tragar y hablar al mismo tiempo.

En un tono peligrosamente bajo, su esposa dijo:

—¿Te avergüenza ser mi hijo?

Da Shan clavó la vista en los fríos ojos de su madre y abrió la boca. El viejo Zhu resopló de nuevo, más alto, pero ninguna palabra salió de su boca. Da Shan lo miró y se echó a reír. Una carcajada larga, sonora y excesiva que se elevó hasta su grado máximo, luego descendió y volvió a empezar.

—¡Un poco más de respeto a tu padre! —le exigió, pero Da Shan rió aún más.

Su madre lo miraba furiosa, pero Da Shan estaba doblado de risa, se le saltaban las lágrimas. Ella dejó los palillos sobre la mesa, se levantó y salió lentamente de la habitación, entró en la cocina y cerró la puerta.

El viejo Zhu la siguió y entró también en la cocina, donde se quedó detrás de su mujer, los brazos caídos sin saber qué hacer. La hilaridad de Da Shan no decrecía, y su padre empezó también a reírse por lo bajo, aunque no sabía de qué. El anciano intentó reprimir su hilaridad, pensó que podría ser peligroso quedarse en la cocina y se retiró al comedor, donde se dejó caer en una silla y le dio rienda suelta a la risa.

La esposa del viejo Zhu miró a ver qué podía destrozar. En la alacena había una extraña colección de platos y cuencos que había ido reuniendo a lo largo de los años, pero no había nada que apreciara realmente. Ya había destrozado todo lo que le gustaba. Agarró la tabla de picar, un grueso trozo de tronco. La levantó con gran esfuerzo por encima de su cabeza y la lanzó por la ventana de la cocina. Los cristales saltaron por los aires: una flor de brillante cristal con una tabla de picar en el centro estuvo un momento suspendida en el aire antes de que la arrastrara la fuerza de la gravedad y se perdiera de vista.

Da Shan se controló, y el viejo Zhu también paró de reír. Da Shan tosió y pestañeó, y su padre esperó, deseando que el hijo volviera a empezar y unirse a él, pero no lo hizo.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó el viejo Zhu, esperando que eso provocara un nuevo ataque de risa.

Da Shan señaló hacia la cocina, donde su madre se rascaba la mano izquierda con las uñas de la derecha. Y se rascó y rascó hasta que le salió sangre. Un reguerito espeso y viscoso color rubí que se le adhirió como una sanguijuela. Se chupó la sangre y se quedó con el sabor metálico en la boca.

Da Shan entró en la cocina. Vio la sangre en la mano de su madre y se la limpió. Ella dejó que le pusiera las dos manos bajo el grifo del fregadero. Da Shan miró a su madre y luego al cristal roto de la ventana.

—Vamos a comer fuera —dijo—. Os invito a comer en el mejor restaurante de la ciudad.

—No malgastes el dinero.

—No te preocupes, tengo mucho.

—Mi comida es mejor —dijo su madre.

—No quiero darte trabajo.

—Eso es lo que tu padre debería haber pensado antes de dejarme embarazada.

—No lo hizo —dijo Da Shan, sonriendo—, pero yo sí lo pienso ahora.

—Pues entonces no tenías que haberte ido nunca.

—He regresado.

—No quiero ir al restaurante.

—No seas tan cortés —la exhortó el viejo Zhu.

—Venga, os llevaré al mejor.

El viejo Zhu agarró a su mujer y la arrastró fuera de la cocina.

—¿Es que no leéis los periódicos? —protestó ella mientras bajaban las escaleras tropezándose los unos en los otros—. ¡Nos envenenarán!

Pero el viejo Zhu la arrastró detrás de su hijo, quien se adelantó y paró un taxi.

—¿Hay algún restaurante realmente caro en la ciudad?

—El Restaurante de la Comuna de la Revolución Cultural —anunció el conductor.

—Bien —dijo Da Shan—, pues ahí es adonde vamos.

El viejo Zhu la metió a rastras en el coche y Da Shan cerró la puerta tras ella.

—¡Llevadme a casa! —insistía ella.

—Sólo quiere ser cortés —le dijo Da Shan al taxista, y éste miró por el retrovisor a la pareja de ancianos que iba detrás.

—Mi madre es igual —comentó sonriendo—. Siempre pensando en los otros.

El vehículo recorrió la oscura calle hacia el abarrotado centro de la ciudad, entre los destellos de las luces de neón, la muchedumbre y las masas de coches y bicicletas. Un rótulo de neón parpadeaba en la oscuridad: «Restaurante de la Comuna de la Revolución Cultural». El taxi se paró delante y bajaron con sendos portazos.

—Diez yuans —dijo el taxista por la ventanilla bajada.

Da Shan le dio quince.

—Quédese con la vuelta.

Al viejo Zhu le entraron ganas de recuperarla, pero no quería dejar mal a Da Shan. Veía a su hijo por primera vez: rico y bien vestido, confiado y cabal.

—¡Madre! ¡Padre! ¡Ya hemos llegado! —anunció Da Shan al tiempo que les hacía una reverencia y les indicaba el camino.

Unas camareras jóvenes y guapas, vestidas con el atuendo tradicional, se acercaron presurosas al taxi. Dan Shan avanzó al frente, mientras las chicas se encargaban de conducir al viejo Zhu y a su esposa a una habitación decorada como una cabaña de montaña. La fotografía del camarada Mao colgaba de una de las paredes, y en todas ellas había carteles con sus máximas escritas en caligrafía roja. De una pequeña cadena de música salían canciones de la Revolución Cultural: *El camarada Mao es el Rojo Sol, El Rojo Sol ilumina nuestras vidas, Nuestro Camarada es el Gran Timonel, El Oriente es Rojo*.

Da Shan eligió una mesa al lado del poema «Nueva ascensión al Chingkang Shan»:

> *No hay nada difícil en este mundo*
> *si uno se atreve a escalar las alturas.*

Y separó dos sillas para que se sentaran sus padres.

—¡Ay! Esto es demasiado caro —dijo su madre.

—¿De verdad puedes pagarlo? —le susurró su padre.

—Amar a otros sin amar primero a los padres es negar la virtud

—dijo Da Shan.

El viejo Zhu asintió, respetuoso: ése era su hijo.

Una camarera se acercó a la mesa. Llevaba el pelo corto e iba tocada con una gorra militar. Tenía los ojos almendrados y castaños claro y su piel era muy blanca.

—La mesa está sucia —dijo Da Shan.

La camarera se ruborizó, alfileres de sangre en sus blancas mejillas.

—Lo siento —dijo, y se inclinó para limpiarla.

—Aquí también —señaló Da Shan. Y ella pasó el paño por donde le decía.

—¿Quieren beber algo? —se volvió a ruborizar.

—¿Madre?

—Quiero agua caliente.

—Mejor toma té.

—No. Quiero agua.

—Mejor té.

Ella no respondió. Da Shan volvió la vista hacia la camarera y dijo:

—Té —se volvió hacia su padre—: ¿Padre?

—Vino blanco.

—¿Qué vinos tienen?

La camarera sonrió.

—Vino de sorgo, vino de arroz, vino de ciruelas, vino de crisantemo.

—¿Cuál es el más caro?

—El de sorgo.

—Está bien. Pues traiga dos botellas.

La camarera lo anotó.

—¿Y para comer?

—Carne en su grasa y pescado en salsa roja. Pollo frito, carpa, tofu ahumado, raíz de loto y sopa Tres Delicias.

—¿Algo más?

—Deberíamos tomar *dumplings*[4] —dijo su madre—, porque por fin volvemos a estar juntos.

—Un kilo de *dumplings* —dijo Da Shan.

La camarera anotó la comanda, sonrió y en sus sonrojadas mejillas se le formaron hoyuelos.

—¿Algo más?

—Un paquete de Marlboro.

—¿Y?

Dan Shan clavó la vista en los ojos almendrados de la chica y dijo:

—No, gracias. Eso será todo.

Cuando llegó el vino. Da Shan sirvió tres copas y propuso un brindis:

—¡Por un hijo desafecto!

—No, no —corrigió el viejo Zhu—. ¡Por la alegría de unos padres!

Bebieron; era un vino de sabor intenso y agreste. Los hombres bebieron dos vasos más antes de que llegara la comida. El alcohol les encendió las mejillas y les puso expansivos. Se reían juntos, y Da Shan encendió un cigarrillo y se lo pasó a su padre, luego se volvió hacia su madre y le dijo:

—¡Venga! ¡Come, come!

Ella no lo hizo. Da Shan cogió con los palillos el mejor trozo del pescado elegido y se lo sirvió en el plato. Cogió la cabeza del pollo y la puso al lado del pescado. Separó un buen pedazo de carpa y lo apiló encima. El plato era un muestrario de partes de animales, pero ella no probó bocado.

—¡Come, come! —le dijo el viejo Zhu.

Ella siguió sin comer.

Da Shan llamó a la camarera, que vino enseguida, sonriendo.

Da Shan señaló a la comida con el cigarrillo encendido.

—Esta comida no está buena. Mi madre no la puede comer. Llévesela.

La camarera puso cara de pena. Asintió y se alejó corriendo en busca del encargado. Acudió el encargado. Era un hombre sonriente, pero en sus ojos se veía la preocupación.

—Esta comida es una mierda —declaró Da Shan—. Mi madre no puede comerla.

El encargado miró los platos.

—Lo siento. Iré a buscar al cocinero.

Acudió el cocinero, limpiándose los dedos en un delantal blanco lleno de manchas. Era un hombre de risa sonora y pronta, pero cuando se vio frente a Da Shan intentó desesperadamente ocultar su desconcierto.

—¿Qué es esta porquería? —exclamó Da Shan—. Mi madre no ha podido probar bocado. ¿Dónde aprendió a cocinar? ¿Con los perros?

El cocinero se disculpó.

—¡No quiero sus estúpidas disculpas, quiero que nos ponga algo que mi madre pueda comer! —exclamó Da Shan furioso, el rostro encendido de cólera y lanzando un lluvia de saliva.

El encargado dio un paso adelante y se dirigió a la anciana de cabello gris.

—Por favor, señora, dígame, ¿qué le apetece comer?

—Lo que me apetece es irme a casa.

—¿Cuáles son los platos más caros de la carta? —preguntó Da Shan.

El encargado preguntó, a su vez, al cocinero.

—¿Qué tenemos en la cocina?

El cocinero se encogió de hombros.

—Cangrejo, sopa de tortuga, hiel de serpiente, escorpiones fritos.

—¡Pues tráigalos todos! —gritó Da Shan, y el viejo Zhu se unió a él y sirvió más vino de sorgo, desbordando la copa de Da Shan y echando todo fuera en la suya.

—¡Tráigalos todos! —gritó el viejo Zhu—. Los platos más caros de la carta —se bebió la copa de un trago, y Da Shan le dio otro cigarrillo.

—¡Más cigarrillos! —gritó Da Shan.

—¡Más vino! —le secundó el viejo Zhu.

—¡Más comida!

La mesa gimió bajo el peso de la cuenta que le entregaron a Da Shan. Mientras contaba el dinero, el kilo de *dumplings* se enfriaba y se hacía un amasijo pegajoso. Un auténtico bestiario no había sido tocado siquiera. El viejo Zhu estaba borracho y ahíto. Su mujer no

había probado bocado. Da Shan la miró con ojos torvos, enrojecidos. Ella se llevó la mano al cabello, con el gesto de una joven esposa.

—¿Ya habéis comido todo lo que queríais? —les preguntó con dulzura.

El viejo Zhu eructó. Da Shan tomó un escorpión, que crujió al morderlo, y lo escupió a medio comer. Estaba borracho y confuso.

—Si ya habéis tenido bastante, comeré yo ahora —dijo su madre, pinzando un *dumpling* con los palillos. Lo sumergió en la salsa picante, se lo llevó a la boca y lo masticó lentamente.

Dan Shan la vio comer con triste satisfacción. Llenó de nuevo las copas de su padre y la suya y propuso otro brindis:

—¡Por tu esposa y mi madre! —declaró.

Y bebieron.

El viejo Zhu miró a ambos.

—El amor filial es la fuente de la civilización —declaró a su vez.

—Un marido es el Cielo. No se puede abandonar el Cielo, ni tampoco al marido —le corrigió su mujer.

Da Shan los hizo callar a los dos. Sirvió el resto del vino y les pasó las copas para que bebieran. Se puso en pie y citó a Deng Xiao Ping: «Ser rico es maravilloso», y se dejó caer en la silla, riéndose.

V

La mujer del viejo Zhu estaba ya en pie preparando el desayuno cuando sonó el despertador. Un pitido prolongado y estridente resonaba en todo el bloque y sacó al viejo Zhu de un sueño profundo. Se desperezó bajo el edredón, se levantó, estiró sus viejos miembros y vio que su cuerpo estaba tan rígido como la retorcidas ramas de un árbol añoso. Fuera llovía, una cálida lluvia primaveral que volvía a teñir de verde el paisaje.

Bueno para el campo, pensó mientras se vestía, bueno para la tierra.

—Está lloviendo —le dijo a su esposa al pasar a su lado camino del cuarto de baño.

—Siempre está lloviendo —repuso ella—. Es lo único que pasa aquí. Lluvia en invierno y lluvia en verano. Parece que vivimos en un orinal.

—Es pronto, estas lluvias tempranas son buenas para el campo —dijo él en tono optimista.

—¿Desde cuándo eres tú un campesino? —preguntó ella, revolviendo la leche de soja—. ¿Desde cuándo te preocupa lo que les pase? Ellos sí que están bien —masculló para sí—. ¿Y nosotros qué? —permaneció parada delante de la olla hasta que la leche hirvió, luego la sirvió en un cuenco grande y llamó—: ¡El desayuno está en la mesa!

El viejo Zhu estaba en el balcón, oliendo la tierra húmeda, el perfume de la primavera. La oyó y entró.

—Creo que hoy voy a plantar alguna cosa —dijo sin dirigirse a nadie en concreto.

—¡Venga! ¡A comer! —gritó su mujer hacia el cuarto de Da Shan —. ¡Desayuno!

Da Shan despertó y sintió la resaca que había aguardado pacientemente toda la noche en su cabeza. Hizo un esfuerzo y se levantó, se visitó y salió y se desplomó en una silla delante de su desayuno. Su madre carraspeó y les llenó los cuencos y trajo a la mesa los bollos al vapor. Los dos hombres comieron en silencio mientras ella no dejaba de hablar.

Da Shan no tenía hambre. Revolvía la leche de soja hacia un lado y hacia el otro, bajo la atenta mirada de su madre, fija en sus movimientos. Ella volvió a carraspear, pero él la ignoró. Carraspeó de nuevo, más fuerte esta vez, y Da Shan levantó la vista. No para mirarla a ella, sino a su padre.

—Estaba pensando —dijo—, ¿qué pasó con el Libro de la Familia?

Su madre oyó que el agua empezaba a hervir y se levantó de un salto, arrastrando la silla sonoramente, y se precipitó a la cocina. El viejo Zhu siguió concentrado en su leche de soja.

—Padre.

El viejo Zhu alzó sus cansados ojos de viejo.

—¿Qué fue del Libro de la Familia?

El viejo Zhu se llevó una cucharada a la boca, pero volvió a dejarla en el cuenco y bajó los ojos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—El Libro de la Familia Zhu, ¿dónde está?

El viejo Zhu miró a la cocina, donde su esposa estaba llenando el termo. Un arco de agua hirviendo entre el pitorro del hervidor y la boca del termo.

—Quiero que me digas dónde está el libro —exigió Da Shan.

—Lo quemé.

—¿Cuándo?

—En 1967.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

Su madre volvió, miró a la cara a su marido y luego a su hijo. Da Shan le devolvió la mirada, los brazos cruzados sobre la mesa.

—Pero, ¿qué os pasa? —preguntó ella.

El viejo Zhu siguió comiendo y Da Shan siguió mirándola.

—Parecéis un par de bueyes viejos —les recriminó—, sin vacas por las que pelearse —ninguno de los dos abrió la boca—. Os lo tenéis merecido, por beber ayer como un par de perros.

El viejo Zhu se aclaró la garganta.

—Da Shan quiere saber qué pasó con nuestro Libro de la Familia.

La anciana parpadeó varias veces, mirando primero al uno y luego al otro.

—Ya le he dicho que lo quemé —afirmó el viejo Zhu.

—Eso hiciste —corroboró ella.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Da Shan.

—Tuvimos que hacerlo —respondió ella.

Terminaron de desayunar en silencio, aunque en sus cabezas no se interrumpiera la conversación. Cuando dejó el cuenco limpio, el viejo Zhu se levantó de la mesa y fue al baño. Carraspeó y escupió ruidosamente, luego echó un cubo de agua al váter. Salió del baño tarareando el himno nacional y se agachó para ponerse las botas.

—¿A dónde vas? —le preguntó su mujer—. Está lloviendo.

—Sí, pero poco —dijo él a modo de respuesta.

—Te mojarás.

Él se ató el cordón de la bota izquierda, y empezó con el de la derecha.

—Me pondré un impermeable.

—¿Por qué tienes que irte ahora?

—Es el momento de plantar las cebollas.

—¡Las cebollas! ¿Por qué me casaría con este viejo chocho? ¡Sólo quiere estar en el huerto!

El viejo Zhu se puso un impermeable del ejército. Era una prenda pesada, de color verde y con una gran capucha que él se echó sobre la cabeza. Luego salió por la puerta.

—¿Y tú a dónde vas? —le preguntó su madre a Da Shan cuando vio que él también se levantaba de la mesa.

—A ningún sitio.

—¿Por qué no? No me gusta tenerte rondando por la casa.

—Pero, ¡si ésta lloviendo! —exclamó Da Shan, y ella farfulló una respuesta.

Da Shan se lavó los dientes y luego fue al despacho de su padre. El ambiente estaba cargado con los recuerdos y el olor de los libros. En ese cuarto recitaba él de niño los poemas que le obligaban a aprender. A los diez años ya se sabía todos los clásicos, las palabras de Mao Zedong y las de Karl Marx también, pero los clásicos antiguos eran los más difíciles. Estaban llenos de extrañas referencias, de caracteres que ya no se empleaban, y su padre le pegaba cuando se equivocaba.

—Estos estúpidos poemas ni siquiera riman —le había dicho a su madre una vez, y su padre le había oído.

—¡Cómo te atreves a decir eso! ¡Eres un pequeño burgués traidor! —le había gritado su padre mientras le pegaba; por entonces el viejo Zhu no era un anciano de cabello blanco, y Da Shan no era más que un niño—. Hace mil años la gente ya estudiaba estos poemas —le había dicho furioso antes de dejarle la palma de la mano marcada de rayas rojas con la caña de bambú.

La infancia de Da Shan había estado puntuada de palizas. Y cada zurra le dejaba aún más convencido de que todos los problemas de China estaban íntimamente relacionados con su poesía y con el hecho de que su mejor poesía no rimaba.

Ahora se quedó de pie en medio de la habitación y capeó la tormenta de imágenes y recuerdos, que el tiempo había cicatrizado. Recorrió la estantería buscando un libro, lo sacó y se sentó a leer.

La madre de Da Shan lavó los platos del desayuno y empezó a limpiar la casa, siguiendo en sus movimientos una trayectoria regular, consistente en un amplio círculo cuyo centro era el dormitorio. Cuando hubo limpiado la cocina, el cuarto de baño, la sala de estar-comedor y el balcón, entró en el dormitorio y limpió rápidamente alrededor del armario. Limpió todo el piso, salvo el despacho, donde estaba leyendo Da Shan. Le molestaba que estuviera allí, pues estaba acostumbrada a tener la casa para ella sola.

Se pasó la mañana asomándose a intervalos regulares en el umbral para ver qué hacía, pero Da Shan no levantaba la vista ni le decía nada, aunque ella estaba segura de que la veía. Como represalia, encendió la radio, bien alta; empezó a cortar el cerdo y la berenjena para la comida; machacó los ajos con el mango del cuchillo y los desmenuzó. Y siguió armando ruido hasta que éste se

convirtió en un fin en sí mismo y ya ni se acordaba por qué había empezado a hacerlo. Poco a poco, la radio se fue desintonizando hasta que se oían más las interferencias que las palabras, así que volvió a sintonizarla y subió el volumen cuando dieron el boletín horario. Todas las noticias eran buenas, pero el mundo en que ella vivía estaba totalmente del revés.

Cuando el yin y el yang están desequilibrados
se enfanga el mundo.

Desde luego era cierto en Shaoyang, pensó, y encima con toda esa lluvia.

Da Shan no salió del despacho hasta que su madre empezó a calentar el aceite en el *wok*[5].

—Hoy comemos pronto —comentó él.

—¿Cómo sabes cuándo comemos? Comemos cuando la comida está preparada, entonces es cuando comemos.

Del aceite salían unos largos tirabuzones de humo cuando él se recostó en el marco de la puerta de la cocina con un libro de poemas en la mano. Lo blandió en el aire.

—Padre nunca me hizo leer éstos —se rió.

Ella lo miró de reojo, pero no respondió. En el lomo del libro se leía: *Diez mil poemas de la Dinastía Tang*.

—¿Desde cuándo te gusta la poesía? —dijo ella—. Siempre la odiaste.

Da Shan pasó por alto el comentario y leyó un título: «Poema de Li Bai a Du Fu».

Ella lo miró a él y al libro, y frunció el gesto mientras él recitaba los versos, leyendo deprisa y disparatadamente. Entonces Da Shan se detuvo y repitió los dos últimos versos que había leído.

¿Por qué te has quedado tan delgado, Du Fu?
Debes de padecer un exceso de poesía.

Su madre no rió.

—¿Sabe tu padre que estás hurgando en sus libros? —le

preguntó.

—Estaba buscando algo.

—¿Y lo has encontrado?

—No.

—¡Bah!

Da Shan bajó el libro y lo dejó colgando del brazo.

—¿Qué fue del Libro de la Familia? —preguntó.

—Tu padre lo quemó.

—¿En 1967? ¿Por qué?

—Era algo del pasado —dijo ella subiendo el fuego—. Era peligroso guardarlo.

—¿Crees que recordará algo de su contenido?

—No lo sé —dijo; el aceite humeaba—. Pregúntale a él.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, de tu familia.

Lo miró fijamente.

—¿De dónde eran? —preguntó él.

—¿Por qué te interesa tanto la historia? —respondió ella, levantando el *wok* del fuego—. ¿Cómo me voy a acordar de esas tonterías? Todo está pasado y acabado.

Da Shan siguió apoyado contra el marco de la puerta; pasaba unas cuantas páginas del libro, encontraba un poema o un verso y volvía a pasar las páginas. Su madre puso el *wok* de nuevo en el fuego, echó el cerdo al aceite hirviendo, que siseó y salpicó con la malevolencia de un gato arrinconado, se apartó unos segundos hasta que se calmó y bajó el fuego. Da Shan la observó revolver los trocitos de carne hasta que el rojo crudo se tornó rosa cocido.

—No recuerdo de dónde eran —dijo su madre de pronto—. Creo que de Suzhou.

Da Shan levantó la vista.

—¿Quiénes? ¿Tu familia?

—Sí.

—¿Y a qué se dedicaban?

—Eran policías.

—¿Comunistas?

Su madre no respondió.

—¿Eran del Kuomintang?

—Tal vez.

Da Shan continuó hojeando el libro. Tras una larga pausa, preguntó:

—¿Entonces cómo es que tú te fuiste con los comunistas?

—No lo recuerdo —contestó ella—. Fue hace mucho tiempo.

Se sentaron y comieron en silencio, esperando todos que alguno dijera algo, pero ninguno habló. El viejo Zhu limpió el cuenco hasta el último grano de arroz, se enjuagó la boca con un sorbo de té, para quitarse los restos de comida de entre los dientes, y tragó antes de levantarse y volver al huerto.

Da Shan se quedó mirando cómo su madre recogía la mesa, echando todos los restos en un plato que vació luego en el cubo de la basura. Cuando la había visto el día de su llegada, le había parecido muy vieja. Estaba claramente envejecida. Pero en el tiempo transcurrido desde su regreso se le habían estirado las arrugas y enderezado la espalda, como un bambú combado que vuelve sin esfuerzo a su posición original.

Salió a fumar un cigarrillo al balcón, miró hacia los huertos, donde la cabeza blanca de su padre se inclinaba y se elevaba y se hundía, cavando la tierra. Cuando terminó el cigarrillo, entró y se quedó en la puerta de la cocina, apoyado contra el marco.

—¿Has estado alguna vez en Suzhou? —le preguntó a su madre.

—No —dijo ella, remangándose para empezar a fregar los cacharros—. No desde la liberación.

Continuó fregando, y él la observó en silencio.

—¿Cómo era tu padre?

Su madre se volvió y lo miró.

—Era muy simpático. Tú te pareces a él.

—¿De verdad? —exclamó Da Shan, sorprendido, y cruzó los brazos.

—Era un hombre muy culto —añadió ella—. Nos envió a la mejor escuela de la zona, aunque fuéramos niñas.

—¿Y tu abuelo?

—No lo conocí. Nosotros vivíamos en la ciudad. Tenía negocios, creo. Comerciaba con seda. Todos en el pueblo comerciaban con seda. Se exportaba a países lejanos, a América y la India. Eso

decían.

—¿Por qué se unió tu padre al Kuomintang?

Su madre rió sin ganas.

—Quería liberar China de todos los imperialistas. Por eso.

—Pero si estaba en la policía.

—Sí.

—¿Qué hizo después de la liberación?

—Se marchó a Taiwan con Chiang Kai-shek.

—¿Volviste a saber de él?

—No.

Da Shan asintió. Su madre pasó un paño a la cocina.

—¿Y qué pensaba de que tú fueras comunista?

—¡Oh! Tardó mucho tiempo en enterarse. Mucho tiempo. ¡Yo espiaba a mi propio padre! —se rió—. ¡Qué hija más mala era! —sin soltar el paño buscó algo más para limpiar, pero no lo encontró y volvió a limpiar el lateral de la cocina—. Le contaba a los comunistas a quién veía mi padre, qué hacía. Quise pedirle perdón, decirle que estaba equivocada. Pero me devolvieron la carta; había muerto, claro.

Un pensativo silencio llenó la habitación.

—¿Cuándo conociste a mi padre? —preguntó Da Shan pasado un rato.

—¡Oh! Inmediatamente antes de la liberación.

—¿Cómo era entonces?

—Muy guapo.

—¿Era comunista?

—Sí, claro, sí. Era profesor. Así nos conocimos. Fue mi profesor y mi introductor al socialismo y al patriotismo.

Dan Shan guardó silencio, mirando a su madre vaciar la tina de fregar y escurrir el paño. Limpió el fregadero y colgó el paño a secar.

—¿Cómo eran las cosas en 1967?

—¿Tú no lo recuerdas?

—Lejanamente. Pero era pequeño entonces. Tengo un recuerdo vago.

—¡Bah! Todo era un caos.

—¿Fue entonces cuando quemasteis el Libro de la Familia?

—¿Eso es lo que te dijo tu padre?

Da Shan asintió, siguiéndola con la vista mientras limpiaba los grifos y el borde del fregadero, volvía a escurrir el paño y lo ponía a secar otra vez.

—¿No es verdad? ¿Cuándo lo quemó?

—No lo sé.

—Pero, ¿tú lo viste alguna vez?

—No.

—¿Entonces lo quemó antes de conocerte?

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

—Sólo quiero enterarme de vuestra historia.

—Tu padre se la sabe.

—¿De verdad?

—Claro, tuvo que aprendérsela de niño.

—¿Y la recuerda todavía?

—¿Has vuelto para preguntarme todas estas tonterías? —dijo su madre y, empujándolo a un lado, salió al comedor.

Da Shan fue tras ella e iba a hacerle otra pregunta, pero entonces vio su cara de poco amigos mientras limpiaba la mesa y lo dejó. Sonó el teléfono, y los dos hicieron ademán de ir a cogerlo, pero su madre llegó primero.

—¡Diga! —gritó—. Sí. Está… ¿Quién le llama? —escuchó y luego le pasó el auricular—. Es para ti.

Da Shan lo cogió.

—¡Sí! —dijo, y su madre empezó a patrullar el cuarto en busca de una mota de polvo—. ¿Quién llama? —hubo un momento de silencio antes de que Da Shan volviera a hablar—. ¡Pan Zhudo! Sí, mucho.

Mientras inspeccionaba buscando polvo que limpiar, la esposa del viejo Zhu prestó atención a lo que decía su hijo.

—¿Esta tarde? Está bien. Desde luego. A las cinco y media. ¡Fantástico! —oyó decir a Da Shan antes de colgar.

»Era Pan Zhudo —le comunicó Da Shan a su madre.

—Ya lo sabía —bajo las aceradas cejas, sus ojos miraban con dureza.

—¡Oh! Sólo me ha invitado a cenar. Se acaba de enterar que he vuelto. Me ha organizado un banquete.

—¿A qué se dedica ahora?

—Todavía está en el ejército. Es el encargado de uno de sus

locales de karaoke.

—Era un buen amigo tuyo —dijo ella, como si le estuviera advirtiendo de algo.

—Lo sé —repuso él—. Lo sé.

Da Shan decidió tomar un taxi hasta el Club Patriótico de Karaoke Número Uno. Cuando salía del recinto de la fábrica, le pareció oír que le llamaban. Era una voz masculina.

—¡Eh, tú! —volvió a oír la voz, y medio se volvió para ver quién era.

»Sí, tú —gritó el hombre.

Da Shan se detuvo.

—¿Eres Da Shan? —preguntó el hombre. Tenía el cabello cano, cortado al cepillo, y su ojo izquierdo era más grande que el derecho, que estaba medio cerrado—. Encantado de conocerte —el hombre sonrió—. Yo soy Wang Fang.

Tenía una sonrisa demasiado fácil, y había en él algo desagradable, que no eran sus ojos, ni las confianzas que se tomaba, ni el sudor de sus manos.

—Creo que no le conozco —dijo Da Shan.

—No, no me conoces —confirmó el hombre—. Pero yo sí te conozco a ti.

—¿Ah sí?

—Pues sí.

Da Shan esperó para hablar.

—Llevo prisa.

El hombre sonrió.

—Lo sé todo de ti.

—Enhorabuena.

—No… Lo sé todo de ti… —el hombre buscó la palabra—, todas las cosas que has hecho.

—Bien.

—No pareces entender lo que digo.

Da Shan dio un paso adelante. No podía saber si lo que el hombre quería era dinero o qué.

—¿Entender qué?

El hombre extendió los brazos.

—No quiero problemas.

—¿Qué era lo que intentaba decirme, entonces?

—No estoy intentando decir. Lo he dicho.

—Bien —dijo Da Shan—, entonces se puede volver por donde ha venido.

El hombre se ajustó la chaqueta del traje y se mesó el cabello.

—Sólo quería avisarte —dijo—. No vuelvas a meterte en nada. No lo hagas si sabes lo que te conviene.

—Gracias por el consejo.

—Eso es todo lo que quería decirte.

—Pues ahora que lo ha dicho, ya se puede ir.

—No lo olvides —dijo el hombre cuando Da Shan lo dejó atrás; y luego lo repitió gritando—: ¡No lo olvides!

Le llevó quince minutos de taxi llegar al Club Patriótico de Karaoke Número Uno. Un toldo de luces de fantasía colgaba sobre la puerta, y un neón con el nombre del local lanzaba sus destellos junto a otro con la palabra inglesa «OK-OK-OK», que alternaba el azul, el rojo y el verde. En la puerta, dos sonrientes muchachas, tiesas como estatuas y vestidas con la indumentaria tradicional de seda bordada, le hicieron una leve reverencia al entrar. Se detuvo en el vestíbulo y echó un vistazo alrededor; se estaba preguntando qué hacer cuando una chica de corta estatura y aspecto delicado salió de entre las sombras. Tenía la cara empolvada de blanco, y sus labios, pintados con un carmín rojo como la sangre, se separaron y revelaron una sonrisa de dientes amarillos.

—¿Le puedo ayudar, señor?

—Soy Da Shan. He venido a reunirme con el comandante Pan.

—Por aquí —inclino la cabeza y le condujo por una escalera alfombrada hasta un reservado situado al fondo de un largo pasillo. Se paró en la puerta, le lanzó una rápida mirada con sus ojos de media luna y dijo—: Por favor, señor —y abrió la puerta.

Era una habitación pequeña, empapelada en rojo y oro; había varios soas azules pegados a las paredes, una pantalla gigante de televisión y, en el medio de la habitación, una mesa redonda con el centro giratorio. Seis oficiales del ejército estaban arrellanados en los sofás. Uno de ellos cantaba karaoke en un micrófono. Todos se

pusieron en pie y se acercaron a la puerta al entrar Da Shan. Delante de todos, la cara sonriente de Pan Zhudo.

—¡Da Shan! —dijo Pan Zhudo, extendiendo una mano regordeta—. ¡Da Shan, viejo amigo! ¡Qué buen aspecto tienes!

—¡Y tú también! —dijo Da Shan—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Demasiado, demasiado —dijo Pan Zhudo sin soltarle la mano—. Te presento a mis amigos: el chófer Zhang, los oficiales Song y Wan, el diputado Guo y el subcomandante Jiao.

Da Shan se presentó y les fue estrechando la mano a todos ellos.

—¿De qué se conocen usted y el comandante Pan? —preguntó el subcomandante Jiao, mientras el chófer Zhan le ofrecía un Marlboro.

—Fuimos juntos a la universidad, luego yo me hice profesor y él entró en el ejército.

Pan Zhudo encendió un cigarrillo y proclamó:

—La enseñanza es la profesión más honorable bajo el sol.

—Salvo que yo era como una vela: iluminaba a los otros y me consumía yo mismo —dijo Da Shan.

Todos rieron, ¡ja, ja, ja!

—Siempre fuiste un bromista —dijo Pan Zhudo.

—No, qué va.

—Fijaos, amigos míos, si no es modesto —dijo Pan Zhudo.

—Demasiada modestia equivale a orgullo.

—¡Ja, ja, ja! —rieron estrepitosamente—. ¡Ja, ja, ja!

Pan Zhudo tosió.

—Ya lo ves. ¿Qué te había dicho? Vamos a sentarnos —dijo, indicándole un asiento frente a la puerta—. Por favor.

Da Shan tomó asiento, y los otros se sentaron en torno a la mesa conforme a su rango. Pan Zhudo a su lado, y el subcomandante Jiao directamente enfrente. Tres chicas entraron con los aperitivos. Iban vestidas con *cheongsams*[6] rojos, a juego con las paredes, tacones altos y unos complicados moños a la altura de la coronilla que amenazaban con venirse abajo cada vez que inclinaban la cabeza. Da Shan las observó guardar el equilibrio mientras ponían sobre la mesa unos platitos con carne fría, piel de tofu en salmuera, verduras fritas crujientes y cacahuetes hervidos. Cuando terminaron salieron lentamente de la habitación, caminando hacia atrás. Y volvieron a entrar unos momentos después con más comida. Una vez la mesa

quedó tapada por un montón de platos caros, las camareras volvieron a ocupar sus posiciones, pegadas a la pared, y esperaron.

—¿Dónde está el vino? —gritó Pan Zhudo desde el otro lado de la mesa—. ¡El vino!

Las tres chicas se ruborizaron y la más bajita no pudo contener la risa, ofreciendo una breve visión de sus dientes blancos y desiguales según se retiraba caminando de espaldas y cubriéndose la boca con la mano. Pan Zhudo se rebulló, incómodo, y luego se echó a reír, ¡ja, ja, ja!

Todos rieron con él.

Da Shan se unió a ellos, ¡ja, ja, ja!, luego calló y dejó que los otros continuaran. Todos seguían riendo cuando la chica volvió con una botella de vino de ciruelas, y todavía siguieron soltando alguna desganada carcajadas mientras ella vertía el vino en una tetera de porcelana con dibujos verdes. Por fin, la chica le dio la tetera a Pan, quien sonrió a sus invitados. Las risas pararon, y la camarera se retiró, deslizándose de espaldas hasta su lugar, pegada a la pared.

—¡Bien! —exclamó Pan Zhudo—. ¡Ya podemos empezar!

Cuando todas las copas estuvieron llenas, Pan anunció el primer brindis:

—¡Por el regreso de un amigo perdido! —propuso, y todos bebieron.

El subcomandante Jiao propuso un segundo:

—¡Por la riqueza y la prosperidad!

Pan Zhudo se lanzó con un tercero:

—¡Por el éxito de nuestra empresa común!

—¡Salud! —gritaron los oficiales del ejército, y vaciaron sus copas.

Apenas habían empezado con los aperitivos fríos cuando ya se los estaban llevando, sustituyéndolos por aromáticas carnes y verduras calientes.

—Raíz de loto agridulce —anunció Pan Zhudo.

Todos lo probaron y farfullaron muestras de aprobación: entonces lo retiraron de pronto y otro plato apareció en la mesa.

—¡Cerdo en salsa roja! —volvió a anunciar Pan Zhudo.

—Huevos al vapor.

—Alas de fénix.

Pan Zhudo miró a una de las camareras:

—¿Qué es esto?

—«Las hormigas suben por el bambú» —respondió la camarera en voz baja.

—¡Ajá! —asintió Pan Zhudo, y sirvió una cucharada en el plato de Da Shan—. Las hormigas suben por el bambú.

—¡Umm! —exclamó Da Shan—. Verdaderamente delicioso, y alargó el brazo para probar otro de los platos, pero ya había sido sustituido.

A la izquierda, «Pescado del lago Oriental».

A la derecha, «Carne con melaza».

«Callos tricolores», frente a él. Y «Col rojo coral», que vino a sustituir al pescado.

Cuando todos estuvieron lo bastante confusos sobre qué plato era qué, las tres camareras descendieron sobre la mesa en un remolino de brazos y sonrisas y los recogieron. Luego volvieron con una enorme olla de cobre que depositaron entre las tres sobre la mesa.

—La especialidad de la casa —declaró Pan Zhudo, señalando con los palillos—. «Guiso de tres perros».

—¡Eso hace sangre! —dijo el subcomandante Jiao.

—¡Y te da calor en invierno! —añadió el conductor Zhang.

—¡Igual que una esposa! —dijo Da Shan.

—¡Ja, ja, ja! —rieron todos a coro—. ¡Ja, ja, ja!

—¿Y cómo va entonces el negocio? —preguntó Da Shan.

—Bien, muy bien —respondió Pan Zhudo—. En Shaoyang, el Ejército Popular de Liberación posee las dos discotecas, el mejor restaurante y la mayoría de los locales de karaoke.

—Excelente.

—Y hemos pensado pasar al negocio inmobiliario. Ahí es donde entras tú —dijo Pan Zhudo, poniéndole una mano en la rodilla—. Me han dicho que te fue muy bien en Shenzhen. Necesitamos capital, y pensé que tal vez tú podrías presentarnos a cierta gente que conoces.

—Espero poder ayudaros.

—Seguro que podrás —dijo Pan Zhudo, sirviéndose más guiso—. Con lo buenos amigos que somos.

—Desde luego —ratificó Da Shan, y sintió que todos le escrutaban, salvo Pan Zhudo, que seguía hablando expansivamente.

—¿Quién diría —dijo Pan Zhudo— que hace menos de diez años mi amigo, aquí presente, estaba en la cárcel? Y miradlo ahora: ¡un hombre de éxito!

Todos los ojos se volvieron para escrutarle.

Da Shan sonrió.

—Era joven e insensato —dijo, y los oficiales le sonrieron.

—Pero eso es historia pasada —les tranquilizó Pan Zhudo—. Ya no le preocupa a nadie.

Efectivamente, a nadie le preocupa, pensó Da Shan, pero entonces les preocupaba a todos. Y les devolvió la sonrisa y soltó una risita forzada. Ja.

El resto de la comida se fue haciendo más lento, a medida que los comensales paraban de comer. Cuando todos hubieron terminado, se pusieron en pie.

—Ha sido un placer volver a verte, Da Shan —dijo Pan Zhudo, acompañándolo hasta las escaleras.

—Yo también he pasado un rato estupendo —afirmó Da Shan.

—Una buena velada —opinó el subcomandante Jiao.

—Muy buena —ratificó Da Shan.

El grupo de oficiales uniformados de verde condujo a Da Shan hacia el coche, y Pan Zhudo le metió una cajetilla en el bolsillo.

—¡Ah, Pan! —dijo Da Shan ya en la portezuela del coche. Le puso un brazo en el hombro y lo atrajo hacia él—. Sólo quiero que sepas —dijo muy serio— que no he vuelto para meterme de nuevo en líos. De verdad. Todo aquello quedó atrás.

—Claro, claro —asintió Pan Zhudo—. ¡No te preocupes por eso!

—Está bien —dijo Da Shan—. No quiero que haya malentendidos —miró fijamente a Pan Zhudo—. No sé… Cuando venía hacia aquí he tenido una extraña conversación… —dijo, y se interrumpió, dejando que el silencio hablara por él—. No sé si tienes amigos en la policía.

—Comprendo —Pan Zhudo frunció los labios y asintió con la cabeza—. Conozco a una persona. Es un buen amigo. Hablaré con él.

Da Shan estrechó largamente la mano de Pan Zhudo, y todos sonrieron.

—¡Por nuestra futura empresa! —exclamó, y subió al taxi.

Los oficiales se alinearon bajo la marquesina de luces y le despidieron agitando la mano.

—¡Buen viaje! —gritaron cuando el taxi arrancó—. ¡Buen viaje!

El taxista iba dando voces y escupiendo por la ventanilla, y Da Shan cerró los ojos y gimió.

—¿Viene de darse un masaje? —le preguntó el taxista.

—No.

—¿No?

—No.

El taxista encendió la radio; era un programa sobre la delincuencia en el que los radioyentes podían llamar para dar su opinión.

—Eso es basura —dijo Da Shan.

El taxista apagó la radio, se volvió hacia Da Shan y le sonrió.

—Me han dicho que ahí tienen unas chicas de Miao muy bonitas.

—En verdad.

—Demasiado caro, para mi gusto.

—Escuche —dijo Da Shan—. Sólo he ido a cenar.

—¡Ah! —asintió el taxista y dio un frenazo ante un semáforo en rojo—. ¿Es amigo de esa gente? —preguntó.

—No —dijo Da Shan—. Le debía un favor a uno de ellos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

El taxista tomó una cajetilla del salpicadero y se la ofreció a Da Shan, quien cogió dos, los encendió y le pasó uno.

—Sí —repitió.

El taxista dio una calada, subió la ventanilla hasta la mitad y siguió conduciendo sin prisa por las calles vacías. Da Shan apagó su cigarrillo, apoyó la cabeza en la ventanilla, y el frescor del cristal le reconfortó un poco. Le pareció que el aire era demasiado caliente y que la ciudad estaba a oscuras, salvo por las borrosas luces de neón que veía por el rabillo del ojo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el taxista.

—No.

—¿Va a vomitar?

—Sí.

El taxista se arrimó al bordillo y detuvo el vehículo. Da Shan abrió la puerta y vomitó en la calzada; eructó y volvió a vomitar. El taxista apoyó el codo en su ventanilla, fumando y viendo pasar a la gente por las maltrechas aceras camino de sus casas. El aire no era ni frío ni caliente. Exhalaba el humo hacia las nubes mientras Da Shan se quejaba.

—¿Se siente mejor?

—Sí, mucho mejor —mintió Da Shan, cerrando la puerta del vehículo.

—¿Está seguro?

—Sí.

El taxista lanzó la colilla a la noche y arrancó.

—¿A dónde decía que íbamos?

—Siguiendo el río —respondió Da Shan—. A la Fábrica de Cohetes Espaciales.

Cuando el taxi lo dejó a la entrada de la fábrica, Da Shan no fue directamente a las escaleras del bloque de sus padres, sino que dio una vuelta por el recinto hasta que el mundo dejó de moverse bajo sus pies. Bien pasada la medianoche, se tambaleó de vuelta a casa y abrió la puerta sin hacer ruido, por si su madre estaba esperándolo, pero hacía rato que había desistido y se había ido a acostar.

Da Shan se dejó caer en el sofá y se rascó la cabeza. Fumó un cigarrillo y se dio un masaje en las sienes. Después de tomarse una taza de té tibio, se levantó, abrió la puerta del despacho de su padre y se dirigió a la mesa. Vaciló un momento y luego corrió la silla y se sentó. Sacó una hoja de papel del cajón superior izquierdo, que se atascó al cerrarlo, volvió a abrirlo y esta vez se deslizó con suavidad. Da Shan suspiró profundamente, se dio un masaje con los dedos en las sienes. Colgados en la pared, detrás de la mesa, había dos pergaminos escritos: «Si quieres conocer la verdadera naturaleza del pino —decían—, habrás de esperar hasta que se funda la nieve».

Las ocas salvajes volaban bajas sobre la ciudad, migrando hacia el Oeste. Da Shan las oyó llamarse unas a otras en el momento en que tomaba el pincel de la escribanía y abría el cuaderno sobre la mesa. Había un tubo y una piedra de moler la tinta. Enderezó el

cuerpo, bien equilibrado frente a la mesa, y extrajo un poco de tinta. Humedeció el pincel en ella. Una casa fría, una hoja de papel en blanco y la punta negra del pincel. El principio de la primavera.

Bajó el pincel al papel y comenzó:

«Me llamo Da Shan. Nací en 1960, en el Año del Ratón. Estoy escribiendo en el año cuarenta y ocho de la Dinastía Comunista».

Comprobó la tinta que quedaba en el pincel. Lo mojó un poco más. Las ocas se alejaban de las luces de neón y del ajetreo de las calles y sobrevolaban las desiertas colinas y el Templo de la Virtud Armoniosa.

Da Shan siguió escribiendo:

«Por cada hombre que producen los cielos, la tierra proporciona una sepultura. Mis antepasados se remontan al inicio de los tiempos. Yo soy uno de ellos y los seguiré adondequiera que se hayan ido. Mi padre es el único que conozco. Era funcionario del Partido Comunista. Mi madre, también. Esta rama de mi familia acaba en mí. Tengo un hija llamada Pequeña Flor. Su madre y yo estamos divorciados. No habrá más hijos que continúen nuestra rama».

Da Shan escribió los detalles que le había contado su madre de su propia familia, comprobando de vez en cuando si el pincel tenía tinta y escribiendo los caracteres en la página con unas pinceladas claras, definidas.

«Las historias se parecen a las familias —escribió en otra hoja—. Sólo tienen principio en los libros. Trazar la línea de los antepasados es igual que intentar contar las estrellas; es sólo un comienzo».

Da Shan oyó el graznido de las ocas que cruzaban volando la ciudad. Se acercó a la ventana y distinguió su aleteo, dirigiéndose hacia el Este y llamando a las pálidas estrellas.

VI

En la ciudad reina, una madre y su hijo contemplaban el paso de la luna, que ardía, muy bajas sobre las montañas. Era otoño, y las hierbas estaban altas y secas. Pequeño Dragón tiritaba, y Liu Bei miraba al cielo nocturno y señalaba las nubes oscuras, que pasaban veloces, compitiendo por ocultar la luna.

—¡Mira! —dijo.

—¿Qué?

El brazo y el dedo estirado de Liu Bei señalaban el lucero estrella de la tarde, que titilaba sobre las montañas.

—¿No ves esa estrella?

—¡Si! —exclamo Pequeño Dragón, y se puso a dar palmas.

—Es un planeta.

Pequeño Dragón permaneció sentado, preguntándose, en silenciosa e ignorante admiración, qué sería un planeta. Liu Bei lo meció en sus rodillas y le hizo el caballito para que se riera.

—¿Quién es el niño más fuerte? —dijo.

—¡Yo! —exclamó Pequeño Dragón.

—¿Quién es?

—¡Yo!

—¿Quién es yo?

—¡Yo!

Ella miró alrededor, barriendo con los ojos todo lo que la rodeaba, salvo al niño.

—¿Quién? —dijo.

—¡YO! —Pequeño Dragón gritó, golpeó el suelo con el pie y retrocedió, riendo.

—¡YO-YO-YO!

Sentados junto a la ventana, contemplaban la luna creciente. Los

dedos de la madre recoman los conocidos caminos entre el sedoso cabello negro de su hijo; le rascaba el cuero cabelludo y luego volvía a acariciarle suavemente. El viento del Oeste arrastraba nubes negras como la tinta, que emborronaron la luna y las estrellas, hasta que Liu Bei y Pequeño Dragón sólo miraban un cielo oscuro en el que no había forma de saber dónde estaba el Este o el Oeste.

—Se ha ido la luna, mamá.

Liu Bei se inclinó y le susurró al oído:

—Porque le ha dado vergüenza.

—¿De qué?

—De que la mires.

—¿Y si no miro volverá a salir?

—Tal vez.

Pequeño Dragón se tapó los ojos con la mano, y espió entre los dedos.

—¡No ha salido! —protestó.

—¡Tienes que darle más tiempo!

Volvió a taparse los ojos y a espiar entre los dedos.

—¡Te veo! —dijo su madre.

Sus dedos se cerraron como tijeras.

—¡Te sigo viendo!

—¡Ahora no estoy mirando!

—¡Claro que sí! —le hizo cosquillas bajo los brazos—. ¡Estabas mirando!

Pasaron la velada viendo en la televisión un espectáculo de variedades. Estrellas del pop cantaban los grandes éxitos de Hong Kong y Taiwan, y Liu Bei iba tarareándolas al mismo tiempo. Pequeño Dragón escuchaba y reía, y su madre le acariciaba la cabeza y continuaba cantando bajito. Siguió canturreando hasta que al final todos los artistas se reunieron, y la orquesta atacó los primeros compases del himno nacional.

—Venga, jovencito —dijo Liu Bei, cogiéndolo en brazos—. ¡A dormir!

—¿Puedo quedarme un ratito más?

—¡Pero si ya estás muy cansado!

—¡No quiero acostarme! —Pequeño Dragón hizo pucheros y le tembló el labio inferior.

—¿Quién es el niño más fuerte? —preguntó su madre, paseando sus dedos cual hormigas por el cuerpo del niño para hacerle cosquillas. Él le apartó la mano, y sus ojitos se llenaron de lágrimas —. ¿Y si mañana fuéramos a remontar la cometa?

—No quiero ir a jugar con la cometa. Quiero ir a casa de la abuela. No me gusta la cometa.

—¡Vaya, vaya! —le consoló su madre mientras lo llevaba a la cama. El niño cerró la mano en un minúsculo puño y le dio a su madre en la cabeza—. ¡Eh! ¿A quién estás pegando?

—¡A ti!

—¿Por qué?

El pequeño se volvió y no respondió.

—¿Eh?

El enojo le tensó la nuca, y siguió en silencio.

—¿Eh?

El niño siguió callado.

—¡Vaya, vaya! —dijo Liu Bei, acariciándole la cabeza. La carita del niño se contrajo en una ceñuda mueca—. Venga, pues. Te dejo dormir en mi cama —le hizo cosquillas detrás de la oreja—. ¿Qué te parece eso?

El niño le rodeó el cuello con los brazos y hundió la cabeza en su hombro. Lo llevó hasta el dormitorio y lo acostó en la cama. Le quitó los zapatos y los calcetines.

—Venga… ¿Quién pasa primero al baño? —dijo Liu Bei, intentando sonreír.

—¡Yo! —contestó el niño, bajándose de un salto de la cama y corriendo descalzo.

Liu Bei se sentó en el borde de la cama y se volvió para mirarse en el espejo roto. Observó el reflejo quebrado de su cara, mientras fuera se oía silbar al viento. Si no hubiera tenido al niño, su reflejo no se vería tan exhausto y deteriorado. Tampoco estaría soltera, pensó. Fuera, una fuerte ráfaga de viento hizo susurrar los árboles. De pronto se preguntó si él lo oiría también allí donde estuviera.

Pequeño Dragón volvió corriendo y se subió a la cama. Apartó el edredón y se lo echó encima, no dejando fuera más que los ojos.

—¿Te has lavado los dientes?

El niño asintió con gesto solemne y Liu Bei fue al baño. Cuando salió, se quedó en momento en el umbral, apagó la luz y se desvistió. Las ropas caían al suelo con un susurro, y Liu Bel sintió la caricia del frío al avanzar hacia la cama. Sacó una camiseta de debajo de la almohada, se la puso y se metió en la cama al lado de su hijo. Era pequeño y cálido y estaba acurrucado como un feto. Se giró cuando la sintió a su lado y hundió la cabeza en su costado; una posición incómoda, pero reconfortante para Liu Bei.

La cama se fue calentando, y Liu Bei permaneció tumbada boca arriba, con los ojos abiertos, pasando la mano por el sedoso cabello de su hijo y escuchando el rumor de los árboles movidos por el viento.

De pronto, la vocecita de Pequeño Dragón surgió de debajo de las sábanas.

—Mamá…

Ella le pasó un dedo por detrás de la oreja, distraída.

—¿Umm?

—¿Cómo es papá?

—Es muy alto y muy fuerte —respondió.

—¿Se parece a mí?

Ella intentó sonreír.

—¡Oh, claro! Y le gustan las cometas y los libros.

Se quedaron en silencio, y ella siguió acariciándole la cabeza. Entonces Pequeño Dragón volvió a hablar:

—Creía que le gustaba el baloncesto y el karaoke.

—Eso también —percibió la impaciencia en su voz e intentó disimularla.

—Mamá —volvió a empezar Pequeño Dragón—, ¿cuándo va a volver papá?

—No lo sé. Venga, ¡duérmete ya!

El niño se arrimó a su madre, y ella le dio un achuchón.

—Duérmete ya —repitió más suavemente esta vez, y su voz tomó la cadencia de una nana, conforme repetía—: Duérmete —y la respiración del pequeño se deslizaba en el ritmo tranquilizador y predecible de los sueños.

Mientras Pequeño Dragón soñaba con los soldados, Liu Bei oyó caer las primeras gotas de lluvia y recordó el juramento que se habían hecho ella y Da Shan de esperarse pasara lo que pasara.

Aquella noche también llovía. Se puso a calcular cuánto tiempo haría de aquello y estiró los pies bajo el edredón. Se preguntó por dónde andaría Da Shan, qué estaría haciendo y si estaría pensando en ella en ese momento.

Como estaba ella pensando en él.

VII

Cada día caía igual: lluvias y lluvias. Amanecía gris y duraba la noche entera igual: lluvias y lluvias. Seguía el gris y duraba la negra noche para volver a amanecer aún más oscuro y más húmedo. La lluvia implacable formaba hoyuelos en el agua que ya inundaba calles y hectáreas de arrozales.

Detrás del bloque Número 7 de viviendas, el viejo Zhu cavaba la amazacotada tierra de su huerto, sintiendo cómo se le iban hundiendo los pies en el barro amarillo de la Madre Patria, como si la tierra ya le estuviera reclamando para sí. Cavó con más energía, pero el esfuerzo lo dejó exhausto, de modo que cuanto más trabajaba, menos conseguía hacer. Por fin, se apoyó en el azadón y se secó la blanca cabeza con un pañuelo; sintió que el pulso se le había acelerado y unas provocadoras palpitaciones, y entonces curiosamente le vino a la memoria el día de la liberación, el 1 de octubre de 1959, cuando el camarada Mao Zedong había anunciado en la plaza de Tiananmen de Pekín la fundación de la República Popular de China. Mao había saludado con la mano a los millones de asistentes y había afirmado que el pueblo chino se había levantado contra sus opresores. Y se pasó los veinticinco años siguientes volviéndolo a derribar a patadas. El viejo Zhu observó el huerto sin saber por qué se tomaba aquel trabajo ni por qué había recordado el discurso de Mao precisamente entonces, bajo la persistente lluvia.

Mientras el viejo Zhu pensaba en Mao, Da Shan tomaba un taxi al centro de la ciudad. El taxista avanzaba por el caótico tráfico prácticamente sin levantar la mano de la bocina. En el cruce

próximo a la Oficina Central de Correos, los vehículos formaban una masa irrevocablemente soldada. Unos policías de gafas oscuras, reunidos de pronto como buitres, vinieron a añadir un poco más de confusión al caos, tocando sus silbatos y dando órdenes contradictorias. El taxista dio un frenazo e hincó la mano en la bocina. ¡Piiii! ¡Piii! Dio unos puñetazos al volante. ¡Piiii! ¡Piii!

Los policías soplaban el silbato e indicaban al taxista que avanzara, pero era imposible. ¡Piiiiiiii! ¡Piiiiii! El taxista gesticulaba, y los policías volvieron a hacer sonar los silbatos, esta vez a un gentío que apenas reparó en ellos.

—Déjelo —dijo Da Shan—. Me bajo aquí.

La multitud que abarrotaba las aceras se lo tragó, estrechándolo como a un viejo amigo. Da Shan maldijo a la masa de campesinos y vendedores ambulantes y compradores que lo estrujaban, y por fin logró abrirse camino hasta la otra acera. Avanzo un trecho y giro en un callejón que pasaba entre dos galerías comerciales con espejos en el frente.

El callejón le condujo a las tortuosas calles y casas apiñadas de la ciudad vieja, a los patios separados de las calles por vallas y viejas cancelas de madera. Encontró la tienda que buscaba al atravesar una de estas cancelas en forma de luna llena. Dentro había un patio empedrado con edificios en tres de sus lados. Una familia se estaba mudando, y todas sus pertenencias estaban apiladas en el medio del patio: un viejo escritorio, una caja de ropa y zapatos, un cubo de plástico rojo con el *wok* y la tabla de picar dentro.

—Estoy buscando la Tienda de Antigüedades Número 1, la de la familia Meng —dijo Da Shan.

Un mujer señalo el extremo opuesto del patio.

Da Shan tuvo que agacharse para pasar por la puerta y, atravesado el umbral, se enderezó y miró alrededor. La habitación estaba atestada de objetos pertenecientes a la antigua China, la China anterior a la liberación de 1949. Raros tesoros y cosas vulgares que habían logrado sobrevivir a los años del hambre, la pobreza y la destrucción de la Guardia Roja. En medio de aquella polvorienta parafernalia había un chiquillo viendo la televisión y

comiendo una chocolatina. Al ver a Da Shan, dio un salto y salió corriendo y gritando:

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Abuelo!

Un anciano con cara de joven apareció en el momento en que Da Shan examinaba una fina taza de porcelana. Estaba exquisitamente decorada con una muchacha sentada bajo un cerezo en flor.

—Es de la dinastía Ming —dijo el anciano, tomando la taza en sus manos y dándole cuidadosamente la vuelta. Se veía la marca del ceramista grabada en rojo en el fondo, pero no estaba muy clara—. Es de la época del emperador Wang Li —dijo el anciano.

Había también una diminuta tetera a juego con la taza.

—Sólo caben tres tazas —le dijo el anciano—, las de la buena suerte. Está hecha con arcilla de las Arenas Rojas. Procede del lago Oriental. Tiene mucho valor. Lleva varias generaciones en manos de mi familia.

En los laterales de la tetera había una inscripción:

Si no hubiera cerezos en flor
podría encontrar la paz.

Es un poema de la dinastía Song, pensó Da Shan.

—¿De dónde ha sacado todo esto?

El viejo sonrió.

—Mi padre se lo entregó al gobierno después de la liberación. Se lo dio todo al gobierno. Pero hace unos veinte años encontré los recibos dentro de un colchón y reclamé los bienes. Algunos habían desaparecido, pero esto es lo que quedaba.

—Tuvo usted suerte.

—Lo sé.

—Mi padre tenía una colección de monedas antiguas, la guardaba desde niño.

—¿La recuperó?

—No, qué va.

La televisión cotorreaba excitada mientras Da Shan examinaba la taza y la tetera.

—Son muy hermosas —dijo al fin.

—Son de la dinastía Ming.

—¿Cuánto pide por ellas?

—Setecientos yuans.
—¿Por el par?
El anciano se echó a reír.
—Por cada pieza.
Da Shan volvió a dejarlas en su sitio y pasó a ver otras cosas. El televisor seguía con su cháchara mientras él recorría el cuarto. Toda su atención estaba centrada en aquellos objetos del pasado, y el ruido de la televisión se convirtió en silencio. Paneles de madera labrados que todavía mantenían el paño de oro en sus profundos surcos, vasijas y cuencos de porcelana, un hervidor de cobre, un hermoso ejemplar de *El libro del respeto filial* y el primer volumen de las *Amonestaciones a las mujeres* de Ban Zhao.
Da Shan tomó este último y comprobó que el papel marrón estaba todavía liso y claro. Se llevó el libro abierto a la nariz y olió las páginas: a pesar de los años aún conservaban un leve aroma a perfume de rosas.

Todas las vidas tienen un fin,
pero la pena no.

Da Shan volvió a dejar el libro en su sitio.
—Me llevaré la tetera y la taza —le dijo al viejo.
—De acuerdo.
—¿Cuánto dijo que costaban?
—Setecientos cada pieza. Mil cuatrocientos yuans en total.
—Creí que había dicho un precio más bajo.
—¿Cuánto más bajo?
—Mucho más.
—Porque somos amigos, le doy las dos por mil yuans.
—Seiscientos.
—Son de la dinastía Ming, amigo mío.
—Quinientos.
—Novecientos.
—Es demasiado.
—Ochocientos cincuenta. No puedo aceptar menos. Tengo que mantener a mi nieto.
—¿Dónde están sus padres?
—Trabajan en Shanghai.

—Entonces debe de ser usted rico.

Se miraron en silencio, los dos con la sonrisa en la boca.

—Setecientos.

—Ochocientos cincuenta. Eso es lo más que puedo bajar.

—Ochocientos.

—Está bien.

El anciano envolvió la tetera y la taza en hojas de periódico y los metió en una bolsa de plástico blanca. Mientras contaba el dinero puso cara de auto conmiseración.

—Cuídelos —dijo lentamente—. Llevan varias generaciones en manos de mi familia.

—Entonces no debería haberlos vendido.

El viejo sonrió.

—Si los cielos dejan caer una ciruela, abre la boca.

Da Shan sonrió a su vez.

—Si comes demasiadas ciruelas, te dará diarrea.

Da Shan se paró en todas las tiendas de antigüedades que fue encontrando en las sinuosas callejuelas de la ciudad vieja. En una, cuyo propietario era un joven bizco, compró un pergamino de *El sabio venerable* que estaba roto y rasgado. En otra tienda, que atendía una mujer arrugada como una pasa, encontró una piedra de moler la tinta en forma de dragón de los últimos años de la dinastía Qing. La anciana se acercó a él con paso incierto. Sus pies vendados no eran más largos que el dedo índice de Da Shan, y cuando llegó a su lado, olía terriblemente a orina.

—Mi marido tenía negocios —dijo, tomando el dinero que le dio Da Shan—. Por eso tengo todas estas cosas.

Da Shan agarró la bolsa y se apartó un poco.

—Yo era la cortesana más hermosa de Shaoyang. ¡Y quién me ve ahora! ¡No se lo creería!

—Pues no.

—Sin embargo es cierto. Pagó por mí diez mil yuans, pero nunca fuimos felices —se sorbió la nariz—. Sólo le di dos hijas. Siempre se quejaba: ¡Qué ingratitud!

—¿Dónde está él ahora?

—Lleva muchos años muerto. Le pegaron un tiro. Era un

capitalista, ya sabe. Tenía todas las perversiones que quepa imaginar. El recuerdo de las perversiones de su difunto marido la hizo reír de buena gana, pero no continuó por ahí. —Hoy ya somos todos capitalistas, sin embargo— dijo, —¿no?

—Así es —respondió Da Shan, y se volvió para salir.

Cuando estaba saliendo, lo llamó:

—¿Le gusta también al caballero jugar en el jardín de las flores?

Da Shan miró alrededor y la vio acercarse con una grotesca sonrisa.

—Si quiere jugar a la mariposa, tengo algo que hará que las flores le sepan más dulces —cacareó. En una mano llevaba unas cintas de seda y un libro en la otra.

—¿Qué es eso?

Alzó las cintas.

—Zapatos para los pies vendados. ¡Sólo miden siete centímetros!

—¿Y eso otro? —Da Shan extendió la mano, y la anciana depositó en ella unos libros encuadernados en piel: *Treinta posturas del cielo y de la tierra del muy noble caballero Dong Xuan*.

—Lo utilizaba con mis clientes —le susurró.

Da Shan volvió la página del título; había una ilustración en seda acompañada del siguiente texto:

El salto del tigre blanco: El amo se prepara para introducir a su nueva esposa en los placeres de las nubes y la lluvia.

Pasó la página.

El vuelo de las mariposas: el vástago de jade espera el corazón de la flor.

La Mula en primavera: la cabeza de la tortuga se sumerge en la garganta dorada.

Aquella vieja bruja le quitó el libro de las manos y buscó una página que conocía bien.

—Ésta es la mejor.

Da Shan estudió en detalle la ilustración: mostraba a dos amantes en un bosquecillo de bambú enlazados en la agonía del amor.

Oferta al Guerrero, decía el pie de página. *Métodos recomendados: antes de la penetración, mover lentamente, uniformemente, el Montículo Yang, como si se estuviera refinando uno de los Cinco Elementos. Después de la penetración: flotar y hundirse en un único movimiento,*

como los patos surcando las aguas de un lago.

—¿Está casado? —preguntó el olor a orina.

—Sí, lo estoy.

—¡Puede intentarlo con su mujer, entonces!

Da Shan pasó a la página siguiente, la miró y cerró el libro.

—No —dijo—. No creo; estamos divorciados.

—¿Divorciados? —el olor se acercó. Su aliento le invadió; tenía un olor distinto, aún más desagradable. Da Shan bajó la vista y observó la boca desdentada de la anciana; sus encías estaban tan retraídas que los pocos dientes que le quedaban parecían muñones esperando arañar los alimentos—. Una esposa nunca es tan atractiva como una amante —se rió pegada a su cara—. Y una amante no resulta tan excitante como una aventura pasajera —Da Shan se retiró unos pasos, pero ella fue detrás—. Y los problemas que puede causar una aventura son fáciles de resolver si se los compara con el amor por una belleza inalcanzable.

—No sé por qué sabe todo eso —dijo Da Shan, pasando delante de ella y saliendo a la calle.

—¡Se lo dejo en seiscientos yuans! —gritó a su espalda, pero él siguió andando. Cuando estaba ya casi fuera de su alcance, la anciana volvió a gritar—: ¡Sé dónde crecen las flores más dulces!

Pero él dobló la esquina y ya no podían llegarle sus palabras.

Cuando Da Shan regresó a casa, su madre le esperaba con la cena lista para el *wok*.

—¿Dónde has estado? —le preguntó. Quería mostrar enfado, pero se sentía aliviada de que hubiera vuelto.

—Haciendo unas compras.

Ella sonrió y se apartó el cabello de la cara.

—Ya que has vuelto, empezaré a hacer la cena.

Él no le hizo caso y dijo simplemente:

—Mira lo que he encontrado —sacó la tetera y la taza, el pergamino de *El sabio venerable* y la piedra de moler la tinta en forma de dragón.

Su madre los fue cogiendo en sus manos y examinando uno por uno.

—¡Bah! De niña temamos muchas cosas así —dijo—. Tantas

cosas así —Da Shan observó a su madre sopesándolas una a una—. No sé dónde habrán ido a parar —giró lentamente la mano con cada una de ellas, la taza, la tetera, la pesada piedra de moler la tinta con el dragón labrado—. Las romperían o las robarían durante la Revolución Cultural. Nosotros mismos rompimos y quemamos muchas cosas, y cuando la Guardia Roja vino a detener a tu padre, destruyó todo lo que quedaba.

—Lo recuerdo —afirmó Da Shan.

—No puedes recordarlo —repuso ella—. Eras muy pequeño.

—Claro que lo recuerdo —insistió Da Shan rotundamente.

Era muy joven, pero, ¿cómo iba a haberlo olvidado? La Guardia Roja había venido a efectuar registros un día tras otro y había destruido cuanto encontraba a su paso, hasta que finalmente se había llevado a su padre, dejando un hueco del tamaño de un padre en el medio de la familia. Y luego, una madrugada, se habían llevado también a su madre. Él escapó y se refugió en casa de una vecina. Al día siguiente había vuelto a su casa sólo para encontrarla sellada y cerrada con un candado y un cartel con unos caracteres que no comprendía. Se puso de puntillas para mirar por la ventana, vio los muebles destrozados y ropas tiradas por el suelo. Y se lanzó por las calles, llorando.

En las semanas y los años que siguieron, los trabajadores del Partido le decían que su padre era el camarada Mao. Da Shan había intentado de todo su corazón querer al Gran Timonel, pero secretamente quería a su madre y su padre, aunque fueran enemigos del Estado. Durante aquellos largos cinco años, sin noticias ni cartas, Da Shan había aprendido que un hueco con forma de madre y un hueco con forma de padre eran casi lo bastante grandes para que el mundo se escapara por ellos.

—Eras demasiado joven —repitió su madre, dejando la taza—. En cualquier caso, ¿cuánto te ha costado todo esto?

—Más de mil yuans.

Da Shan la vio entrar en la cocina: desesperación, desolación, esperanza, amor, pérdida y ahora un exceso de riquezas: tanto en treinta y seis años. Él retiró una silla y se sentó, se subió los pantalones y tomó distraídamente la taza entre las manos. Estaba fresca al tacto y era ligera y frágil.

En un lado tenía dos caracteres, realizados con nítidas

pinceladas negras, y en el otro estaba pintada la muchacha. La giró y se la quedó mirando. Estaba sentada al lado de una roca, y detrás de ella se veía una valla de bambú. A ambos lados, unas azaleas rojas, todo ello protegido bajo los cerezos en flor. La muchacha tenía el cabello trenzado y sujeto en lo alto de la cabeza. Llevaba un vestido azul pálido y se acurrucaba como si tuviera frío, pensó, y luego decidió que no, no en primavera; tal vez se acurrucaba contra la soledad.

Da Shan alargó la mano y desenrolló el pergamino de *El sabio venerable*, que ocupó todo el ancho de la mesa. El papel estaba rígido y roto en algunos sitios. La pintura representaba a un hombre sentado a un escritorio, copiando un texto, con una pila de libros a la derecha y una vela a la izquierda. Pero no miraba al escritorio o a los libros, sino hacia arriba, como si buscase inspiración en la esquina superior izquierda del pergamino.

Da Shan dejó el pergamino desenrollado junto a la taza. Ahora parecía que el sabio estaba pensando en la muchacha, y que ella suspiraba por él. Si los dos fueran personajes de una historia, ésta tendría un final feliz, pensó Da Shan, pero eso sólo sucedía en las historias.

> *Los hombres sueñan con el pasado, escribieron los antiguos, porque sólo los cielos comprenden el futuro.*

Aquella tarde, el viejo Zhu volvió del huerto, dejando una estela de huellas embarradas hasta llegar a la puerta, donde se quitó las botas y se puso unas zapatillas. Encontró a su mujer preparando pescado al vapor con cebolletas y guindillas, y a su hijo sentado en el balcón, hablando por su teléfono móvil. Había sido un buen día, había cavado la mayor parte de la parcela y plantado casi todas las semillas. Tenía ganas de contárselo a alguien, pero parecía no haber nadie dispuesto a escucharle, así que dio unas vueltas a la habitación y por fin se paró junto a la mesa.

—¿Qué es esto? —dijo en voz alta sin dirigirse a nadie en concreto.

—¡Ha salido a gastar dinero! —le gritó su mujer desde la cocina.

—¿Para qué quiere todos estos trastos viejos y sucios? —gritó el viejo Zhu.

—Es un tonto.

—Deberíamos tirarlos a la basura —dijo el viejo Zhu—. Lo más seguro es que tengan bichos.

—Yo no pienso tocarlos.

—Bueno, no podemos dejarlos sobre la mesa.

—Pregúntale tú qué quiere hacer con ellos.

—Lo haré —dijo el viejo Zhu, pero en lugar de hacerlo, entró en el dormitorio y se sentó en la cama a fumarse un cigarrillo.

Inhalaba y exhalaba como siempre había hecho, como si el mundo nunca fuera a acabarse; echaba la ceniza al suelo y por fin aplastó la colilla. Su hijo seguía en el balcón hablando por el teléfono móvil. El viejo Zhu lo observó e intentó pensar en algo que pudiera decirle, pero no se le ocurrió nada; entonces fue a la cocina a contarle a su mujer lo que había hecho en el huerto ese día.

—He plantado las cebolletas —dijo—. Y las berenjenas.

—Umm —dijo ella, levantando la tapa de la olla y controlando el pescado.

—Parece que va a ser un buen año.

—Siempre dices lo mismo —repuso ella, volviendo a tapar la olla—. Pero tus predicciones nunca se cumplen.

Se sentaron a comer el pescado. El viejo Zhu masticaba las espinas y las escupía sobre la mesa; su mujer chupaba las suyas, quitándoles las carne; Da Shan se las comía con el resto del pescado. El viejo Zhu escupió, sorbió la sopa, se comió hasta el último grano de arroz y luego se arrellanó contra el respaldo de la silla. Ninguno levantaba la vista del cuenco que tenía delante. El viejo Zhu se puso en pie, ventoseó sonoramente y volvió al dormitorio a fumar otro cigarrillo.

Cuando salió de la habitación, Da Shan pinzaba con los palillos el último trozo de pescado y lo ponía en el cuenco de su madre.

—No, tómatelo tú —dijo apartando la mano de su hijo—. Yo soy vieja. No lo necesito.

Da Shan se lo comió en silencio. Ayudó a su madre a recoger la mesa y empezó a fregar.

—No lo hagas —protestó ella.

—No soy un invitado —dijo—, y además…, ya estás vieja.

Le dejó que hiciese lo que quisiera, pero fue cogiendo solícitamente los platos lavados que él le pasaba y secándolos y poniéndolos en la alacena. Ella secaba más rápido que fregaba él, siempre esperando que llegara el siguiente. Cuando él terminó, ella fue a buscar la tetera y la piedra de moler la tinta y los llevó con sumo cuidado hasta el fregadero.

—Hay que lavarlos —dijo.

—Deja que lo haga yo.

—No —dijo ella—. Eres demasiado torpe.

Da Shan vio curvarse sus dedos en torno a la superficie de porcelana, descubriendo el color bajo las capas del tiempo y de la suciedad que se habían posado sobre ella. Limpió cada pieza con un cuidado infinito y las dejó húmedas al lado de la tina de fregar. El agua les daba un brillo refulgente, unas gemas en bruto.

—Había muchas cosas malas en la antigua China —dijo—, pero también teníamos cosas muy bonitas.

Da Shan y su madre permanecieron un momento contemplando la tetera y la taza y la piedra. Entonces ella recordó algo y entró en el dormitorio, rebuscó en el armario y volvió con un pequeño espejo en la mano; se le había caído parte del azogue, y el marco de plata había perdido el lustre.

—Esto es lo único que he conservado. ¿Crees que vale algo?

Da Shan rió.

—No.

Alzó el espejo, insegura de qué hacer con él; picada con la risa de su hijo, esbozó una mortecina sonrisa que no tardó en desvanecerse. El espejo estaba demasiado cargado de recuerdos para mirarlo durante demasiado tiempo y era demasiado apreciado para dejarlo.

—Pero déjame verlo. Puede que me equivoque.

Lo colocó al lado de la taza de porcelana, de la tetera, de la piedra de tinta y del pergamino: ahora eran cinco objetos.

—Era de mi madre —dijo ella mientras Da Shan examinaba el marco de plata— y creo que a ella se lo había dado la suya. Tu padre intentó que lo destruyera con todo lo demás, pero yo me empeñé en guardarlo. Siempre lo he tenido conmigo. No me preguntes cómo conseguí que no lo destruyeran.

Él la miró fijamente.

—Yo lo cuidaré —dijo—. No te preocupes.

Da Shan encendió un cigarrillo y se lo pasó a su padre, y los dos se arrellanaron en sus asientos, exhalando al aire largas volutas de humo.

—¿Cómo va el huerto? —le preguntó Da Shan.

—Bien —respondió el viejo Zhu, inclinándose y rascándose la cabeza blanca—. La tierra está fácil de labrar este año.

Da Shan asintió.

—Bien.

El viejo Zhu sacudió la ceniza del cigarrillo.

—Me tranquiliza mucho que hayas vuelto, hijo.

Da Shan empezó a decir que era estupendo estar de vuelta, pero su padre siguió hablando:

—¿Cuándo va a venir tu mujer?

Da Shan cambió lo que iba a decir.

—Nunca. Estamos divorciados.

—No está bien separar así a un hombre y una mujer; eso sólo trae problemas. Da Shan le miró.

—Tienes razón —dijo.

—Me gustaría ver a mis nietos correteando por la casa.

Siguieron fumando hasta que no les quedó más que la colilla.

—Padre, hay algo que me gustaría preguntarte.

—¿Sí?

Da Shan vaciló un momento.

—Tengo curiosidad por saber ciertas cosas de nuestra familia.

—¡Ah, todo eso! —el viejo Zhu rió—. Estoy seguro de que no te va a interesar nada. —Sí, sí que me interesa.

—Es muy aburrido. Tuve que aprender todos los nombres de mis antepasados; me pegaban si me olvidaba el nombre de un padre o un hijo, o del rango de los que se habían hecho funcionarios —el recuerdo le hizo reír—. Es una información inútil. Nunca me ha servido para nada.

—¿No crees que es importante conocer los propios orígenes?

El viejo Zhu se rascó la nariz y reprimió una sonrisa.

—Lo que es importante es no saberlo.

Después de que sus padres se hubieran ido a la cama, Da Shan se

quedó viendo la televisión y fumando. Tenía su cuaderno delante. La tinta húmeda arrugaba el papel, hasta que se secaba y el papel volvía a ser liso. Escrita en la página, una lista de nombres, todos los cuales empezaban con el nombre Zhu, pero no tenía ni idea de los acontecimientos. ¿Había sido su bisabuelo o su tatarabuelo quien se había ido al Sur huyendo de la hambruna? ¿Cuál se había unido a la Rebelión Taiping, el mayor o el más joven de sus tíos abuelos?

Al lado del cuaderno tenía el espejo de su madre. Lo tomó en la mano, lo giró y vio su reflejo moteado de manchas enrobinadas. ¿Cuántas vidas se habría tragado aquel espejo? Sonrisas, gestos, momentos de esperanza, desaparecidos de este mundo. Triturados, quemados, robados: la Guardia Roja, los invasores extranjeros, el gobierno.

Dejó que sus pensamientos le llevaran a la deriva y, poniendo un pie sobre la rodilla, encendió otro cigarrillo. Volvió al año 1985 —¿o era 1984?—. Lo mismo daba, en cualquier caso era cuando la había conocido. Entonces era todavía muy joven y estaba llena de esperanzas, tenía una energía y una entrega al futuro que inspiraba a todo el que la rodeaba. Era natural que se enamoraran: y también casi natural que la vida los separara. El amor insatisfecho es infinito, decían los poetas, y el trabajo de los poetas es saber de esas cosas. Da Shan apagó el cigarrillo. No tenía ningún sentido quedarse en casa pensando sin hacer nada; mañana iría a verla.

Al día siguiente, Da Shan salió después de desayunar y dio con la casa que buscaba en el centro de la ciudad vieja. Se encontraba en la ladera de un cerro bajo el cual se habían horadado los túneles y los refugios antiaéreos donde se había protegido el pueblo de los bombardeos japoneses en 1943. En su tiempo, las laderas de ese cerro estaban pobladas de bosques de bambú y tenían un verde esmeralda, pero ahora estaban llenas de jeringuillas usadas, de montones de porquería y papeles.

Da Shan subió los escalones de entrada y esperó un instante antes de llamar a la puerta. Ésta tembló con los golpes, pero la madera era demasiado vieja para resonar. Volvió a intentarlo.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer.

Da Shan volvió a llamar.

—¡Voy, voy! No puedo correr.

Retrocedió unos pasos hasta el camino y esperó mientras se descorrían los cerrojos.

No esperaba verla, pero aún así sintió una gran decepción al ver aparecer otra persona: una anciana muy delgada, de piel atezada, oscura como el tabaco, y unos ojos pegajosos y arrugados como garbanzos.

—Busco a Liu Bei, o a su madre. Vivían en esta casa —dijo.

La anciana volvió la cabeza y dio una voz.

—Hay alguien aquí que quiere verte.

Da Shan sintió que se agarrotaba y contuvo la respiración; pero la figura que salió de entre las sombras tampoco era Liu Bei, sino su madre. No había cambiado mucho, salvo que había encanecido y las patas de gallo estaban más pronunciadas.

—Buenos días —dijo.

—¿Eres tú, Da Shan?

—Sí, el mismo.

Ella no dijo nada. Apoyó una mano en el marco de la puerta y se llevó la otra al pecho.

—Estoy de vuelta en la ciudad y pensé que…

Las dos mujeres bajaron la vista y se lo quedaron mirando, allí parado al pie de los escalones. Esperaron a que terminara lo que iba a decir, pero él no continuó. Las dos tenían curiosidad por saber qué había pensado.

—Pensé venir a saludar —consiguió decir por fin.

Una ráfaga de aire transparente meneó los postes de bambú a ambos lados de la casa, siguió su camino sobre la ciudad, y se dejó de oír la vibración. La madre de Liu Bei la siguió con la vista, luego sus ojos se posaron de nuevo en el hombre apostado al pie de los escalones.

—¿Está Liu Bei?

—No —dijo la madre de Liu Bei—. No está.

—¿La soltaron, no?

—Sí, la soltaron.

—Estupendo —dijo Da Shan, dando un paso atrás—. ¿Está bien?

—Sí. Perdió el trabajo, claro. La echaron de la unidad donde trabajaba. Creo que se fue a Changsha.

—¿Se fue a Changsha?

—Pues claro. No podía quedarse aquí. No podía, después de lo que hicisteis. Ahora tiene trabajo allí.

—Excelente —dijo, aunque sabía que no era la palabra adecuada —. ¿Necesita dinero? ¿Necesita usted dinero?

—¡Pues claro que necesitamos dinero! —le espeto de pronto la mujer color tabaco—. ¡Pues claro!

—Gracias, Da Shan —dijo la madre de Liu Bei.

—Tal vez le podría hacer llegar algo a Liu Bei —le dijo Da Shan, sacándose el dinero del bolsillo y contándolo, no billete a billete, sino por el grosor del fajo que le puso en la mano—, y dígale que he venido a verla.

—Se lo diré.

—Gracias —dijo, se volvió para irse y entonces vaciló—: Paro en casa de mis padres, en la fábrica.

—Ya —asintió la madre de Liu Bei—. Me habían dicho que estabas de vuelta.

Da Shan sonrió brevemente, y luego echó a caminar colina abajo. Las dos mujeres lo vieron irse, y la madre de Liu Bei se metió el dinero en el pecho sin contarlo.

Los acuosos ojillos de la anciana bizquearon cuando se volvió para entrar en la casa.

—¿Cuánto te ha dado?

La madre de Liu Bei cerró la puerta y corrió los cerrojos.

—No lo sé.

—¡Pues cuéntalo! —dijo la tía Tang.

—No es para nosotros —dijo la madre de Liu Bei—. Ni tampoco para Liu Bei. Lo quemaría si pudiera, pero cuando se es pobre no puede una permitirse tener ideales. Lo guardaré para Pequeño Dragón. Él lo necesitará.

La tía Tang se rió por lo bajo, sin ganas, y sonó como si estuviera frotando dos piedras. La madre de Liu Bei la ignoró.

—No quiero que Liu Bei se entere de que ha vuelto —dijo muy seria.

—Pero, ¿no se enterará por ahí?

—Tal vez —respondió la madre de Liu Bei—, pero no seré yo quien se lo diga, ni tú tampoco.

Los jóvenes que se iban al Sur nunca volvían a Shaoyang, ni siquiera para morir, así que la noticia de que Da Shan había regresado, y aún más importante, que había vuelto rico, fue motivo de cotilleo durante semanas. La gente dejaba de chismorrear para volverse a mirarlo cuando pasaba, y cuando no estaba cerca hablaban todo el tiempo de él. La viejas hicieron circular diferentes rumores. Una juraba que el hijo del viejo Zhu había vuelto para hacerse cargo de la fábrica; otra, que había venido a retirarse a Shaoyang.

—Pero, ¡cómo se va a retirar si no tiene ni cuarenta años!

—¡Bueno! —dijo la mujer por toda argumentación.

Una de las enfermeras de la fábrica, cuyo marido se había ido a Guangdong y nunca había regresado, fue a ver a Da Shan una noche para preguntarle si sabía algo de él.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Da Shan.

—Li Dong Ping —respondió la mujer gravemente.

Da Shan se concentró, el entrecejo fruncido, y luego meneó la cabeza.

—No; lo siento —dijo—. Si hubiera encontrado a alguien de Shaoyang seguro que lo recordaría.

La mujer hizo un mohín con los labios y asintió. No le importaba mucho que no volviera su marido si podía encontrar otro. A la mañana siguiente se pinto la sonrisa de carmín y se puso un ligero vestido de verano lo bastante corto para que se le vieran bien las piernas y merodeó cerca de la casa del viejo Zhu, esperando no tanto ver a Da Shan como que él la viera. No se encontró con él ese día, ni al siguiente, y al tercero volvió a sentirse completamente abandonada. Al cuarto día se paseó sin prisa por delante de la casa y vio a Da Shan sentado en los escalones en zapatillas y pantalones cortos.

Lo miró, los labios rojos apretados, concentrada. Él la miró sin verla y siguió leyendo el periódico. Ella siguió andando, despacio, y luego se volvió a observarlo. La mirada de Da Shan volaba sin cesar del periódico a la gente que pasaba por delante. Lo observó hasta que terminó de hojear el periódico, lo dobló, estiró las piernas y sacó una cajetilla del bolsillo. La enfermera decidió volver a intentarlo. Se acercó hasta que su sombra rozó los pies de él.

—Hola —dijo sonriendo—. ¿Ya has comido?

—Sí.

Esperó que dijera algo más.

—Iba a guisar algo especial hoy —empezó a decir—. Mi hijo no vuelve de la escuela hasta tarde.

—No sabía que tuvieras un hijo —dijo Da Shan.

Ella se sonrojó.

—Sí.

—Gracias por el ofrecimiento —dijo él sonriendo—, pero he de ver a un amigo.

—¡Oh! Claro —dijo ella.

Da Shan la vio alejarse, sus piernas y el balanceo de su vestido al compás de sus caderas. Fumó el cigarrillo lentamente, siguiendo con los ojos las volutas de humo azul que subían hacia el sol y desaparecían. Siempre había esperado encontrar a Liu Bei cuando volviera; no parecía justo que se hubiera ido.

El marido de *Madam* Fan estaba jugando una partida de *mah-jong* con un grupo de amigos y se le ocurrió sacar el tema del regreso de Da Shan.

—El hijo del viejo Zhu ha regresado —anunció con fingido desinterés.

—Y no ha dejado de tirar el dinero desde que ha vuelto —exclamó uno de los vecinos—. Todo el mundo habla de lo mismo. Sobre todo las casamenteras.

—Cuando hay dinero de por medio, puedes convencer a las casamenteras del atractivo de un cerdo —dijo el marido de *Madam* Fan.

—Por lo que se dice, hasta sus pedos huelen a oro.

—¡El dinero es el dinero! —gritó *Madam* Fan desde el dormitorio—, y tú no ganas nada —se produjo un silencio, mientras el marido arqueaba las cejas fanfarronamente, mirando a sus compañeros de partida, y ellos se sonreían—. ¡Lo único que haces es perderlo! —volvió a gritar *Madam* Fan desde el umbral después del largo silencio.

—Es verdad —admitieron los otros jugadores—. Y eso nos beneficia a nosotros.

El marido de *Madam* Fan agitó la cajetilla, sacó un cigarrillo y lo

encendió, todo con una sola mano.

—Os diré por qué no gano nunca —susurró lo bastante alto para que se le oyera—: No me queda energía yang.

—¡No nos vas a decir ahora que intentas freír las habas en una sartén sin fuego! —dijo uno de sus amigos, y se echó a reír.

—¡Pues sí! —el marido de *Madam* Fan sonrió mientras encendía el cigarrillo y su rostro quedaba envuelto en las espirales de humo que lamían el aire—. No hay fuego cuando estáis por aquí, pero en cuanto apagamos las luces mi mujer se pone como aceite ardiendo.

Melocotón se puso en pie y salió de la habitación.

—De tal palo, tal astilla, ¿eh? —dijo uno de ellos, riendo por lo bajo.

El marido de *Madam* Fan inclinó el cuerpo sobre la mesa.

—¡Qué habré hecho yo para que me cayeran las dos en una sola vida!

—¡Está muy bonita!

—¿Y qué esperas hacer con una flor que se niega a dar fruto? —preguntó el marido de *Madam* Fan.

—Se podría casar con mi hijo.

—Mi hija no es una perra —el marido de *Madam* Fan rió, y los otros también lo imitaron—. ¡Ese hijo tuyo no podría montar ni una bicicleta!

Melocotón cerró la puerta del dormitorio de sus padres, y las voces se acallaron. La casa parecía llena de voces; desde que Li, el secretario del Partido, se había suicidado, sus padres no habían parado de discutir. *Madam* Fan estaba sentada en la cama con una manta sobre las piernas. Calcetaba un par de pantaloncitos de bebé.

—¿Estás bien, madre? —preguntó Melocotón.

Madam Fan alzó la vista e ignoró la pregunta.

—Cuando te cases y tengas un hijo, los necesitarás —dijo alzando lo que llevaba calcetado—. Les bordaré un dragón y un fénix, ¡así servirán tanto para un niño como para una niña!

Melocotón se sentó a su lado.

—¿Estás bien, madre?

Madam Fan forzó una sonrisa y le dio un golpecito en la rodilla, pero por dentro estaba reviviendo la última pelea con su marido.

Sentía los golpes con cada punto que pasaba de aguja, en la cabeza y en el brazo y en la espalda. Y la patada en el estómago. Blancas contusiones en su piel blanca: invisibles e inolvidables. Estaba tan concentrada pensando que se le escapó un punto. Melocotón no se daba cuenta de lo que estaba pasando y se tendió en la cama. A *Madam* Fan se le escapó otro punto, y soltó una palabrota.

—Me gustaría saber calcetar, haber aprendido de pequeña —dijo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—A nadie le interesaban entonces esas cosas; decían que pertenecían a la antigua China. Teníamos clase de estudios políticos. China se estaba desprendiendo de su pasado.

Melocotón movió la cabeza, como ratificando sus propias palabras. En la escuela había aprendido todo sobre la antigua China. En la antigua China, a las mujeres les vendaban los pies, el país estaba asediado por toda una serie de países extranjeros, había un intenso comercio de droga y prostitución y el pueblo llano vivía muy mal. Pero ahora también había drogas y prostitución, pensó Melocotón.

—¿De verdad era tan distinto antes?

—Cuando yo tenía tu edad —dijo *Madam* Fan—, ya habíamos sido liberados. Los mandos del Partido eran hombres honrados y buenos. Estaban entregados al trabajo por la patria.

—Pero, ¿no hicieron nada malo?

Madam Fan alzó la vista y devolvió la mirada a su hija.

—¿Como qué?

—Como fusilar al padre de papá.

Madam Fan volvió a clavar los ojos en la labor. Precisamente que hubieran matado a su suegro era una de las cosas buenas. Ella misma le hubiera disparado de haber sabido lo que su hijo iba a hacer con ella.

—En aquellos días los mandos del Partido eran estrictos, pero honestos. Fusilaban a los enemigos del pueblo. Pero hoy en día fusilan a cualquiera —*Madam* Fan siguió con su calceta. Melocotón se acercó a la ventana y contempló las chimeneas de las factorías, de las que hacía tiempo que no salía humo—. La culpa de todo la tiene Deng Xiao Ping. Mao debería haberlo fusilado el primero.

Melocotón volvió a echarse en la cama. En la habitación de al

lado se oía el continuo arrastrar de las fichas de *mah-jong* y el apagado rumor de las voces de su padre y sus amigos. Parecía que su charla había tranquilizado a su madre. Era la primera vez que hablaba así con ella. Melocotón quería preguntarle más cosas del pasado. Cosas que no entendía y que nunca se había atrevido a preguntar, porque las preguntas siempre le habían parecido un terreno peligroso.

—¿Es mejor la vida ahora? —preguntó Melocotón.

Los crujidos del somier y el ruido de las fichas en la habitación contigua llenaron el silencio que siguió a la pregunta.

—No, no lo es —respondió por fin *Madam* Fan—. Hoy está todo mucho, mucho peor que nunca.

—¿Por qué?

Madam Fan contó los puntos.

—Deja de hacerme preguntas. ¿Es que no tienes nada que hacer?

Melocotón se hurgó las uñas, extrayendo la suciedad acumulada, y luego miró a su madre. *Madam* Fan seguía concentrada en su labor.

—A mi edad ya estabas casada, ¿no? —dijo Melocotón.

Madam Fan apretó los labios, pensando.

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Diecinueve.

Madam Fan se puso a tararear un fragmento de ópera.

—¿Sí?

—¿Sí, qué?

—¿Estabas ya casada a mi edad?

—No —contestó *Madam* Fan.

—Creía que te habías casado con papá a los dieciséis.

Madam Fan dejó de canturrear y se mordió el labio.

—Tu padre nunca se casó conmigo —dijo con una frialdad pétrea.

Las lágrimas que había guardado y alimentado durante todos esos años le inundaron los ojos. Dejó que una le resbalara por la mejilla: una perla que brilló un instante a la luz y luego desapareció.

Melocotón vio desaparecer la lágrima y luego la sintió caer en su mano.

—Tu padre nunca se casó conmigo —repitió *Madam* Fan

lentamente, asegurándose de que lo decía sin alterarse, sabiendo que no había vuelta atrás—. Tu padre nunca se casó conmigo; me vendí a él a cambio de su ración mensual de arroz —se abrió una larga pausa y pareció que no iba a cerrarse nunca—. Me vendí a él. Mi padre pertenecía a la clase terrateniente, no temamos alimentos, nos moríamos de hambre. Todos intentaron que lo dejara cuando todo había pasado. Pertenecíamos a mundos demasiado diferentes. Pero yo no quise.

Melocotón miró a otro lado; *Madam* Fan siguió calcetando pacientemente y dejó que una lágrima más le cayera por la mejilla. Cayó en el mismo sitio que la primera. Directamente en el corazón de Melocotón. *Madam* Fan calcetaba y seguía calcetando. Sólo levantó la vista cuando Melocotón salió disparada de la casa y dio un portazo. Y entonces volvió a tararear el mismo fragmento.

Las colinas absorbieron la última luz solar, aún fría en esa época del año, y cayó la noche, helada y punzante como un carámbano. La luna se alzaba silenciosa cuando Melocotón se dirigía corriendo hacia las puertas del recinto de la fábrica. Sollozaba mientras corría. Derramaba lágrimas por su madre y su padre, y sobre todo por ella misma.

Los cielos y la tierra no son amables, pensaba.

Para ellos, somos seres de usar y tirar.

La luna la miraba llorar con silencioso desdén. El pasado la perseguía, esperando encadenarla como había encadenado a sus padres. Sobre ella titilaban las estrellas como lo hacían sus sueños con respecto al futuro: hermosas, brillantes e imposiblemente lejanas.

Melocotón pasó bajo la entrada de la fábrica, coronada con la inscripción *We Wel Come Your In Vest Ment*, y salió a la oscuridad de sus pensamientos. Delante de los billares había unos jóvenes armando jaleo. Atravesó los puestos del mercado, vacíos a aquella hora; la calle estaba sucia, llena de hojas de col podridas y de plumas de pollo. Un barrendero juntaba en un solo montón toda la basura. Había unas cuantas tiendas abiertas, y sus propietarios

veían la televisión sentados entre los sacos de arroz y las cajas de leche en polvo. Melocotón siguió andando y andando, sumida en sus pensamientos; pasó la tienda de alquiler de vídeos y bajó hasta el río, oscuro y silencioso como la muerte.

Sun An estaba terminando de cenar en la tienda de alquiler de vídeos, cuando vio a Melocotón asomarse a la orilla. Inclinó el cuenco para rebañar con los palillos los últimos granos de arroz.

«Por cada grano de arroz que te dejes te saldrá un grano en la cara», le decía su abuela de niño. Desde entonces dejaba el cuenco limpio, pero no parecía que tuviera mucho efecto. Tenía veintitrés años y el acné todavía no le había desaparecido. Sun An observó a Melocotón durante un rato, su esbelta cintura y su frágil figura. La observaba e imaginaba, hasta que le entró miedo de que ella se diera cuenta de que la estaba mirando y carraspeó:

—¡Eh, Melocotón! ¿Has cenado ya?

Su pálida cara de luna se volvió y lo miró desde la oscuridad.

—Sí.

—¿Quieres tomar algo más?

Melocotón no respondió, pero se dirigió hacia él despacio, con paso vacilante y dando puntapiés a los guijarros que encontraba por el camino.

—¡Mira! Hay un montón. ¡Tómate un cuenco! —levantó la tapa de la olla y dejó que saliera el oloroso vapor de la comida caliente.

Ella se recostó contra el marco de la puerta.

—No tengo hambre. Ya he cenado.

—No seas tan educada. Voy a traerte un cuenco —al hablar despedía partículas de arroz—. Si no te lo comes, tendremos que tirarlo. Mira, aquí tienes el cuenco. ¡Siéntate! —la obligó a sentarse, y sacó el arroz con el mismo cuenco y se lo pasó—. Y aquí tienes las fuentes —dijo señalándole un plato de huevo revuelto y otro de carne de cerdo con guindillas verdes—. Venga, ¡come!

Melocotón se sentó y escogió unas hebras de carne de cerdo de entre las guindillas.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien.

—¿Y tu padre?

—Bien.

Melocotón alzó la vista y lo sorprendió mirándola.

—¡Come! ¡Come! —la urgió él—. No lo eches a perder.

Sun An estaba demasiado sonriente. Melocotón masticó un trozo de carne de cerdo.

—De veras, no tengo hambre.

—Lo he hecho yo.

—Le falta sal.

—No se me da muy bien la cocina.

Melocotón fijó la vista en la comida, pero no se llevó bocado a la boca. Por fin, preguntó:

—¿Qué hora es?

—Casi las once.

—Creo que tengo que irme.

—No vayas sola, ya es tarde; te acompañaré.

—No te preocupes.

—Lo hago con gusto.

—¿Y la tienda?

—¡Oh! Ya es muy tarde para que venga algún cliente. Venga, vamos.

Sun An y Melocotón se dirigieron hacia la fábrica por las calles desiertas. Unos mendigos nocturnos rebuscaban en las basuras, se llevaban a la boca con los dedos restos de arroz y desaparecían corriendo por miedo a ser reconocidos. Algunos taxis buscaban clientes, sorteando los baches de la calzada; las melodías de los locales de karaoke resonaban en las calles y en los edificios para perderse luego en los cielos vacíos.

Da Shan estaba sentado delante de una caseta, tomando una cena tardía de carne fría y vino de arroz; masticaba pensativamente. Vio pasar a Sun An y Melocotón, pero sólo miró a Melocotón. Blanca piel y ojos negros. Ella lo sorprendió mirando y le devolvió la mirada, hasta que lo dejaron atrás; pero después de que pasaran, sus hermosos ojos seguían allí fijos, en el medio de la calle, mirándolo.

Da Shan pensó en su mujer y en su hija, y en todas las mujeres que había conocido y amado. Y en aquellos hermosos ojos.

Las penas de amor no se pueden contar,

una sola noche deja cicatrices imborrables.

Bebió un sorbo de vino, especiado con tristeza y pétalos de crisantemo.

En El Pabellón de la Bruma y el Rocío, Pan Zhudo hacía el amor a una prostituta. Eyaculó con un mugido y rodó a un lado de la cama, dejando una estela húmeda al salir y sumiéndose de nuevo en la profunda soledad de los extraños. Extendió una mano para coger un cigarrillo mientras con la otra agarraba un pecho de la muchacha. Lo acarició distraído con la mano izquierda, masajeó el pezón hasta que se puso erecto y entonces lo pellizcó.

Pan Zhudo soltó el pecho para encender el cigarrillo y fumó mientras ella cortaba un trozo de papel higiénico y se limpiaba. La brasa del cigarrillo era como un ojo que le miraba en la oscuridad. La muchacha cortó otro trozo de papel y lo tiró hacia el lado de la cama donde estaba él; cayó con un húmedo ¡paf! Pan Zhudo decidió pagarle menos por eso. Él no pagaba un dineral por follar a una campesina. La próxima vez iría a la Casa de Té.

Inhaló y sintió sobre él la ardiente mirada del ojo rojo, pero cuando volvió a mirarlo, ya desde las sombras, su brillo era más apagado. Pensó en Cereza, la próxima ver iría a verla a ella. Tuvo que fumar un par de cigarrillos más antes de recobrar fuerzas; el ritmo de la mano de la chica aceleró su erección. Por fin volvió a estar erecto, aplastó el cigarrillo y se montó sobre ella y le besó el cuello.

Pasada la medianoche, Pan Zhudo se lavó y se vistió. Sus pisadas bajando los peldaños de madera resonaron en toda la casa, como una serie de golpes sordos, opacos. Fuera, el aire primaveral era cálido, y el patio del burdel estaba vacío a excepción de un bonsaí de cerezo en un tiesto de terracota, al que la luz amarilla de una ventana del piso superior daba una tonalidad dorada. La luz se apagó cuando Pan Zhudo se alejó de la casa, y la oscuridad se precipitó sobre ella. Poco a poco, sobre la silueta de las torres de viviendas fue apareciendo el cuarto creciente. Antes de amanecer, a la luz plateada de la luna, un capullo de cerezo se abriría en una lenta y silenciosa explosión de pétalos.

VIII

El día siguiente ya se encontraba despierto y lejos de la ciudad, levantó temprano y se marchó de Da Shan, atestado de campesinos y mendigos. Se abrió camino entre la masa de cuerpos, se soltó de las garras que le estrujaban y fue a parar a la franja cubierta de matorrales que se extendía entre la calzada y el río. Hacía años que el río había dejado de correr; ahora era un agua estancada, muerta, que llenaba su largo lecho. En la superficie flotaban hojas y justo debajo de ésta se veían pálidas manchas grises, allí donde habían caído bolsas de plástico desechadas; retazos de algas verdes formaban una policroma capa de porquería en la superficie. Y en el medio flotaba una barca de pesca, anclada a una red invisible.

—¡Eh! ¿Ha pescado mucho? —gritó Da Shan desde la orilla.

El hombre le saludó con la mano, pensando que sería algún conocido suyo.

Da Shan volvió a gritar.

—¿Mucha pesca?

—No —dijo el hombre—. Ni un pez.

—De pequeño pesqué una vez aquí una carpa del tamaño de mi brazo.

—Nunca he visto carpas en este río.

—Pues entonces es que nunca ha pescado aquí.

—Llevo cuarenta años viniendo a pescar a este mismo sitio.

—Del tamaño de mi brazo.

—En este río no hay carpas así de grandes.

—Le digo que es verdad.

Da Shan agitó el brazo, despidiéndose, y el hombre hizo lo mismo. Un vaso de plástico cabeceaba en el agua.

Da Shan atravesó la ciudad, siguiendo las calles inundadas de barro líquido, y se encaminó a la colina del Templo de la Virtud Armoniosa. En una ladera de la colina había unas escaleras de granito. Indemnes al paso de los años y a las pisadas, las escaleras seguían tan toscas como el día que fueron esculpidas en la roca. Los pies de Da Shan no dejaban huella de su ascensión al alejarlo del caos desesperado de las calles.

Al final de la cuesta, las escaleras se convertían en un camino hacía tiempo sepultado bajo la hierba. Siguió las huellas de otras pisadas. El camino conducía a la puerta del templo, del que salía un fresca bocanada de aire aromatizado con sándalo. Da Shan se detuvo en la penumbra de las velas a la entrada del santuario y tuvo la extraña sensación de que estaba entrando en un cuerpo vivo. Cogió una amarillenta hoja de periódico de un montón dejado al efecto, la extendió en el suelo y se sentó. La estatua de Guanyin sonreía como siempre había sonreído, y frente a ella había dos monjas arrodilladas cantando el Sutra del Loto. Eran de la generación de su madre, ya mayores, y sus cabellos grises empezaban a tornarse blancos. Una llevaba unas gruesas gafas, y la otra las necesitaba. Entrecerraba los ojos para enfocar, tanto que casi parecían completamente cerrados.

Da Shan intentó cultivar su espíritu mientras ellas masacraban el Sutra. El texto estaba plagado de caracteres que ellas no reconocían, de significados para ellas perdidos en el tiempo. Cantaban sin entender lo que cantaban, pronunciaban mal las palabras y entonces se corregían la una a la otra, mientras la estatua de plástico de Guanyin las miraba desde arriba, sus ojos de media luna llenos de compasión y las manos alzadas en un gesto que demostraba paz interior.

Estuvo sentado largo rato al fondo del templo. Pese al atolondrado caos de la oración de las monjas, Da Shan cerró los ojos e intentó imaginar que no había pasado ni futuro; pero lo único que acertaba a oír era el canto de las dos mujeres, que se paraban y se corregían constantemente, y el golpear de los bloques de madera cuando pasaban la página.

La media luz vespertina bañaba la ciudad cuando Da Shan

volvió al centro pasando por la Comuna Li. La pista de barro serpenteaba entre casas de ladrillo; un olor a humo de hoguera impregnaba el aire. Da Shan se detuvo y vio que en el pueblo había un montón de pequeñas fogatas. Cuanto más se acercaba, más fuerte era el olor a quemado. Hilachas de humos entreveraban el cielo. El humo de fogata tenía un olor melancólico, y sobre su cabeza un alto pino cantaba mecido por la brisa.

El camino zigzagueaba entre las casas, y al volver una curva, Da Shan vio a un hombre vestido con un traje barato agachado en la cuneta. Alimentaba su hoguera con fajos de billetes. El humo le hacía guiñar los ojos y tenía la cara roja por el calor del fuego; de los labios le colgaba un cigarrillo. Arrastró los pies sin incorporarse y contempló la danza de las llamas.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó Da Shan.

El hombre echó al fuego el último fajo de billetes y alzó la vista, sin llegar a abrir totalmente los ojos. Llevaba la barbilla sin afeitar y tenía una voz muy aguda.

—Mañana es Qing Ming —dijo con campesina sencillez.

—¡Ah, claro!

Nadie celebraba Qing Ming cuando Da Shan era pequeño, al menos en las ciudades, ni tampoco la gente con educación. Era una superstición campesina.

Da Shan y el hombre se retiraron unos pasos de la fogata y observaron cómo las llamas luchaban por consumir el papel, quemándose en su propia avidez y dejando no más que unas hilachas arrugadas de ceniza blanca que alzaban nerviosamente el vuelo. Da Shan sacudió la cabeza: ni siquiera podría celebrar Qing Ming si quisiera hacerlo. No sabía cómo se celebraba.

El viejo Zhu estaba jugando a las cartas con un amigo cuando Da Shan volvió a casa. Sobre la mesa había un paquete de cigarrillos medio vacío y un cenicero casi lleno. Hablaban de 1950, el año después de la liberación, cuando ambos habían sido enviados a Shaoyang para montar un centro de reeducación de prostitutas. El primer día habían desfilado por la ciudad con tambores y pancartas que proclamaban las virtudes de la nueva sociedad comunista y llamaban a la putas a insertarse en los programas de reeducación.

No acudió ninguna. Esto no les desanimó, y enseguida se pusieron a planificar sobre el terreno. Proyectaron un pequeño edificio para oficinas, unas viviendas, una clínica y una guardería infantil en la falda de una de las colinas. Cuando terminaron, empezó a llover y la lluvia se llevó todo lo que habían hecho, pero no les importó. Al día siguiente empezaron de nuevo.

—Me he encontrado con un campesino quemando dinero —dijo Da Shan, sentándose con ellos—. Me contó que mañana es la fiesta de Qing Ming.

Los dos ancianos lo miraron como si fuera un mal recuerdo que venía a interrumpir su conversación. Se les heló la sonrisa y bajando la cabeza fijaron la vista en sus manos. Se quedaron un momento en silencio.

—¿Ya estamos en la Fiesta de la Tumbas? —preguntó el amigo del viejo Zhu.

—Recuerdo el jaleo que armábamos de niños —comentó éste—. Eran días de jaleo y de tribulación. Cuánta comida dejábamos sobre las tumbas. Mejor que la que tomábamos nosotros, ¡y eso que ellos estaban muertos!

El viejo Zhu rió brevemente, pero ninguno de los dos lo secundó. Movió la cabeza en silencio. El pasado parecía más inmediato que el presente, más real que el futuro. Le desasosegaba. Blancos cabellos, blanco rostro y temor a la muerte.

El ruido de la silla de Da Shan al levantarse interrumpió los pensamientos del viejo Zhu. Vio a su hijo ponerse en pie y dirigirse al balcón, y alargó el brazo para alcanzar el paquete de cigarrillos.

—¿Cómo están tus nietos? —le preguntó al vecino, y observó si Da Shan estaba escuchando, pero éste cerró la puerta tras él sin hacer ruido.

En el balcón el aire era húmedo y fresco, cargado de olor a humo. Se veían más hogueras ardiendo por toda la ciudad, y encima de ésta, las estrellas eran rojas. Da Shan recordó la vez que había ido al cementerio de la familia Zhu a enterrar a su abuelo. Era un campo de sepulturas pegadas a la tierra, medio ocultas entre la hierba; debajo yacían todas las generaciones del clan Zhu: muertos en sus terribles tumbas. Ese día dejaron unos cuantos bollos de

harina de mijo porque corrían malos tiempos. No había billetes para aliviar el dolor de la partida o para sobornar a los espíritus furiosos. En lugar de ello, uno de los tíos había leído una lista con todos los honores y proezas del difunto, vanos elogios para un muerto. Mientras los hombres de la familia paleaban la tierra, Da Shan se había echado a llorar, no porque su abuelo hubiera muerto o sus padres estuvieran presos, sino porque el fiero viento mongol se le metía en los huesos.

IX

Una hora después de que Qing Mei se fuera, el viejo Zhu estaba sentado en la mesa esperando que volviera. Mientras, su esposa ocupaba el lado contrario vacío.

—No dijo que fuera a retrasarse —comentó su esposa.

Él asintió.

—Empieza a comer o se enfriará.

El viejo Zhu no hizo movimiento alguno.

Su esposa lo miró y luego bajo la vista a los tres cuencos humeantes, conforme avanzaba la espera menos humeantes.

—Venga, come. No estará bueno frío.

El viejo Zhu pinzó un trozo de carne de cerdo con los palillos y lo puso sobre el arroz. Le añadió una rodaja de tomate y alzó el cuenco a la altura de la boca y empezó a comer. Su mujer se sentó frente a él y lo observó, pensando en su hijo.

—Estoy preocupada —dijo al fin.

El viejo Zhu rebañaba el cuenco.

—Marido —dijo ella.

Él levantó la vista del cuenco después de llevarse a la boca los último granos de arroz.

—Estoy preocupada —repitió ella, mirándolo a los ojos desde el otro extremo de la mesa—. ¿Crees que se habrá vuelto a meter en líos? —preguntó.

—No. Sólo está recuperando a sus amigos.

—Pero, ¿y la chica?

—¿Qué chica?

—Aquella chica —insistió ella.

El viejo Zhu se rascó la blanca cabeza y se quedo un buen rato pensando, hasta que por fin recordó.

—¡Oh, no! —dijo—. Sólo te preocupas demasiado —ella lo miró, como comprobando el grado de convicción en sus palabras—. Aquello terminó —la tranquilizó el viejo Zhu—. A nadie le importa ya.

Cuando estaban terminando de comer, un golpe en la puerta vino a interrumpir el silencio hasta entonces sólo roto por el ruido de sus mandíbulas al masticar. Era *Madam* Fan. Su entrada provocó un pequeño torbellino de actividad; el viejo Zhu la condujo hasta la mesa, mientras su esposa iba a buscar un cuenco y unos palillos limpios.

—Coma algo —le insistió la esposa del viejo Zhu.

Madam Fan movió la cabeza.

—No, gracias, acabo de comer.

—Pero seguro que puede tomar algo. Da Shan no ha venido a comer. Irá ala basura, si no.

Madam Fan alzó las manos, rechazando el ofrecimiento.

—De veras, no puedo.

La esposa del viejo Zhu le llenó un cuenco de arroz.

—Venga, coma —dijo—. ¡Coma!

—No, no —insistió *Madam* Fan, pero al final cedió—. Está bien. Tomaré un bocado.

Azuzada por la anfitriona, picoteó de los diferentes platos de comida, logró comerse la mitad del arroz y luego dejó los palillos sobre la mesa y bebió un sorbo de té. El viejo Zhu la animó con una sonrisa, tras lo cual se levantó y se dirigió a su dormitorio a fumar un cigarrillo y echar una cabezada.

Mientras el viejo Zhu dormía, *Madam* Fan y su esposa pasaron las largas y lentas horas de la tarde charlando sobre el cierre de la fábrica, el incremento de la delincuencia, sobre lo peligrosa que se había vuelto la ciudad con la llegada masiva de inmigrantes y otras cosas por el estilo. Sobre la entrada de la fábrica habían puesto una pancarta en la que se agradecía a todos los trabajadores, pasados y presentes, su contribución en la construcción de la Madre Patria. Corrían muchos rumores, como que iban a derribar la fábrica y construir un bolera en su lugar, o que la compañía que había comprado los terrenos para construir un hotel era propiedad del

hermano del actual director de la fábrica, y que se la habían vendido por nada.

—¡Ay! —exclamó la esposa del viejo Zhu—. En los tiempos que corren no hay orden ni concierto.

—Ni que lo diga —corroboró *Madam* Fan—. Ni que lo diga.

Las dos pensaban en dónde estaría Nube de Otoño, pero ninguna de las dos lo mencionó. Desde el dormitorio les llegaban los ronquidos del viejo Zhu, entremezclados con los chirridos del somier cada vez que se volvía y entraba en un nuevo sueño. Cuando habían pasado revista a todos los temas, *Madam* Fan se inclinó sobre la mesa y sin perder la compostura le hizo cien preguntas sobre Da Shan y el mundo que había dejado atrás. La esposa del viejo Zhu se apartó el cabello de la cara y las fue respondiendo con todo recato, contándole todo lo que había pasado desde la noche que su hijo había aparecido repentinamente en el umbral.

—Tiene que estar muy contenta de que haya vuelto —dijo *Madam* Fan.

—Claro, claro que lo estamos —respondió la esposa del viejo Zhu. Se produjo un silencio, y entonces se creyó en la necesidad de mostrar un interés recíproco y preguntó—: ¿Y cómo le va a Melocotón? —*Madam* Fan esbozó un sonrisa desesperada—. ¿Todavía no tiene novio? —*Madam* Fan negó con la cabeza—. No se preocupe; seguro que no tendrá problema en encontrar un buen hombre. Es tan bonita como usted.

—¡Oh! Me halaga usted.

—No sea tan modesta —le dijo la esposa del viejo Zhu con la prolongada tos de su marido como fondo.

—Tengo que marcharme —susurró *Madam* Fan.

—No se preocupe.

—No quiero molestarles más.

—No es ninguna molestia.

—Bueno, le prometí a mi hermano que irá a verlo hoy.

Se levantaron, y las sillas resonaron sobre el suelo de baldosas. El viejo Zhu seguía tosiendo en el dormitorio cuando su esposa acompañó a *Madam* Fan a la puerta y le dijo lo contenta que estaba de volver a verla. Antes de salir, *Madam* Fan reparó en las antigüedades que había comprado Da Shan y exclamó:

—¡Oh, qué bonitos!

La esposa del viejo Zhu se ruborizó.

—¡Oh, bueno! No son más que unos trastos viejos y sucios.

Madam Fan pasó por alto el comentario de la anciana.

—Son muy bonitos —repitió—. ¿Dónde los ha encontrado? Tienen que haberle costado mucho.

—Son de nuestro hijo —dijo la anfitriona, arrepintiéndose de no haberlos quitado de allí, pues sabía lo rápido que corrían los rumores—. Le gustan estas cosas.

—Pues le debe de ir muy bien.

—Bueno, así, así.

Madam Fan se rió.

—En ese caso, a mí también me gustaría que me fuera así, así.

Madam Fan tomó el autobús número 11 hasta la otra punta de la ciudad. Cuando llegó a casa de su hermano y llamó, fue recibida por los rostros de sorpresa de éste y su esposa al verla en la puerta.

—Pasa, pasa —insistieron, pero *Madam* Fan no se atrevía a entrar—. Seguro que no has hecho todo este camino para quedarte en la puerta —dijo su hermano mientras la arrastraba dentro—. ¿Crees que voy a dejar a mi hermana mayor en la puerta como si fuera una desconocida?

Madam Fan rechazó el asiento que le ofrecían y en su lugar se posó completamente envarada al borde del duro sofá. Su hermano le trajo una taza con una generosa ración de hojas de té, que procedió a llenar de agua caliente delante de ella con un termo de plástico azul.

—Por favor, no te preocupes. Me tratas como a una invitada —dijo *Madam* Fan, pero su hermano no le hizo caso y le colocó delante un cuenco con golosinas, tras lo cual le peló una manzana: la monda formó una espiral inversa alrededor de la pulpa.

Hubo cinco minutos de tensa conversación formal, hasta que la cuñada de *Madam* Fan le preguntó por fin:

—¿Cómo está tu familia? ¿Cómo le va a Melocotón?

—Muy bien.

—¿Y tu marido?

Madam Fan guardó la compostura y no respondió.

Su hermano gruñó.

—Deberías haberte divorciado de él.

Madam Fan intentó contener las lágrimas que le inundaron los ojos.

—Toma —dijo su cuñada, dándole un pañuelo de papel.

—Gracias, estoy bien.

—¿De qué sirve volver a sacar todo eso? —le recriminó la cuñada de *Madam* Fan a su marido, quien cerró la boca y se cruzó de brazos. Luego se dirigió a su hermana y le pidió disculpas.

Madam Fan se sonó la nariz.

—No lloraba por eso. Era por Melocotón.

—¿Qué ha hecho?

—No, no ha hecho nada. Sólo que es natural que sufra por ella. Después de todo, yo decidí quedarme con él, pero me parece injusto habérselo impuesto. Un niño no puede escoger a sus padres. ¿Por qué tiene que tener un padre tan terrible?

Su hermano y su cuñada se sentaron y la escucharon en silencio, asintiendo, la preocupación impresa en sus rostros.

—¿No tiene novio todavía?

—No. ¿Cómo va tenerlo? No tiene un futuro. Lleva sin hacer nada desde que terminó la escuela.

Los dos asintieron, comprensivos.

—Pero es muy bonita —dijo la cuñada.

Madam Fan sonrió débilmente.

—Sí, lo es. Pero la fábrica ha cerrado. No tiene trabajo, y hay tan pocos hombres con trabajo fijo hoy día. No es fácil para las chicas de hoy encontrar un buen hombre.

—Y con tanto desaprensivo como hay por ahí —añadió la cuñada.

—¿Por qué no se va a Shanghai o a Shenzhen? —preguntó el hermano.

Madam Fan tenía un aspecto trágico; su cuñada lanzó una furiosa mirada a su marido.

—¿Cómo se te puede ocurrir semejante estupidez? —le reprendió—. ¿No te imaginas lo que podría sucederle?

—A mí también me preocupa —dijo *Madam* Fan—. Se oyen tantos casos terribles.

—¿Y qué iba a hacer la pobrecita con su única hija en Shanghai o en otro sitio parecido —continuó la cuñada—, y ella sola aquí con

el bestia de su marido?

El hermano se encogió de hombros.

—No te preocupes —la tranquilizó la cuñada; y se puso en pie, entró en la cocina y volvió con una oxidada lata de té en la mano—. Te vamos a ayudar.

Madam Fan recompuso su postura al borde del sofá.

—No, por favor. No quiero que penséis que he venido a pediros dinero.

—No seas tonta.

—No, no puedo aceptarlo.

—Tómalo —insistió la cuñada; contó los billetes y le tendió más de cien yuans.

—¿Estás segura?

Madam Fan extendió la mano para tomarlos e inmediatamente trató de devolvérselos.

—Quédatelos —dijo su cuñada—. No es nada.

—Eres sangre de nuestra sangre —dijo su hermano—. ¡Chitón!

—Mil gracias —*Madam* Fan contuvo un sollozo, y en sus ojos brotaron lágrimas de humildad y agradecimiento—. Los cielos no pasan por alto una buena acción —dijo—, aunque los hombres la olviden.

Cuando *Madam* Fan regresó a casa, su marido estaba fuera jugando al póquer. Melocotón estaba en su cuarto canturreando las melodías pop que desgranaba la radio. Cuando oyó a su madre, abrió la puerta del cuarto y bajó el volumen de la música, pero *Madam* Fan sonrió y dijo:

—No importa.

—¿Estás segura, madre? —preguntó Melocotón.

—De veras.

Madam Fan tarareó una de las canciones favoritas de Melocotón, lo que le quitó a ésta las ganas de escucharla, y apagó la radio.

—¿Dónde has estado todo el día? —le preguntó.

—Fui a ver a la mujer del viejo Zhu, y luego fui a visitar a mi hermano.

—¿Cómo están los tíos?

—Muy bien.

La alegría con que contestó perturbó a Melocotón.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho tú?

—¡Oh, nada!

Madam Fan la estudió por encima de las gafas.

—Deberías salir más. Verte con tus amigos.

—¡Madre, por favor! No empieces —gruñó Melocotón.

—Conque ahora eres tú la que me regañas. Pero…

—¡Madre!

Madam Fan se dio cuenta del azoro de Melocotón y empezó a tramar un plan en su cabeza, y eso la hizo sonreír.

X

Melocotón se levantó de la cama. La mañana era fría y llenó el hervidor de agua y encendió la cocina, una flor caliente de pétalos azules en la penumbra de la habitación. Los ojos se le pegaban de sueño, tenía el pelo alborotado y la cara surcada por las marcas de la almohada. Se lavó en una palangana de agua fría y limpió así su mente de las últimas huellas de la noche; luego se puso frente al espejo y se cepilló el cabello hasta que le cayó liso y brillante sobre los hombros. Su madre cantaba en el balcón y su padre roncaba en el dormitorio, mientras el hervidor empezaba a borbotear lleno de vida, y ella tarareaba una canción que acababa de recordar. Se asomó a la ventana de la cocina para ver la calle y a la gente que se dirigía con paso decidido hacia sus ocupaciones.

Cuando el hervidor empezó a silbar, apagó el fuego y vertió la mitad del agua en un cazo de aluminio y la otra mitad en la tetera, añadiéndole a ésta unas hojas de té, que bailaron un momento en el agua; puso entonces seis bollos al vapor en el cazo. Aparte del canto de su madre y los ronquidos de su padre y el borboteo del agua en el cazo, el mundo estaba en silencio.

Las hojas se té se fueron al fondo.

Melocotón las revolvió con un dedo rápidamente.

Luego tapó la tetera.

Hacía unos diez minutos que habían parado los ronquidos de su padre, sustituidos por el olor a humo de cigarrillo, cuando Melocotón acabó de desayunar. Escuchó las últimas notas de una de las arias de su madre y acto seguido ésta entró en el cuarto.

—Ya he desayunado —le dijo Melocotón.

Madam Fan asintió.

—Y ahora voy a salir.

Su madre alzo la vista.

—¿A dónde vas?

—De compras.

—Precisamente pensaba llevarte hoy a comprar ropa nueva.

—Me apetece ir sola —dijo Melocotón.

—¿Por qué no quieres que vaya contigo?

—No hay ninguna razón; simplemente quiero ir sola.

Madam Fan se sentó a la mesa con cara de desaprobación.

—Ya. Te iba a decir que está lloviendo otra vez.

Melocotón se sentó frente a su madre. *Madam* Fan desprendía trocitos de bollo caliente, los mojaba en el té y los mordisqueaba lentamente. Bebió el té con sonoros sorbos e ignoró palmariamente los ruidos de su marido levantándose, saliendo del dormitorio y gruñendo camino del servicio. Melocotón permaneció sentada; la tensión se cortaba en el aire.

—Si vas a salir, es mejor que te vayas ya —dijo por fin *Madam* Fan. Su hija sonrió—. Supongo que no tienes dinero, ¿no?

—Me queda algo del de las Fiestas de la Primavera.

—Eso no es suficiente. Toma, lleva algo más —*Madam* Fan echó un vistazo a su alrededor y con un trozo de bollo señaló un fajo de billetes viejos doblados por la mitad. Melocotón cogió quince—. Cómprate algo que te quede bien. Algo bonito.

Melocotón asintió.

—¿Volverás para comer?

—No estoy segura.

—Bueno, pues ten cuidado. Y no te mojes mucho.

—Gracias —dijo Melocotón.

—¡Hala, a la calle! —dijo su madre, casi con una sonrisa en los labios.

Melocotón abrió el paraguas y se alejó con paso pausado de la fábrica. La calle estaba llena de paraguas, paraguas de miles de formas y colores: azules, rojos, verdes, amarillos. Paraguas que caminaban charlando amistosamente, paraguas que vendían y

boceaban mercancías, paraguas que se arremolinaban, acercándose o alejándose. Bajo el suyo, Melocotón giró a la izquierda y tomó la calle que llevaba al centro.

En el centro había un gran ajetreo de vendedores ambulantes; todos se habían levantado temprano para montar sus puestos. Llenaban las aceras con sus mercancías, obligando a los viandantes a bajarse a la calzada. Algunos habían tendido cuerdas entre las farolas para colgar la ropa a la venta; un uigur del oeste de China con una puntiaguda barba blanca y un casquete bordado en la coronilla vendía pasas de *More Nipple*; un musulmán de la región asaba brochetas de cordero; y luego había una larga hilera de puestos que ofrecían chucherías electrónicas y mecheros con una sonriente cara de Mao que al encenderlos sonaba una melodía de la revolución; se podía elegir entre una amplia selección de canciones patrióticas. Las bocinas atronaban y la gente maldecía; los cuerpos se mezclaban precariamente con el furioso tráfico.

Melocotón se paró en el puesto de una mujer que vendía golosinas.

—¿A cómo van éstas?

—A ocho yuans el kilo.

—¡Qué caro! —exclamó Melocotón, alejándose.

La anciana intentó llamarla para que volviera.

—¡Seis yuans! —gritó, y luego—: ¡Cinco!

Pero Melocotón siguió su camino. No quería aquellas estúpidas golosinas. Entró en varias tiendas abarrotadas y recorrió anárquicos mercadillos, pero no encontró nada en que gastar su dinero. Estuvo dando vueltas por el centro hasta la hora de comer, cuando sus pasos la encaminaron de vuelta hacia la Fábrica de Cohetes Espaciales; ya de regreso, pasó junto a los montones de libros y revistas y delante de un entoldado funerario, donde unas mujeres golpeaban aún los bloques de madera, y de pronto se encontró de nuevo a la entrada del recinto. Volvió la cabeza hacia la masa de coloridos paraguas y por un instante le pareció que la ciudad no había existido nunca. Lo único que había era el paseo hasta allí y el paseo de vuelta, y luego la espera hasta la siguiente vez.

Melocotón se detuvo a la entrada del recinto de la fábrica y decidió que todavía no le apetecía volver a casa. Había dejado de llover, vio las colinas cubiertas de verde bambú y se encaminó

hacia allí.

El camino rodeaba la fábrica por detrás. En los arrozales inundados se veían hileras de campesinos trasplantando el arroz. En un muro había un eslogan escritos en caracteres rojos.

Hágase rico con los albaricoques.

Melocotón siguió andando hasta que le faltó el aliento. Se paró junto a un arrozal y observó a los campesinos que se afanaban en el trasplante de los plantones. Avanzaban inclinados de extremo a extremo del campo, las manos en el barro, hasta acabar la hilera de plantones. Su vida sí que era dura, encadenados a la tierra y al paso de las estaciones.

Reanudó la marcha y dejó sus pensamientos a la deriva. Cuando las luminosas lanzas del sol poniente atravesaron las nubes, inició el camino de vuelta hacia la ciudad. Los paraguas habían desaparecido, pero no la frialdad de su casa, así que continuó andando por la orilla del río, mirando sus negras aguas.

—¡Eh, Melocotón! —la llamó Sun An— ¡Eh!

Se volvió sonriendo y Sun An vio la mitad de su silueta en la media luz.

—¿Has comido?

—No —respondió ella.

—¿Quieres comer algo?

—¡Vale!

—Pues venga, pasa.

Sun An puso una cinta en el vídeo para que Melocotón se entretuviera mientras él cocinaba. Le llevó un cuenco con cacahuetes, y ella los abría, les quitaba la piel marrón y se metía en la boca las suaves y blancas semillas sin apartar la vista de la pantalla.

Sun An lavó el arroz y lo puso a hervir. Picó las cebolletas y el cerdo ahumado, lo mezcló con salsa de soja y unos trozos de guindilla picante y lo frió todo en la cocinita de queroseno. El aceite chisporroteaba, y él no dejaba de revolver.

—¿Está bien la película?

Melocotón masculló algo entre dientes, dando a entender que sí.

Sun An sonrió y siguió revolviendo la comida en el fuego. La

veía mondar los cacahuetes, luego giraba la vista hacia la acción que se desarrollaba en la pantalla y volvía a mirarla a ella. Cuando la carne estuvo hecha, comprobó el arroz, pero todavía estaba húmedo. Mierda, pensó, y consideró si debería subirle el fuego. Lo pinchó con un palillo, demasiado húmedo, y volvió a taparlo.

Sun An dejó el cerdo a fuego bajo y se mordió el labio. Estaba claro que a Melocotón le estaba encantando la película, reía mucho, casi demasiado. Sun An calculó el tiempo que le quedaba al arroz, esperando que lo más divertido de la película pasara pronto para interrumpirla entonces. Decidió que la interrumpiría cuando llegara a cincuenta, pero siguió contando. Se juró que pararía al llegar a ochenta, pero llegó hasta ochenta y cinco, y luego a noventa, noventa y uno, noventa y dos, noventa y tres, antes de alzar la voz y decir:

—¡A cenar!

Melocotón se volvió y le sonrió mientras él destapaba el arroz y volvía a comprobarlo con un palillo. De nuevo salió húmedo. Mierda, volvió a decirse.

—Está muy bien esta película —dijo Melocotón.

—¿Ah, sí? —dijo Sun An, tapando la olla del arroz y pensando: noventa y cuatro, noventa y cinco…

—Sacaré los cuencos —se ofreció Melocotón, y los puso delante —. ¡Umm! ¡Qué buena pinta tiene!

—Espero que esté rico —dijo Sun An, dividido entre dos terrores, el de que el cerdo estuviera demasiado hecho y el de que el arroz no lo estuviera bastante.

—¿Sirvo?

—Yo lo haré —contestó Sun An.

Destapó el arroz, que humeó inocentemente.

Sun An llenó un cuenco con arroz para Melocotón y colocó la fuente de cerdo delante de ella.

—Lo siento. Creo que no va a estar muy bueno.

—¡Pero si huele muy bien!

—Eres muy cortés.

—Lo digo en serio —repuso Melocotón—. De veras.

Comieron, y Sun An se sonrojó de vergüenza y humillación por el arroz pegajoso y el cerdo seco.

—¿Te haces la comida todos los días? —le preguntó Melocotón.

Él asintió con un gesto, pues terna la boca llena, luego empezó a hablar igualmente, antes de haber tragado.

—Todos los días. Para mí y para mi hermana.

—¿Dónde están tus padres? —quiso saber Melocotón, llevándose los palillos a la boca.

Sun An tragó rápidamente.

—En el pueblo.

—¿Son campesinos?

—Sí.

Melocotón asintió, vacilante, sin saber qué decir.

—Trabajan mucho. Mi madre hace vino de arroz y mi padre trabaja en los campos. Les envío dinero todos los meses —Melocotón sonrió. Sun An se llenó la boca de arroz y continuó—: Es una vida muy dura. Ahora ya les pueden ayudar mis hermanos, sobre todo en esta época del año —volvió a llenarse la boca de arroz—. Mi familia no tiene mucho dinero. Pedí dinero prestado a unos familiares para poder abrir la tienda. Fueron muy amables. Tengo que trabajar mucho.

Melocotón no dejaba de sonreír. Recordó que de niña había querido ser campesina y se echó a reír sin recato. Por alguna razón, Sun An pensó que se estaba riendo de él.

—¿Te parece asquerosa la comida?

Melocotón se tapó la boca con la mano y agitó los palillos en el aire, casi sin poder respirar de la risa.

—No, qué va… Es una cosa tan tonta…

—¿Qué?

—Estaba pensando que cuando era pequeña me habría gustado que mis padres fueran campesinos.

Ahora le tocó reír a Sun An.

—¿Por qué?

—Mi madre era de la clase terrateniente, y en la familia de mi padre eran contrarrevolucionarios. No era fácil para mí. Ya de muy pequeña sabía que éramos distintos, y durante aquellos años lo que más deseaba era que fuéramos campesinos.

Él sonrió.

—Eso ya ha terminado. Son otros tiempos.

—Sí. Ya casi no me acuerdo de aquello. Mi madre me lo ha contado —entonces recordó lo que estaba intentando olvidar.

—Ahora es mucho mejor —comentó él.

—Sí, salvo que están cerrando todas las fábricas.

—Sí, salvo eso.

—Sí, ahora va todo mucho mejor.

Sonrieron. Él asintió y ella miró hacia otro lado. Melocotón esperó que él terminara de comer y entonces recogió los cacharros y se puso a fregarlos.

—¡No, no, por favor! —dijo Sun An.

—Eh, ¡no me trates como a una invitada!

Él se sintió incómodo.

—No seas tan cortés.

—No lo hago por cortesía, en absoluto.

—Entonces deja que lo haga yo —dijo él.

Melocotón alzó la vista y lo desarmó con su sonrisa.

—No —dijo—. Tú siéntate. Yo fregaré.

Sun An se aclaró la boca con un buche de té verde y lo escupió a la calle.

—Me va bien el negocio, ¿sabes? —dijo—. Envío a mis padres veinte yuans todos los meses.

Melocotón levantó la vista del cacharro que estaba fregando y alzó un hombro para apartarse un mechón de pelo de la cara.

—Eres un buen hijo —dijo—. Tus padres han tenido suerte contigo.

Al día siguiente, Melocotón volvió a levantarse temprano y salió con la cometa antes de que su madre tuviera tiempo de detenerla.

—¿A dónde vas?

—¡Por ahí! —le gritó ella por encima del hombro, sin pararse.

—Pero, ¿a dónde?

—Voy a jugar con la cometa.

—¿En dónde?

Pero Melocotón ya no la oyó.

—¿Volverás para comer? —gritó *Madam* Fan, pero su hija siguió alejándose bajo la lluvia—. Creí que ibas a ayudarme a ensayar las canciones —dijo a modo de último reproche. Entonces se sentó y le entraron ganas de llorar.

El marido de *Madam* Fan se levantó a las diez y desayunó lo que

le habían dejado sobre la mesa. Se lavó los dientes y se fue a jugar a las cartas a casa de un amigo. Ella lo observó salir con fría satisfacción; la lluvia sonaba como unos pasos que vinieran a llevárselo. Para siempre. Se sentó y se puso a calcetar ropita de bebé mientras tarareaba fragmentos de ópera y oía el repiqueteo de la lluvia en los cristales. Poco a poco, el lento e irregular sonido se hizo regular y predecible.

Cuando sople el viento del Este…, cantó y luego siguió tarareando y pasando los puntos. En la tranquilidad de ese momento, con la labor en la mano y el sonido del agua, se olvidó de recordar su pasado.

Cuando sople el viento del Este
envíame con él tu perfume.

Melocotón pasó la mañana andando por los embarrados caminos de las colinas, buscando un lugar adecuado para remontar la cometa. La lluvia se hizo más fina, hasta que paró completamente, y entonces se sentó junto a un pilón de arcilla tan grande como sus brazos abiertos. El agua estaba negra y sobre ella se arremolinaba una fila de campesinos de corta estatura. Vio a una campesina que arrancaba de la tierra verdes manojos de cilantro, lavaba las raíces para quitarles la tierra y se iba camino del mercado; observó a un matrimonio que hablaba a lo lejos mientras inspeccionaba lentamente su plantación de arroz; a una muchachita con unos pantalones verdes y una camiseta roja que jugaba junto al campo que su madre estaba escardando con esmero. La figuras venían y trabajaban, luego se iban. Todavía no había aire suficiente para lanzar la cometa.

—¡Hola!

Melocotón dio un respingo.

—¿No vives tú en la Fábrica de Cohetes Espaciales?

Melocotón se volvió, alzó la mirada y vio a un hombre. Entonces se ruborizó.

—¿Qué haces aquí sentada? —le preguntó él, sonriendo—. No está muy limpio que digamos.

Alargó el brazo y la ayudó a levantarse.

—Vine a remontar la cometa, pero no hay viento —respondió

ella.

—¿Por qué no subes al templo? —propuso el hombre—. Allí arriba suele soplar algo de brisa.

Melocotón posó la mirada en su cometa. No sabía qué responder.

—Eres el hijo del viejo Zhu, ¿no? —preguntó al fin.

—Así es —dijo él—. Da Shan.

—¡Ah! —exclamó Melocotón.

—¿Y tú eres…?

—La hija de *Madam* Fan.

—¿*Madam* Fan?

—La que canta ópera.

—¡Ah! ¡Ya sé! —Da Shan le cogió la cometa de las manos—. Vamos, pues. Te ayudaré.

Ella lo siguió lentamente, esperando que él se volviera y la ayudara, pero no lo hizo.

—Has vuelto —le dijo, alzando la voz para que la oyera—. A Shaoyang, digo.

—¡Pues sí! —gritó él—. Ha cambiado un montón.

—Yo nunca volvería si me fuera.

Da Shan rió y siguió subiendo la colina con Melocotón detrás.

—Mi padre me enseñó a remontar cometas cuando era muy pequeño —le contó Da Shan. Sujetó las cuerdas y dejó que la cometa danzara en el aire.

—Lo haces muy bien.

Él rió.

—No, no soy muy bueno.

Melocotón lo vio tirar y soltar más cuerda, que se apresuró a recoger. Da Shan estaba tan concentrado observando el viento que se olvidó de hablar. Melocotón arrancó una hoja de hierba, se la enrolló en el dedo y miró el cielo, donde la cometa iba al encuentro de las nubes. Lo miró a él y decidió que estaba tan abstraído observando el viento que se había olvidado de ella. Jugueteó con las hojas de hierba entre los dedos, siguió la cometa con los ojos y luego los volvió hacia el templo.

—¿Se quieren tu madre y tu padre? —le preguntó de pronto.

Da Shan se volvió un instante y se echó a reír.

—Qué preguntas más raras haces.

Melocotón contempló la ciudad que se extendía a su pies, las calles y los edificios, desde donde subía el humo y el estruendo de las bocinas. Entre la hierba había una tortuga esculpida en piedra, que en su día había formado parte del templo; a su lado yacía rota la estela que en tiempos había soportado. La hierba había crecido entre los fragmentos. Se sentó en la cabeza de la tortuga y dobló las rodillas, protegiéndose de la brisa, la barbilla entre las manos.

—Seguro que sí se quieren. Tienes unos padres tan simpáticos —insistió Melocotón—. Lo único que hace mi padre es jugarse el dinero y lo único que hace mi madre es calcetar. Y, además, están siempre discutiendo.

Da Shan asintió, toda su atención centrada en el cielo.

—Mi madre está calcetando ropa de bebé para cuando me case —él volvió a asentir—. ¿No te parece raro?

—Un poco.

—Es que ni siquiera tengo novio.

—No te preocupes por eso.

—No estoy preocupada.

—Seguro que hay un montón de chicos que sólo están esperando a que les seas presentada —la animó él.

—No tantos.

—Seguro que sí.

Melocotón miró a otro lado, dejándole ver su perfil.

—¿Quién va a querer casarse con una chica de Shaoyang? Sin dinero, sin nada de nada.

—No te preocupes, todo irá bien —dijo Da Shan, volviéndose y dándole las cuerdas de la cometa—. Venga, aquí la tienes, ya está arriba, ahora no deberías tener problema para mantenerla.

Ella se sintió muy patosa al tomar las cuerdas de su mano y empezó a disculparse por nada en concreto. La cometa pareció combarse al tocarla ella, perdió tensión.

—¡Oh! ¡Qué torpe soy! —dijo.

—No, qué va. Sólo tienes que mantenerla arriba, en el viento. Así, lo haces muy bien.

Él le sujetó las manos mientras ella soltaba más y más cuerda, luego se apartó y le fue indicando qué tenía que hacer. Melocotón aprendía rápido.

—Así, así —dijo—, bien —y luego se quedó callado.

Melocotón se concentró en hacerlo bien. Tras unos minutos de silencio se volvió a mirar qué hacía él, y descubrió, irritada, que se había ido y ya estaba colina arriba. El hecho de que él no la estuviera mirando le quitó todo el placer a lo que estaba haciendo. Se aburrió, quería hablar con alguien y sólo se le ocurría Sun An. Además, se estaba haciendo tarde.

Sun An estaba en su tienda de alquiler de vídeos jugando con su hermana.

—Hola, tía —dijo la niña cuando Melocotón apareció en la puerta.

Era una niña bajita y regordeta y llevaba el pelo castaño claro sujeto con horquillas baratas.

—Ve a hacer los deberes —le dijo Sun An, y la niña obedeció muy seria. Recogió sus libros y se los llevó a la trastienda.

Sun An limpió una silla para que se sentara Melocotón, le puso unas semillas de loto delante y sirvió agua en un vaso.

—¿Vale con agua caliente? —le preguntó.

—¿No tienes té?

—¡Hermanita! ¿Puedes acercarme el té?

Melocotón esperó a que él le trajera el té y se llevó unas semillas de loto a la boca por hacer algo. Sun An atendió a un cliente y luego volvió a donde estaba sentada ella.

—¿Crees que el amor es importante en el matrimonio o no? —le preguntó Melocotón cuando Sun An se sentó a su lado.

Él abrió la boca un instante, y luego dijo en voz muy baja:

—Creo que es muy importante.

Ella se dio cuenta de lo que había dicho y de cómo lo había entendido él, y se sonrojó.

—¡Oh, no! Lo que quería preguntar es si tus padres se quieren.

Sun An asintió, y Melocotón hizo un mohín, ¡umm!

—¿Quieres ver una película? —le dijo rápidamente.

—No, no me apetece —respondió Melocotón, y permanecieron sentados en silencio.

Sun An le miraba las manos y el cabello que le caía sobre la oreja, y sus ojos sedientos, que secaban los suyos en un momento y le hacían avergonzarse y mirar para otro lado. Se frotó un mancha

inexistente en el pantalón y no pudo soportarlo más, porque se volvería loco si no hablaba.

—¿Te gustaría salir alguna vez? —le espetó—. Conmigo, quiero decir. Podríamos hacer algo, como ir al parque o tal vez al cine.

Melocotón lo miró fijamente mientras él le hablaba, luego se apartó un poco y dijo:

—Vale. Si quieres…

Sun An sonrió de medio lado y se encorvó, como si estuviera a punto de saltar despedido del asiento.

—Pero creo que ahora tengo que irme. ¿Me acompañas?

Para Sun An, el recorrido hasta la casa de Melocotón resultó demasiado largo y demasiado lento, pues la decisión de si debía o no debía enlazarla por el hombro y, en el caso de hacerlo, si debía besarla o no le había puesto los nervios de punta. El melón maduro sabe mejor que los que se cogen demasiado pronto, le decía siempre su abuela.

Intentó caminar más pegado a ella, de forma que sus brazos se rozaban o se tropezaban uno con el otro, y esto pareció no molestarle; así que contó hasta diez y la enlazó por los hombros; el brazo quedó colgando, medio agarrotado, tocándola a medias y sin insistir demasiado. No se ha apartado, pensó, un consuelo que, sin embargo, no logró calmar sus nervios.

Giraron a la derecha y tomaron la calle que llevaba a la entrada del recinto de la fábrica. La calle estaba sembrada con los desechos del mercado. Sun An la tomó de la mano y la guió: sorteaba la oscuridad y la porquería como si fuera un funambulista de circo. Cuando llegaron a la entrada de la fábrica y tuvo que soltarle la mano, casi sintió decepción.

—Bueno —dijo—, ¿y cuándo quieres que vayamos al cine?

—¡Oh! No lo sé muy bien —respondió Melocotón.

—Vale. No hay problema —dijo él con una sonrisa—. Me enteraré cuando pongan una buena película y te lo diré. ¿Vale?

—Sí —dijo ella—. Buenas noches —y se volvió y se fue sin mirar atrás.

Cuando Melocotón llegó a casa ya había salido la luna, todavía baja en el horizonte, y su luz formaba un halo de parpadeantes

estrellas. Abrió la puerta sin hacer ruido y contempló con aprensión a su madre, sentada junto a la ventana, las gafas sobre la nariz, calcetando y canturreando para sí. Melocotón se quedó en el umbral, se quitó el abrigo y lo colgó junto a la puerta.

—Estás formando corriente —le dijo su madre sin levantar la vista de la labor.

Melocotón cerró la puerta y entró y se sentó a la mesa.

Madam Fan siguió calcetando.

—Tienes la comida en la cocina.

—Gracias.

—Y también la cena.

—¡Ah! —exclamó Melocotón—. Lo siento.

Madam Fan alzó un par de pantaloncitos de bebé azules.

—¡Mira! —dijo con una sonrisa radiante—. Ya están casi terminados. Y cuando los termine voy a hacerles un gorrito a juego.

Melocotón observó la gélida sonrisa de su madre y sus ojos pétreos y asintió.

—Los necesitarás cuando te cases y tengas hijos.

—Hijo —la corrigió Melocotón.

—Eso, un hijo.

—Pero, en cualquier caso, ni siquiera estoy casada.

—Pero lo estarás.

—Tampoco tengo novio.

—¿Por qué no? ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Lo sé. Así que ya va siendo hora de que lo encuentres. Yo estaré ojo avizor. También se lo he dicho a tu tío, por si conoce a algún buen muchacho con trabajo.

Melocotón suspiró.

—Aunque sólo hubiera en todo Shaoyang un solo chico adecuado, estate segura de que lo encontraríamos.

Melocotón se pellizcó la mano y se hincó las uñas hasta hacerse daño.

—Tal vez ya he conocido a uno.

Madam Fan se irguió.

—¿Quién?

Melocotón se quedó con la mirada en blanco.

—¿Quién?

—Nadie.
—¿Quién?
—¡Oh! ¡Yo qué sé!

Cuando la oscuridad cubrió Shaoyang, Da Shan dejó de escribir. Había escrito los nombres de la familia de su madre, llegando hasta la segunda mitad de la dinastía Qing: sus rangos, los hijos que habían tenido, sus hazañas. Sus padres se habían ido a la cama, y él se quedó sentado donde estaba, fumando un cigarrillo y preguntándose cuánto más recordaría su madre. Tal vez esto era todo, se dijo. Su padre parecía no recordar nada.

Da Shan pensó en otras historias que pudiera dejar registradas, y sonrió. Quizá podría escribir la historia de Shaoyang. La conocía bien; Shaoyang era una ciudad antigua. Aparece mencionada por primera vez en los *Anales del historiador*.

«Donde confluyen los ríos Zijiang y Shaoshui —había aprendido él de niño—, bajo un *gantang*, estableció su corte el conde Zhao».

En la Casa de Té de Shaoyang, Liu Bei esperó hasta que oyó cerrarse la puerta y entonces estiró el brazo y le pasó el pestillo por dentro. Sacó las piernas de la cama y esbozó una mueca de dolor al levantarse, y volvió a dirigirse al lavabo. El agua del cubo estaba fría, y mojó un paño y se lavó el cuerpo. Su piel se contrajo, como protegiéndose del frío. Se inclinó sobre el cubo y se echó agua en la cara para desprender los polvos blancos. Se le pegaban a los dedos, como alas de polilla, y flotaban en la superficie del cubo formando una espuma gris.

Cuando se sintió limpia, Liu Bei se envolvió en una manta y recorrió sigilosamente el balcón de madera hasta el servicio. El hedor a amoniaco al entrar en el váter vino a sustituir al frío del exterior. En el fondo del profundo agujero vio reptar y revolverse a diez mil pálidos gusanos.

Se agachó y apretó y oyó el chapoteo del chorro de orina sobre los gusanos.

—¡Eh! —se oyó una voz al otro lado de la puerta.

—¡Ya salgo! —dijo Liu Bei, y pararon de golpear la puerta.

Dejó salir una última gota y se limpió. El papel revoloteó en el aire antes de caer. Liu Bei cortó otro trozo y volvió a limpiarse y dejó que el papel cayera a la oscuridad. Volvieron a golpear en la puerta.

—¡Venga! —dijo una voz impaciente.

—¡Ya salgo! —gritó ella—. ¡Ya salgo!

Ya había anochecido cuando el marido de *Madam* Fan apareció dando tumbos en la puerta de la casa, medio borracho.

—Nuestra hija se ha enamorado —le espetó sin más *Madam* Fan —. Y si tú no fueras tan mal padre, no nos encontraríamos en la posición en que nos encontramos.

Él se tumbó en el sofá y encendió la televisión.

—¿Qué pasa?

—Nuestra hija ha estado fuera todo el día…, ¡con un hombre! —dijo *Madam* Fan, irritada.

—¿Qué hombre?

—¡No sé! ¡Un hombre! —chilló ella.

Él se sentó y se puso a mirar la televisión.

—¡Qué tiene un amante, te digo!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ella me lo ha dicho.

Él no respondió.

—Te digo que tiene un amante.

—¿Y qué? —dijo él en tono burlón.

—¿Y tú no vas a hacer nada? ¡Malditos sean tus antepasados!

—¡Por qué me casaría contigo!

—¡Algún campesino hijo de puta será! —chilló *Madam* Fan, poniéndose en pie y tirando al suelo la labor que tenía en la manos —. ¡Y estará follándose a tu hija, cabrón!

Madam Fan temblaba de ira, esperando una respuesta que él no iba a dar. Demasiado furiosa para hablar, recogió la labor del suelo, se fue corriendo al dormitorio y cerró de un portazo. Se sentó y reclinó el cuerpo, las manos atrás apoyadas en la cama, respiró hondo varias veces, y entonces intentó cantar un fragmento:

Una joven novicia soy, dieciséis años tengo,

temprano en la pubertad me afeitaron la cabeza…

pero tenía la garganta demasiado tensa, y en lugar de la voz le salieron lágrimas. Se acurrucó en su lado de la cama e intentó forzar la voz, pero su cara se desencajó y las palabras le salieron entre sollozos:

pues a mi padre, a mi padre le gustan los sutras
y a mi madre, a mi madre le gustan los sacerdotes budistas.

Despierta en la cama, Melocotón oyó los gritos de su madre, el portazo y el sonido de la televisión que vino a llenar el silencio luego. Sintió a su padre levantarse del sofá y acostarse. No se movió de la cama y vio salir la luna, ya casi llena, al otro lado de la ventana. Estuvo mucho rato despierta, sola en la oscuridad, y decidió huir, sabiendo que no lo haría, pero decidiéndolo de todos modos.

Madam Fan pasó una mala noche; la preocupación por su hija le había quitado el sueño. A la mañana siguiente salió pronto rumbo al mercado.

—¡Eh! —le gritó la del puesto de brotes de soja—. ¿Era su hija la que estaba ayer remontando una cometa? —*Madam* Fan estaba demasiado enojada para responder—. Sí, sí. ¡Estaba con el hijo del viejo Zhu!

—No puede haber sido ella —le contestó *Madam* Fan con indignación.

Pero cuando volvió a casa, guardó la compra y empezó a tararear una canción mientras ponía agua a hervir. En lugar de salir a cantar al balcón, fue al cuarto de Melocotón y se sentó en el borde de la cama. La luna había secado las lágrimas en las mejillas dormidas de su hija, y su respiración era lenta y superficial. *Madam* Fan la acarició. Melocotón se rebulló entre las sábanas, vio a su madre y volvió a cerrar los ojos.

—¡Buenos días! —dijo *Madam* Fan.

Melocotón no respondió.

Madam Fan siguió acariciándole el cabello.

—He hecho sopa Ocho Tesoros, por si te apetece —probó a decir entonces.

La hija abrió un ojo y luego el otro, preguntándose qué habría hecho de bueno para merecerse que su madre preparase su sopa favorita.

—Venga, levántate —continuó *Madam* Fan—. He planeado un día especial. Te voy a llevar de compras y luego tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa?

—Si te lo dijera ya no sería una sorpresa, ¿no? —repuso *Madam* Fan, destapando a Melocotón.

Ésta musitó una protesta, pero su madre Fan ya estaba en la puerta, canturreando en voz alta. Sirvió un cuenco de sopa para Melocotón y lo dejó sobre la mesa, luego salió al balcón y cantó:

Me iré del monasterio,
dejaré atrás gongs y plegarias.

Melocotón salió del cuarto y se sentó a la mesa. Inclinándose sobre la cuchara, sorbió con fruición la sopa de Ocho Tesoros.

En el piso de enfrente, la esposa del viejo Zhu se asomó a la ventana y le dijo a Da Shan que se acercara a ver a *Madam* Fan bailando en el balcón, las mangas de su vestido ondeando en la brisa.

—No tiene vergüenza —dijo la esposa del viejo Zhu—. Se diría que es ella la que tiene que casarse, no su hija.

Da Shan asintió y se sentó a terminar su desayuno mientras la aguda voz de *Madam* Fan resonaba en el patio y en el piso:

Me iré y encontraré un bello amante,
le dejaré que me regañe y me pegue,
que me dé paladas y me maltrate,
¡pero nunca seré Buda!

XI

Nube de Otoño se despertó a las cinco y media de esta mañana de sábado, cuando los árboles de Shaoyang volvían a estar cubiertos de brotes verdes. Mirando por la ventanilla del autobús, vio un mundo lleno de color y vida, en lugar del mundo gris que había dejado. El cielo estaba azul, los jóvenes enamorados paseaban de la mano y admiraban los ciruelos en flor, y su propio perfil reflejado en el cristal de la ventanilla parecía sonreírle.

El conductor bordeaba el hormiguero humano que llenaba las calles, y Nube de Otoño se esforzaba por ver a través del rayado cristal de la ventanilla. Recordó los días de primavera en su juventud, cuando los pétalos de las flores moteaban las aceras y ella tenía una mano que tomar. Dos repentinos amantes, el miedo y la alegría, se entrelazaban en su interior. Se le hizo un nudo en la garganta; le pareció que Shaoyang nunca había estado tan colorido. Todavía habría más primaveras, se dijo. El mundo estaba lleno de recuerdos que todavía no habían sucedido.

Les llevó casi una hora llegar a la Estación Este de Autobuses de Shaoyang. Tras atravesar calles caóticas y abarrotadas de gente, el conductor giró en redondo y metió por fin el autobús en el andén de la terminal. El vehículo dio una sacudida antes de pararse por completo, y los frenos hidráulicos exhalaron un suave suspiro de cansancio. Nube de Otoño se puso en la cola para bajar; el andén estaba lleno de charcos de barro de un negro oleoso. Levantó los ojos y vio blancos penachos de vapor flotando en el cielo azul. Era un día con buenos auspicios, se dijo, y se encaminó confiada hacia su casa.

Se abrió camino entre la multitud que iba y venía por las calles hasta llegar a una caseta de comida pegada a un muro de la calle. Estaba cansada y no llevaba particular prisa, así que sacó un taburete de bambú de debajo de una de las mesas y se sentó a la fresca y húmeda sombra. Rebuscó en su bolso, sacó el abanico y se abanicó mientras contemplaba el incesante gentío que pasaba, se empujaba y se tropezaba, camino de ninguna parte.

Dos cuerpos se separaron de la masa. Dos hombres que vinieron a sentarse en la mesa de al lado. Nube de Otoño sonrió y movió las piernas para dejarlos pasar. Eran altos y fuertes, con barba de una semana y la cara tan sucia como las manos y las uñas. Uno tenía la cara afilada y los ojos saltones; el otro, pómulos altos y prominentes que parecían tensarle la piel de la cara. Los dos llevaban unos sacos muy llenos que apoyaron contra el muro antes de sentarse. Nube de Otoño no dejó de sonreírles, pero ninguno de los dos le correspondió.

El patrón del chiringuito se abrió camino entre las mesas y se acercó a ellos.

—¿Sí? —les preguntó.

—Dos platos de fideos fritos con huevo —dijo uno de los hombres.

—¿Y usted?

—Nada —respondió Nube de Otoño.

El patrón se la quedó mirando, una mimo en la cadera y la otra medio metida en el bolsillo del pantalón.

—No se preocupe. Me voy enseguida —le dijo Nube de Otoño suavemente.

El hombre asintió y aguardó. Nube de Otoño se abanicó un poco más, se levantó y se fundió con la muchedumbre, desapareciendo sin dejar huella de su paso.

Ya había pasado la hora de comer cuando Nube de Otoño llegó a la entrada de la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang. Suspiró profundamente, alzó la vista a la conocida puerta y de pronto se acordó de sus llaves. Tuvo un momento de pánico, pero las encontró en el bolsillo izquierdo del pantalón, donde no recordaba haberlas metido.

Todo el recinto de la fábrica estaba sumido en el suave silencio del sueño, así que la única persona que la vio entrar fue un anciano que se pasaba el día sentado a la puerta de su casa, fumando. Observó a Nube de Otoño, quien respiró hondo y empezó a subir las escaleras que conducían a su casa, intentando calmar las atemorizadas alas del miedo en su estómago. Se detuvo un momento para enjugarse un sudor inexistente, volvió a respirar hondo y trató de tranquilizarse antes de seguir.

Cuando llegó a su puerta, todavía doblada y abollada, creyó que no podría soportar el miedo que la atenazaba. Su imaginación puso a desfilar por su mente fantasmas y demonios, cuerpos putrefactos colgados del cuello, unas invisibles manos frías que le rozaban la piel. Apretó la mandíbula, encajó la llave en la cerradura y giró.

De la penumbra del interior del piso salió una suave vaharada de aire fresco y un rancio olor a polvo. Nube de Otoño alargó el brazo dentro de la casa y palpó hasta que dio con el interruptor de la luz. La encendió y miró alrededor. La habitación estaba perturbadoramente normal —exactamente igual que la había dejado—, y no como le habían llevado a esperar los largos meses de pesadillas. Recorrió el piso lentamente y llegó a la puerta del dormitorio. Se detuvo entonces y al abrir la puerta tras un instante descubrió que no había en ella nada extraño, salvo que el olor a humedad de las lágrimas había impregnado las paredes. Volvió a recorrer el piso, resistiéndose a fijarse en todos los detalles que apuntaban hacia su difunto esposo, y luchando contra la imperiosa necesidad de sentarse a la mesa y echarse a llorar. Cuando hubo recorrido varias veces la casa, llevó la maleta al dormitorio y empezó a deshacerla. Dentro encontró la cinta que estaba buscando, y la metió en el radiocasete y lo encendió. Era una salmodia budista.

Nan wu guan shi yin pusa, cantaban las voces, *non wu guan shi yin puso*, mientras ella sacudía el polvo de los muebles, que revoloteó en el aire.

Nan wu guan shi yin pusa, tarareó Nube de Otoño a coro con la cinta, mientras colgaba en la pared un retrato de Li, el secretario del Partido, y prendía en la parte superior una cinta negra, de modo que colgase por los laterales del marco.

Nan wu guan shi yin pusa, tarareó mientras corría las cortinas y

abría la ventana al mundo exterior, dejando que el aire fresco y el sol volvieran a entrar en su vida.

Nan wu guan shi yin pusa, tarareó mientras encendía tres palitos de incienso y hacía tres inclinaciones de cabeza; y aún continuó cantando por lo bajo mientras los palitos se quemaban y se convertían en cenizas.

Madam Fan se enteró de la noticias cuando estaba haciendo la compra con Melocotón. Ésta le dijo que se lo había dicho una amiga de la peluquera, quien le había contado que había visto a Nube de Otoño por la calle esa misma mañana.

Madam Fan le pasó a Melocotón la bolsa de la compra y se dirigió inmediatamente a decírselo a la esposa del viejo Zhu. Por el camino se cruzó con el viejo Zhu en persona, que estaba sentado junto a su huerto, detrás del bloque de pisos Número 7, vestido con una camisa blanca y unos viejos pantalones grises. Fumaba un cigarrillo sentado bajo un árbol de escasa sombra, cabeza blanca y vieja piel lisa, y asentía para sí en una especie de conversación privada consigo mismo.

—¡Ha vuelto Nube de Otoño! —gritó *Madam* Fan desde el otro lado de los nítidos surcos de tierra cultivada. Y el viejo Zhu levantó los ojos del suelo y la miró sin entender qué le estaba diciendo.

—¿Cómo?

Madam Fan llevaba demasiada prisa para pararse. Pasó como una exhalación hacia el bloque de pisos. Corría todo lo que podía, y sus tacones golpearon el suelo a un ritmo cada vez más acelerado al subir las escaleras.

¡BANG, BANG, BANG!, aporreó la puerta, y la esposa del viejo Zhu acudió corriendo a abrir en estado de pánico. *Madam* Fan se abalanzó dentro y cruzó la habitación sin detenerse hasta la ventana.

—¡Mire! —dijo sin aliento, y la esposa del viejo Zhu miró a todas partes y a ninguna en particular.

—¡Mire! —repitió *Madam* Fan.

—Pero, ¿a quién tengo que mirar?

—¡Mire! ¿No ve que está la luz encendida?

—¿Dónde?

—¡Allí!

La esposa del viejo Zhu miró y no pudo creérselo.

—¡Ha vuelto!

—Sí.

—Bien —dijo la esposa del viejo Zhu; se dirigió presta al dormitorio y abrió de par en par la puerta del armario—. Tengo que darle algo.

El viejo Zhu siguió sentado donde lo había encontrado *Madam* Fan; se fumó otro cigarrillo y observó el mullido revoloteo de las pelusas de candelilla, que era una especie de nieve estival. Un gallo cantó de pronto, y casi percibió el tañido de la campana del templo al otro lado de la ciudad; llegaba amortiguado por la neblina. La primavera estaba siendo buena, musitó para sí, las lluvias habían tintado los árboles de verde, y los campesinos habían plantado el arroz.

El viejo Zhu cogió el pitillo con la yema de los dedos y siguió fumando hasta que apenas quedaba una diminuta colilla. Le vino a la cabeza la carrera de *Madam* Fan; no estaba escuchando, y sus palabras le sonaron a algo así como la «nube tiene moño». Miró al cielo azul y se preguntó qué habría querido decir.

Debía de haber querido decir algo, razonó, estirando las piernas y pensando en el calor del verano que haría madurar sus tomateras. Todavía seguía dándole vueltas a esto cuando vio a su mujer y a *Madam* Fan, y se preguntó por qué estarían cruzando el patio. No tenían amigas en ese lado, que él supiera, ¿y qué llevaba su mujer en aquella caja?

El viejo Zhu siguió haciéndose cábalas; sentía una agradable sensación de calor en el cuerpo, sus entrañas se habían calentado por primera vez desde el último otoño. Lanzas de sol atravesaban las hojas recién nacidas, y un delicado desfile de hormigas subía por el tronco del árbol, a su espalda. Gota a gota, sus pensamientos iban penetrando hasta las raíces de su mente y la nutrían tras la larga hibernación.

¿Por qué la caja?, pensó, estirándose de nuevo y sintiendo el sol bailar en su piel.

De pronto, el viejo Zhu abrió los ojos y se puso en pie.

Haciéndose visera con la mano, alzó la vista a los pisos de enfrente, a uno en particular, y vio que la puerta del balcón estaba abierta. El mismo balcón en que hacía unos meses habían ondeado las pancartas.

¡Cielos!, eso sólo podía significar una cosa, pensó, y se lanzó a cruzar el patio, lo más deprisa que le permitían sus renqueantes piernas; eso sólo podía significar una cosa.

Nube de Otoño estaba sentada en el sofá descansando un momento cuando la esposa del viejo Zhu entró precipitadamente por la puerta seguida de cerca por *Madam* Fan.

—¡Ay! —gritó la esposa del viejo Zhu—. ¡Ay! ¿Dónde has estado? ¡Qué preocupados nos has tenido! ¡No hemos pegado ojo desde que te fuiste! ¿Por qué no nos dijiste que te ibas? —dijo a voz en cuello y le mostró la caja y la agitó, haciendo que sonara—. ¿Y qué se supone que íbamos a hacer con esto? —gritó—. ¡Es él! —dijo, pronunciando lentamente las palabras, como si Nube de Otoño fuera sorda y tonta al mismo tiempo—. Sus cenizas. ¡Lleva todo este tiempo en mi armario! Lo hemos estado cuidando en tu lugar. No sabes por lo que me has hecho pasar. No es fácil tener un difunto en el armario. ¡Ni siquiera podía desvestirme en mi propia habitación!

Madam Fan se sentó al lado de Nube de Otoño y tomó su mano entre las suyas.

—Pero, ¿por qué se fue y nos dejó en un momento así? Todos queríamos cuidarla, estábamos tan preocupados. Imagínese cómo nos sentíamos. ¡Fue espantoso!

—Es una irresponsabilidad irse así —se reafirmó la esposa del viejo Zhu—. Le traerá mala suerte a usted y a sus hijos. Nos traerá mala suerte a todos. ¡No debería haberlo hecho!

Nube de Otoño oía la letanía que le estaban recitando y asentía lentamente, admitiendo su culpa. Cuando se echó a llorar, las dos mujeres se ablandaron, y *Madam* Fan fue a poner el agua a hervir y buscó en los armarios té y tazas. Mientras hervía el agua, llegó más gente, y enseguida la fábrica pareció un hormiguero, todos yendo y viniendo apresurados.

El viejo Zhu llegó en medio de aquel barullo, a tiempo de ver a Nube de Otoño sentada en el sofá, escuchando las regañinas que le

estaban echando los vecinos por haberse ido de una forma tan irresponsable. Tan dolidos estaban todos que nadie osó corregir a una joven vecina que gritó:

—¡No me extraña que cierren la fábrica, habiendo gente como usted que se dedica a contravenir las leyes celestiales!

Ni siquiera Nube de Otoño le dijo nada, simplemente asintió, sí, tienes razón. Eran tantos los que le gritaban que no podían estar todos equivocados.

Al regresar Nube de Otoño, el comité local decidió que se podía dar por oficialmente terminado el periodo de luto por Li, el secretario del Partido. Una pequeña delegación fue a verla a la tarde siguiente, y ella les ofreció té, pero ninguno se lo bebió.

Livianas plumas de vapor ascendían suavemente mientras el té se enfriaba en las tazas y el jefe del comité informaba a Nube de Otoño de cuánto costarían la comida y las actividades suplementarias. Ella les entregó el dinero y estuvo de acuerdo en que era mejor que ellos lo organizaran todo.

—Es usted muy amable —le dijo el jefe del comité—, y me alegra comunicarle que el comité vecinal ha decidido contribuir con treinta yuans a los costes, dada la gran contribución de su esposo al Partido y a la fábrica.

Nube de Otoño sonrió y les dio las gracias.

Se produjo un silencio, y pasado un momento el jefe del comité se puso en pie. El resto de la delegación también se levantó, y el jefe declaró lo contentos que estaban todos de tenerla de vuelta.

—Gracias. Es muy amable por su parte tomarse tantas molestias —les dijo Nube de Otoño, ya en la puerta—. Estoy encantada de estar otra vez aquí. Me siento entre los míos. Gracias otra vez.

A la semana siguiente llegó a la fábrica un camión azul y una cuadrilla de obreros jubilados montó un entoldado de rayas amarillas. Nada parecía indicar que se trataba de una ceremonia religiosa, salvo por los tres monjes a tiempo parcial, que volvieron y cantaron durante unas horas y luego se pusieron a jugar una partida de póquer con el marido de *Madam* Fan. Éste se había colocado al

frente de la organización, porque un amigo suyo le había prometido traer un proyector de cine y una pantalla.

—Esta noche vamos a poner una película americana —había anunciado a todo el mundo el marido de *Madam* Fan—. Sí, una película nueva. Rambo y Madonna juntos. ¡La mejor!

La película daba algo nuevo de qué hablar a los habitantes de la Fábrica de Cohetes Espaciales, en lugar de su conversación habitual en los últimos tiempos: el hotel que iban a construir los directores actuales de la fábrica. Les daba algo que esperar. Cuando llegó Nube de Otoño, todos se auparon para echar un vistazo a la viuda del antiguo secretario del Partido, que estaba muy estropeada y llena de arrugas, como un zapato viejo. Se sentó junto al jefe del comité vecinal, quien insistió en cederle su asiento.

Cuando por fin llegó el proyector, Nube de Otoño explicó a los vecinos allí reunidos que se encontraba un poco mal y luego subió a su casa y encendió unos palitos de incienso. Su ausencia no desalentó a los habitantes de la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang, quienes, sentados sobre las hojas de periódico que habían traído de sus casas, esperaban con gran excitación la proyección de la película, mientras la cálida noche se acomodaba entre ellos. El barullo aumentó cuando se enteraron de que la película no era americana, sino una vieja copia de *Los honrados basureros nocturnos visitan el Este en la Comuna Roja*, que todos habían visto ya, incluida Melocotón.

Ésta estaba sentada delante, sobre un periódico cuidadosamente doblado, la barbilla entre las manos. Tarareó junto a la banda de campesinos y obreros con grandes sonrisas comunistas que aparecían cantando en las primeras escenas. Todo el mundo empezó a charlar y a comentar la película; de pronto se acordaron del final, de quién era castigado y de quién se marchaba con quién, y tras recordárselo a sus amigos, se tranquilizaron y se pusieron a mirar.

Llevarían unos cinco minutos de película cuando Melocotón le susurró a la persona que tenía al lado:

—¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—Gracias.

Permaneció sentada un rato más, luego se levantó, recogió las hojas de periódico y se apresuró a salir.

Sun An la esperaba a la entrada del recinto de la fábrica. Se le notaba en la cara que estaba nervioso, pero al verla acercarse esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Estaba preocupado por si habías cambiado de idea —dijo, y aunque ella le sonrió, el hecho de que se atreviera a decir semejante tontería rebajó un poco el concepto que tenía de él.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó.

Sun An se encogió de hombros. Y luego dijo, radiante de contento:

—¡He comprado las entradas! —y se las sacó del bolsillo para enseñárselas.

—¡Bien! —respondió ella—. ¡Pues vamos!

Se encaminaron calle abajo, por la orilla del río. Melocotón se rezagó un poco.

—¿A qué cine vamos?

—Al de la calle Dongfeng.

—¿Y piensas ir andando?

—Sí —Sun An se sintió estúpido y se sonrojó—. A no ser que quieras tomar un taxi —añadió, pensando con preocupación si le alcanzaría el dinero.

—Está un poco lejos.

Sun An comprobó el dinero que tenía, y Melocotón lo observó contar los sobados billetes. La miró y sonrió al ver que le alcanzaba.

—Sí, venga, tomemos un taxi —dijo—. Buena idea.

La película era una historia de *kungju* producida en Hong Kong y, como era de esperar, consistía en largas escenas de lucha intercaladas de rápidos diálogos, a los que se sumaba el cuchicheo incesante del público. Melocotón y Sun An hacían manitas, sus corazones palpitantes y la luz plateada de la pantalla reflejada en sus ojos.

Pasados diez minutos, Sun An carraspeó y se inclinó para susurrarle algo al oído:

—No es muy divertida que digamos, ¿no?

Iba a sugerirle que se fueran a comer algo, pero Melocotón se volvió: sus ojos, dos brillantes medias lunas que en parte reflejaban la luz de la pantalla y en parte estaban en la sombra, como la cara

oscura del planeta.

En la pantalla golpeaban a un hombre hasta hacerle escupir sangre, y a Sun An se le cortó la respiración. En medio de los gritos y puñetazos, Sun An cerró los ojos y se pegó tanto a ella que sintió el calor de su piel. Melocotón apenas movió la cabeza o los labios en respuesta. Sun An acercó su boca a la de ella, que estaba ligeramente abierta. Intentó meterle la lengua, pero se topó con la muralla de sus dientes.

Sun An abrió los ojos y se recostó en el asiento, hecho un manojo de nervios. En la pantalla, la pelea era casi frenética. Sun An intentó seguir la película pese a sus nervios. Estaba enfadado consigo mismo y culpabilizado por ponerse nervioso.

Melocotón le apretó la mano, animándolo, y le dijo al oído:

—¡Aquí no! ¡Vámonos!

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí.

—Vale.

Cuando salieron a la oscura calle, los besos que se habían reservado se desbordaron. Sun An tenía las manos húmedas y calientes, y el corazón de Melocotón parecía estar bailando música disco. Apenas avanzaban en su camino, pues daban medio paso y se paraban para volverse a besar. Ella echó atrás la cabeza, y él la miró a la cara; tenía los labios entreabiertos y esta vez no los cerró, y sus lenguas se tocaron.

Sun An la llevó hasta un portal. La tomó por la cintura, bajó la cabeza y se concentró; entonces sintió la calidez de la boca de ella y la rugosidad de su lengua, que ocupaba el mundo entero. Sus manos recorrían el contorno del cuerpo de Melocotón. Ella lo enlazaba por el cuello, para que no pudiera escapar.

Por fin, ya a punto de asfixiarse, Sun An apartó la lengua y, hundiendo la cara entre la oscura maraña del cabello de Melocotón, le susurró al oído:

—Te quiero, eres tan hermosa. Siempre te he querido. Pienso en ti todo el día, todos los días. Te quiero tanto que no tengo palabras para decírtelo.

Susurraba a la oscuridad del cabello de Melocotón, sorprendido de sí mismo, y entonces ella contuvo la respiración, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el pecho de Sun An. Unas lágrimas

maravilladas le inundaron los ojos.

—Melocotón, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero —repitió Sun An.

Ella dejó la cabeza pegada a su corazón y lo estrechó entre sus brazos, deseando que siguiera diciéndole esas cosas.

XII

La madre de Liu Bei estaba sentada, la puerta de su casa pelando ajos. La tía Tang estaba a su lado, disfrutando del calor como los lagartos que calientan al sol su fría sangre. Tenía los ojos medio cerrados contra la claridad remante, y por los surcos de las mejillas le corría la mucosidad transparente que se le acumulaba en el lagrimal. De vez en cuando cogía un ajo y lo olía; se lo ponía luego entre los escasos incisivos que le quedaban y le daba un mordisco, tras lo cual pasaba a deshacerlo con las encías.

—Antes o después tendrá que enterarse —dijo al fin, mientras la madre de Liu Bei pelaba impasible los ajos y los dejaba en el cuenco que tenía a los pies.

La tía Tang eructó, exhalando un fuerte olor a ajo. Sus encías trabajaban rítmicamente, hasta reducir el ajo a una pulpa blanda que podía tragar.

—Tendrá que enterarse.

La madre de Liu Bei la miró, y tomó otra cabeza de ajo del montón.

—¿Qué le vas a decir cuando le des el dinero? ¡Pensará que has vuelto a salir a trabajar! —continuó la tía Tang, y se le escapó el lento graznido de su risa—. ¡Otra vez en la calle! —volvió a reír.

La madre de Liu Bei se retiró de la cara un mechón gris y sin pensarlo apretó la cabeza de ajo que tenía en la mano. Siguió pelando.

—El dinero no cae del cielo —dijo la tía Tang casi para sus adentros al tiempo que exhalaba un breve suspiro—. Hay que trabajar para ganarlo. Hagas lo que hagas… —siguió farfullando, hasta que el silencio le hizo sentir que el mundo estaba vacío—. A no ser, claro, que seas un mendigo —añadió.

—En mi familia no hay mendigos —afirmó la madre de Liu Bei—. Yo trabajaba, y mi hija también trabaja. El dinero es para su hijo.

—Su hijo natural —precisó la tía Tang. Mordió otro trozo de ajo y empezó a darle vueltas en la boca para ablandarlo—. En este mundo nadie quiere a los hijos naturales. Ni a las putas.

La tía Tang no oyó la respuesta; su oído era semejante a sus modales: podía conectarlos o desconectarlos a voluntad. En este estado de bendita ignorancia, entrechocaba las encías, mientras su lengua surcaba el contorno de su boca, relamiéndose. La madre de Liu Bei la siguió con los ojos: la lengua de la tía Tang era la única parte de su cuerpo que no se había arrugado o consumido con el paso de los años. Era gruesa y puntiaguda, y la ausencia de dientes la hacía aún más grande y semejante a una porra. La deslizó por sus labios, se humedeció las encías y entonces volvió a suspirar.

—¡Pobre chica! —dijo, y la madre de Liu Bei miró hacia otro lado—. ¡Pobre chica!

La madre de Liu Bei agarró el cuenco con los ajos pelados, entró en la casa y lo dejó al lado de la cocina. Junto a ésta había también un fragante manojo de cebolletas esperando ser lavadas; las cogió y volvió a salir. Una vez fuera las depositó en el suelo, se sentó y se frotó las memos al sol, como si éste fuera una hoguera para calentarse los huesos.

La tía Tang seguía suspirando y farfullando:

—¡Pobre chica! Sin padre para su hijo —soltó pasados unos instantes—. ¡Pobre niño! —volvió sus ojos medio ciegos hacia la madre de Liu Bei—. ¿Cómo puede sobrevivir hoy un niño sin un padre? No es normal.

La madre de Liu Bei pasó por alto el comentario, inspiró hondo, de forma que el aire le entró hasta la boca del estómago, abriendo de camino su caja torácica, y dejó que saliera lentamente de su cuerpo.

—Con una madre como Liu Bei está mejor de lo que están muchos otros niños —afirmó con rotundidad.

—Pero sin padre.

—Puede que encuentre uno. Yo lo encontré.

—Pero eso era cuando los comunistas —respondió la tía Tang—. Y, además, en cualquier caso —la reconvino—, nosotras no

teníamos la culpa. En la Sociedad Antigua se veía normal que abusaran de nosotras. Pero ahora… —dijo, y dejó inconclusa la frase. La madre de Liu Bei tomó el manojo de fragantes cebolletas y empezó a limpiarlas de las hojas feas—. Pero, ¿cómo puede un niño sin padre llegar a algo hoy en día? —preguntó la tía Tang—. No tienes más que mirar a tu familia. Tus antepasados debieron de hacer alto espantoso. Tú eres una prostituta —dijo con un tonillo casi melancólico mientras recorría mentalmente una lista conocida y amable—. Y tu hija es una prostituta.

La madre de Liu Bei torció el gesto, pues sabía lo que venía a continuación.

—Y tu nieto, un bastardo.

La madre de Liu Bei volvió a respirar hondo y se preguntó por enésima vez por qué soportaba aquello. La tía Tang se limpió con la mano un hilillo de mucosidad, como si se enjugara una lágrima, se sonó la nariz y asomó la lengua, que recorrió rápidamente sus labios. Se estaba relamiendo con el nuevo final que acababa de encontrar para su perorata diaria y fue acercándose a él con dramática lentitud.

—Eres una prostituta —sus palabras salieron junto con un nuevo suspiro—. Tu hija es una prostituta y tu nieto un bastardo. Puta, bastardo y puta. Qué le vas a hacer —reiteró lentamente con melancólico regocijo, chasqueando los labios y lamiéndoselos una vez más—. ¡Y los cielos os odian a los tres!

XIII

Melocotón se levantó bajo la piedra que sus padres habían bajado al Sin, donde encontró la carta bajo la piedra que sus padres habían bajado al Sin, An. Estaba complejamente doblada en forma de corazón y tenía su nombre escrito fuera, no a bolígrafo, sino con las pinceladas negras de la caligrafía tradicional. Le quitó los granitos de arena que se le habían pegado, arrugó la nariz porque la escritura no era muy buena y luego se la metió en el sujetador, junto al corazón. Al empezar a andar, las esquinas dobladas y redobladas de la carta se le clavaban, así que se la sacó y la apretó en la mano. Volvió entonces a la fábrica, donde el sol formaba rectángulos de sombra.

Se sentó bajo un árbol y abrió los pétalos del papel, hasta que en su regazo el corazón se convirtió en un cuadrado de papel de bordes desiguales.

«Mi querida Melocotón —empezaba—, anoche no podía dormir pensando en ti. Vi salir la luna y ponerse, tiritando de frío. El que tú seas de la ciudad y mi familia sean campesinos no significa que no podamos estar juntos. El camarada Mao escribió una vez que debemos “atrevernos a luchar y atrevernos a ganar”… Tú y yo nos atrevemos a amarnos. Puede que otra gente intente impedirlo, pero sé que venceremos porque nos queremos. Eso me decía hoy en la tienda, y me puse triste. Hace tres días que no vienes a verme. Te echo de menos. Por eso cogí un pincel y te escribí una poesía. No es muy buena».

Melocotón alisó el papel:
La vida es un camino sinuoso
bordeado de flores,

mariposas y frutas deliciosas,
pero hasta que te conocí
no miraba sino a mis pies.

A Melocotón le dio risa de lo tonta que le pareció la poesía, pero su corazón volvió a bailar otra vez.

«Por favor, no me desprecies por lo mal que escribo —seguía la carta—, vengo de una familia de campesinos y no fui mucho a la escuela. Espero que cuando nos casemos me enseñes a escribir mejor. Te quiero, Sun An».

Melocotón volvió la página, y estos mismos caracteres se repetían en el reverso: «te quiero, te quiero», una y otra vez hasta el final de la página. La dobló, la metió en el bolso, con el resto de sus cartas, y volvió a la casa, disfrutando del soleado olor primaveral.

El viejo Zhu la vio pasar y pensó: qué joven más bonita. Sólo verla caminar balanceando los brazos y sonriendo para sí le hizo sentirse joven de nuevo, aunque sólo fuera medio minuto.

Después de su sesión de canto y de desayunar, *Madam* Fan cogió los cien yuans que le había dado su cuñada y dijo alzando la voz:

—Venga, Melocotón, tenemos que irnos.

Se oyeron pisadas dentro del cuarto y luego Melocotón salió con una leve sonrisa en los labios. Tenía un rubor en las mejillas esa mañana, y el rosa, contra su cutis pálido y su cabello negro, la favorecía. *Madam* Fan la miró asombrada, pensando cómo un marido como el suyo podía haberle dado una hija tan hermosa. Pero es a mí a quien se parece, pensó mientras abría la puerta de la casa. Es mía, no suya.

—Venga, venga. ¡Cuánto tiempo tardas en arreglarte! —la exhortó *Madam* Fan mientras Melocotón la seguía hacia la puerta. *Madam* Fan la cerró tras ellas y pasó la llave del cerrojo.

Ambas pasaron la mañana entre los puestos de ropa del mercado, pero no encontraron nada que les gustara, y terminaron en una tienda que acababan de abrir en la calle Liberación, en la que sonaba una música disco atronadora y todos los dependientes

llevaban unas camisetas rojas iguales. Entre madre e hija hubo cierta desavenencia con respecto al estilo de ropa que estaban buscando.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Melocotón.

—Demasiado moderno —dijo *Madam* Fan—. ¿Por qué no te pruebas esto otro?

—Pero qué anticuada eres, madre.

—¿Y éste?

—Es muy feo.

—Bueno, y eso demasiado corto.

—Los tiempos han cambiado —insistió Melocotón—. Todo el mundo lo lleva.

—Está bien —se ablandó *Madam* Fan—. Pruébatelo.

Cuando por fin se decidieron por un par de tejanos y una camiseta cortita, el dependiente se acercó y *Madam* Fan le preguntó:

—¿Cuánto es esto?

—Cuarenta y cinco yuans.

—No valen más de veinticinco.

El dependiente suspiró.

—Aquí no se regatea —dijo—. Si no puede pagarlos, váyase.

Madam Fan miró fijamente al chico.

—¿De dónde eres? —le preguntó imperiosamente.

Pero pese a su tono altivo, el chico respondió sin más:

—Cangsha.

—¡Vaya! —dijo con un bufido—. Ya se nota.

—¿Quiere la ropa o no?

—Pues claro que la queremos —repuso *Madam* Fan furiosa—. ¿Qué te crees que estamos haciendo aquí? A ver si te crees que hemos venido a ver las vistas.

El dependiente se encogió de hombros y se acercó al mostrador. Marcó el precio en la caja registradora, cogió el dinero y les entregó la ropa en una bolsa de plástico azul. Cuando salieron a la calle, Melocotón se preparó para el torrente de reproches y recriminaciones de su madre, pero no hubo nada de eso.

—Venga —dijo *Madam* Fan—. Vamos.

En el camino de vuelta pararon en una heladería y se sentaron en una mesa cuyas sillas estaban fijas al suelo.

—Queremos dos helados —pidió *Madam* Fan al camarero.

—¿De qué color?

—¿Cuáles tienes?

—Blanco, marrón, rojo y azul.

—No los queremos blancos, por supuesto —dijo *Madam* Fan—. ¿Qué tal rojos? Trae mejor suerte. Ésta va a ser una semana afortunada, fíjate en lo que te digo.

Tomaron el helado con unas cucharitas de plástico, mientras *Madam* Fan no paraba de hablar.

—¡Qué año! —exclamó—. Ha sido demasiado, de veras.

Melocotón se llevó el helado a la boca, palpó con la lengua la lisa cucharita de plástico y sintió el frío derritiéndose en su boca. Pensó en Sun An.

—¡Hay tantas cosas que van en contra de la naturaleza! —continuó *Madam* Fan—. Todo lo del cierre de la fábrica; lo de Li, el secretario del Partido, la desaparición y reaparición de Nube de Otoño. Todo eso trae mala suerte. No me gusta nada.

Melocotón se pasó el helado medio derretido de un lado al otro de la boca y lo aplastó entre la lengua y el paladar; nunca había tenido semejante conciencia del interior de su boca.

—¡Muchas cosas! —dijo *Madam* Fan, y levantó la vista para mirar a Melocotón y le sonrió—. ¡Muchas! —rebañó con la cucharita el final del helado—. ¡Muchas!

Melocotón sintió los brazos de Sun An alrededor de su cuerpo y se imaginó sus manos acariciándole los pechos.

Madam Fan observaba la copa de Melocotón.

—¿Has acabado? —preguntó.

—Sí.

Madam Fan asintió distraída, sacó el monedero y dijo:

—Por cierto, ¿sabes de qué me he enterado además?

Melocotón deseó poder conjurar la ensoñación que acababa de disfrutar, pero no lo consiguió, y en su lugar movió la cabeza para indicarle que no lo sabía.

—Me he enterado de que el hijo del viejo Zhu, Da Shan, está divorciado —le susurró *Madam* Fan—. Ha dejado a su esposa y a su hija. ¡Y con todo el dinero que tiene!

Melocotón miró a su madre, que se había reclinado en el respaldo del asiento y mostraba una media sonrisa en los labios.

—Podrías hacerlo peor, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que podrías hacerlo peor que no intentar pescarlo —Melocotón se ruborizó, y *Madam* Fan volvió a sonreírle —. Un hombre de su categoría —añadió—. Tú piénsalo.

Melocotón apenas la oía, bajó la vista y sintió que le ardían las mejillas. *Madam* Fan la observó un momento y luego se mesó el cabello.

—Creo que necesito ir a cortarme el pelo —dijo al fin—. Y tú debes venir también.

Melocotón estaba cansada de estar en la calle y cansada de su madre.

—Madre, ¿no es demasiado caro todo esto?

—Escucha —le dijo *Madam* Fan al tiempo que la tomaba de la mano—. ¿Recuerdas lo que te conté de tu padre y de mí?

Melocotón asintió. Su madre tenía los ojos abiertos como platos.

—Pues no quiero que a ti te pase lo mismo, ¿entiendes? Quiero para ti lo mejor que puedas conseguir. Quiero que tengas lo que yo nunca tuve. ¿No ves lo que está sucediendo aquí? Este país va para atrás. Todas las fábricas están cerrando, está Heno de corruptos y de inmigrantes llegados del campo que roban y matan. Tienes que salir de aquí. Cásate con alguien fuerte y honrado. No un trabajador cualquiera. No un jugador como tu padre. Un triunfador.

Melocotón asintió, sí, comprendo.

—Eres mi única hija —insistió *Madam* Fan—. Mi única descendencia.

Sun An se sentó a escribir otra carta. Era la tercera que escribía aquel día, y cuando la terminó se la dio a su hermanita.

—Ve a llevarla.

—No quiero ir —protestó la niña—. Ya he ido dos veces. ¿Por qué no la llevas tú?

—Porque tengo que ocuparme de la tienda.

Su hermana cogió la carta con cara de pocos amigos y se fue calle abajo hacia la Fábrica de Cohetes Espaciales. Sun An la vio alejarse desde el umbral y se imaginó a Melocotón mirando bajo la piedra y encontrando allí su carta.

Cuando la niña volvió remoloneando media hora después, Sun

An seguía aguardando en la puerta. Esperaba a medias ver aparecer a Melocotón con su hermana. O incluso que ésta se hubiera quedado rezagada y apareciera ella sola. Pero Melocotón no apareció, así que tendría que seguir esperando. Y eso hizo, mirando cómo las manecillas del reloj recorrían su camino alrededor de la esfera con lentitud exasperante.

Después de que las horas se estiraran hasta un grado máximo de tensión por la ansiedad y la anticipación, Sun An se volvió hacia su hermana y le preguntó:

—¿Estás segura de que la has dejado dónde te dije?

La niña recogió sus libros escolares y se dirigió a la trastienda.

—Tengo que hacer muchos deberes hoy —le respondió.

Melocotón apareció a última hora de la tarde, cuando la espera había reducido a Sun An a una abatida figura que comía mecánicamente pepitas de melón saladas, reclinado en el umbral de la puerta. La Año venir y la energía volvió a correr por sus venas, como si le hubieran puesto una inyección de adrenalina. Así lo encontró ella, sonriendo, cuando entró en la tienda, ligeramente jadeante y vestida con unos tejanos y una camiseta que le dejaba al descubierto parte del estómago.

—¡Hola! —dijo Sun An, y por unos instantes se quedaron parados, riendo y sonriéndose.

Después de tantos días de comunicarse sólo por carta, estaban casi sorprendidos de encontrarse tan cerca uno del otro que no tenían más que alargar el brazo para tocarse. Sun An intentaba no mirar, pero sus ojos volvían continuamente al blanco estómago de Melocotón, a sus suaves curvas y a la leve depresión del ombligo.

Tengo que hacerlo o me volveré loco, pensó.

Sun An cerró la puerta de la tienda y le dijo a su hermana que se fuera a dar un paseo. Él y Melocotón permanecieron de pie, charlando en la media luz de la habitación. Él le había cogido la mano y se la acariciaba con el pulgar, rítmicamente. Olía el perfume de ella y veía el brillo de sus dientes, al sonreírle Melocotón, y el destello de sus ojos; veía la pálida luna de su

estómago, que relucía en la penumbra. Hablaban cogidos de la mano, y de pronto la voz de ella se redujo a un grave susurro. Sintió más cerca su fragancia, y entonces ella estaba entre sus brazos y él la estaba besando en la boca. Volvió a besarla, diciéndole palabras dulces al oído y acariciándole todo el cuerpo. A Melocotón se le encogió el estómago al sentir sus manos trazándole invisibles corazones en la piel. Las manos de Sun An recorrían lentamente el borde de su camiseta hasta que ésta estuvo completamente arrugada y desaliñada y sus dedos subían suavemente por debajo y se introducían bajo el sujetador y le rodeaban uno de sus pechos.

Melocotón se echó atrás y lo besó en la mejilla.

—Dime —le susurró.

Y él le dijo cuánto la amaba sin dejar de acariciarle el pecho. Sin darse cuenta, lo apretó demasiado fuerte. Melocotón hizo un mohín de disgusto y movió el cuerpo apartándose de él. Él intentó besarla en los labios, pero ella volvió la cara, reclinándola contra la de Sun An, y sus cabezas se juntaron mientras las manos libres de él acariciaban su tensa espalda y sus nalgas.

—Te quiero —dijo—, te quiero, tu belleza, tu risa, tu música. Te quiero, te quiero.

Sus manos eran insistentes y poderosas. Melocotón las sentía recorrer su cuerpo desesperadamente, la apretujaban, la estrujaban. Con una mano le acariciaba el cuello y con la otra le presionaba una nalga.

—Te quiero, te quiero.

Melocotón lo oyó respirar pesadamente en su oído, y entonces se dio cuenta de que ella también respiraba ruidosamente.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

Los dedos de Sun An le acariciaban las nalgas y subían hacia sus caderas y llegaban a la cumbre para empezar a descender… Y entonces se le hizo un nudo en el estómago. Las manos de Sun An no paraban, y casi le hacían cosquillas en la sensible piel del estómago. Llegaron a la parte delantera de sus vaqueros y hurgaron allí un momento; entonces sintió que le desabrochaban el botón, y el frío que sentía en el estómago se hizo gélido.

Sun An le bajó la cremallera.

—Te… —tal era su arrebato que no le salían las palabras— quiero —dijo al fin, bajándole los pantalones por debajo de las

caderas e introduciendo la mano dentro de la braga. Le metió un dedo y sintió que se empalmaba. Qué embriagadoramente cálido y húmedo y difuso era su precioso y oculto interior.

Sun An gimió y la besó en el cuello; un beso húmedo que dejó un refrescante rastro de saliva en la piel de la chica. Empezó a forcejear con sus propios pantalones y le tomó la mano y la llevó hasta allí.

Melocotón no sabía cómo parar aquello. Abrió los ojos, como para asegurarse de adonde había llevado su mano Sun An, y sólo deseaba pararlo.

Él terminó de desabrocharse los pantalones. Sintió que su pene le rozaba la piel. Estaba cálido y turgente y palpitaba en la palma de su mano, y ella dio un paso atrás.

Apartó su cuerpo del de él, pero él la atrajo de nuevo.

—Lo siento —le dijo mientras ella intentaba recomponer su ropa —. Lo siento —repitió—. Te quiero.

Melocotón no acertaba a abrocharse; las lágrimas brotaron en sus ojos, empujadas por el nudo que le cerraba la garganta. Pero Sun An la estrechó con más fuerza, inmovilizándola casi.

—Lo siento —volvió a decir él.

Melocotón arrugó la cara. Se quedó clavada en el sitio. Esto no está sucediendo, pensó.

La voz de él insistió:

—Te quiero, te quiero.

Y mientras tanto ella pensaba: Esto no está sucediendo, esto no está sucediendo, esto no está sucediendo.

Intentó separarse otra vez, pero él la tenía agarrada con fuerza. Esto no está sucediendo. La mano de Sun An se movía al ritmo de su voz:

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero —la apretó aún más, sin dejar de subir y bajar la mano, la respiración entrecortada.

Melocotón recordó que había ido a la heladería con su madre. Recordó el helado en su boca. La cara de su madre cuando el dependiente le dijo que en esa tienda no se regateaba. No quiero cortarme el pelo. Vio a Da Shan remontando su cometa. Sus dedos.

Volvió a intentar apartarse, pero Sun An no la soltaba, y ella estaba demasiado asustada para gritar y sólo quería que terminara aquello y estar fuera de allí. Y mientras tanto Sun An no dejaba de

gemirle en la oreja. Pensó en la cometa. En la cometa volando.

—Te quiero, te quiero, te quiero —decía Sun An, rechinando los dientes.

Y entonces Melocotón sintió que le caía en la mano un chorro de algo cálido y viscoso, y dio un grito.

Él la soltó, pero ahora que se había quedado libre, no se movió. Esto no está sucediendo, y entonces su *cosa* dio cuatro sacudidas más.

Sun An tenía los ojos cerrados y una expresión torturada.

Esto no está sucediendo.

Se limpió con la otra mano y se las olió y le dio asco no podérselo quitar. Quería que le diera el aire, sentirlo en la cabeza y volar su cometa muy, muy alta.

Sun An bajó la vista a la mancha que rezumaba en la parte delantera de sus pantalones; se sentía exhausto y culpable. Abrazó a Melocotón, y se le cayeron los pantalones hasta las rodillas. No había modo de escapar a aquel abrazo. Los calzoncillos blancos de Sun An pegados a la cremallera bajada de Melocotón. La húmeda mancha contra su piel.

—Lo siento —musitó él, ya más sosegado, estrechándola entre sus brazos y besándole la suave piel detrás de las orejas—. Te quiero —su voz sonaba tan razonable. Tan tranquila.

¿Qué había hecho ella?

Él la miró a la cara.

—Te quiero, Melocotón —dijo, y ella le devolvió la mirada.

Volar la cometa.

—¿Me quieres tú?

Melocotón no sabía qué decir, no le importaba nada. No quería estar allí, no comprendía cómo había llegado a pasar aquello.

—¿De verdad ha sucedido?

—¿Me quieres, Melocotón? —preguntó él, como si todo fuera lo más normal del mundo.

Esto no ha sucedido. Melocotón se esforzaba por creérselo, aunque no le resultaba fácil.

—Sí —dijo con tal de acabar con aquello e irse. Quería limpiarse aquella cosa de las manos y la ropa—. Sí que te quiero.

XIV

A la mañana siguiente Da Shan despertó de una pesadilla en la que había vuelto a tener diez años. Se preguntaba si podría cambiando lo que había hecho y dicho, pero su ser de diez años volvía a cometer los mismos errores que había cometido en su vida. Se quedó en la cama con el cuerpo estremecido; no había camino de retorno. Fuera se oía cantar a *Madam* Fan:

> *y cuando mi belleza se marchite y deje atrás la juventud,*
> *¿quién querrá casarse con una vieja arpía?*

Da Shan se levantó e intentó quitarse la pesadilla de la cabeza, pero ésta no dejaba de rondarle, implacable.

—¿Por qué te pasas el día durmiendo? —le reconvino su madre cuando apareció a desayunar—. ¿Qué habré hecho yo para merecer un hijo tan holgazán? Debieron de cambiarte en el hospital.

—Tengo tus mismos ojos —le respondió él.

—¡Pues los robaste!

Da Shan se sentó y la observó. Se fijó en las patas de gallo, extensas y profundas, que enmarcaban sus ojos; en sus cabellos casi totalmente canos. Estaba contento de haber vuelto cuando sus padres todavía conservaban todas sus facultades, pero ahora se le haría más difícil irse: si lo hacía sería para siempre. Podría volver a Shaoyang, pero probablemente sus padres ya no estarían allí.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó su madre.

—Por nada.

Ella no le creyó.

—En realidad —dijo Da Shan— estaba pensando en cuando me

dieron un retrato de Mao de premio en la escuela, y yo no quise colgarlo de la pared.

—¿Y?

—Todo el mundo dijo que era un contrarrevolucionario.

—¿Y?

—Eso es todo —Da Shan sonrió inocentemente.

—¡Vaya! —exclamó su madre.

El viejo Zhu volvió a casa antes de la hora de comer con un gran tiesto en las manos y una sonrisa esperanzada en el rostro. Su mujer lo vio pasar a trompicones hacia el balcón.

—¿Qué vas a hacer? —le gritó, y por toda respuesta obtuvo un amortiguado murmullo.

Entonces ella se precipitó al balcón y repitió la pregunta.

—He conseguido un tiesto —le dijo el viejo Zhu.

—Ya, eso ya lo veo —repuso ella—. ¿De dónde lo has sacado?

—De ahí —contestó él.

—¿De dónde?

El viejo Zhu señaló la entrada de la fábrica. Ella siguió su dedo y vio a un grupo de gente y un viejo camión verde del ejército.

—Dicen que van a cerrar el Acuartelamiento Número Ocho y están vendiendo todas las macetas —dijo el viejo Zhu—. He podido conseguir una.

—¿Y quién las está vendiendo?

—No sé.

—¿Y tú te lo has creído?

—Pues claro. ¿Qué importa?

Su mujer no estaba muy segura de si importaba o no, pero sí estaba segura de que no quería tener más macetas en el balcón.

—¿Y qué vas a hacer con ésta? —preguntó.

—Plantar flores.

—¿Y qué pasará si se cae y mata a alguien, eh? ¿Qué pasará?

—Deja de tentar al cielo —le dijo él a modo de respuesta, y por una vez ella se quedó muda. Se le vinieron mil objeciones a la cabeza, pero cuando iba a empezar, el momento había pasado, era demasiado tarde.

Al día siguiente, el viejo Zhu volvió con un crisantemo y lo

plantó en el tiesto, como si estuviera concertando un matrimonio. La flor se inclinó, asintiendo, y el trato quedó hecho.

Su mujer lo observó desde la cocina mientras lo plantaba, moviendo la cabeza en señal de reprobación. Este estúpido viejo, pensó, y entonces sonó el teléfono. Ella hizo un inciso en sus pensamientos para ver si su marido iba a cogerlo, pero éste no reaccionó. ¡Vaya!, pensó ella.

Cuando colgó, esperó, pero su marido ni siquiera se volvió para preguntarle quién era.

—Era Pan Zhudo —le comunicó ella.

El viejo Zhu cogió otro puñado de tierra y la echó al tiesto.

—Quería hablar con Da Shan.

En cuclillas, el viejo Zhu admiraba su planta.

—¿Qué ángulo te parece el mejor?

Esa tarde pusieron una nota en el tablón de anuncios de la fábrica por la que convocaban a una asamblea en el Salón de la Revolución para discutir el futuro de la fábrica. La gente se paraba a leerlo al pasar y luego seguían su camino pensando: ¿Qué sentido tiene reunirse? La fábrica ya había cerrado. No había nada que discutir. El viejo Zhu también se enteró, pero decidió no ir: miró alrededor y se dijo que ocuparía la tarde en el huerto. La judías habían empezado a trepar por las cañas de bambú y las berenjenas a curvarse cual cuernos de buey; los brotes de ajo habían tomado un color verde oscuro. El huerto rebosaba de vida en ese momento.

La casamentera vio el anuncio de camino a casa del viejo Zhu, adonde se dirigía a visitar a la esposa de éste. Malas noticias, para ella, si aquello significaba que iba a haber más gente que se iba a quedar sin trabajo. Se detuvo y se lamentó durante un tiempo conveniente y luego siguió su camino.

Hacía tiempo que quería visitar a la esposa del viejo Zhu. No podía haber un soltero en el vecindario sin que ella sintiera la necesidad de verlo felizmente casado, por su propio bien y por el de sus padres, pensaba, y por el de la Madre Patria. La necesidad se hacía aún más perentoria cuando el soltero era rico: al fin y al cabo la casamentera tenía que ganarse la vida, y era más fácil encontrar chicas cuando el joven era rico. En realidad el trabajo sólo consistía

en escoger la más adecuada entre una multitud de chicas esperanzadas.

La esposa del viejo Zhu se levantó tarde. La lluvia había perforado la noche, y había pasado frío en la cama. El cielo estaba plomizo, parecía aplastar la ciudad bajo él, y esto le dio ganas de tomar sopa de cordero con fideos. Estaba pensando dónde iría a comprar el cordero cuando llamaron a la puerta.

Al ver que era la casamentera sintió al mismo tiempo alivio y decepción. Estas dos emociones lucharon en su interior, y la decepción acabó venciendo.

—Pase, pase —la esposa del viejo Zhu sonrió, y la casamentera entró y se sentó.

—Dicen que van a cerrar la fábrica —comentó.

—Así es.

—Vaya —dijo la casamentera, y luego le sonsacó todos los cotilleos que sabía, a fin de ponerse al corriente de las últimas disputas familiares, los hijos en edad de merecer, las peleas entre vecinos—. ¿Y cómo están *Madam* Fan y su marido?

—Siguen igual.

—¡Vaya! Debería divorciarse de él —dijo la casamentera—. Yo podría encontrarle un buen marido, un buen hombre entradito en años. Son más fáciles de manejar.

La esposa del viejo Zhu pensó en su marido y sus macetas y no estaba muy segura de que fuera realmente así.

—¿Qué ha sido de la viuda de Li, el secretario del Partido?

—¡Oh! Ha regresado —respondió la esposa del viejo Zhu—. Pero no creo que esté interesada en encontrar un nuevo marido.

La casamentera lo anotó mentalmente para hacer las investigaciones pertinentes y por fin, cuando ya empezaba a demorar su partida más de lo que era oportuno, se levantó para irse. En el momento en que la anfitriona la despedía en la puerta, llegó Da Shan.

La casamentera le dedicó una cálida sonrisa.

—¡Qué hijo tan bien parecido! —le dijo a la esposa del viejo Zhu.

Ésta ahuyentó el cumplido como si fuera un mal olor, pero la casamentera permaneció en el umbral, con un pie dentro y otro fuera de la casa, de pronto insegura de si debería quedarse un rato

más, ahora que había vuelto Da Shan. Su robusta figura se bamboleó indecisa, pero terminó fuera.

—Bueno —dijo pensativa—. Mejor me voy ya.

—¡Vuelva cuando quiera! —dijo la esposa del viejo Zhu con una sonrisa demasiado forzada en los labios, que pareció petrificársele —. ¡Vaya despacio! —le gritó—. ¡Vaya despacio! —e intentó dejar de sonreír.

Pese a la apatía generalizada, aproximadamente la mitad de los obreros que quedaban hizo acto de presencia en la asamblea convocada, para ver si había alguna posibilidad de mantener sus trabajos, y asimismo apareció un escueto grupo de residentes deseosos de saber qué iba a suceder con la fábrica en que habían vivido toda su vida.

Cuando se hubo llenado un tercio de la sala, los jefes subieron en fila al estrado, guiados por el director de la fábrica y el secretario del Partido. Presentaban un desaliño uniforme: pantalones de traje, camisas con el cuello desabrochado y remangadas hasta el codo. Se sentaron al mismo tiempo y adoptaron una actitud solemne, y el director se aclaró la voz y comprobó que el micrófono estaba encendido.

—Hola, hola —dijo, dándole un golpecito con el dedo.

La conversación entre los reunidos subió un grado en respuesta. El director alzó la mirada y la concurrencia lo ignoró.

—Muy buenas tardes a todos —empezó a decir el director, tras lo cual carraspeó y siguió—: Camaradas trabajadores, buenas tardes —repitió con voz neutra—. Les saludo en nombre del Partido Comunista y de la Subdelegación de la Fábrica de Cohetes Espaciales de Shaoyang. Esta asamblea ha sido convocada con el fin de discutir el futuro de la Fábrica de Cohetes Espaciales de Shaoyang…

Da Shan se sentó al final de la sala y observó al director disponerse a leer las páginas de su discurso. El público parecía callado, pero el murmullo de la conversación permaneció constante, haciéndose más o menos fuerte en consonancia con ciertas palabras del discurso.

—Como todos sabemos, la fábrica fue fundada en 1952, cinco años después de que el país fuera liberado del Kuomitang y el imperialismo extranjero. La fábrica empezó su larga y gloriosa vida

afiliada al Campo Número Tres de Reeducación en el Pensamiento Correcto de las Víctimas del Antiguo Régimen, y pasó a ser una unidad de trabajo independiente en 1955, con el nombre de Fábrica Número Uno de Máquinas de Vapor de Shaoyang. La construcción de la fábrica requirió un gran esfuerzo por parte de todos, y se llevó a cabo bajo la sabia dirección del Partido Comunista, las enseñanzas de Mao Zedong y el liderazgo de cierto número de trabajadores clave —el murmullo se acrecentó y Da Shan oyó que entre el público de más edad se susurraba el nombre de Li, el secretario del Partido. El zumbido de la voz del director continuó—: La fábrica tuvo un inicio glorioso con la producción de las máquinas de vapor que requería la incipiente industrialización del país. Ellas llevarían el nombre de Shaoyang hasta el último confín de la nación. De Norte a Sur y de Este a Oeste, los trabajadores y camaradas conocían el nombre de Shaoyang. Todo el país unánimemente adoraba nuestras máquinas.

»En la época del Gran Paso Adelante, los trabajadores de la fábrica se ganaron los elogios del gobierno provincial por el esfuerzo realizado en la producción de acero. Durante las restricciones alimentarias de esos mismos años, provocadas por el clima y la intervención de ciertos elementos contrarrevolucionarios que deseaban la vuelta del Antiguo Régimen…

El discurso seguía y seguía, deslizándose por la historia con la astucia de una serpiente. Nada correspondía a la verdad, el más cambiante de los absolutos, sino a un reflejo distorsionado de la misma.

—Y durante la Revolución Cultural apoyamos los esfuerzos de los jóvenes patriotas haciendo insignias del camarada Mao, que fueron distribuidas gratis a todos los jóvenes que se prestaron voluntarios paira ir a las zonas rurales a aprender de los campesinos…

Da Shan escuchaba cómo la historia de la fábrica era iluminada con una luz que la convertía en algo apasionante y plagado de acontecimientos. Un último estallido de gloria antes de ser vendida a las inmobiliarias y de que los dirigentes se retiraran a disfrutar de sus sobornos.

—Y, claro ésta, también fuimos los anfitriones del gran revolucionario Zhou Enlai, quien visitó la fábrica en 1958, en una

etapa de su campaña para llevar a las masas al Gran Salto Adelante. Y la fábrica cambió de nombre en su honor, pasándose a llamar Fábrica de Cohetes Espaciales. Y aunque continuó produciendo máquinas de vapor, hizo una valiosa contribución a la carrera espacial de China. Dos veces recibiría la fábrica la Medalla de Oro al afán revolucionario y la de Plata por…

Da Shan se recostó en el asiento y cerró los ojos mientras el director seguía leyendo página tras página, enumerando los premios y los acontecimientos y las menciones otorgadas a los trabajadores de la fábrica por su participación en las campañas nacionales.

—Y a partir de 1979 hasta hoy día, la fábrica ha luchado por construir la nueva Economía de Mercado Socialista, que se inició con la correcta y sabia implantación de la Política de Puertas Abiertas.

Toda una década había sido borrada en una frase de doble sentido. Da Shan se levantó al final del salón:

—¿Y qué puede decir del Cinco de Junio? —preguntó, riéndose entre la ira y la incredulidad.

Unas cuantas personas se volvieron a mirar, pero la mayoría continuó cuchicheando mientras el director leía impertérrito sus hojas escritas.

¿Qué había sido de todos ellos?

¿Qué había sido de Liu Bei?

¿Y de mí?

Da Shan tenía que salir de allí. Tenía que irse de ese mundo de fantasías: aliados, enemigos, el bien y el mal. Bajó los escalones de hormigón con paso apesadumbrado, salió a la cálida luz del día y permaneció un instante a la sombra moteada de luz de un sauce. Respiró hondo y, de pronto, el trino de un pájaro hizo que la asamblea le pareciera muy lejana. Levantó la cabeza: las nubes blancas pasaban como una procesión de amigos muertos.

XV

Llovió durante toda la semana. Una cortina de agua que ocultó el mundo exterior a la fábrica, redujo a la gente a las viviendas y encogió su imaginación. Da Shan y el viejo Zhu pasaban el tiempo jugando al ajedrez, intentando sorprenderse uno al otro con sus exhibiciones de aparente sencillez. Al quinto día dejó de llover y entre las nubes empezaron a aparecer flecos de sol. Era la doceava partida que jugaban, y ambos seguían intentando aventajar al otro en modestia y astucia. El viejo Zhu se rascaba sus blancos cabellos, finos como la hierba otoñal, y actuaba como si no supiera qué hacer a continuación. Da Shan se encogía de hombros y admitía en cada jugada que estaba derrotado. Era un juego de faroles tan complicado que ninguno de los dos se dio cuenta de que había acabado, hasta que el viejo Zhu sonrió de pronto y dejó bruscamente sobre la mesa su torre, que tembló como sorprendida.

—¡Umm! —Da Shan se reclinó en la silla. Miraba el tablero, pero por más que miraba, las fichas no cambiaban de posición.

—Está bien. Has ganado —admitió.

El viejo Zhu se rascó su vieja cabeza, simulando no comprender cómo había sucedido.

—¿Echamos otra? —le preguntó a su hijo, ofreciéndole un cigarrillo.

—La cena está lista —interrumpió la esposa del viejo Zhu.

Se sentaron a la mesa y tomaron una cena frugal de arroz hervido y encurtidos, y luego Da Shan dijo que iba a salir. Paró un taxi delante de la fábrica y el taxista se acercó al bordillo y encendió los faros.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A la sala de fiestas Tres Felicidades.

Da Shan montó en el taxi y el conductor arrancó. Falló al meter la segunda y el vehículo dio una sacudida.

—Lo siento —dijo—. Es nuevo.

Da Shan se fijó en el plástico que empezaba a pelarse en el salpicadero.

—¿Qué quiere decir con que es nuevo?

—Quiero decir —dijo el taxista, apretando el embrague— que es nuevo para mí.

No fue fácil encontrar el local en el centro de la ciudad. Tantos edificios habían sido derribados, reconstruidos y vueltos a derribar con el paso de los años que al cabo de un rato todas las calles parecían la misma. No era la vaga sensación de estar en un sitio desconocido lo que resultaba desconcertante, sino el que todo parecía dislocado.

El conductor giró en el semáforo del Puente del Dragón Negro y siguió por la ribera del río. Estaba negro y parecía no tener fondo; sostenía en silenciosa suspensión el reflejo de las farolas. Las luces abrillantaban la superficie y la limpiaban de basuras, pero incluso a través de la ventanilla cerrada llegaba el olor a agua estancada. El taxista llenaba el silencio contándole la historia de un chico campesino que había reunido las suficientes latas de aluminio para pagarse la universidad. Da Shan asentía en los momentos oportunos, lo bastante para que el hombre siguiera contando su historia mientras él inspeccionaba los neones que iban dejando atrás. Resultaba extraño ver tantas luces en una época en que nadie tenía dinero. Todo el centro de la ciudad estaba lleno de ellas, brillantes luces zafiro, esmeralda y rojo rubí.

Al taxista no parecía preocuparle que se hubieran perdido. Tal vez estaba acostumbrado a ello, pensó Da Shan, mirando la hora. Iba a llegar tarde.

Por fin, se acercaron al bordillo y preguntaron a un hombre mayor que llevaba una camisa impecablemente planchada y el cabello negro peinado con brillantina.

—Allí —señaló, y el taxi avanzó lentamente por una callejuela cuya existencia Da Shan había olvidado por completo.

Un pequeño cartel iluminado parpadeaba, como pidiendo

disculpas: «Sala de Fiestas Tres Felicidades».

El conductor sonrió. Había pasado dos veces por esta bocacalle sin verla. Este hecho le dejó extrañamente tranquilo. Cuando la vida resultaba demasiado sencilla, desconfiaba; era como si el destino estuviera reservándole algo grande.

Unos peldaños de hormigón, lisos y sin adorno alguno, elevaban desde la calle a un rellano enmoquetado donde había colgada en la pared una pieza de caligrafía enmarcada en rojo. «La nada ilimitada», decía en una floritura de negro sobre blanco.

Da Shan empujó la puerta acolchada y entró en el vestíbulo, un recinto tenuemente iluminado con luces rojas. Se detuvo un momento para acostumbrar los ojos a la penumbra. Una joven con un traje de lentejuelas dorado que titilaba como la luz de una llama surgió de entre las sombras y se acercó a él; su tez era de una palidez malva y sus labios esbozaban una sonrisa rosa.

—He quedado aquí con Pan Zhudo —dijo Da Shan.

La chica se ruborizó, y sus mejillas tomaron un tono rojo intenso.

—¿El comandante Pan?

—Sí. ¿Ha llegado ya?

—No —respondió la joven, y le condujo al salón. Llevaba zapatos de tacón alto y unos calcetines hasta la rodilla color carne.

No había otra iluminación que las velas que parpadeaban sobre las mesas y se reflejaban en las lentejuelas del vestido de la chica. Éste se deslizaba ondulándose delante de él, rodeando las mesas iluminadas con velas como un cometa alrededor de las constelaciones. Él la siguió hasta su mesa y se sentó en un sillón. La joven le dejó una carta y luego se alejó, recorriendo de nuevo, pero ahora de espaldas, aquel cielo nocturno hasta el vestíbulo, calcetines y todo lo demás.

Da Shan se inclinó para leer la carta a la luz de la vela. La lista de los tés ocupaba cuatro páginas. Les echó un vistazo: Flores tibetanas, Buda de Hierro, Peonía, Pu Er, Dragón de Jade de las Montañas Nevadas, todos ellos conducían como un sendero hasta el último y más caro: Té de Jazmín Blanco, a doscientos yuans la tetera.

—Té de jazmín —le dijo Da Shan a la chica cuando ésta volvió, y ella asintió.

—¿Quiere comer algo?

—Semillas de girasol y ciruelas anisadas.

—No tenemos ciruelas anisadas.

—¿Qué tienen, pues?

—Jalea de espino blanco y nueces del Brasil.

—¿Cuánto cuestan?

—Treinta yuans.

—No, gracias.

El agua estaba demasiado caliente, así que Da Shan levantó la tapa, y una columna de vapor se elevó sobre la tetera y quedó suspendida en el aire mientras se hacía la infusión. Pasados unos minutos, se sirvió una taza de un líquido casi transparente. El sabor era tan delicado que se disolvía en la boca. Todos los recuerdos residen en la nariz, decía el refrán, y el aroma a jazmín siempre le producía satisfacción.

Una puerta se abrió de par en par bajo uno de los rótulos iluminados de «Salida de incendios» y un corpulento hombre de traje blanco entró por ella y se dirigió al escenario. Encendió un foco e iluminó un piano con una brillante luz blanca. Da Shan miró la hora. El hombre se sentó, ajustó la banqueta y empezó a tocar.

Al principio las notas salieron de una en una, vibrantes; y luego empezaron a formar cadenas y ondas que subían y bajaban, sacudiendo el torso del pianista, que se agitaba como un alga bajo el mar. El pianista se mecía y tocaba, y Da Shan oía su respiración acelerándose hacia el *crescendo*. Por fin, el hombre levantó los dedos del teclado, y la melodía se desvaneció en el silencio. Da Shan aplaudió.

El pianista hizo una inclinación con la cabeza, apagó los dedos en el teclado y empezó a tocar de nuevo. Esta vez era una canción patriótica de las compuestas para la candidatura olímpica del 2000. Da Shan estaba a punto de olvidarse que estaba allí para ver a Pan Zhudo cuando oyó que pronunciaban su nombre y al volverse vio la cara sonriente de su amigo y una mano alzada saludándole.

—Pan —exclamó Da Shan, devolviéndole la sonrisa—. Ya creía

que no vendrías.

—Quería que vieras el lugar y que disfrutaras un rato.

—No está mal.

—Pues no, no está mal —repitió Da Shan sin perder la sonrisa y sentándose al otro lado de la vela, la oscuridad del local envolviéndole el rostro, sólo iluminado desde abajo, lo que daba a sus gruesas facciones un aire exagerado y siniestro.

—Hace años que es nuestro. Es uno de nuestros locales más elegantes. En realidad, éste es el tipo de lugar para el que buscamos inversores. Ya sabes a qué me refiero.

—Ya veo —Da Shan sonrió. Era demasiado pronto para empezar a hablar de negocios.

Charlaron un rato, pasando de un tema a otro, comentando banalidades, hasta que Da Shan le miró a los ojos y sonrió:

—No sabía que te habían nombrado comandante —dijo—. Ha sido una ascensión meteórica.

—He tenido suerte.

—Tienes que haber impresionado a alguien.

—No —Pan Zhudo bajó la vista, avergonzado. La papada le colgaba fláccida, perdida la batalla con la gravedad—. Siempre pensé que serías tú el que volara más alto —dijo—, pero te mezclaste en todo aquello, Da Shan.

—Tienes razón. Fue una tontería.

—Si el viento sopla del Este, ve hacia el Este.

—Tienes razón. ¿Quieres un cigarrillo?

—Gracias —dijo Pan Zhudo. Se inclinó para encenderlo en la vela y dio una profunda calada.

Siguieron hablando, sin tocar de momento el tema de las inversiones y reconduciendo la conversación sutilmente hacia temas neutros: los viejos amigos comunes, los recuerdos de juventud, las noticias de la fábrica. Por fin Da Shan adelantó el cuerpo y dijo, como si acabara de venirle a la cabeza:

—¡Ah! Con respecto al proyecto del que hablamos, he hablado con unos amigos y parecen dispuestos a aportar el dinero.

—¿Pero?

—Sin peros.

Fan Pan lo miró sorprendido. No esperaba que Da Shan le saliera con algo así. ¿Tanto había logrado su amigo? Tal vez, después de

todo, él también tendría que haber ido contra el viento y navegar hacia el Oeste, al fin y al cabo la tierra era redonda, y nunca se sabe qué nos espera más allá del horizonte.

Cuando llegó el momento de irse, Pan Zhudo y Da Shan casi llegaron a las manos por pagar. Pan Zhudo lo empujó para que se sentara e intentó acercarse a la barra, pero Da Shan lo agarró del brazo y tiró de él. Forcejearon un instante, pero la altura de Da Shan terminó dándole ventaja, y consiguió dejar sentado a Pan Zhudo.

—¡Déjame pagar! —insistió éste, pero Da Shan no le hizo caso.

—No seas tan formal —dijo—. Siéntate.

Pan Zhudo se sentó, pero al ver pagar a su amigo aumentó su desazón, como si hubiera quedado por debajo de él.

La cuenta pasó de trescientos yuans.

—¿Qué es esto? —preguntó Da Shan revisando los números.

—Esto es por las velas —respondió la chica—. Son doce yuans por cada una.

Da Shan asintió y le entregó el dinero. Al salir tomó a Pan Zhudo del brazo y le dijo:

—Hay algo más que me gustaría preguntarte. ¿Has hablado con tus amigos de la policía?

—Sí.

—¿Y?

—No habrá ningún problema.

—Bien —dijo Da Shan, estrechándole la mano durante unos segundos—. Bien. Ya sabes, es bueno tener amigos de los que te puedes fiar —sonrió—. Y nosotros lo somos desde hace mucho tiempo.

—Así es —dijo Pan Zhudo, volviéndose para irse—. Así es.

XVI

Una tarde de Tú Shos de verano, Pan Zhudo llamó a la puerta de la Casa de Té de Shos Yang, tras pasar un par de días y esperó a que la abrieran, jugueteando mientras tanto con los botones dorados de su chaqueta. Las golondrinas revoloteaban bajo los aleros y de pronto se lanzaban en picado y cazaban al vuelo los insectos. Ligeramente irritado por la espera, Pan Zhudo dio unos taconazos en el suelo sin dejar de manosear los botones. Hacía tiempo que no iba a la casa de té y, para su sorpresa, estaba un poco nervioso, o al menos eso le indicaba el ritmo acelerado de su corazón. Ponerse nervioso le irritaba, lo que no hacía sino ponerle aún más nervioso.

Un largo medio minuto después, se abrió la puerta y la señora Zhan le sonrió.

—Hola —dijo, su cuerpo dividido longitudinalmente por la puerta entreabierta—. ¿Ha venido a tomar un té?

Los cabellos gris acero de la mujer se enroscaban en su cabeza como una serpiente, y sus rasgados ojos chispeaban de hilaridad cuando se hizo a un lado para dejarlo pasar. Pan Zhudo se sintió un tanto ridículo, así que, no bien entró, giró a un lado y otro para darse importancia. Enfrente de la puerta colgaba una pieza de caligrafía de la dinastía Quing, una pieza grande, escrita en papel timbrado: *Aviso a los hombres que acuden a los burdeles*. Pan Zhudo lo miró sorprendido: parecía auténtica. No tenía ni idea de que la señora Zhang hubiera guardado aquella antigüedad durante todas las convulsiones sociales del pasado. Tenía mucho que ver con el Antiguo Régimen.

Pan Zhudo echó un vistazo al primer consejo: *No presumas de tus habilidades en el amor. No te* excuses por tus fracasos. E intentó mirar hacia otro lado. No te *asees en presencia de la mujer. No*

escupas en la alfombra. Carraspeó, volvió la cara hacia la señora Zhang y le espetó bruscamente:

—Estoy sediento.

—¿Qué clase de té desea el señor?

—¿Cuáles tiene?

Las comisuras de la boca de la mujer se contrajeron en un asomo de sonrisa.

—Bueno… —empezó. Su rostro luchaba contra la hilaridad, pero consiguió continuar sin sonreír—: tenemos Flor del Espíritu del Agua, Cereza y, por supuesto, Loto de Jade.

—¡Ah! —Pan Zhudo se giró y dio unos pasos, a fin de oír el sonido de los zapatos en el suelo.

No creas los halagos o palabras cariñosas de la mujer. No la halagues con poesías a no ser que sean sinceras. Hizo una pausa para echar un vistazo a la pecera. El cristal curvo distorsionaba el pez en el interior, dándole una forma ridícula; inconsciente de ello, el animal se abanicaba con sus voluminosas aletas. Pan Zhudo se inclinó sobre la pecera y le dio un golpecito con el dedo índice.

—¡Hola, bonito!

El pez se precipitó hacia el dedo, se detuvo y se lo quedó mirando sin verlo, hasta que volvió a abanicarse con sus grandes aletas. Pan Zhudo volvió a golpear el cristal, el pez se precipito hacia el dedo, y Pan Zhudo se echó a reír. ¡Ja, ja!

—Sé que Cereza ha echado de menos sus atenciones. ¿Quiere que mire si está libre? —preguntó la señora Zhang.

—No, no quiero a Cereza.

La señora Zhang esperó. Pan Zhudo terminó de dar la vuelta a la habitación.

—Quiero a Pálida Orquídea —dijo al fin.

—Pero está muy ocupada hoy.

—No creo que sea para tanto.

—Ni siquiera sé si está… —adujo la señora Zhang.

Pero Pan Zhudo le tomó la mano entre la suyas. Dentro de éstas había un billete de cincuenta yuans. La mujer miró el billete, enroscado en su mano como un Pescado de la Suerte, la cerró y se volvió para salir.

—Y… —dijo Pan Zhudo—, tengo esto para ella.

La mujer tomó el paquete y alzó sus finas cejas pintadas,

delicadamente curvas como las ramas de un sauce. El paquete contenía un vestido antiguo de seda azul con unos sauces bordados.

En la Sala del Descanso Contemplativo, el cuerpo de Pan Zhudo se hundió en el mullido sofá. Intentó enderezarse y tuvo que auparse fuera de los cojines y sentarse en el borde. Abstraído, se subió las perneras de los pantalones hasta las rodillas, cogió el micrófono y encendió el vídeo de karaoke con el mando a distancia. El vídeo mostraba una ciudad occidental en invierno; la nieve y los árboles desnudos decoraban el horizonte. Se rascó una pantorrilla mientras aparecía el título en la pantalla: *La chica de enfrente*. Pan Zhudo se enderezó y se aclaró la garganta. Empezó la canción; tenía un ritmo bastante frenético, y una pelota botaba para indicar cuándo había que cantar la letra.

La chica de enfrente me mira, me mira, me miiira… Pan Zhudo se puso a cantar en voz alta. Desafinaba espantosamente y se golpeaba la rodilla en un intento de marcar el ritmo. *La chica de enfrente me mira, me mira…*

La señora Zhang se apresuró escaleras arriba y entró en la habitación donde las chicas aguardaban jugando a las cartas.

—Es Pan Zhudo —dijo, y Cereza hizo una mueca de disgusto. La señora Zhang le pasó la mano por el cabello y dijo—: No te hagas la interesante. Hace tiempo que se cansó de ti. ¿Por qué crees si no que dejó de venir? Eres un poquito presuntuosa. No; hoy le toca a Pálida Orquídea —e ignorando los gruñidos de ésta, le entregó el paquete y le dijo—: Ponte esto.

Liu Bei se negó a moverse.

—Los hombres pasan como un río interminable —dijo la señora Zhang citando a algún clásico—, y la putas no tienen derecho a ser exigentes con lo que les toca.

Liu Bei permaneció sentada.

—¡Venga! ¡Muévete! —le dijo la señora Zhang, empezando a enfadarse; tiró de ella y le puso el paquete en las manos—. ¡Su dinero es tan bueno como el de los demás!

Pan Zhudo estaba todavía cantando karaoke sentado en el sofá cuando entró la señora Zhang. *Tienes muy buen corazón, muy buen corazón…*, cantaba. La mujer Zhang carraspeó en el umbral:

—Pálida Orquídea está preparada.

Pan Zhudo dejó de cantar y se puso en pie. El sol entraba por la ventana y formaba en el suelo un improvisado mosaico de sombras. Pan Zhudo atravesó el patio, donde una hoja flotaba suspendida en el aire y un grajo negro aleteaba por encima. Los personajes del vídeo seguían moviéndose cuando Pan Zhudo empezó a subir las escaleras; sus pasos resonaron en todo el edificio de madera, conjurando fantasmas centenarios. En la pantalla del televisor, la pelota botaba en silencio sobre la letra de la canción, y las chicas alzaron la cabeza, atentas, cuando oyeron acercarse los pasos. Cereza dejó de barajar y arrugó la nariz.

—Lo huelo desde aquí —comentó.

—¿Estás segura de que no viene por ti? —bromeó Flor del Espíritu del Agua, y Cereza le dio un puñetazo en el muslo.

—¡Calla!

Repartió las cartas, siguiendo las pisadas de Pan Zhudo en la galería. Un escalofrío de aprensión le recorrió la columna vertebral, oyó abrir una puerta, contuvo la respiración y se imaginó a Pan Zhudo en el umbral, humedeciéndose los labios. Luego lo oyó entrar y cerrar la puerta tras él. Entonces sonrió de gusto.

—Pobre Orquídea —susurró Loto.

—¡Bah! —dijo Flor del Espíritu del Agua—. Siempre le tocan los viejos y se pasa la mayor parte del tiempo sirviéndoles té. Ya era hora de que trabajara un poco.

—Pues es verdad —dijo Cereza, riendo entre dientes—. Se lo tiene merecido.

Liu Bei estaba echada sobre una cama de laca negra; una sábana bajera de rayas y un edredón a juego enrollado a los pies. Tenía el rostro empolvado de blanco, los ojos pintados y el cabello negro recogido con horquillas en la nuca. Estaba vestida con un traje rojo bordado con flores y llevaba unos pendientes en forma de mariposa y una gargantilla de perlas de plástico al cuello. La luz se filtraba por las rendijas de las contraventanas cerradas, lo que producía una fresca penumbra en la habitación. Sobre una repisa, iluminada por una bombilla roja, una vulgar estatuilla de plástico de Guanyin miraba hacia la cama, las manos alzadas en un gesto que quería

indicar paz interior.

—Pálida Orquídea —Pan Zhudo insinuó una sonrisa—. Cuánto tiempo.

Liu Bei asintió; su rostro estaba demasiado maquillado para dejar ver expresión alguna.

—¿Cómo estás?

Liu Bei no respondió, pero él sintió cómo se ponía rígida cuando se sentó junto a ella al borde de la cama; posó una mano entre los dos y se inclinó llenando el hueco que los separaba.

—Está bien. No me hables si no quieres —dijo a continuación. Se quitó la gorra del ejército y la dejó sobre la cama, a su espalda, y luego se deshizo de los zapatos—. Sólo quería ser cortés.

Pan Zhudo clavó sus ojos en los de ella, mientras su mano avanzaba sobre la cama y llegaba al vestido.

—Cuánto tiempo —repitió, más despacio que antes. Sus manos se deslizaron por debajo del vestido y encontraron la cálida suavidad de sus muslos—. He estado muy ocupado —dijo—. De no ser así, hubiera venido a verte con más frecuencia. Le desabrochó el vestido y dejó que sus pechos se desbordaran. —¡Ah! —exclamó con una sonrisa.

Ella apartó la cara y miró a otro lado mientras las manos de Pan Zhudo avanzaban por su cuerpo. Intentó imaginarse que las agujas de luz que se colaban por las rendijas eran los dedos de la luna recorriendo las paredes, intentó pensar en el delicioso sabor de la sopa de melón de invierno, en cualquier cosa salvo en lo que estaba. Se concentró en la estatuilla de Guanyin y tuvo la sensación de que ella también miraba desde arriba. Vio a Pan Zhudo quitarse la chaqueta y la camisa, desabrocharse el cinturón, levantar los pies para quitarse los pantalones y bajarse los calzoncillos. Éstos se le engancharon en un pie y luego cayeron también al desolado montón de ropa en el suelo: el uniforme de un oficial de ejército.

Pan Zhudo no tenía apenas vello en las piernas, a excepción de las espinillas, donde le nacían unas enmarañadas matas, fuertes como alambre. Guanyin observó cómo la mano de Pan Zhudo recorría la seda bordada que cubría el pálido cuerpo de Liu Bei, cómo le acariciaba los muslos, le subía el vestido y le quitaba las bragas. Entonces se colocó entre las piernas de Liu Bei y deslizó un dedo dentro.

Ella se esforzó por concentrase en la estatuilla sin conseguirlo realmente. Su áspera barbilla sin afeitar le rascaba la cara y sentía su caliente aliento a tabaco jadeando sobre su piel. Cerró los ojos cuando él empezó a lamerle el pecho y se estiró encima de ella para mordisquearle una oreja.

—Creo que tu templo está preparado —dijo, quebrándosele la voz por la excitación, mientras se colocaba encima de ella y metía a rezar en él a su monje de cabeza lampiña.

Entraba y salía, lo sentía llenándola una y otra vez, pero sin placer.

—¿Así eras con él? —el tono de Pan Zhudo era bajo e Insistente, como unas manos tanteando en la oscuridad—. Quiero oír aquellos mismo gemidos —añadió con voz ronca.

Le lamió el cuello y el hombro, intentó besarla en la boca, pero ella volvió la cabeza.

—Quieres volverte —susurró—, pues vuélvete —hubo unos instantes de silencio. Entonces él se salió y le indicó en tono imperioso—: Fuego detrás de la montaña —y la puso completamente de lado.

Mientras las manos de Pan Zhudo le abrían las nalgas, Liu Bei intentó concentrarse en la imagen de una hoja flotando solitaria en un estanque; se imaginaba que ella misma era un retazo de vela alejándose a la deriva, y entonces desfalleció. Sintió un dedo en el ano, conduciendo a Pan Zhudo. Se quedó sin respiración cuando éste empujó con fuerza. Apretó los ojos, todo el rostro contorsionado en una mueca de dolor.

Pan Zhudo la agarró por las caderas y embistió con todas sus fuerzas hasta que Liu Bei gimió.

—¿Te gusta? —le preguntó—. ¿Te gusta?

Liu Bei se mordió un dedo.

—Te voy a follar como no te han follado nunca —a Pan Zhudo parecía faltarle el aire. Empujó, salió, volvió a empujar—. ¿Así eras con él?

Pan Zhudo aceleró el ritmo. Se refocilaba con cada contracción hasta que eyaculó dentro de ella, y entonces intentó seguir.

Liu Bei sintió que sus embestidas perdían intensidad y finalmente desaparecían, como las ondas en la superficie del agua, y entonces alargó la mano y comprobó. Su pene estaba pequeño y

blando, como el de un niño. Se deslizó fuera.

La cara de Pan Zhudo estaba sobre la suya; él la besó en el cuello. Liu Bei tenía los ojos clavados en la repisa que sostenía la estatuilla de Guanyin, todavía con las manos alzadas en señal de paz y las mejillas sonrojadas de vergüenza.

Ya era tarde cuando Liu Bei salió de la casa de té y se dirigió a casa de su madre. Un chaparrón había posado el polvo, y se veían unas cuantas hojas errantes diseminadas sobre el barro. La tía Tang la vio acercarse en silencio; no necesitaba decir nada, se limitaba a humedecerse los labios con la lengua y a mirar fijamente. Liu Bei la ignoró, entró a paso ligero y encontró a Pequeño Dragón sentado a la mesa dibujando un avión con trazos rectos y deliberados.

—¡Venga, vamos! —le espetó antes mismo de que el niño reparara en su presencia.

—La abuela va a hacer sopa de melón de invierno —protestó Pequeño Dragón, lápiz en ristre.

—No hay tiempo para sopa. Mamá tiene que irse.

—Pero yo quiero tomar la sopa —replicó el niño, y se echó a llorar.

Liu Bei lo levantó de la silla a rastras. El niño agarró tal rabieta que las piernas se le inmovilizaron, así que Liu Bei lo cogió en brazos y salió de la casa sin pararse a decir adiós a la tía Tang, y lo acarreó por las tortuosas callejuelas de la ciudad vieja, donde los viandantes se los quedaban mirando y movían la cabeza. Cuando llegaron a casa, Pequeño Dragón continuó llorando hasta que le venció el agotamiento, y todavía seguía hipando y mirándola con enfado y ojos empañados cuando su madre salió a recoger la colada.

El aire agitaba con fuerza la ropa tendida en la cuerda; parecía que iba a llover. Unos pantalones de Pequeño Dragón estaban completamente hinchados por el viento; agarró una de las diminutas perneras, que parecía estar pataleando, quitó las pinzas y lo echó a la cesta.

—¡Deja ya de llorar! —le regañó al entrar de nuevo.

Y Pequeño Dragón lo hizo, pero sólo para tomar aire y comenzar de nuevo. Liu Bei no le hizo caso mientras preparaba la cena: arroz y verduras; el arroz era un resto. Poco a poco las lágrimas fueron

remitiendo, y el niño se puso de pie, se acercó a su madre y se agarró a su pierna.

—Lo siento, pequeñín —dijo Liu Bei, apoyándolo en su regazo —. Mamá lo siente mucho.

Fuera, el viento arreció, dando vida al polvo y enviándolo al patio, donde parecía formar una cuadrilla de fantasmas hambrientos. Las nubes reunían fuerzas en el horizonte para caer sobre la ciudad. Bajó la temperatura, el viento se calmó, y madre e hijo comieron en silencio, acompañados por el sonido de su propio masticar. Retumbó un fiero trueno.

—Acaba de comer —dijo Liu Bei.

—No tengo hambre —le contestó Pequeño Dragón.

En ese momento un relámpago vino a respaldar las palabras de Pequeño Dragón, así que Liu Bei encendió la televisión y le dejó verla un rato mientras ellas fregaba los cacharros y los colocaba en su sitio. Sólo había anuncios u otra Ópera de Pekín. El niño optó por los anuncios.

Liu Bei hirvió agua para llenar el termo e intentó no pensar en aquella tarde y en Pan Zhudo. Mientras tanto, fuera, las nubes arrancaban una a una las estrellas, y el cielo se tornó completamente negro.

XVII

Hubo unos días más de lluvia antes de que el verano llegara a su apogeo. Los alimentos básicos del invierno, como la raíz de loto y las coles de todo tipo y el rábano blanco, desaparecieron del mercado. Los crecidos arrozales tenían un verde esmeralda, y en el mercado abundaban las lechugas, que se ofrecían en montones a los compradores, los brotes de bambú y unas voluminosas berenjenas moradas. Desde pueblos remotos llegaron a la ciudad ruidosos camiones cargados de sandías, que unos hombres polvorientos vendían a pares. Las lombrices se ocultaron en las profundidades de la tierra, y en el campo, pueblos enteros dormían esperando el momento de la cosecha.

En la ciudad, la gente ya consideraba el verano como a un pariente de visita: un placer al principio, pero a la larga un incordio. Hacía demasiado calor para quedarse en la cama por la mañana y demasiado calor para estar despierto por la tarde. Los nuevos rascacielos bloqueaban la fresca brisa de las montañas, y la gente deambulaba solitaria por calles iluminadas con neones que les resultaban desconocidas. Los habitantes de la Fábrica de Cohetes Espaciales pasaban las horas más calurosas del día dormitando, y se despertaban espantando las moscas que les subían por la nariz o investigaban el interior de sus orejas; cuando se acostaban por la noche, veían salir la luna y tras horas de darse vueltas y vueltas en la cama la veían también ponerse. Sólo el frescor de los suelos de cemento les permitía pegar ojo y soñar con el invierno mientras se cocían a fuego lento en su propio sudor.

A principios del sexto mes empezaron a llegar los primeros camiones cargados de lichis de la Isla de Hainan; se vendían a nueve yuans el medio kilo. La esposa del viejo Zhu se abrió paso

entre el gentío reunido detrás del camión, y cuando le tocó el turno le espetó al vendedor, fastidiada:

—¡Nueve yuans! ¡Qué caros!

Ni siquiera merecía la pena regatear. Merodeó un rato más por el mercado, empeñada en comprar productos de la estación recién comenzada, pero amargándose con los precios que tenía que pagar por ellos. Recorrió el mercado arriba y abajo y luego decidió que necesitaba una sombrilla para resguardarse del sol.

A la entrada del recinto de la fábrica, unos operarios subidos a unas escaleras y con un marcado acento de Sichuan quitaban los letreros. Éstos llevaban allí tanto tiempo que la gente ya no se acordaba qué había habido antes. El letrero de madera que decía «Trabaja para construir las Cuatro Modernizaciones» estaba tirado en el bordillo, hecho pedazos. Dos hombres intentaban arrancar con palancas el letrero de «Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoynag», y ya habían arrancado la mitad de las letras del que había cruzado encima, de modo que ahora decía: *r ln Ve t Ment*.

La mujer del viejo Zhu se lo quedó mirando, los ojos entrecerrados para protegerse del sol, e intentó pronunciar aquellas palabras extranjeras, pero no fue capaz. De pequeña, en la escuela, había aprendido ruso; todos tenían que aprender ruso entonces, hasta que Khrushchev se hizo revisionista y todos los rusos abandonaron a sus primos socialistas y se volvieron a su país. Ahora el periódico decía que había prostitutas rusas en Pekín. Propagando enfermedades.

Todavía miraba perpleja aquel enigma, *r In Ve t Ment*, cuando sintió que le tocaban el brazo: dio un respingo. Era la casamentera, que había vuelto de visita.

—¿Cómo está su hijo? —la mujer sonrió, y la esposa del viejo Zhu no supo qué responder. No quería líos con una casamentera. Su trabajo era emparejar a la gente y les importaba un comino lo que sucediera en el resto de sus vidas—. Tengo una chica ideal para él —continuó la casamentera—. Es una soltera ya madurita.

—¿Qué quiere decir?

—Que acaba de cumplir treinta y un años.

—¿Está divorciada?

—No, no. Nada de eso.

—¿Qué le pasa, entonces?

—Sólo que es un poco lenta, cómo le diría yo… Ya sabe cómo son las chicas hoy en día… Van a la universidad y se hacen ideas. No como cuando nosotras…

La esposa del viejo Zhu no sabía a qué se refería la casamentera con «nosotras». Ella había ocupado un cargo en el Partido, había recibido una educación, una buena educación, y se había casado; la casamentera era una perezosa entrometida.

—Su hijo nació en el Año de la Rata, ¿no?

—Sí, pero está divorciado —respondió la esposa del viejo Zhu en un intento de mantener a raya a aquella cotilla.

Pero a la mujer no pareció preocuparle.

—No importa que esté divorciado en los tiempos que corren —le aseguró—. Sobre todo si el divorciado es un hombre.

—Mi hijo no se casará con una solterona.

—¿Con quién, entonces?

—Parece que con nadie —respondió la esposa del viejo Zhu, y se fue.

Estaba sudando, y el sudor la incomodaba aún más. ¿Cómo iba a saber ella lo que quería su hijo? Ella era sólo su madre.

Cuando llegó a casa, se encontró a Da Shan y al viejo Zhu sentados delante del televisor con un puñado de lichis; escupían los brillantes pipos en el suelo, y en la mesa había un montón de cáscaras. Hacía demasiado calor aquellos días para jugar al ajedrez, y además Da Shan había empezado a ganar, con lo que los dos perdieron interés en el juego.

—Están buenísimos —dijo Da Shan, limpiándose la barbilla y haciéndole sitio en el sofá.

—¿Dónde los has comprado?

—En el centro. Recién llegados de Hainan —le ofreció uno, pero ella no se movió.

—¿A cómo los has pagado?

—Dieciocho yuans y medio el kilo.

—Te han timado —le dijo ella—. Deberías haber regateado.

La esposa del viejo Zhu entró a la cocina y colocó la compra. Echó la carne de cerdo picada en un cuenco grande, sacó el cuchillo y se puso a picar la lechuga. Después de machacar el jengibre,

escurrió la lechuga y lo echó todo al cuenco.

—¡Ven a comer lichis! —oyó a su marido, pero ella siguió amasando la carne.

Eso, sí, ven a comer, como si tuviera ella tiempo de sentarse a comer lichis. Tenía que hacer los *dumplings*. Los dedos hundidos en el cuenco de carne, pensaba en la casamentera. No paraba de venirle a la cabeza la frase «una soltera ya madurita». ¿Tan bajo había llegado su hijo? Había habido un tiempo en que parecía que tenía toda la vida por delante, que podía escoger lo que quisiera: ahora podría haber sido directivo de la fábrica, se dijo, si aquella chica no le hubiera metido en todo aquello. Culpaba a Liu Bei de todo lo que le había pasado a su hijo, fuera ella o no la responsable. También le echaba la culpa de muchas otras cosas, sólo para alimentar el fuego de su indignación. De no haber sido por ella, su hijo no se habría ido a Guangdong, no se habría casado y no se habría divorciado. Si no hubiera sido por Liu Bei, ella ahora tendría un nieto, aquí, en Shaoyang y no una nieta en Guangdong a la que no había llegado a conocer. Pensaba en su nieta como quien piensa en una persona desaparecida. Tomar cariño a una persona desaparecida era como regar el huerto del vecino, no tenía ningún sentido.

Liu Bei tenía la culpa de todo. ¿Qué se podía esperar de la hija de una prostituta? Eso es de familia; el girasol no puede impedirlo, siempre girará hacia el sol. Así eran las cosas. ¿Había visto alguien alguna vez que los cerdos parieran ocas?

—Se están acabando —le gritó el viejo Zhu desde la otra habitación, pero ella no podía sentarse a comer lichis cuando estaba haciendo los *dumplings*; y además, unos lichis tan caros seguro que le sentaban mal.

La esposa del viejo Zhu se levantó de la siesta y se dirigió, todavía con la vista nublada, al cuarto de baño. Se agachó, se limpió y tiró de la cadena para desalojar el charco amarillo. La cañería respondió con un graznido. Esperó que tras el ruidoso regurgitar saliera un chorro de agua, pero el sonido se perdió en las profundidades del edificio sin que saliera ni una gota. Comprobó los grifos de la cocina, y tampoco consiguió sino un siseo seco y

malévolo.

La esposa del viejo Zhu se asomó a la ventana y vio el cielo azul y la nítida separación entre la luz y la sombra, como hecha con tiralíneas. Hacía demasiado calor para estar sin agua, así que fue al armario, cogió dos cubos y se dirigió escaleras abajo con un cubo bamboleándose excitadamente a cada lado.

Fuera, el canto de las cigarras se había transformado en un grito incesante y compacto. Cuando callaban las de un árbol, empezaban las de otro: toda una orquesta de insectos tocando la misma nota interminable. La gente aguardaba con sus cubos a la sombra de la fuente. La esposa del viejo Zhu se puso a la cola. Al cabo de un rato se volvió y vio que una chica le había cogido sus cubos y se dirigía a llenarlos. Creyó que se los quería robar, así que le gritó e intentó arrebatárselos de las manos.

—Deje que la ayude —le dijo la chica, pero la esposa del viejo Zhu no la escuchaba.

La muchacha se resistió, así que hubo un ligero forcejeo antes de que la esposa del viejo Zhu se diera cuenta de lo que estaba sucediendo y se apartara. Se hizo a un lado, sintiéndose una estúpida y, como comprobando que no se equivocaba, observó a la chica dejar los cubos en el suelo y abrir el grifo. El agua cayó ruidosamente en el cubo, salpicando primero y luego formando un remolino de espuma. La chica dejó el grifo abierto mientras cambiaba los cubos, empapando todo y a todos los que tenía alrededor, de modo que los pies de la esposa del viejo Zhu chapoteaban dentro de las sandalias de plástico.

Cuando los cubos estuvieron llenos, la chica intentó acarreárselos, pero la esposa del viejo Zhu se negó en rotundo.

—Yo los llevaré —le dijo—. Eres demasiado cortés.

A mitad de camino hacia el portal, se arrepintió de habérselo dicho o lamentó que la chica hubiera llenado tanto los cubos. Ya no era tan joven, y el agua pesaba. Dejó los cubos en el suelo y los cambió de mano, aunque esto no modificase mucho las cosas, y siguió su camino. Los cubos le golpeaban las piernas. Ya se le había caído la mitad del agua, pero todavía le pesaban más que al principio. Se paró a descansar bajo un árbol cargado de cigarras y vio una golondrina lanzarse en picado delante de ella y cazar una libélula suspendida en el aire.

Un fulgor turquesa convertido en alimento de pájaros.

El corte de agua fue generalizado en toda la ciudad. Nadie sabía por qué, ni nadie se preocupaba por saberlo. Se limitaban a coger sus cubos y llenarlos en la fuente pública más próxima. Las fuentes nunca se secaban, se podía confiar en ellas, como en el fresco del otoño. Liu Bei estaba llenando sus cubos cuando el anciano situado delante de ella en la cola le dijo:

—Los cortes siempre son cuando hace más calor, nunca cuando hace frío.

Liu Bei estaba pensando en otra cosa. Escuchó a medias y asintió sin pensar.

—Nunca cuando hace frío —repitió el viejo—, ni tampoco cuando no llueve. Sólo en verano, cuando hace más calor.

—Es cierto —dijo Liu Bei sólo para que se callara.

Observó el agua salpicando en los cubos y pensó que en la casa de té sucedía lo mismo. Los hombres nunca venían a beber cuando hacía más calor, sólo necesitaban calor y consuelo cuando hacía frío. Era en esta época del año cuando se sentía sola. La idea la hizo sonreír a medida que arrastraba los cubos hasta el caño: ¡una puta solitaria!

Las restricciones duraron dos días; las sedientas tuberías resoplaban. Cuando por fin volvió el agua, la esposa del viejo Zhu estaba en el mercado comprando brotes de soja. El viejo Zhu oyó un borboteo, corrió a la cocina y vio que el grifo escupía espasmódicamente un líquido enrobinado que traía trozos de porquería. Lo abrió completamente, abrió también el del baño y dejó que corriera el agua sucia. Pasó por lo menos una hora hasta que empezó a salir clara.

Entonces el viejo Zhu llenó todos los cubos, por si acaso, y puso al fuego el hervidor. Con el calor que hacía le llevó por lo menos otra hora enfriarse y entonces la probó, todavía tibia. Sabía salada, decidió, y volvió a abrir los grifos. Todavía seguían corriendo cuando su mujer volvió de una visita a Nube de Otoño. Dejó la bolsa de brotes de soja a un lado y se dirigió al dormitorio a echarse

un rato. El viejo Zhu la vio entrar en la cocina y volver a salir, y decidió regar sus crisantemos. Con aquel calor había que regarlos todos los días. Por lo general, los regaba por la noche, pero su mujer había estado vigilándolo los dos últimos días.

—¡No vayas a creerte que acarreo el agua para que tú riegues tus plantas! —le dijo.

El viejo Zhu no supo qué contestarle entonces, pues los regaba con el agua que acarreaba él, no con la de ella.

Tumbada en la cama, la esposa del viejo Zhu pensaba en su hijo divorciado. No se le ocurría nadie a quien poderle confiar su problema y que pudiera ayudarla. Se le pasó por la cabeza Nube de Otoño, pero enseguida la rechazó. Era demasiado vieja para conocer chicas de la edad de Da Shan, y además, ¿qué sabían los viejos de los asuntos del corazón?

Pensó en la señora Cao. Todavía peor. Eso y dar la noticia por la radio, todo uno.

Por fin, la esposa del viejo Zhu se decidió por *Madam* Fan. Su hija, Melocotón, podría tener amigas apropiadas para Da Shan. Ni demasiado bonitas ni demasiado listas; ninguna de las dos cosas eran buenas consejeras del matrimonio, pero tampoco una idiota. Y sobre todo, no una «soltera ya madurita».

Cuando *Madam* Fan oyó el problema que vino a contarle su vecina, se alegró tanto que por poco se pone a batir palmas.

—Su hijo necesita una chica —dijo riéndose— y mi hija necesita un hijo.

—No me refería a su hija —empezó la esposa del viejo Zhu, pero *Madam* Fan la cortó.

—Estaba bromeando —le dijo—. Pero, pensándolo bien, ¿por qué no? Los invitaré a todos a comer, y así se conocerán. Los dos son ya mayores; pueden decidir por ellos mismos.

La mujer del viejo Zhu asintió y entonces *Madam* Fan sí batió palmas: ¡Los cielos eran por fin amables con ella!

Lo único que necesitaba su hija era que la animaran un poco, y nunca se saca aceite sin presionar un poco.

XVIII

En el balcón, *Madam* Fan aún estaba medio dormida cuando despertó. Se sentó, bostezó, se estiró y se quedó un rato en la cama mirando el techo, lento y lerdo, y el mundo era pálido e incoloro. Tiritó un momento y se aclaró la garganta y pensó en todo lo que tenía que comprar para la comida. Era demasiado temprano para ponerse a cantar, decidió, mejor se iba al mercado.

Madam Fan cerró la puerta tras ella haciendo el menor ruido posible y se puso a rebuscar por la habitación. Había dejado el monedero en la repisa, al lado de la puerta, pensó, y palpó con la mano hasta que lo encontró. Se lo metió en el bolsillo al tiempo que abría la puerta de la calle y salía a la fría luz del alba.

Conforme se dirigía hacia la entrada de la fábrica le pareció vislumbrar algo que se movía. Cuando su vista se adaptó a la sombras vio a un hombre vestido de blanco haciendo taichi: la gravilla crujía bajo sus pies, y sus brazos y piernas se movían con una lentitud y una elegancia oníricas. *Madam* Fan no se detuvo, sino que siguió su camino hasta la entrada. El cielo matutino tenía un brillo verdoso, parecía un signo favorable para el día que empezaba. Hoy tenía que salirle todo bien, decidió saliendo del recinto de la fábrica. Todo.

El campesino del primer puesto en que se paró estaba tocado con un gorro ruso cuyas protuberantes orejeras le hacían parecer mitad perro mitad hombre. Escogió unos pepinos del montón que terna a sus pies el hombre, quien se frotaba las manos entumecidas por el frío de la madrugada, la cabeza gacha, mirándola de reojo.

—¿A cómo va el kilo? —preguntó *Madam* Fan, dándoles la vuelta y apretándolos.

—Un yuan —respondió el hombre con un gruñido.

—¿Por esta porquería?

El hombre asintió.

—¡Bah! —exclamó ella, y se alejó.

Se paró en el siguiente puesto, pero el precio era el mismo. Qué caro era todo; hoy día resultaba difícil invitar a nadie. Los precios eran como el agua en las inundaciones, pensó, no paraban de subir.

Al final de la hilera de puestos había uno con un cajón de bambú lleno de pollos. *Madam* Fan levantó la tapa y metió la mano dentro de aquella algarabía. Un pollo pió por encima de los demás, como sorprendido, cuando ella lo agarró. Sus compañeros aletearon nerviosos. Palpó la pechuga del animal para ver si tenía buena carne, lo soltó y buscó otro, que lanzó una nueva ráfaga de asustados graznidos.

El vendedor estaba agachado detrás del puesto, calentando un cazo de agua en un infiernillo de carbón, pero con la vista puesta en ella.

—Pollos de corral —dijo encendiendo un cigarrillo y parpadeando para repeler el humo acre.

Madam Fan siguió rebuscando en el cajón.

—¿A cómo va el kilo? —le pregunto al hombre.

—Veinte yuans.

—¡Qué caro!

Él hizo caso omiso, continuó en cuclillas junto al infiernillo y dio una calada al cigarrillo: esperaba que la mujer se quejara.

La mano de *Madam* Fan no tardó en agarrar un pollo que parecía bueno. Lo sacó del cajón y lo alzó. Sus ojos reptilianos parpadearon. Le palpó la pechuga y los muslos, y el animal soltó un largo y nervioso graznido. Lo palpó una vez más, lo dejó caer de nuevo en el cajón y agarró otro. Demasiado flaco.

—Pollos de corral —repitió el hombre, poniéndose ahora en pie —. Hacen sangre. Le mantienen a uno el cuerpo caliente.

Madam Fan no lo escuchó. La familiaridad con que la trataba y sus dientes ennegrecidos la estaban poniendo nerviosa. Y el hecho de que la molestara la hacía sentirse aún más molesta, porque aquel era un día especial. Nadie iba a irritarla aquel día.

Por fin, *Madam* Fan sacó otro pollo. El animal se resistió y aleteó un momento, luego desistió. Tenía muslos robustos y pechuga grande y carnosa. Comprobó que no tenía maíz en el esófago,

recorrió de nuevo los muslos, apretándolos entre el índice y el pulgar, y se lo dio al hombre.

—Me llevo éste —dijo.

El pollo volvió a piar sorprendido cuando el hombre le ató las patas y lo colgó de la balanza.

—Un kilo y tres cuartos —dijo, y agarró el cuchillo.

Madam Fan asintió.

—¿Quiere la sangre?

—Sí, póngamela, por favor.

El hombre agarró el pollo por el cuello y tiró. El graznido de tentativa protesta se convirtió en dolor y sobresalto a la primera incisión del cuchillo; entonces los graznidos se cortaron en seco, y sólo quedó una sangrienta espuma. Un chorrito de sangre empezó a caer en la bolsa del plástico; el hombre agarraba firmemente las patas y las alas del animal, que se agitaba todavía. Finalmente, lo tiró al suelo, donde siguió aleteando y moviendo las patas en un revoltijo de sangre y polvo.

—¿Puede echarle un poco de vinagre a la sangre? —preguntó *Madam* Fan cuando el hombre iba a atar la bolsa—. No quiero que se cuaje.

El hombre asintió y le dio una patada al pollo para ver si ya estaba muerto. *Madam* Fan miró a otro lado y se frotó las manos para calentárselas. Repasaba en su cabeza la lista de platos que tenía que cocinar. No quería esperar a que el hombre terminara de desplumar y sacarle las tripas al animal. ¡Le quedaba por hacer toda la compra!

—Voy a comprar las verduras —le dijo *Madam* Fan al hombre, pero éste no la estaba escuchando—. ¡Eh! —le gritó—. Que voy a comprar las verduras y luego vuelvo.

—Vale, vale —dijo el hombre sin sacarse el cigarrillo de la boca —. Aquí estaré —agarró el desmadejado animal por una pata y lo echó en una tina de agua, que inmediatamente se tiñó de rojo—. No me iré a ningún lado.

Las únicas personas que llamaban a la puerta de Liu Bei lo hacían equivocadas, así que los súbitos golpes la inquietaron. Volvió a echar en el agua la prenda que estaba lavando y se secó las

manos. No dejaban de llamar.

—¡Ya voy!

—¡Soy yo!

—¿Madre?

—Sí.

Liu Bei abrió la puerta y volvió al lavadero, mientras su madre entraba y dejaba la bolsa de la compra sobre la mesa.

—Te he comprado un trozo de carne de cero —dijo su madre—. ¿Dónde está Pequeño Dragón?

—Jugando fuera.

—¿Con quién?

—Con sus amigos —contestó Liu Bei, y cogió la carne—. ¿Por qué me has traído esto?

—Está demasiado delgado. No lo alimentas como es debido. No eres todo lo buena madre que deberías.

Liu Bei no respondió. Sacó una prenda de ropa del agua y empezó a restregarla en la tabla.

—¡Mírate!

—¡Madre! —le advirtió Liu Bei.

La madre se echó a llorar, pero enseguida contuvo las lágrimas y se mordió el labio.

—Tu padre y yo estábamos tan orgullosos de ti, y mírate ahora —dijo.

Liu Bei siguió restregando.

—¿Qué has hecho con tu vida?

Liu Bei restregaba.

—¿Por qué te metiste en aquello?

Y luego aclaró prenda por prenda.

—¿No te lo dije?

—Sí, me lo dijiste.

—Pero no escuchaste.

—No, no lo hice.

—Y ahora mira dónde te encuentras.

Liu Bei enderezó la espalda y alzó el brazo para retirarse el cabello de la cara sin tocarse con las manos mojadas.

—¿A qué has venido, madre?

—Quería decirte algo.

—¿Qué?

—Antes de que te enteres por otros. No iba a hacerlo, pero qué más da… Liu Bei miró a otro lado y dijo irritada:

—¿De qué me estás hablando, madre?

—Quería decirte… —repitió la madre, pero no continuó: no se resignaba a tener que contarle a Liu Bei lo que había venido a contarle—. Quería decirte… —repitió, aproximándose no sin dificultad al motivo de su visita—. Quería decirte que el hijo del viejo Zhu ha vuelto a la ciudad.

Liu Bei se quedó paralizada y levantó la vista.

—¿Da Shan?

—Sí.

Soltando la ropa que tenía en la mano, Liu Bei volvió a retirarse el cabello de la cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto. Vino a mi casa.

Liu Bei escrutó la cara de su madre, pero ésta estaba firme, sin resquicios.

—¿Y?

La mujer se esforzaba por encontrar las palabras.

—Quería saber dónde estabas —dijo al fin.

—¿Se lo has dicho?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no?

—¡Pero si te abandonó! —replicó la madre de Liu Bei, volviendo a explotar una antigua mina de cólera.

Liu Bei soltó una sarta de imprecaciones mientras echaba la ropa al cesto y lo levantaba para salir a tenderla. Esto era lo último que necesitaba. Mierda.

¡Mierda!

Colgó la ropa en la cuerda, donde enseguida empezó a ondear por la brisa. La agarraba con pinzas, pero las prendas seguían agitando brazos y piernas en una especie de baile infantil. Liu Bei apoyó la cabeza un instante en la cuerda de tender. No tenía sentido. ¿Qué otra cosa podía hacer ella?

—¡Madre! —le gritó a su madre, que se había quedado dentro—. ¿Te importa quedarte un rato con Pequeño Dragón cuando entre de jugar?

La voz de su madre salió del interior, teñida con un tono de

sospecha:

—¿Por qué?

—Voy a salir un momento.

La cara de su madre apareció en la puerta del patio, las manos pringadas con la carne que estaba picando ligeramente levantadas, atenta a no tocar nada.

—No irás a buscarlo, ¿verdad?

—Pues sí —contestó Liu Bei—. Eso voy a hacer.

La casa de *Madam* Fan estuvo hirviendo de actividad toda la mañana. Se cortó la carne y se picaron las verduras. Melocotón era la encargada de limpiar el pollo y cortarlo en trozo pequeños, mientras *Madam* Fan corría de un lado a otro, sin parar de charlar, comprobando que todo marchaba conforme al plan previsto, e intentaba mantener la calma.

—¿Qué tal va eso? —preguntó preocupada—. ¿Dónde está tu padre? ¿Le has dicho bien a qué hora tenía que venir, no?

—¡Que sí! —respondió Melocotón por décima vez mientras echaba los trozos de pollo en un cuenco y los rociaba con salsa de soja y sal—. Se lo he dicho.

Bien, pensó *Madam* Fan. No quería que hoy le fallara. No tenía apenas deberes como marido y ni siquiera era bueno en ninguno de ellos.

Melocotón limpió en el fregadero la sangre de la tabla de picar. Con el brazo se apartó el cabello de la cara.

—¿Qué hago ahora?

—Limpiar el pescado.

Melocotón suspiró y se aclaró las manos.

—¿Dónde está?

—En la nevera.

La carpa azul estaba en una bolsa de plástico en el estante superior del frigorífico, y en su lánguido sueño aún daba leves capirotazos dentro del plástico, que respondía con un crujido casi imperceptible. Lo sacó de la bolsa, lo aclaró bajo el grifo de agua fría, y el pescado pareció revivir un poco. Empezaba a mover la cola apreciativamente cuando lo agarró, lo extendió sobre la tabla y le cortó la cabeza; luego le abrió el costado desde las agallas a la cola. Mientras lo limpiaba por dentro y le sacaba las retorcidas entrañas y las tiraba al cubo de la basura, pensó en la cosa de Sun An

mojándole las manos y la ropa. Un pez muerto y una cosa pringosa y resbaladiza.

Madam Fan se acercó como un torbellino.

—¿Cómo vas? —preguntó, mirando por encima del hombro de su hija, que ya estaba desescamando el pescado—. ¿Has terminado?

—Creo que sí —dijo Melocotón, dejando el pescado en la tabla y limpiando el lateral del fregadero.

—Bien. Pues ahora deja esto. Yo seguiré. Ve a lavarte y a vestirte. Quiero que hoy te pongas muy guapa.

Melocotón no la escuchaba. Se lavó las manos y se las olió para comprobar que ya no olían. No sólo a pescado, sino también a Sun An.

La esposa del viejo Zhu se pasó la mañana yendo de un lado a otro para ocultar su nerviosismo. Da Shan había salido después de desayunar y no había regresado. Sabe la hora, se dijo, no llegará tarde. Mientras ella se preocupaba, el viejo Zhu hizo una rápida inspección en el huerto, comprobó cómo iban las tomateras y cogió unos guisantes, que se apresuró a subir al piso.

—¡Mira! —anunció a su esposa, quien miró—. Los tomates también van muy bien —dijo.

Ella sonrió.

Mientras su esposa barría y limpiaba la mesa, el viejo Zhu fumaba en el balcón, admirando sus crisantemos. Había dos tupidas flores blancas meciéndose alegremente en la brisa. Intentó recordar un verso de Du Fu: cuando las flores se abren, sueltan mis lágrimas, o algo parecido; sonaba mejor cuando lo decía Du Fu. Era algo relativo a la precaria gloria de las flores y el viento lastimero. ¿O eso era de otro poema? Todavía estaba intentando recordarlo cuando su esposa apareció en el balcón; se asomó y dirigió la vista hacia la entrada del recinto de la fábrica. Buscaba a su hijo, pero no vio más que desconocidos que iban y venían y se tropezaban unos con otros. Tantas caras y ni rastro de Da Shan.

—¡Bah! —exclamó por fin, y el viejo Zhu la miró.

—¿Sí?

—¿Qué hora es?

—Las once y media.

—Mejor nos vamos. Venga.

No fue *Madam* Fan quien abrió la puerta, sino su marido. No le gustaba que vinieran los amigos de su mujer y le superaran en número en su propia casa; pero al menos le daba la oportunidad de beber.

—Pasen, pasen —dijo a la pareja de ancianos, tomándolos del brazo. Los condujo hasta el sofá, al otro lado de la habitación, y les obligó a sentarse—. No sean tímidos —dijo—. Siéntense.

El viejo Zhu y su esposa sintieron un gran alivio al ver a *Madam* Fan, que salió de la cocina limpiándose las manos. Se paró y los miró con gesto de extrañeza.

—¿Qué ha pasado con Da Shan?

—Viene ahora —respondió la esposa del viejo Zhu.

—¡Ah! —exclamó *Madam* Fan y soltó un tenso suspiro—. Bueno, pues, ¿qué les apetece tomar?

—Nada.

—¿Están seguros?

—De verdad.

—¿Una taza de té?

El viejo Zhu estaba a punto de aceptarla cuando su mujer lo acalló.

—Nada —dijo tajante—. Nada en absoluto.

—Pero tienen que tomar algo —insistió el marido de *Madam* Fan, y le dijo a Melocotón que sirviese té a los invitados.

Éstos permanecieron muy envarados en sus asientos mientras Melocotón abría el termo y les llenaba las tazas. Las hojas verdes flotaron en la superficie formando un remolino diminuto y luego fueron cayendo lentamente al fondo.

—¿Tienen calor? —les preguntó el anfitrión.

—No —insistieron el viejo Zhu y su mujer, pero él ya se había levantado y dirigía el ventilador hacia sus invitados. Lo puso en el número tres y pulsó el botón. El ventilador cobró vida y empezó a zumbar, y la esposa del viejo Zhu sintió un escalofrío—. ¿Qué más puedo hacer por ustedes? —preguntó finalmente el marido de *Madam* Fan.

—Nada —contestó la esposa del viejo Zhu—. No se moleste. Gracias.

—¿Están seguros? —repuso él, alzando la voz sobre el zumbido eléctrico del aire.

—Sí.

El marido de *Madam* Fan entró en el dormitorio, separado de la sala por una cortina de cuentas de plástico. Las cuentas sonaron al entrechocar y luego volvieron a su sitio con un suave y ondulante balanceo. Se quedaron completamente inmóviles unos segundos antes de que él volviera a pasar por ellas con un par de billetes de diez yuans en la mano.

—Voy a comprar vino —les dijo a sus invitados—. Ustedes no se muevan.

—Yo no quiero vino —dijo la esposa del viejo Zhu, pero la puerta de metal de la entrada se cerró, y el viejo Zhu suspiró aliviado.

Estaban sentados en silencio, y el ventilador giraba despreocupado de lo que sucedía en el cuarto. Por fin Melocotón se decidió a hablar.

—Pues… —empezó, pero se calló—. Pues… —volvió a intentarlo—, estoy muy contenta de que hayan venido.

—Muchas gracias —contestó la esposa del viejo Zhu, y volvieron a quedarse en silencio.

Melocotón jugueteaba con los dedos, concentrada en los ruidos que salían de la cocina: el silbido de la grasa chisporroteando en el *wok* y el rascar del metal al revolver su madre la comida con la espumadera. Sentía calor en las mejillas. No sabía de qué hablar con aquellos ancianos.

Su padre regresó y alzó una botella en el aire: era de la marca Abre la Boca y Sonríe.

—El mejor de Shaoyang —declaró.

Era un vino bueno y fuerte, como para emborrachar a los invitados. Cuando estaba abriendo la botella, llamaron a la puerta. *Madam* Fan salió corriendo de la cocina, secándose las manos con un paño, y vio a su hija que se miraba las manos sin saber qué hacer ni qué decir, tan poco elegante.

—Venga, Melocotón —dijo—, no te quedes ahí sentada, ve a abrir la puerta.

Era Da Shan. Entró y se detuvo en el medio de la habitación; todos lo miraron, sonriendo y esperando que hiciera algo.

—¡Qué bien huele! —exclamó—. ¡Delicioso! Casi como cuando cocina mi madre.

¡Ja, ja, ja!, rieron todos, incluso el marido de *Madam* Fan, que tenía el cigarrillo entre los dientes y tomó a Da Shan del brazo y lo condujo a un asiento.

—¡Siéntate! —dijo—. No seas tímido.

Da Shan se resistió al principio, pero no quería parecer demasiado educado, así que dejó que el marido de *Madam* Fan lo arrastrara y le obligara a tomar asiento.

—¡Ah, Da Shan! —exclamó *Madam* Fan, batiendo palmas de contenta—. Bienvenido, bienvenido.

Da Shan vio las tazas de té a medio beber y olió la comida preparada.

—Espero no haber llegado tarde.

—Los invitados de honor nunca llegan tarde —le instruyó *Madam* Fan—. Siéntate como si estuvieras en tu casa —juntó las manos en el pecho—. Es un honor que hayas venido a nuestra casa —empezó un repentino discurso—. Nunca había recibido los honores de un… —se calló para pensar de quién, y entonces se echó a reír, azorada— de un joven rico y apuesto.

La esposa del viejo Zhu carraspeó. *Madam* Fan continuó, imperturbable:

—¡Melocotón! —la llamó, mirándose de reojo en el espejo y llevándose una mano a la cara—. ¿Por qué no nos cantas algo? —las blancas mejillas de Melocotón se ruborizaron—. Mi hija tiene muy buena voz —dijo dirigiéndose a Da Shan—. Canta como un pájaro —la chica se mordió el labio—. Venga, Melocotón. Cántanos algún fragmento de ópera —concluyó.

—No me gusta la ópera.

—¡Oh! —*Madam* Fan rió entre dientes—. Venga.

—El caso es que en este momento tampoco es lo que más me apetece oír —comentó Da Shan, y la expresión de *Madam* Fan cambió por completo.

—Pero tiene que escucharla cantar.

—¿Qué le parece después de comer?

—Buena idea —*Madam* Fan batió palmas—. Sí. ¡Muy buena idea! —se quedó un instante cortada, evaluando la situación, y entonces empezó a acomodar a cada cual en sus respectivos papeles

—. ¡Por favor, por favor! —dijo con cierta imperiosidad al viejo Zhu y su mujer—. No se muevan. Terminen su té —tomó una gran manzana del frutero y empezó a pelarla—. ¡Marido! Nuestro invitado no tiene té —dijo señalando a Da Shan. La monda de la manzana formó un largo tirabuzón, y tomando la fruta con ambas manos, *Madam* Fan se la ofreció al viejo Zhu, y luego le pasó el cuchillo a Melocotón—. Aquí tienes —dijo poniéndole una manzana en la otra mano—. Yo he de volver a la cocina. Pela una manzana para Da Shan.

Melocotón se ruborizó, y la esposa del viejo Zhu se rebulló incómoda en el sofá.

Liu Bei atravesó la ciudad a pie, abriéndose paso entre el agotador caos y pánico de la muchedumbre. Caminó hasta que le dolieron los pies y empezó a cojear del pie izquierdo para evitar que el cuero del zapato la lastimara aún más. Llegó a la entrada del recinto de la fábrica y alzó la vista: un arbolito se curvaba sobre el muro de ladrillo, y la pintura estaba desvaída y desconchada. Habían quitado los letreros y los ladrillos eran más oscuros donde habían estado éstos. Los restos de los letreros estaban tirados en un montón a un lado de la calle y ya empezaban a pudrirse. «Las Cuatro Modernizaciones», se leía en un fragmento; «Fábrica de Cohetes Espaciales», en otro. Un nuevo estandarte colgaba lacio bajo el sol cegador: *Adopta las Reformas: Acepta los retos del siglo XXI*, decía.

Liu Bei se detuvo y observó la desnuda entrada de la fábrica. Entrar en aquel recinto era como entrar en el pasado. Su madre había sido una de las prostitutas que se quedaron después del programa de reeducación. Se quedó, se casó e intentó llevar una vida normal. Aquí había nacido Liu Bei y aquí había crecido antes de que su madre se trasladara. Había sido aquí donde se habían formado sus esperanzas para el futuro, y también donde se habían perdido. Se miró: sus ropas sobadas, arrugadas, por los empellones y estrujones del gentío. Antes de salir de casa se había puesto sus mejores ropas y sus mejores zapatos, y se había pintado los labios con un llamativo carmín, por si acaso.

Liu Bei se acercó a un poye te a un lado de la calle, donde se

sentaban los taxistas de la parada mientras esperaban clientes. Se sentó, se quitó los zapatos y se dio un masaje en los pies; le temblaban las manos de ansiedad. Permaneció un rato sentada, la barbilla hincada en la mano, mirando al mundo sin verlo.

Eres una idiota, se dijo. Olvídate de todo. Ha pasado demasiado tiempo. Éramos jóvenes e ingenuos. Estábamos locos. Rió. Todos estábamos locos. Pasó un coche y ella miró por si Da Shan iba dentro —una remota posibilidad—, pero era una mujer vestida de negro con el cabello recogido en un moño. Respiró hondo y agitó la cabeza: Y tú eres la que está más loca de todos.

Recordó el entusiasmo de Da Shan y el suyo propio cuando se habían ofrecido para organizar la manifestación a favor de los estudiantes de Shaoyang. El Partido los había respaldado al principio. La revolución no es un delito; la rebelión está justificada. Seguían el ejemplo de los estudiantes del pasado que se habían manifestado contra el imperialismo extranjero. El Movimiento del 4 de Mayo resucitado. Aparecieron en la radio local y los periódicos; sus llamamientos a la reforma fueron retransmitidos por la televisión de Huan; y entonces el Partido cambió de opinión. Rebelarse atenta contra el respeto filial; fueron amonestados, y la gente dejó de apoyarlos. Un chino es un dragón, diez chinos, una maraña de gusanos. Los gusanos habían vuelto a sus agujeros.

Liu Bei se palpó las sienes e intentó apaciguar sus pensamientos. ¿Seré yo la única que se acuerda de todo esto?, se preguntó.

Cuando *Madam* Fan trajo los primeros platos y los dispuso sobre la mesa, hubo un murmullo de aprobación general: pepino agridulce, buey con cinco especias y ensalada de cilantro espolvoreada con glutamato.

—Sirve vino a nuestro invitados —le dijo a su marido dándole en el brazo con la botella—. Vino Abre la Boca y Sonríe —anunció mientras él lo abría y aplastaba el tapón con la mano—. El vino más famoso de Shaoyang.

La esposa del viejo Zhu puso su vaso boca abajo.

El marido de *Madam* Fan blandió la botella en alto y le dijo en tono imperativo:

—Tome un poco.

—No bebo —afirmó categóricamente la esposa del viejo Zhu.

—¡Venga, mujer!

—No.

Madam Fan rió, nerviosa.

—Mejor voy a acabar de cocinar.

Chasqueó los dedos y sonrió a Melocotón y luego a Da Shan; hecho lo cual, entró precipitadamente en la cocina. Mientras ella calentaba más grasa en el *wok*, los invitados brindaron por una larga y próspera vida. El marido de *Madam* Fan volvió a llenar los vasos de los hombres, y miró al de su hija; se había bebido medio vaso.

—¡Mire! Mi hija puede beber —anunció—. En realidad es lo único que hace: comer y beber. Ya conocen el refrán sobre las hijas —dijo riéndose—: Habría hecho más dinero criando cerdos.

La esposa del viejo Zhu lo miró con cara de pocos amigos, pero eso ni acalló sus risotadas ni le impidió proponer el siguiente brindis: «¡Por una amistad duradera!». Lleno los vasos otra vez: «¡Por el hijo que ha regresado!», anunció, y se bebieron el tercer vaso. Entonces agarró los palillos y los agitó en el aire.

—¡A comer! —declaró, sirviéndose una pata de pollo que dejó caer bruscamente en su cuenco—. ¡Empiecen!

Mientras masticaba una rodaja de pepino. Da Shan observó a Melocotón. Debía de estar todavía en la escuela cuando él había dejado Shaoyang. Observó su cabello y sus ojos negros, su cutis de jade blanco. Tenía la sensación de haberla visto alguna vez fuera de la fábrica, pero no acertaba a saber cuándo ni dónde.

Todavía la estaba mirando cuando *Madam* Fan salió de la cocina y avanzó como un buque insignia con el Pescado Estrella Roja.

—¿Quién te parece más guapa? ¿Mi hija o yo? —Da Shan se ruborizó y Melocotón empezó a toser—. Ya sé, ya sé —añadió *Madam* Fan con fingida modestia—. Ella es mucho más bonita que yo, ¿no es verdad?

La esposa del viejo Zhu también tosió lo más alto y lo más severamente que pudo. *Madam* Fan le dio un golpecito en la espalda:

—A ver si va a haber cogido un resfriado. ¡Coma! —la conminó —. No sea tan cortés.

Da Shan y el viejo Zhu respondían a la constante exhortación de que comieran llevándose a la boca grandes cantidades de comida y soltando de vez en cuando un gruñido de satisfacción. El marido de *Madam* Fan mantenía sus vasos llenos de vino y se aseguraba de que no dejaban de comer.

—¡Mmm! Gracias —dijo Da Shan cuando le volvieron a llenar la copa a rebosar—. ¿No fuiste a la universidad? ¿No? —le preguntó a Melocotón.

—Suspendí las matemáticas —respondió ella.

El viejo Zhu levantó la vista, sorprendido.

—¿Y por eso no te dejaron entrar?

Melocotón asintió.

—¡No es tan fácil entrar en la universidad hoy en día! —gritó *Madam* Fan desde la cocina—. Incluso a los alumnos más destacados los rechazan.

La esposa del viejo Zhu apretó los dientes. No debería haber accedido a venir. Cuanto antes acabara, mejor. El marido de *Madam* Fan sacudió la botella para ver cuánto quedaba. Sonaba medio vacía. Sirvió de nuevo a Da Shan y al viejo Zhu, y luego se llenó el suyo hasta que el vino se derramó fuera.

—El problema de mi hija —declaró— es que es muy vaga.

Da Shan tomó un poco de ensalada de cilantro entre los palillos y lo depositó en su cuenco.

—A mí tampoco me gustaron nunca las matemáticas.

—¿Qué te gustaba más?

—Me gustaba todo a excepción de las matemáticas —contestó Da Shan—. Pero supongo que lo que más me gustaba era la historia. Hice historia y ciencias políticas en la Universidad de Changsha.

—¿Fuiste a la Universidad de Changsha? —empezó Melocotón, pero su padre la cortó.

—Venga, ¡a comer! —le ordenó, dándole un golpecito en el brazo y haciendo gestos con los palillos a Da Shan, que estaba sentado al otro lado de la mesa—. ¡Comed o se quedará todo frío!

Madam Fan seguía trayendo nuevos platos, y cada vez que aparecía, decía o hacía algo que ponía a la esposa del viejo Zhu aún más incómoda.

—¡Manitas de cerdo guisadas dos veces! Muy buenas paira los corazones solitarios —anunció, y desapareció, pero sólo para volver con otro plato—. ¡Ma Pu Dofu! Sabroso y picante —le guiñó un ojo a Da Shan—. Exactamente como las chicas de Hunan.

Por fin, la esposa del viejo Zhu la agarró por una mano e intentó hacerla sentar.

—¡Sólo un plato más! —dijo *Madam* Fan soltándose—. ¡Uno más!

Da Shan se dio cuenta de que sus ojos volvían sin cesar a la cara de Melocotón, a sus ojos negros; y cuando más bebía, más difícil se le hacía evitarlo. Tenía algo la chica. La forma de devolverle la mirada, medio sonriendo, medio mirando hacia otro lado. Da Shan movió la cabeza y se recostó en el respaldo de la silla.

—Estoy seguro de que nos hemos visto antes —dijo al fin—. Antes de hoy, quiero decir.

—Sí —dijo Melocotón—. Sí nos hemos visto. En la colina.

—Eso es… Junto al templo —dijo Da Shan—. Estabas remontando una cometa.

—Sí —confirmó Melocotón—. Y no podía levantarla, y…

—¡Increíble! —resopló el marido de *Madam* Fan—. Mi hija ni siquiera puede remontar una cometa sin que alguien lo haga por ella.

—Apenas había viento.

—¡Papá!

El marido de *Madam* Fan alcanzó la botella y empezó a llenar los vasos otra vez.

—¡Coman, coman! —gritó—. ¡Y beban!

—¿Quiere que la lleve a algún lado? —le dijo el hombre, tocándola en el hombro. Liu Bei alzó la vista y balbuceó:

—No, no. Gracias.

—¿Se encuentra bien? —volvió a preguntar el hombre—. Tengo aquí el taxi. Puedo llevarla a algún lado. No le cobraré.

—No, de verdad. Voy a visitar a un amigo. Vive aquí —dijo ella.

El taxista se apartó y la vio ponerse en pie y entrar en el recinto de la fábrica.

Cuando atravesó la verja, Liu Bei miró instintivamente hacia donde estaba el pequeño jardín de la glicina. Hacía años se había sentado allí con Da Shan a disfrutar de la primavera. Nada especial había sucedido aquel día, salvo que había sido feliz. Sólo recordarlo la hizo sonreír.

Claro que el jardín había desaparecido. Toda la zona había sido transformada y ahora estaba enterrada bajo una hilera de restaurantes a los que el cierre de la fábrica había dejado sin clientela. Así es la vida, pensó Liu Bei, dando una patada a una piedra y viéndola saltar como un cangrejo.

Se retiró el cabello de la cara y giró hacia el bloque de pisos número 6. Se detuvo en la entrada. El portal estaba fresco y en penumbra, el suelo marcado por líneas definidas de luz y sombra. Se pasó la mano por la cabeza para disipar la tensión acumulada y respiró hondo.

Subió la escaleras de dos en dos. Se paró delante de la puerta derecha del segundo piso. Nada parecía haber cambiado. Por un instante, Liu Bei sintió la misma excitación que cuando esperaba a Da Shan en los escalones, sabiendo que lo vería. Fue una visión súbita y clara. Liu Bei cerró los ojos para librarse de ella, y entonces llamó a la puerta. No respondió nadie.

Esperó y volvió a llamar.

Silencio hueco.

Llamó por tercera vez, y entonces una niña asomó la cara en la puerta de enfrente.

—No están —dijo con una cantarina voz infantil—. Han salido.

—¡Oh! —exclamó Liu Bei—. ¿Y sabes cuándo volverán?

La niña meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo con cautela, y cerró la puerta.

Liu Bei siguió parada en el rellano, sintiéndose estúpida sin saber por qué. Se encaminó escaleras abajo; sus tacones resonaron en el suelo de hormigón. Al llegar abajo, se quedó un momento en el portal y miró la tórrida luz de la tarde. Miró y se sintió ajena al lugar. Como si hubiera ido al lugar equivocado en el momento equivocado. Se rió de ella misma y se dirigió a la entrada. Se tomaría el día libre. Iría a casa de su madre. Recogería a Pequeño Dragón y lo llevaría al parque.

Recordó entonces la Casa de Té de Shaoyang y cambió de

parecer. Tenía que hacerlo por Pequeño Dragón también. Volvió a pasarse la mano por el cabello y se detuvo al llegar a la verja, los ojos entrecerrados, protegiéndose del sol.

Cuando todos hubieron terminado de comer, Melocotón ayudó a su madre a recoger la mesa. La esposa del viejo Zhu también se levantó para unirse a ellas, y hubo una pequeña agarrada al intentar *Madam* Fan obligarla a sentarse de nuevo e impedir que entrara en la cocina. Mientras las dos mujeres forcejeaban en la puerta de la cocina, el marido de *Madam* Fan ofreció cigarrillos a Da Shan y al viejo Zhu. Se quedaron sentados, fumando en silencio, hasta que el viejo Zhu carraspeo y anunció:

—Es la hora de mi siesta.

—Y la mía —dijo Da Shan.

La esposa del viejo Zhu suspiró aliviada al oírlos y dijo que ella también tenía que irse. *Madam* Fan se horrorizó. Da Shan no podía irse tan pronto. Ni siquiera había empezado su labor de zapa. No, todavía no.

Se abalanzó a detenerlo, pero su marido ya estaba en ello.

—No te puedes ir tan pronto —insistía él, agarrando a Da Shan por el brazo, para que no se levantara de la silla—. Tómate otro vaso de vino.

Da Shan se quedó callado. Vio que Melocotón lo miraba de reojo mientras apilaba los platos sucios. Vio la cara de preocupación de *Madam* Fan.

—Por favor, no te vayas —le decía—. Recuerda que Melocotón te iba a cantar una canción.

La esposa del viejo Zhu vio vacilar a su hijo.

—¿No crees que ya has bebido bastante, Da Shan? —le dijo.

—Está bien —anunció Da Shan sonriendo—. Me quedaré un ratito más.

El marido de *Madam* Fan sirvió dos vasos más y miró a Da Shan con una afectada sonrisa. Ya iban por la mitad de la segunda botella y estaban lo bastante borrachos para que no les importara. Melocotón se sentó con ellos y evitaba mirar a su madre. Ésta

pretendía que se vistiera con un traje de ópera. Por el rabillo del ojo la veía gesticular frenéticamente, pero ella mantuvo la cabeza gacha y fingió no darse cuenta. A Melocotón no le gustaba la ópera ni en el mejor de los momentos y desde luego no en aquél.

—Bueno —dijo el marido de *Madam* Fan—. Parece que no te ha ido mal. Ya sabes, hacerse rico así…

Da Shan se encogió de hombros.

—Venga, hombre, no seas tan modesto. Seguro que sabes lo que dicen por ahí… Que incluso tu mierda es oro.

—Me gustaría que lo hubieran sabido mis padres —dijo Da Shan, y Melocotón rió disimuladamente, sin levantar la cabeza.

—¿Y a qué te has dedicado para hacer tanta pasta? —preguntó su padre muy serio.

—A trabajar.

—¿En qué?

—Trabajaba en una fábrica.

—¿Haciendo qué?

—Ropa.

—¿Qué tipo de ropa?

—Ropa cara.

—¿Y cuánto te pagaban?

—Cuatro mil mensuales.

—¿Por hacer ropa?

—Era directivo de la fábrica.

—¡Umm! —el marido de *Madam* Fan se recostó en el respaldo de la silla e inhaló su cigarrillo hasta que la brasa se puso al rojo, se tragó todo el humo y lo exhaló en una larga columna—. Pero, ¿cómo pudiste hacer tanto dinero?

—Tuve suerte —contestó Da Shan.

—Cuéntamelo.

—Invertí —dijo—. Acciones. Propiedades. De todo. Si tienes los contactos adecuados puede irte bien.

El marido de *Madam* Fan dio otra larga chupada al cigarrillo.

—Supongo que hiciste muchos contactos.

—Sí, bastantes.

—¿Y me podrías conseguir un trabajo?

—¿Qué puede hacer?

—Cualquier cosa.

—Ya —Da Shan asintió—. Tendrá que empezar por abajo —dijo.

—¿Y cuánto se gana ahí?

—No mucho.

—Pero si hablaras con tus amigos podrían conseguir algo mejor, ¿no?

—No funciona así.

—Pues, ¿cómo funciona entonces?

—No es como aquí.

—Ya veo —el marido de *Madam* Fan rió—. Ahora lo tengo todo claro —dijo apagando el cigarrillo—. ¿Cómo era aquel refrán sobre un hombre que trepa hasta la copa de un árbol?

Da Shan no respondió.

—¿Sabes?, lo que no entiendo —dijo el marido de *Madam* Fan, volviendo a llenar los vasos— es por qué has vuelto, por qué has vuelto a Shaoyang.

—Había llegado el momento de cambiar.

—Claro, claro, por supuesto.

—El dinero es sólo dinero —dijo Da Shan—. Algo para que jueguen los monos.

—Pues sí, y todos tenemos algo de mono todavía —el anfitrión sonrió; luego los dos apuraron sus vasos—. ¡Ojalá nos hubiéramos dado cuenta! Gracias. Ahora entiendo. Tan listo. Con tanto éxito —Da Shan dejó de escuchar. Sus ojos volaban hacia Melocotón—. Por supuesto —proseguía el marido de *Madam* Fan—, con todos esos amigos y contactos tuviste que trabajar mucho —Da Shan dejó escapar un largo suspiro. Le aburría aquella conversación. Cerró los ojos, pero la voz de aquel hombre seguía acribillándole los oídos—: Ya sé cómo trabajaste… Si no funcionaba un enchufe, tu padre te buscaría otro mejor.

Da Shan abrió los ojos y puso las manos sobre la mesa. Estaba borracho, y todos los comentarios del marido de *Madam* Fan le estaban tocando las narices.

—Me voy a casa.

El marido de *Madam* Fan abrió los brazos como para demostrar su inocencia.

—¡Eh, venga! Estoy aprendiendo mucho. Esto está cambiando mi vida. ¡Terminemos la botella! —sirvió el resto del vino y alzó la copa—. Da Shan —dijo—, tu visita ha honrado mi casa. Nos has

entretenido con tu conversación e incluso me has enseñado el secreto de la felicidad eterna. Quién lo iba a pensar. O sea, que nos contaste que nos ibas a traer la Quinta Modernización…, ¡y mira por dónde que acabaste en la cárcel!

Melocotón miró a Da Shan asustada mientras su padre alzaba la copa y anunciaba un último brindis:

—¡Por 1989 y la supresión del Movimiento Contrarrevolucionario!

Da Shan alzó la copa un instante, pero en lugar de beber, lanzó su contenido a la cara del otro. Luego tiró la copa vacía al suelo. Se hizo añicos contra las baldosas, y los trozos se desparramaron por debajo de la mesa, mientras el marido de *Madam* Fan se frotaba los ojos.

—¡No pienso brindar por eso! —exclamó Da Shan.

—¿Ah, no? —bramó el marido de *Madam* Fan, golpeando la silla en su intento por levantarse—. ¿De veras que no?

Madam Fan oyó la voces. Volvió corriendo de la cocina. Da Shan y su marido se estaban chillando y dándose empellones.

—Parad —gritó, y Melocotón también se puso a dar voces. *Madam* Fan dio una patada a su marido—: ¡Déjalo en paz! —chilló, pero los dos hombres siguieron gritándose y empujándose—. ¡Melocotón, ve a buscar una sartén a la cocina! —gritó.

Melocotón corrió a la cocina. En el pánico del momento, las palabras rebotaban en su cabeza, vacías de significado. No recordaba qué era una sartén ni dónde estaban.

—Sartén…, sartén. ¿Dónde hay una sartén?

Oyó un profundo bramido masculino, y a su madre gritando de nuevo:

—¡Melocotón!

La chica cogió una tetera y volvió corriendo. *Madam* Fan se la arrebató de las manos y la agitó en el aire, asegurándose de que la tenía bien agarrada.

—¡Suéltalo! —ordenó, y sin darle la posibilidad de responder, le dio con la tetera en la cabeza. Pareció que el golpe no surtía efecto. Se echó a llorar y dio otra patada a su marido—. Borracho…, borracho, asqueroso, ¡mierda! —sollozaba, puntuando cada palabra

con una nueva patada, mientras Melocotón intentaba arrastrar a Da Shan. Lo ayudó a levantarse, y Da Shan se tambaleó, totalmente borracho—. ¡Melocotón, llévatelo de aquí! —gritó al fin *Madam* Fan, la respiración entrecortada.

Fuera caía un sol de justicia. Las cigarras chillaban en los árboles. Melocotón seguía oyendo a los lejos los gritos de su madre. Arrastró a Da Shan con ella; en su prisa por alejarlo de allí, tropezó con él y casi se cae.

Da Shan se recostó en un muro y Melocotón miró hacia el piso de sus padres, preocupada por lo que podría suceder. Quería seguir andando. Llevar a Da Shan a su casa y luego desaparecer. Pensó en Sun An. Sí, iría a verlo. Volvió a tirar de Da Shan. ¡Venga! Da Shan se enderezó, y Melocotón consiguió que se moviera.

—¡Joder! —exclamó Da Shan, sintiendo el efecto del alcohol en las piernas—. Lo lamento.

Melocotón no respondió, todos sus esfuerzos estaban puestos en hacerlo andar. Pesaba mucho y apestaba a vino, pero era ella la que se sentía humillada. Se avergonzaba de sus padres. De su familia. De sí misma.

—No suelo comportarme así —dijo Da Shan.

—Ya lo imagino.

—No —dijo tambaleándose—. Es importante. Escucha…, yo la quiero, ¿sabes?

Melocotón se paró en seco.

—Le hice una promesa. Pero la rompí —Melocotón dio un paso atrás y Da Shan consiguió mantener el equilibrio por lo pelos—. ¡Se lo prometí! —dijo agresivo, y entonces se tambaleó y cayó sobre Melocotón, cuyas rodillas estuvieron a punto de ceder. Entonces Da Shan se echó a reír—: No lo creo —dijo, y rompió a llorar, y Melocotón ya no sabía qué hacer—. Ya no sé dónde está. Ha desaparecido de mi vida. Desaparecido —ella se echó atrás cuando él la agarró por las mejillas—. Yo la quiero. No puedo quererte a ti. Lo entiendes, ¿verdad?

Melocotón se quedó helada.

—¿Lo entiendes?

Ella asintió.

—Quiero quererte. Tu madre quiere que te quiera. ¿Tú me quieres?

—Por favor —dijo Melocotón—. Estás borracho.

Liu Bei recorrió lentamente el recinto de la fábrica, pasó por delante del antiguo Edificio Nuevo, donde los trabajadores inmigrantes estaban construyendo el nuevo hotel; luego por los campos de deporte, donde unos niños jugaban al fútbol, y volvió de nuevo a la entrada.

Parecía que toda su vida había girado en torno a la Fábrica de Cohetes Espaciales. Incluso cuando su madre se trasladó a una casa nueva, Liu Bei seguía viniendo aquí. Sobre todo después de conocer a Da Shan. Recordó la noche que le había pedido a Da Shan que bailara con ella; era el día que había aprobado los exámenes de ingreso en la universidad; y Da Shan le había dicho que la quería, y ella se había echado a llorar.

Liu Bei se quedó mirando el sitio donde había estado la casa de su madre. La habían derribado, por supuesto; todos los edificios antiguos habían desaparecido, igual que la gente. Siguió dando vueltas hasta que sintió hambre y pensó en volver a casa a cenar. Estaba agotada por el calor y los recuerdos. Ya no reconocía a nadie. Todas las caras eran desconocidas.

Liu Bei caminaba bajo la sombra de los árboles y empezó a sentirse afortunada. No se puede tener mala suerte toda la vida. Eso les decía la señora Zhang a las chicas en la casa de té: sencillamente estáis reservando vuestra buena estrella para cuando seáis viejas. El vacío en el estómago se hizo más intenso cuando empezó a subir las escaleras hasta el segundo piso. Sentía el estómago ligero, como telarañas.

Se paró en la puerta de la vivienda de la familia Zhu y volvió a pasarse la mano por el cabello y a respirar hondo. Unas inscripciones, restos de las decoraciones de las Fiestas de la Primavera que ya empezaban a despegarse de la pared, flanqueaban la puerta; «Que los dioses de la prosperidad entren en esta casa»; «La riqueza se atesora y la paz llega», decían. La pintura que había sobre la puerta representaba a los Dioses del Año Nuevo en rojo y dorado y un cuenco llenos de billetes de cien yuans. Se pasó la lengua por los labios para que le brillara el carmín, se deseó buena suerte y llamó.

Liu Bei pasó el peso del cuerpo a la otra pierna y sintió el leve crujido de la arena pegada a la suela del zapato. Cuando oyó pasos

acercándose a la puerta, todo su cuerpo se puso en tensión.

Era la madre de Da Shan.

—Hola —la saludó Liu Bei con una sonrisa nerviosa—. ¿Está Da Shan en casa?

La mujer se quedó mirándola. Rebuscó en su memoria, y en su cara se vio que no le gustó lo que había encontrado.

—¿Eres Liu Bei? —preguntó.

Liu Bei sonrió y volvió a cambiar el peso del cuerpo a la otra pierna.

—Sí. ¿Cómo está señora Zhu? Me han dicho que Da Shan ha vuelto a la ciudad.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te ha dicho semejante cosa?

Liu Bei frunció el gesto.

—Fue a ver a mi madre —dijo a modo de explicación—. Hace unas semanas.

—Bueno, pues sí, volvió —dijo la esposa del viejo Zhu—, pero se ha vuelto a ir. Se fue a Pekín, de negocios. No creo que regrese por algún tiempo. De hecho, no estoy segura de si va a regresar. Estaba pensando en irse directamente a Shanghai. Probablemente nos reuniremos con él allí, ya sabes, con el cierre de la fábrica y todo lo demás…

—Sí, eso he oído, que cierran la fábrica.

Se miraron. La esposa del viejo Zhu no cedió ni un milímetro. Liu Bei oía cantar las cigarras fuera. Se puso nerviosa.

—¡Vaya! —exclamó. La esposa del viejo Zhu no le quitaba ojo—. ¡Qué le vamos a hacer! Hubiera sido estupendo encontrarse. Charlar de los viejos tiempos, de cuando éramos estudiantes.

La esposa del viejo Zhu sonrió; si, habría sido estupendo.

—Ha pasado tanto tiempo.

—Ocho años —puntualizó la esposa del viejo Zhu, con una melancólica sonrisa.

—Eso es… —empezó Liu Bei, y continuó—: Bueno, pues me voy, entonces.

—Recuerdos a tu madre —dijo la esposa del viejo Zhu como despedida.

Liu Bei se volvió:

—Gracias.

La esposa del viejo Zhu la vio bajar las escaleras, pero de pronto

Liu Bei se paró y alzó la cabeza.

—Si le escribo una nota, ¿cree que podría hacérsela llegar? —preguntó, y la esposa del viejo Zhu asintió. Claro, claro.

Liu Bei sacó bolígrafo y papel del bolso y se apoyó contra la pared. Las cigarras se acallaron mientras ella escribía. Le llegaba el sonido de la gente hablando en los distintos rincones del recinto e incluso oía la respiración suave y paciente de la madre de Da Shan. Liu Bei frunció el entrecejo y tachó algo que había escrito, chupó el extremo del bolígrafo un momento y volvió a escribir. Cuando terminó, dobló el papel, lo metió en un sobre en el que escribió «Da Shan» y se lo entregó a su madre.

La esposa del viejo Zhu lo cogió y sonrió. Hubo un momento de silencio mientras las dos se examinaban.

—Sé que tuvimos nuestras diferencias —dijo Liu Bei—, pero se lo agradezco.

La esposa del viejo Zhu le respondió con una tranquilizadora sonrisa y le dio una palmadita en la mano.

—Gracias —volvió a decir Liu Bei, y la esposa del viejo Zhu se apoyó en el marco contra la puerta y escuchó el taconeo de Liu Bei escaleras abajo.

La esposa del viejo Zhu cerró la puerta y soltó todo el aire contenido en sus pulmones. Oyó la respiración de Da Shan, que estaba durmiendo en su cuarto. Se sentó y escuchó cada inhalación y cada exhalación y dándole vueltas al sobre que tenía en la mano. Todavía estaba dormido.

Se quedó largo rato sentada. El sonido de unos fuertes pasos en las escaleras la devolvió a la realidad. Dio un salto y se abalanzó a la puerta a abrir al viejo Zhu.

—¡Adivina a quién acabo de ver!

—¡Cierra el pico, viejo borracho! —le ordenó ella en un susurro, indicándole con gestos que bajara la voz—. Lo sé, lo sé. ¡Ha venido aquí!

El viejo Zhu alzó la cejas.

—Estaba dormido. Le dije que se había ido.

A su marido le llevó un momento recuperar el aliento. Asintió y se pasó una mano por el blanco cabello.

—¿No crees que debería saberlo?

—No —respondió su mujer tajante—. Eso sólo serviría para entristecerlo. ¡Recuerda que la chica tiene un hijo!

El viejo Zhu movió pensativamente la cabeza.

—Es mejor para él no saberlo —continuó ella. Se quedó mirando a su esposo y vio en su cara nuevas manchas de vejez—. Si se enterara en lo que se ha convertido, se pondría muy triste. ¿Para qué hacerle pasar por ello?

El viejo Zhu se sentó, sacó un cigarrillo y lo encendió. Su mujer fue a la cocina y le sirvió una tazá de té; la sopló para que se enfriara un poco. Era la primera vez que su marido le parecía un anciano. Como si aquella tarde hubiera cruzado una línea divisoria invisible entre la vida y la muerte.

—Toma, bébetelo —le dijo, dándole el té y viendo cómo se lo bebía.

—¿Estás segura de que hacemos bien? —le preguntó él.

—Pues claro que estoy segura.

—Ni siquiera recuerdo por qué no nos gustaba la chica.

—No es apropiada para él —dijo ella—. Mira a lo que le llevó.

El viejo Zhu recordó y asintió con un lento movimiento de la cabeza. Dio una última calada al cigarrillo y la brasa se convirtió en colilla; la aplastó en el cenicero y se tomó el té en dos o tres sonoros sorbos. Le dio tos, expectoró una flema, la escupió al balcón y se dirigió al dormitorio. Sus crisantemos se mecían en el calor de la tarde. Se detuvo un momento a contemplarlos y volvió a entrar más tranquilo.

La esposa se llevó la taza a la cocina, la lavó y le pasó un paño por el fregadero. Pasados diez minutos fue a ver cómo estaba su esposo y lo encontró despatarrado en la cama, la boca abierta, roncando. Pobre viejo. Fue entonces al cuarto de Da Shan y también lo encontró profundamente dormido. Joven y fuerte, como había sido su padre.

Palpó el sobre que tenía en el bolsillo. Lo sacó y observó la escritura. «Da Shan», decía. Apretó los labios, la chica tenía muy buena caligrafía. Da Shan dijo algo entre sueños y su madre contuvo la respiración. Él se frotó la cara con una mano, se dio la vuelta y se acurrucó en la almohada. Sólo estaba soñando, se tranquilizó ella. Salió silenciosamente del cuarto y cerró la puerta.

La esposa del viejo Zhu tenía el sobre en la mano, dubitativa sobre qué hacer. Iba a quemarlo, pero la tentación de abrirlo se le hacía irresistible.

Cogió un cuchillo de la cocina, abrió el sobre, haciendo caer la carta, que revoloteó hasta el suelo como una mariposa muerta.

La recogió y la desplegó.

Da Shan:
He venido a buscarte, pero no estabas.
Los antiguos escribían poemas sobre esto.

Había una frase tachada que no fue capaz de descifrar.

Supongo que te habrán pasado muchas cosas desde que nos vimos por última vez. ¡Ojalá pudiéramos contárnoslas!

Debajo estaba su firma. Dos sencillos caracteres:

Liu Bei

Y un par de versos:

Te busqué en vano
y volví a casa.

La esposa del viejo Zhu retorció el papel, como si fuera una mecha. Aquello no iba a suceder. No ahora. En absoluto. Las arrugas de su cara se endurecieron en un gesto resuelto cuando encendió la cocina y puso el papel sobre la llama azul del gas. Amarillos pétalos de fuego florecieron en una rápida danza y empujaron el papel, que voló hacia el techo reducido a una ceniza negra, como se eleva una plegaria en un traslúcido movimiento, y luego cayó al suelo, sin recibir respuesta.

XIX

Una semana después de la conversación de las *Viudas* charlaban las vecinas más viejas del barrio de Cohetes Espaciales. Estaban bajo un árbol, como solían hacerlo. Agachadas sobre sus huesudas caderas, escuchaban los últimos chismes y resoplaban sonoramente para mostrar su desaprobación: habían visto a la hija de la señora Cao con un inmigrante: uno de los hombres que trabajaba en la oficina del director tenía una aventura con la enfermera de una clínica. La mujeres agitaban la cabeza y chistaban, ¡vaya! Esas cosas no ocurrían en sus tiempos.

Una informó que le habían contado que iban a convertir la fábrica en un parque temático para hombres de negocios de Shanghai: habría una piscina y un complejo deportivo. Esto provocó la unánime desaprobación de todas: las piscinas eran peligrosas: y toda esa gente medio desnuda zangoloteando al lado de sus viviendas. Otra dijo que le habían contado que los nuevos jefes iban a montar una fábrica de balones de fútbol. Los balones de fútbol de Shaoyang, anunció, serian famosos en todo el mundo.

—Es cierto —dijo—, me lo ha contado mi hijo, que tiene un amigo que trabaja en la Oficina de Urbanismo de Shaoyang.

El arroz se doraba en los campos, casi a punto para la cosecha, y las ancianas dedicaron un rato a recordar las cosechas de su infancia. El arroz de entonces parecía más fragante, los veranos no eran tan tórridos, era la época del año en que podían brincar y corretear.

De vez en cuando las moscas venían a perturbar su charla. Zumbaban alrededor de sus cabezas y sus oídos y se posaban en sus

brazos y piernas hasta que las espantaban. Hacía demasiado calor. Se abanicaban; el calor les aflojaba la hinchazón de sus articulaciones. De pronto oyeron un estruendo que se acercó rápidamente hacia ellas, hasta que entró en su campo de visión: una gran excavadora amarilla estaba enfilando el recinto de la fábrica. Primero miraron sorprendidas, pero su sorpresa se transformó en furia: aquello sólo podía significar cambios, y los cambios significaban problemas.

La excavadora ignoró sus furiosas miradas, resopló triunfante, despidiendo una nube de humo, y siguió traqueteando por el recinto. Las ancianas se quedaron mirando la larga estela de humo negro. Y aún seguían mirando en esa dirección cuando la excavadora se perdió de vista, confundida con el resto del mundo. Todavía oían el vibrante crujir del cambio de marchas y el zumbido del motor, y agitaron la cabeza con desaprobación. ¡Vaya!

La excavadora se paró al llegar al solar del Edificio Nuevo, y el conductor saltó al suelo y se dirigió a hablar con uno de los trabajadores. Un pequeño grupo de personas la había seguido, y ahora se disponían a contemplar el espectáculo. Lo único que quedaba del Edificio Nuevo eran pequeños trozos de muro y suelos de hormigón. Nadie recordaba ya cómo había sido seis meses antes: un edificio de ladrillo rojo con todos los cristales de las ventanas rotos. Sólo recordaban que parecía anticuado. Menos mal que lo habían demolido. Nadie quería que su fábrica pareciera pobre: una piscina sería mucho mejor.

Los mirones vieron al conductor volver a la cabina, acelerar y conducir la excavadora amarilla alrededor de los montones de ladrillo. Entonces elevó los cilindros hidráulicos de titanio, que refulgieron al sol, y comenzó a desprender los restos del Edificio Nuevo. El ruido atemorizó a una pareja de tordos, que alzaron el vuelo y se posaron sobre el bloque de viviendas número 6, desde donde miraron a una distancia segura.

La excavadora empujó a un lado la última pila de escombros, y el conductor volvió a saltar al suelo, encendió un cigarrillo y se fue a comer. La gente permaneció sentada, esperando. Todo el trabajo había llevado media hora. Las mujeres intercambiaron

deshilvanados comentarios y esperaron a que el conductor volviera de comer. Pero no volvió. La excavadora se quedó varada en el solar. Su pintura amarilla mantenía los pájaros a distancia.

Liu Bei se detuvo a la entrada de la Casa de Té de Shaoyang, respiró hondo, empujó la puerta trasera y subió las escaleras. Las otras chicas jugaban a las cartas. Cereza iba ganando, y por su tono de voz parecía muy excitada. Liu Bei se deslizó dentro de la habitación y esperó.

—¡Eh! ¡Mira quién está aquí! —exclamó Cereza—. ¡Pero si es Pálida Orquídea! ¿Has vuelto, no?

—¿Conseguiste ver a tu hombre? —le preguntó Flor del Espíritu del Agua con una sonrisita.

—No.

—¡Vaya! —exclamó Flor del Espíritu del Agua con la misma sonrisita bobalicona en los labios.

Cereza se tapaba la boca con la mano, intentando sofocar la risa.

—Venga, ven a jugar —dijo—. Voy ganando.

Liu Bei se dejó caer en la silla, y Cereza repartió las cartas sin dejar de sonreír. Su vena de suerte continuó toda la tarde, con lo que su tono de voz y su excitación no hicieron más que ir en aumento, mientras que Liu Bei perdía todas las jugadas con silenciosa resignación. Cuando el calor de la tarde había pasado, la señora Zhang subió al cuarto y al ver a Liu Bei hizo un gesto con la cabeza:

—¿Has vuelto para quedarte?

—Sí.

—Bien —dijo sin expresión alguna en el rostro—. El comandante Pan va a volver esta tarde. Estate preparada.

La última luz de la tarde alargaba en el suelo las sombras de la Fábrica de Cohetes Espaciales cuando las ancianas despertaron de su sopor y empezaron a intercambiar cotilleos sobre la excavadora. Sí, ahí era donde iba a ir la piscina, insistía una de ellas. Tenía el pelo teñido de negro brillante, pero le habían empezado a crecer las raíces y su cuero cabelludo estaba dividido por un surco blanco. Se lo tapó con las manos mientras hablaba, sí, seguro que era una piscina, dijo. Con todo tipo de gente alrededor.

Cuando el fuego del sol se transformó en brasas y la luz adquirió una fresca tonalidad naranja, las ancianas volvieron al tema de la pelea entre el hijo del viejo Zhu y el marido de *Madam* Fan. No es que a ninguna de ellas le gustara el marido de *Madam* Fan, pero, pese a todos sus defectos, era uno de ellos, un miembro de la comunidad. Algo que no podían decir del hijo del viejo Zhu. Era el hijo de uno de los antiguos dirigentes; se había ido, lo que ya estaba bastante mal en sí mismo, pero aún era peor que hubiese vuelto.

«Nunca vuelvas a tu tierra rico —rezaba el refrán—, tu gente no te lo perdonará».

Una de las ancianas, que torcía la boca al sonreír, se ajustó la dentadura y luego declaró que la culpa la tenía el marido de *Madam* Fan, pues era una de esas personas que cualesquiera que fueran las barbaridades que te contaran de él, siempre podías estar segura de que eran ciertas. Pero otra les recordó todos los problemas que había causado Da Shan en 1989. Todas aquellas manifestaciones y marchas, toda aquella palabrería y todo aquel desorden. Una peligrosa combinación. Nada les podía gustar menos que el desorden. Echaba cemento gris en sus corazones y lo solidificaba.

Más optimista era la noticia de que *Madam* Fan había echado por fin a su marido de casa. Ya era hora, pensaba la mayoría de la gente, pero eso no les impedía sisear desaprobadoramente del asunto cuando estaban en público. Los maridos no estaban ahí para que se les echara de una patada a la calle; había que aguantarlos. Todo tenía su porqué en los Cielos.

Por su parte, los amigos del marido de *Madam* Fan divulgaron el rumor en sus partidas de *mah-jong* de que *Madam* Fan se había enamorado del hijo del viejo Zhu; que se había obsesionado con su dinero; que iba a vender a su hija Melocotón. Hechos hacía mucho tiempo olvidados empezaron a envenenar la memoria de la gente; el largo tiempo transcurrido y el calor del verano hacía que hedieran aún más. La propia *Madam* Fan tenía una historia de mucho cuidado, recordaron las ancianas. Entre su ópera y los aires de distinción que se daba, no es que ella tampoco tuviera mucho que ver con el resto. ¿Quién se creía que era…, la diva del vecindario?

Madam Fan se enteró en el mercado de que volvía a ser la comidilla de la fábrica, y que muchas de las historias que circulaban sobre ella no eran ni medio ciertas; se lo contó Nube de Otoño.

Madam Fan soportó con la elegancia de una actriz trágica esta nueva oleada de rumores.

Por la noche dormía mal, pero por la mañana, cuando llegaba el momento de cantar, seguía saliendo al balcón con el garbo de una garza. Los hambrientos mosquitos continuaban su danza nocturna, aunque ya empezara a clarear. El fresco hacía su baile más lento, y eran más fáciles de matar. *Madam* Fan se quitó uno de la mano y lo aplastó mientras se aclaraba la garganta. Era uno del tipo rayado blanco y negro: los que más picaban. Se limpió la sangre de los dedos; respiró hondo y empezó a cantar el prólogo de la *Concubina Ji*.

He seguido a mi rey en sus campañas militares,
he soportado fríos vientos y penalidades.

El atronador ruido de la excavadora se hizo oír en todo el recinto de la fábrica.

Odio al tirano que hundió nuestra tierra
en el abismo de la miseria.

El motor estaba muy revolucionado y retumbaba en el aire fresco y apacible de la madrugada. El estrépito devoraba sus palabras; las hojas temblaban. La voz de *Madam* Fan vaciló y se quebró. El rugido del motor siguió impertérrito. Alguien metió la primera y el rugido cambió de nota.

Le llegó el olor de los humos del tubo de escape. Terminó el aria y le entraron ganas de llorar. Cerró y abrió los puños. Finalmente acabó por entrar en la casa dando un portazo. ¡No pensaba cantarle a una máquina!

A la mañana siguiente *Madam* Fan despertó a las seis y cuarto a fin de adelantarse a la excavadora y oyó música disco en la calle. Se frotó los ojos, se asomó a la ventana del dormitorio y distinguió un grupo de mujeres bailando. *Madam* Fan bajó inmediatamente a protestar, pero las mujeres le dijeron que la excavadora había dejado imposible el sitio donde solían bailar, así que se habían

trasladado allí.

—Pero no podré cantar con esta música —se quejó.

—Claro que puede —le dijo una amiga de su marido—, pero nadie la oirá.

Cuando Melocotón volvió a casa se encontró a su madre sentada junto a la ventana. A su lado, sobre la mesa, había una botella de vino; con una mano se frotaba abstraída el cuello mientras con la otra jugueteaba con el tapón de la botella. Melocotón se sentó en el otro extremo de la mesa, pero *Madam* Fan siguió con la vista fija en la ventana. Giraba sin cesar el tapón de la botella.

Melocotón alargó la mano, pero el puño de su madre se cerró con el tapón dentro.

—Mamá, ¿estás todavía triste por lo de la comida?

Madam Fan sonrió y volvió la vista de nuevo hacia la ventana.

—Tu padre está detrás de todo esto —dijo—. No me cabe la menor duda.

Melocotón salió y no regresó hasta la noche. Cenaron en silencio un plato de fideos de huevo y vieron el episodio ciento ocho de *Mansiones Rojas*. Dai Yu se estaba muriendo, su hermoso rostro agotado y desvaído como una flor de otoño. Melocotón no podía soportar mirar la pantalla, tan triste era. Se fue a su cuarto y se puso a oír música americana. Cantaba ella también al mismo tiempo, palabras que no entendía pero que le recordaban al chino. Y cantaba todavía cuando llamaron suavemente a la puerta.

Madam Fan entró en el cuarto.

Melocotón se incorporó, sonriente, y se deslizó sobre la cama.

—¿Te pasa algo, mamá? —le preguntó.

Madam Fan asintió. Sus ojos oscuros tenían un extraño destello.

—Quiero contarte algo antes de que te enteres por otros —empezó.

Melocotón se metió en la cama.

—¿Es sobre papá?

Madam Fan asintió.

—¿Va a volver?

—No —dijo *Madam* Fan.

A la chica se le hizo un nudo en la garganta.

—No quiero que vuelva. Ahora sólo estamos tú y yo.

Melocotón tragó saliva.

—Venga, venga. No te preocupes, estaremos bien porque nos queremos —acarició el cabello de su hija. Muy despacio—. ¿Recuerdas lo que te conté una vez de tu padre y de mí —dijo al fin —, de por qué nos casamos?

Melocotón asintió.

—Mi familia se moría de hambre. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Corría el año 1968, durante los tiempos difíciles, cuando nadie tenía qué llevarse a la boca —*Madam* Fan dejó de acariciarle el pelo—. Me asignaron un trabajo en una granja en las afueras de la ciudad. Trabajar en una granja significaba que podía enviarles a mis padres algo de comida —continuó—. Y durante todo ese año les di todo lo que tenía. Los mantuve con vida.

Melocotón asintió y su madre le tomó una mano entre las suyas.

—Había allí un joven cuya familia había sido clasificada como Intelectuales Hediondos. Cuando le llegó su turno, aceptó todas sus faltas. Nunca se quejó —*Madam* Fan forzó una sonrisa—. Me cuidaba —dijo—. Dejaba que lo criticaran, dejaba que le pegaran. Cuando se dio cuenta de lo que yo había adelgazado, me daba una parte de su ración de mijo para que pudiera hacerme una sopa —se echó atrás el cabello—. No podíamos hablar de amor, sólo del «Amor al País» y del «Amor al Pueblo». El amor entre dos personas estaba prohibido.

Melocotón apretó la mano de su madre.

—No le importaba que yo fuera la hija de un terrateniente. Nunca me lo dijo, pero sé que me quería. Estoy segura. De veras —se interrumpió y tomó aire—. Nos encontrábamos por la noche.

Hubo una larga pausa, intensa. Melocotón no quería seguir escuchando.

—Nos encontrábamos por la noche —titubeó y apretó con más fuerza la mano de Melocotón—. Y una noche nos siguieron. ¡Me quería! —dijo tras una larga pausa—. ¡Me quería! —repitió y entonces se echó a llorar.

Melocotón se incorporó y abrazó con fuerza a su madre. *Madam* Fan estaba temblando. Melocotón le frotó la espalda y calmó sus sollozos. *Madam* Fan se secó las lágrimas y se sonó.

—Nos rodearon —dijo—. Nos iluminaron con un montón de antorchas. Llevaban pistolas. Creí que iban a disparar. Él intentó ocultarme, pero lo apartaron —*Madam* Fan hipó y se limpió la nariz en la manga—. Le preguntaron por qué me había hecho aquello —parecía estar reviviendo la escena; respiraba fatigosamente y volvió a limpiarse la nariz en la manga—. Dijeron que yo era un personaje reformado. Que él era un contrarrevolucionario. Que se negaba a abandonar sus ideas feudales. Me hicieron decirlo a mí —afirmó con determinación.

Todavía tenía grabados en la cabeza los eslóganes revolucionarios:

¡La buena camarada ha de dedicar su tiempo a la revolución!

¡Aplastaremos a los gusanos que infectan el país!

Melocotón quería que su madre acabara ahí su relato, pero *Madam* Fan volvió a tomar aliento.

—Agradecí al Partido su protección y luego dije lo que me habían dicho que dijera. Me obligaron a decir aquello —afirmó. Levantó la vista y miró a Melocotón—. Me dijeron que hablara más alto, para que lo oyera bien todo el mundo, así que lo repetí: «Me violó».

¡Un carro volcado es una advertencia para los otros!

—Más tarde, el oficial descubrió que estaba embarazada. Por eso acepté irme con tu padre. Los dos somos malos elementos.

Cuando dos leprosos se juntan no pueden infectar a los sanos.

—La criatura era un niño. Era tu hermano —*Madam* Fan se sorbió la nariz—. Era muy poca cosa. Yo no tenía leche. Lo único que hacía era llorar y llorar. Lo alimentábamos con gachas de arroz. Se puso enfermo. No había medicinas. Apenas había qué comer. Se llevaron el cuerpo en una caja. En aquellos tiempos teníamos que pensar en los vivos. Nos moríamos de hambre. No tuve elección —concluyó—. Tenía que casarme con tu padre por el niño. Y entonces el niño se murió.

Mientras hablaba retorcía entre los dedos un mechón del cabello de Melocotón. Intentó contener el llanto, pero rompió a llorar otra vez, haciendo pucheros como una niña.

Melocotón la estrechó entre sus brazos.

—Yo te quiero mucho —le dijo, pero en su interior se sentía fría. No quería saber lo que acababa de contarle su madre. Cerró los

ojos, abrazada a su madre, y trató de olvidar lo que había oído.

XX

Por la noche, la Casa de Té de Shanghai se sumía en el silencio, salvo por un ruido, la bomba de incendios que se quedó en el exterior, que abrasaba las mariposas nocturnas que se acercaban. Un pájaro solitario resentido empezó a cantar antes de romper el día y despertó a la señora Zhang. Se levantó temprano a una mañana plomiza; intentó llenar el vacío de las habitaciones con su presencia, pero apenas había luz y las sombras lo llenaban todo. Encendió la televisión y subió el volumen. Emitían un documental sobre unos periodistas de Pekín que habían ido a visitar una comuna rural: los viejos contaban sus recuerdos, los jóvenes hablaban de irse a la ciudad, y los padres de éstos se lamentaban de sus dificultades para lograr llegar a fin de mes en los tiempos que corrían.

«¿No es la vida mejor ahora que antes?», les preguntaban a los ancianos al final del programa, y ellos respondían con una sonrisa desdentada: «¡Oh, claro! ¡Mucho mejor!».

La señora Zhan se estaba cepillando el pelo cuando llamaron a la puerta. Vacilante en el umbral, había una joven. Tenía la cara redonda, el cuerpo achaparrado de las campesinas y su cutis era un poco demasiado oscuro.

—¿Qué quieres? —le dijo la señora Zhang en tono brusco.

—Quiero trabajar aquí.

La señora Zhang no ocultó su irritación.

—Los hombres pasan como un río interminable —dijo severamente—. Mete un dedo en él y te arrastrará hasta el mar.

—Quiero trabajar aquí —repitió la chica.

—Entonces vuelve la semana que viene —le espetó la señora Zhang, y la chica se fue.

Todas las semanas venían a su puerta por lo menos dos chicas: no lo comprendía. Había que ser estúpida. Tal vez leían demasiadas novelas románticas: deseaban ser la chica que viene a rescatar el príncipe azul. Sea como fuere, el caso es que pocas volvían. La señora Zhang las impresionaba aún más si volvían. No había vuelta atrás una vez te hacías puta. ¿Por qué convertirse en un zapato usado cuando podías ser una zapatilla nueva?

Cereza fue la primera en llegar, de puntillas sobre los adoquines del patio para no pisar el húmedo musgo. La señora Zhang la mandó a comprarle algo de comida en el restaurante de al lado.

—¡Quiero Wugang Dofu! —le gritó cuando salía—. ¡Y diles que esta vez no me pongan tanto picante!

Cereza salió echando pestes por lo bajo, y la señora Zhang se tragó su ira. ¡Qué estúpida muchacha! ¡Si no tuviera un agujero entre las piernas se moriría de hambre!

La señora Zhang comprobó su peinado en el espejo. Lo tenía recogido atrás en un bucle, y una de las horquillas se le había soltado. Probó aquí y allá buscando el sitio, y las manos empezaron a sudarle con el esfuerzo. Soltó una palabrota.

—¡Mierda!

Tendría que volver a empezar por el principio.

A la mañana siguiente, Liu Bei entró en la casa de su madre. El interior estaba fresco, en penumbra, y tardó unos segundos en adaptarse a la oscuridad.

—¿Madre? —llamó—. ¡Madre!

La habitación estaba vacía a excepción de un jarrón con flores silvestres que se marchitaban con un derroche de sonrisas.

Liu Bei encontró a su madre sentada en el patio, pelando patatas. Se apartó de la cara un mechón de pelo y sonrió: sacó un dulce del bolsillo y se lo dio a Pequeño Dragón.

—Mira lo que tengo para ti —dijo—. Mi lindo hombrecito.

—¿Por qué no sales a jugar fuera? —le propuso al niño—. Ve a buscar a tus amigos.

Pequeño Dragón se metió el dulce en la boca y se negó a

moverse.

—¡Venga! —dijo Liu Bei—. ¡A jugar fuera! ¡Tus amigos te estarán esperando!

Pequeño Dragón soltó de mala gana la mano de su abuela y entró en la casa, y Liu Bei acercó un taburete y se sentó al lado de su madre.

—¿Qué tal va todo?

—Bien —respondió Liu Bei, pasándose una mano por el cabello.

La madre la miró a la cara.

—¿Te pasa algo?

—Nada.

La señora Zhang seguía ocupada con su peinado, al que aplicaba una espesa capa de laca para que no se moviera, cuando llegó Liu Bei. Dijo hola al entrar y subió directamente las escaleras. Le apetecía estar sola, pero cuando llegó arriba estaba la mujer de la limpieza, poniendo sábanas limpias en la cama y rezongando sobre la porquería que traían los hombres en sus zapatos.

Liu Bei entró en el cuarto común de las chicas, que presentaba su estado habitual: artículos de maquillaje y ropas desperdigados por todos lados. Una de las revistas de Cereza estaba abierta sobre la mesa, las zapatilla de Loto cada una en una esquina de la habitación. Liu Bei se sentó a la mesa y se puso a hojear la revista. Había un artículo sobre una oficial del Ejército de Liberación Popular. «Muchachas valientes claman por la protección de la Patria», anunciaba el título. «Wang Hao, de veinticinco años, miembro de la Liga de Jóvenes Comunistas y oficial del Ejército de Liberación Popular, nos habla de su vida entre la tropa».

Liu Bei pasó de página. Había un reportaje sobre el *boom* de las clínicas de cirugía plástica en Shanghai. Lo leyó por encima y volvió la página. Anuncios. Más anuncios. Compra esto, compra aquello. Liu Bei dejó la revista a un lado y cogió la siguiente del montón: *Diario del Ejército de Liberación*; debía de habérsela dejado olvidada algún cliente. Pasó las páginas; un montón de artículos que no le interesaban en absoluto. En la contraportada había una imagen de un fénix y un dragón enlazados. «Puente Verde de las Urracas», se titulaba.

La «carta del mes» era de un grupo de soldados destacados en Qinghai:

«… tenemos buenas ropas, casas nuevas y podemos ver la televisión o ir al cine. Somos felices con esta vida. Nuestro único pesar es que nos faltan esposas virtuosas que quieran seguir nuestros ideales de honradez y coraje. Pedimos a aquellas chicas que quieran ayudarnos a proteger la Madre Patria que se unan a nosotros».

Liu Bei movió la cabeza. Repasó la lista de corazones solitarios.

«Licenciado universitario y oficial de baja graduación en el ejército desea conocer a chica con titulación en lenguas extranjeras que quiera compartir sus objetivos en la vida y un largo y fructífero matrimonio».

«Oficial jubilado con buena vista y corazón fuerte. Divorciado sin hijos. Desea conocer a joven sana y educada sin hijos».

«¿Eres un hombre de verdad? Chica con estudios que desea fervientemente tener una vida fructífera y con sentido busca hombre con unos ideales similares».

Liu Bei dejó la revista y cogió la siguiente. Volvió a repasar la lista y encontró el anuncio que estaba buscando.

«Viudo solitario. Quiere compañía, no amor. Sólo mujeres mayores de treinta años».

Liu Bei arrancó un trocito de la página, anotó la dirección, comprobó que había apuntado bien el número de apartado postal y se lo guardó en el monedero.

XXI

Melocotón estaba en la ventana, y la palma de las manos le recreaba el fresco cristal, y miraba a la gente, y la palma de las manos le recreaba el frío de la fábrica. Parecía que el verano empezaba a retirarse; pronto el otoño dejaría las montañas desnudas. Hoy todo el mundo parecía triste; nunca le había parecido el mundo tan desolado y aburrido.

Parecía que había pasado un año desde que su padre se había ido, pero no podía hacer más de dos semanas de eso. En esas dos semanas no había vuelto ni una sola vez. Sus parientes lo habían hecho en su lugar.

—Lo lamenta mucho. ¿Por qué no le dejas que te pida perdón? —preguntaban, y *Madam* Fan escuchaba.

—Piensa en la vergüenza que cae sobre la familia —dijo un tío abuelo de Melocotón.

—¡Y las habladurías! —añadió un primo lejano.

—Tu hija, piensa en tu hija —continuó el tío abuelo—. Necesita un padre en casa. ¿Qué dirán sus amigos si sus padres se divorcian?

Sí, piensa en mí, pensó Melocotón. Nadie piensa en mí.

—Melocotón no necesita que vuelva —declaró *Madam* Fan—. Ni yo tampoco.

Ésa había sido la última palabra. No había más que decir. Melocotón escuchó mientras su madre salía a despedirlos, la puerta se cerró con un ruido metálico, y las voces se disolvieron en el silencio. Sácame de aquí, pensó Melocotón, y entonces probó a ver cómo quedaba la frase con el nombre de él.

—Da Shan, sácame de aquí —musitó. Y sonaba bien.

Rebuscó entre sus cintas una de la que no estuviera aburrida, pero no encontró ninguna y suspiró con frustración. Ya no había nada nuevo, nada que la interesara. Se tendió sobre la cama y los

muelles crujieron. Cerró los ojos e intentó dormir, pero sólo consiguió que el mundo de los sonidos se hiciera más intenso. Se volvió de lado y abrió el cajón de la mesilla de noche. Había un montón de fotos de su época de instituto: una de ella haciendo un muñeco de nieve con sus compañeros de clase: otra de un día de primavera en que subieron hasta el templo e hicieron un *picnic*; otra también de ella con los pulgares levantados y un amigo suyo poniéndole orejas de burro por detrás. Melocotón sonrió un instante y siguió pasando las fotos.

Al final del montón estaba la foto que se había hecho su clase el día que terminaron los exámenes finales. Era la última vez que iban a estar todos juntos. Melocotón recorrió de una en una las caras sonrientes, excitadas: un tercio de su clase había continuado sus estudios e ido a la universidad en Ziangtan o en Changsha, o incluso más lejos, a las grandes ciudades. Dos de ellos habían ido a Pekín. Melocotón observó su propia cara, sonriente como las de los demás, e intentó recordar por qué estaba tan contenta; incluso el instituto era mejor que aquello.

Melocotón no sabía qué había sido del resto de los compañeros de la foto que también habían suspendido. Alguna vez se encontraba con alguno por la ciudad. Dos de las chicas se habían casado, unos cuantos chicos encontraron trabajo en Shaoyang, pero la mayoría había desaparecido: habían vuelto a sus pueblos a trabajar en sus granjas o emigrado en busca de trabajo en las grandes ciudades.

Volvió a dejar las fotos en el cajón y se tumbó en la cama. Tenía que salir de la casa. Quería que la abrazaran y la quisieran, y por primera vez en días pensó en Sun An. Con todo lo que había pasado se había olvidado de ir a recoger sus cartas. Ése era el castigo que se merecía por haberle hecho tocar su cosa.

Iré a verlo, se dijo Melocotón, y comprobaré si ha aprendido la lección.

Escuchó y cuando estuvo segura de que no había moros en la costa, salió disparada por la puerta antes de que su madre pudiera detenerla. Bajó corriendo las escaleras, iluminadas con los últimos rayos del sol de la tarde; se reía con la excitación de que la pillaran. En un momento tuvo la sensación de que la estaban observando y volvió la cabeza rápidamente, pero no había nadie. Su paso se

convirtió en una carrera hasta que alcanzó la verja del recinto de la fábrica.

Sun An estaba sentado delante de su tienda, mirando la calle por si veía a Melocotón. Le había escrito todos los días, y al principio ella había recogido las cartas, pero al cabo de un tiempo dejó de ir a buscarlas. Pensó que posiblemente ya no lo quería. El día anterior mismo había enviado a su hermana con otra para que la depositara bajo la piedra secreta, pero cuando volvió le repitió lo mismo: «La última que le escribiste sigue todavía allí. ¡Tonto!». Así que había desistido.

Toda la tristeza de Sun An se esfumó cuando vio a Melocotón acercándose a buen paso calle abajo. Se sentó y contuvo el aliento, hasta que estuvo seguro que se dirigía a la tienda, entonces se levantó y la saludó con la mano y empezó a saltar de alegría cuando ella lo llamó por su nombre. Melocotón sonrió, y Sun An sonrió y se imaginó que ella había acelerado el paso al acercarse a él.

—¡Melocotón! —dijo saliendo a recibirla—. ¿Dónde te habías metido? Estaba tan preocupado.

Ella lo miró como si no le importara lo que le decía.

—¿Por qué?

Sun An tragó saliva y esperó unos segundos antes de hablar.

—Hace muchos días que no te veía. Te echaba de menos.

Melocotón lo miró y él se calló.

—Lo siento —dijo al cabo.

—¿El qué?

Sun An no respondió, así que Melocotón se encogió de hombros y se sentó. Cogió la taza de té sin hacer comentario alguno y se la bebió de un sorbo; luego se la dio para que volviera a llenársela. Sintió el líquido bajando por su cuerpo y se puso a retorcer un hilo suelto de una costura de la camiseta.

—¿No recibiste mis cartas? —preguntó Sun An.

—Miré, pero no había nada.

—Mi hermana dice que las dejó allí.

—Pues yo no las vi —afirmó Melocotón.

—¡Oh! —exclamó Sun An. Bajó la vista al suelo y entonces vio la tetera—. ¿Más té?

Ella le alargó la taza.

—¿Por qué no cierras la tienda? —le preguntó.

Sun An metió la silla que tenía fuera y echó el cierre. La persiana vibró con un chirrido metálico, sumiendo la habitación en la penumbra; retazos de luz se colaban entre los listones. Pasó el cerrojo y Melocotón dejó su taza sobre el mostrador. Tragó la saliva que tenía en la boca, pero había más, así que volvió a tragar y un hormigueo le recorrió todo el cuerpo. Se estremeció.

—¿Tienes frío?

—No.

Sun An extendió la mano y Melocotón puso la suya encima.

—¿Estás segura de que no tienes frío? —dijo atrayéndola hacia sí.

—Sí.

Sun An sintió su respiración en la cara, el aroma de su piel.

—Te he echado de menos, Melocotón —dijo—. De veras te he echado de menos. Creí que no me querías.

Ella cerró los ojos y fantaseó con ser abrazada fuerte, con que la quisieran.

—No me dejarás, ¿verdad? —le susurró él.

—No —musitó ella—. No te dejaré.

Sun An volvió a abrazarla como el oso a la osa, como si pudiera exprimirla y extraer más amor de ella. Movió la cabeza y sus narices se rozaron, y entonces empezaron a besarse. Sus lenguas se enlazaron, pero Melocotón se apartó y apoyó la cabeza en el pecho de Sun An. Permanecieron así largo rato: él sintiendo cómo subía y bajaba el pecho de ella al compás de la respiración, ella oyendo los extraños ruidos de las tripas de él.

—Vamos a hacer algo —dijo por fin Melocotón.

—Podríamos ver una película.

—Estoy harta de ver películas.

—¿Y si vamos al parque?

—Estoy harta del parque —Melocotón puso cara de resignación—. Estoy harta de todo, de todo lo que hay en Shaoyang. Harta, harta, harta.

Sun An intentó sonar alegre.

—Podríamos ir a comer algo.

—¿Dónde?

—En el mercado. ¿Qué te parece?

—¿Tienes dinero?

—Sí, tengo un montón. ¡He estado ahorrando! —Sun An sonrió.

—Vale, en el mercado por la noche tienen cangrejos —gesticuló con la mano imitándolos—. Grandes cangrejos desgarbados que saltan y trepan por todo tu cuerpo —atacó con la mano a Sun An, que repelió el ataque.

—¿Nos vamos, entonces?

—¡Sólo si vamos a comer cangrejo! —dijo ella volviendo a atacarlo.

Él sonrió.

—¡Fantástico!

Llovió toda la noche; una lluvia intensa que aporreó las hojas hasta dejarlas mustias e incluso caló los sueños más profundos de *Madam* Fan, saturándolos de ruidos acuosos. Pese a esta molestia, cuando despertó se sentía descansada y contenta. No se oía música; esa mañana podría cantar.

Madam Fan corrió el cerrojo del balcón y salió fuera. La lluvia había impedido que el grupo de baile viniese a ensayar. Todo el entorno de la fábrica estaba desierto; sólo había hojas empapadas, y de las cuerdas de tender colgaban gotitas vacilantes. La lluvia había limpiado el polvo de los árboles y los bambúes, que ahora brillaban con un esmeralda perfecto. Tomó aire, lo soltó y volvió a tomarlo. Dio unos pasos de baile al compás de la música que reproducía en su cabeza, dio unos cuantos pasos más:

¿Quién puede contar las revueltas del río
o las plantas de un arrozal?

Cantó tan bien que incluso la lluvia dejó de caer para escucharla.

Siempre entonaré alegres canciones.
Aunque tenga el corazón roto
siempre entonaré alegres canciones.

Se oyó silbar un tren a lo lejos; tan lejos que casi parecía un eco en la mente. Le dieron ganas de llorar. Cantó la última nota y la mantuvo hasta que le faltó el aliento. La gente se iba; siempre se estaba yendo.

Melocotón se levantó cuando *Madam* Fan ponía al fuego la sopa de cacahuetes y judías. Le echó una cucharada más de azúcar y la revolvió, pero Melocotón pareció no ver la comida y se dirigió directamente al baño. Sin dejar de tararear su canción, *Madam* Fan puso el cuenco de sopa en la mesa y una cuchara al lado.

Melocotón se llevaba a la boca una cucharada tras otra, de una forma deliberada, mientras su madre seguía canturreando por lo bajo. Esto la ponía nerviosa. Estaba demasiado dormida para hablar. Estaba demasiado dormida para paladear la sopa. Decidió que hoy volvería a ver a Sun An. Tendría que cambiarse los pantalones. Se la habían ensuciado con la lluvia.

—¿Por qué no vamos de compras? —propuso *Madam* Fan inopinadamente.

—Estoy ocupada.

—¿Qué quieres decir?

—Le dije a un amigo que iría a visitarlo hoy.

—¿A quién?

—A un compañero de clase.

Madam Fan se mordió el labio y asintió. Se acercó, le retiró un mechón que le caía sobre la cara y la acarició.

—Siento todas las preocupaciones que te he causado —dijo *Madam* Fan, y su hija le dedicó una media sonrisa—. Debería haber elegido un padre mejor para ti.

Melocotón llevó el cuenco a la cocina.

—¿Te pasa algo?

—No, no me pasa nada —dijo Melocotón—. Sólo que no quiero llegar tarde.

Melocotón bajó corriendo las escaleras y no dejó de correr hasta llegar al mercado, la lluvia salpicándole las pantorrillas. En el mercado, los campesinos se protegían la cabeza con bolsas de plástico. Había una fila de paraguas al final de la calle esperando taxi. Melocotón pasó a prisa por su lado y siguió sin detenerse hasta la tienda del hombre que vendía bollitos calientes al vapor.

El hombre estaba en la trastienda jugando a las cartas con su mujer. Melocotón señaló el recipiente de bambú donde se mantenían los bollitos al vapor y le gritó:

—¿Le quedan bollitos dulces? —El hombre se acercó veloz, levantó la tapa del recipiente y una nube de vapor se elevó en el aire. La despejó con la mano y señaló:

—Me quedan de dátil y de azúcar.

—Pues uno de cada —dijo Melocotón, y luego cambió de parecer—: No, mejor póngame dos de dátil y uno de *azúcar*.

El hombre utilizó una bolsa de plástico transparente para sacarlos y se los dio a Melocotón, que le entregó un billete de un yuan y mordió el que estaba encima. Estaba relleno de una pasta marrón oscura. Dátiles. ¡Delicioso!

Melocotón se lo comió rápidamente y salió de nuevo a la lluvia y no paró de correr hasta que llegó a la tienda de alquiler de vídeos de Sun An.

—Te he traído un bollo —le dijo sentándose en su cama—. De qué lo prefieres, ¿de azúcar o de dátil?

—Igual me da.

—Bueno, pues a mí me gusta el de dátil —dijo Melocotón—. Tú te tomas el otro.

Se pusieron a comerlos, Sun An a grandes bocados que acompañaba con ruidosos sorbos de té; luego masticaba con la boca abierta.

—Pareces un cerdo comiendo.

Sun An gruñó como un animal y Melocotón se echó a reír. Volvió a gruñir y ella rió de nuevo. Siguió gruñendo mientras se acercaba a ella y empezó a hacerle cosquillas en el cuerpo, sin dejar de gruñir.

—¡Déjame, cerdo! —chilló, pero él no cejó.

—¡Ay, ay! ¡Para! —consiguió gritar ella, pese a la risa.

Él volvió a gruñir, su cara casi pegada a la de ella.

—¡Para ya!

Gruñido.

Melocotón se apartó el cabello y tomó aire.

—¡Para ya! No tiene gracia.

Sun An intentó besarla, pero Melocotón le dijo:

—No hasta que hayas tragado.

Tragó.

—¿Te lo has tragado todo?

Sun An abrió la boca.

—Tienes todos los dientes amarillos y llenos de comida.

Sun An se pasó la lengua para quitar los restos de bollo que se le habían quedado entre los dientes.

—A ver ahora. Vale —dijo por fin, y entonces él la besó.

Melocotón se pasó la tarde hojeando el libro de inglés de la hermana de Sun An mientras éste hacía la colada en un cubo de agua fría. Finalmente se aburrió y cerró el libro.

—¿Te pasa algo?

—Sí —respondió Melocotón con un mohín de disgusto—, pero no sé el qué.

Él se secó las manos y se sentó a su lado en la cama. Tiró de ella y la rodeó con sus brazos, como si pudiera protegerla así de la tristeza.

—¿Es por tu madre?

Melocotón asintió.

—¿Va a volver tu padre?

Ella negó con la cabeza y se acurrucó en el costado de Sun An. Él le acarició el cabello y la meció suavemente, mientras pensaba qué decirle.

—¿Quieres que vuelva? —le preguntó por fin.

—En principio no… —respondió Melocotón, la incertidumbre grabada en su voz—. Es por mi madre —dijo después de un largo silencio—. Está muy rara desde que él se ha ido.

Sun An la estrechó otra vez y la besó en la mejilla.

—¿Por qué?

—No sé. En realidad, no sé si quiero hablar de esto.

Sun An volvió a acariciarle el cabello y ella descansó la cabeza en su pecho. Permaneció tumbada largo rato, escuchando los latidos lentos y firmes del corazón de Sun An. Dejó volar la imaginación. Pensó en la comida en su casa y en Da Shan en la colina, remontando la cometa. Su voz era tan dulce. Y sus dedos tan amables. Te daban seguridad.

Melocotón se imaginó cómo seria casarse con alguien rico como Da Shan. Podrían irse al extranjero. A Hong Kong o a Singapur.

Entonces no importaría que sus padres estuvieran divorciados. Podría tener montones de hijos y serían una familia feliz. Y rica. No tendría que estar echada en una cama en la trastienda de una tienda de alquiler de vídeos, junto a un campesino.

Alzó la vista y vio que Sun An se había quedado dormido. Tenía la boca abierta y los párpados cerrados estaban inmóviles. Tenía cara de bobo. Sintió un punzada de culpabilidad y se acurrucó junto a él.

XXII

Llovía. La gente no salía a la calle. Cuando Liu Bei llegó a casa de su madre, no había dejado de quedarse toda la noche en la Casa de Té de Shaoyang sólo para jugar a las cartas esperando que apareciera algún cliente. Pequeño Dragón estaba saltando en un charco. Quería trasladar el charco a un agujero nuevo, pero cada vez que saltaba, salpicándolo todo, el agua volvía a correr a su sitio original. La frustración de no conseguirlo le hacía reír; chilló cuando vio a su madre y siguió saltando.

Liu Bei lo cogió en brazos y lo estrechó contra su pecho.

—¿Quién es mi niño guapo?

—¡Yo!

Sí, tú, pensó y sintió que se le helaba el corazón. Sí, tú lo eres.

La madre de Liu Bei estaba dentro cortando las uñas de los pies a la tía Tang; recortaba las callosidades con las tijeras para sacarle la uña encarnada. De vez en cuando la tía Tang dejaba escapar un satisfecho gruñido de dolor, y Liu Bei torció el gesto con desagrado. Esperó hasta que su madre hubo terminado y entonces carraspeó.

—Quiero hablarte de algo, madre —dijo.

Su madre asintió.

—A solas.

La tía Tang fingió no oír. Ventoseó sonoramente y se fue cojeando hacia la puerta trasera, la abrió de par en par, se quedó un instante en el umbral y salió. La puerta se cerró tras ella y un momento después oyeron abrirse y cerrarse la puerta del servicio. La madre de Liu Bei tiró a la basura las uñas y las piedrecillas que

guardaba en la mano.

—¿Y?

—He escrito una carta —dijo Liu Bei—. A un hombre en Shanghai.

La madre coligió por el tono que la decisión de su hija era definitiva.

—¿Qué hombre? —preguntó volviéndose.

—Un coronel del ejército retirado —respondió Liu Bei—. Parece amable y de buen corazón. Puso un anuncio en una sección de contactos.

La madre de Liu Bei miró hacia otro lado, limpió una mancha imaginaria en la mesa.

—Me pidió una foto. Se la envié.

La madre respiró hondo.

—¿Y?

Liu Bei trató de sonreír, pero su mirada estaba demasiado abatida para lanzar brillo alguno. Miró a otro lado.

—Eso es todo.

—¿Y Pequeño Dragón?

Liu Bei abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Se echó a llorar. Su madre la miró, pero no se acercó a consolarla.

—¿Y Pequeño Dragón? —repitió—. Es tu hijo. ¿Cómo puedes pensar en dejarlo atrás?

Liu Bei asintió; había intentado hacerlo lo mejor posible, pero era demasiado difícil.

—Sé que es mi hijo. ¿Crees que no lo sé?

Melocotón y Sun An estaban sentados en el sofá de la tienda, arrebujados el uno en el otro, como dos gusanos de seda. Había dejado de llover, pero las calles seguían mojadas; y en las alcantarillas, la porquería flotaba lentamente hacia el mar.

—¿Por qué no hacemos nunca nada? —dijo Melocotón por fin, y sonó como si estuviera enfadada.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—No sé.

Sun An puso cara de extrañeza. Parecía un problema difícil.

—¿Por qué no salimos a cenar?

—Sí, venga, a un sitio caro.

—¿Como cuál?

Sun An frunció el entrecejo, de pura concentración. La cosa se ponía cada vez más difícil.

—¿Y si volvemos al mercado de anoche?

Melocotón puso cara de no gustarle la idea.

—¿Vamos al Cien Dumplings Antiguos?

—Estoy harta de *dumplings*.

Sun An se sentó.

—Pues entonces no se me ocurre otro sitio.

—¿Qué te parece —empezó Melocotón lentamente, y la mirada se le iluminó según lo decía— El Puchero de Shaoyang?

—¿Ahí quieres ir?

—Sí —contestó—. Eso quiero.

—Bueno, pues vamos.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Tienes dinero para pagarlo?

—Claro.

—¡Fantástico! —Melocotón se levantó de un salto y corrió a la puerta—. Pues ¡vámonos!

Sun An se levantó pensativo de la silla.

—Vale —dijo—. Voy a coger el dinero.

La hermana de Sun An apartó la vista del televisor cuando él entró en el cuarto. Lo vio dirigirse a la cama y levantar el colchón. Sacó la bolsa de plástico blanca y deshizo el nudo.

—Eso era para enviárselo a los padres —dijo severamente.

—Sólo estoy cogiendo algo prestado.

Sun An contó doscientos yuans y se los metió en el bolsillo.

—No puedes llevarte tanto —exclamó ella, casi a punto de llorar —. Es el dinero de mi matrícula.

Él la ignoró.

—Cómprate algo para cenar —le dijo tendiéndole un billete de cinco yuans.

Ella se negó a cogerlo.

—¡No puedes llevarte ese dinero! —insistió, y se echó a llorar.

—Vigila la tienda —dijo—. Voy a salir.

Sun An pidió un taxi, y él y Melocotón se sentaron en el asiento trasero, cogidos de la mano. Eran unos diez minutos de recorrido, siguiendo el río hasta el puente del Dragón Negro y luego hasta el centro de la ciudad. Caras extrañas llenaban las calles; pasaron por delante de una hilera de talleres de soldadura: las chispas incandescentes disipaban la oscuridad de la noche, desaparecían y volvían a fulgurar. Melocotón cerró los ojos, pero el chisporroteo seguía allí, grabado en su retina.

El taxista se detuvo a la puerta de El Puchero de Shaoyang, y Sun An miró alarmado el enorme letrero de neón, que rezaba: «El primer restaurante de cinco estrellas de Shaoyang».

En la puerta, una chica vestida con un *cheongsam* de seda azul los saludó con una leve inclinación de la cabeza, y Melocotón rió y dijo «¡Qué divertido!», mientras una camarera con un vestido de terciopelo rojo, tacones alto y calcetines hasta la rodilla color carne los recibía al pie de las escaleras.

—¿Desean cenar en un apartado o en el comedor? —les preguntó. Tenía una sonrisa forzada en los labios, que prolongó más tiempo del necesario.

—¿Cuánto es el suplemento del apartado? —preguntó Sun An.

—Treinta yuans.

—Cenaremos en el comedor.

El comedor de El puchero de Shaoyang era muy grande. Las mesas redondas con manteles blancos estaban dispuestas alrededor de la habitación y parecían bailarines petrificados. Estaban todas vacías. La camarera abrió las dos cartas y dio una a Sun An y otra a Melocotón. Ésta se lo puso delante y se imaginó la envidia que le estaría dando a la camarera de ver a una chica de su edad invitada a cenar en el restaurante más caro de la ciudad.

—¿Desean hacer ya la comanda? —les preguntó.

Melocotón alzó la carta.

—¿Cuál es el plato más caro?

—La carne de perro —contesto la camarera.

—Pues tomaremos carne de perro —dijo Melocotón, cogiendo la mano de Sun An, que asintió.

La camarera tomó nota.

—Guiso de carne de perro. ¿Alguna entrada?

Melocotón leyó un par de las más caras, y la camarera las repitió en alta voz:

—Hígado de ternera asado. Carne asada con cinco especias. Gallinejas con adobo de pimiento de Sichuan.

La excitación de Melocotón fue en aumento cuando vio que la camarera les traía un cuenco de pepitas de melón y un paquete de servilletas de papel, tras lo cual les sirvió té.

Melocotón sacó una servilleta del paquete y se la llevó a la nariz para olería.

—¡Mmm! —dijo—. ¡Qué bien huelen!

—No sabía que hacían servilletas con olor —comentó Sun An.

—¡Pero es que tú eres tonto! —se rió ella.

La camarera les preguntó qué querían de beber, y Melocotón dijo que cerveza.

—¿Americana o nacional?

—¡Americana!

—¿Una o dos botellas?

—¡Dos!

Llegaron las bebidas y bebieron y brindaron por ellos.

—¡Por un porvenir próspero! *¡Gan bei!*

Melocotón se terminó la suya de cuatro tragos, eructó y se llevó la mano a la boca, sorprendida.

—¡Uy!

Sun An se terminó la suya y los ojos se le humedecieron, también de sorpresa.

—¡Demasiado fría! —dijo.

Melocotón se sintió triste de pronto y alargó la mano y tomó la de Sun An.

—¿Me quieres? —le preguntó.

—Sí, te quiero —respondió Sun An secándose las lágrimas. La miró. Estaba tan bonita con el cabello recogido detrás de la oreja. Sus sonrosadas mejillas hacían que el resto de su cara pareciera más pálida—. ¿Y tú me quieres a mí?

Melocotón se quedó callada. No lo había pensado.

—Sí, eso creo —dijo.

Cuando terminaron y llegó la cuenta, ésta ascendía a ciento

noventa yuans. Sun An palideció.

—¿Cómo puede ser tanto? —le preguntó a la camarera, quien puso la carta sobre la mesa, frente a ellos y fue señalando todo lo que habían pedido.

—Setenta y cinco del Guiso de Perro —dijo—. Quince cada una de las entradas. Quince de la cerveza, cada una. Las servilletas son veinticinco.

—¿Estas? —preguntó Melocotón, alzando una servilleta arrugada.

La camarera asintió.

—¡Es ridículo!

Cuando dejó los dos billete de cien yuans sobre la mesa Sun An se puso rojo como un tomate. Melocotón intentó recuperarlos, pero la camarera se los arrebató y les dejó un billete de diez de vuelta.

—¡Son unos ladrones! —dijo Melocotón, alzando la voz más de lo que hubiera querido. Temblaba y puso las dos manos sobre la mesa para no perder el equilibrio—. Creo que estoy un poco borracha —dijo, y Sun An la ayudó a levantarse. Él también estaba borracho, pero la factura le había devuelto la sobriedad. Este mes no podría enviarles nada a sus padres. Tendría que ahorrar no comiendo carne ni tofu.

Cogieron un taxi de vuelta a la Fábrica de Cohetes Espaciales. El resplandor de las farolas pasaba a toda velocidad y quedaba atrás. Melocotón se desplomó en el asiento trasero y se puso a canturrear una canción de moda. Trataba del amor y la primavera y los árboles florecidos. Sun An pensó que sonaba maravillosa. El taxista decidió que les cobraría un poco más. Si el destino ponía en tu camino una pareja de borrachos, tonto serías de desaprovechar la ocasión.

—Son quince yuans —dijo cuando llegaron.

Sun An contó sus últimos billetes con una punzada de culpabilidad. Sólo tenía doce yuans y cinco ens. Volvió a contar. Formaban un flaco fajo de billetes de uno y dos yuans; pero eso era todo lo que le quedaba. Al entregárselos al taxista tuvo la sensación de que volvía a pagar de nuevo por la cena.

—Está bien, no te preocupes —le dijo el taxista metiéndose los billetes en el bolsillo—. Ya que tienes una tienda de alquiler de

vídeo te lo perdono; podré resarcirme algún día.

Sun An se sintió culpable de nuevo.

—Gracias —dijo.

—¡Y que tome un poco el aire antes de entrar! —le gritó el taxista—. Será más divertido si está menos borracha.

Sun An abrió el candado a tientas y empujó la puerta.

—¿Qué quería decir el taxista? —preguntó Melocotón. Y él le hizo una seña para que bajara la voz y la condujo dentro de la oscura habitación.

—No quiero que se despierte mi hermana —le susurró—. Esta dormida.

Melocotón se apoyó en Sun An y dejó que la condujera en la oscuridad. Él pensó que tal vez debería darle algo de comer o tal vez dejarla dormir y luego acompañarla a casa.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó llevándola a la cama para que se sentara.

—Bien.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió ella, tanteando el aire en la oscuridad. Dio un paso y tocó el brazo de Sun An y entonces le echó los suyos sobre los hombros. Apretó su cuerpo contra el de él. Sun An sintió que se empalmaba—. ¿De veras me quieres? —le preguntó Melocotón. Se meció ligeramente, sujeta a sus hombros.

—Pues claro que te quiero —dijo él, pensando todavía en lo que le había costado la cena—. ¿Y tú, me quieres tú?

—Claro, claro que te quiero —Melocotón se echó a reír, cayó sobre la cama de espaldas y se dio un golpe en la cabeza.

Sun An la ayudó a incorporarse, le frotó en el sitio donde se había golpeado y la abrazó.

—¿De verdad me quieres?

Melocotón alzó la cara y se lo quedó mirando.

—Sí —dijo. Su pálida piel refulgía en la penumbra, sus ojos eran sombras.

Sun An iba a decirle algo, pero en lugar de ello la besó.

Apretó sus labios contra los de ella. Ella se tumbó y dejó que la besara. Sus besos eran más y más apasionados. Era tal su erección

que tuvo que cambiar de postura. Le empezaron a doler los testículos. La respiración agitada de ella lo excitaba aún más. Le agarró ambos pechos y gimió de placer; le levantó la camiseta y el sujetador y los liberó. Tenía los pezones duros. Los pellizcó y empezó a friccionarlos, luego se inclinó y los chupó, uno después del otro.

Sun An oyó que Melocotón decía algo cuando le quitó la camiseta y la tiró al suelo, al lado de la cama. Estaban vientre con vientre y empezaron a frotarse. Siguieron haciéndolo hasta que Sun An no pudo aguantar el dolor de los testículos. Se inclinó para aliviar la presión y le bajó la cremallera del pantalón. Melocotón estaba cálida y húmeda. Sintió en su mano el roce de su vello púbico y entonces se los bajó hasta la cadera y deslizó la mano dentro de ella.

Sun An volvió a gemir. Cuando se arrodilló y le bajó completamente los pantalones, ardía de amor. Le acarició la suave piel de las piernas; sus dedos se enredaron en las braguitas y se las quitó y las tiró también al suelo. Volvió a echarse sobre ella y la besó, recorrió con la lengua el interior de su boca. Se frotó contra ella. Gimió de placer; era más amor del que había experimentado nunca. Hurgó en la hebilla de su pantalón; se bajó los pantalones dificultosamente hasta la rodilla. Tenía el pene tenso como un arco. Vibró precariamente, como si se le fuera a desprender. Pasó suavemente las manos entre las piernas abiertas de Melocotón, sus muslos.

—Te quiero —dijo, y las palabras apenas acertaban a salir de su garganta. La subió delicadamente sobre la almohada.

Miró la oscura mancha entre las piernas de la chica, se alineó y descendió sobre ella. Empujó buscando la entrada, pero no estaba allí. Sintió dolor en el pene al empujar contra la piel de Melocotón. No encontraba la entrada.

Sun An elevó las nalgas y se llevó la mano al pene; le pareció que estaba a punto de explotar. Encontró el sitio y empujó. Ella estaba tensa y le dolió, pero siguió empujando. El interior de Melocotón era cálido y húmedo y embriagador.

Sun An gimió de gusto.

Se salió y volvió a deslizarse dentro.

Esta vez llegó más lejos.

Otra vez fuera, y volvió a penetrarla.

XXIII

Pan Zhudo también se lo contó a su amigo Da Shan con todos los detalles relativos a la inversión de los ancianos en la empresa.

Cuando ambas partes hubieron firmado los contratos, decidió que lo celebrarían con una comida. Estaba bien mantener alta la moral de la gente en estos casos, se dijo.

Da Shan hizo una lista con los invitados: el secretario del Partido Comunista de Shaoyang, su jefe superior, el alcalde. Además el jefe de la brigada antidroga de la policía; siempre ayudaba tenerlo bien dispuesto a su favor, lo mismo que al jefe de urbanismo local. Añadió a dos de sus subordinados y cerró la lista. No podía no invitar a Da Shan; después de todo era él quien había facilitado los contactos y animaba las celebraciones. Sí, decidió Pan Zhudo, Da Shan sería la diversión.

Todos los invitados se encontraron en un restaurante llamado Familia Jia. Se les preparó un apartado, con una mesa, sofás y todo lo necesario para el karaoke. Pan Zhudo cantó *La chica de al lado*, mientras los otros tomaban una ronda de bebidas, bromeaban y brindaban con formal entusiasmo. Da Shan logró persuadir al alcalde de Shaoyang, un hombre bajito con muy buena opinión de sí mismo, para que cantara, y entonó un himno patriótico sobre la restitución de Hong Kong a la Madre Patria, desafinando de mala manera. Todos aplaudieron entusiasmados cuando acabó, y entonces el secretario del Partido Comunista de Shaoyang decidió que él también tendría que cantar. Enseguida todos querían cantar, y sus canciones se sumaban al desentonado clamor de los otros.

Da Shan animaba a todo el mundo y de pronto se dio cuenta de

que se estaba divirtiendo. Más que divertirse, incluso; se lo estaba pasando estupendamente. Era como si hubiera olvidado el sencillo placer de emborracharse un poco. Era como tomarse vacaciones de sí mismo.

Las camareras eran miembros de la familia Jia; todas bajitas y bonitas de cara. Actuaban como si ellas mismas fueran la razón de la fama del restaurante, y servían la comida con malhumorada resignación. Primero vinieron unas entradas de ensalada de espinacas, ensalada de berenjena y cacahuetes hervidos. Luego vinieron platos de fritos variados: melón amargo; callos de cerdo; cerdo agridulce. Nadie comió mucho de estos platos, porque todos esperaban la especialidad del restaurante: carpa al vapor sazonada con jengibre, cebolletas y aceite de sésamo.

Pan Zhudo pidió tres; llegaron en bandejas separadas y fueron dispuestas sobre la mesa. Una de las chicas derramó un poco de salsa en la pernera izquierda de Pan Zhudo.

—¡Vaya! —se excusó la chica, apartándose de la mesa como si Pan Zhudo hubiera tenido la culpa. Éste tenía la cara congestionada por el vino y señaló la mancha.

—¡Vaya! —repitió él, y todos los hombres rieron—. ¿Cómo que vaya? Diga más bien perdón.

Se decidió que todo aquel al que le apuntara una cabeza de pescado tendría que beberse tres copas de golpe. Y cuatro a quienes les apuntara la cola del pescado. Todos los comensales estallaron en ruidosas carcajadas cuando Da Shan movió el centro de la mesa de modo que Pan Zhudo tenía una cabeza y una cola apuntando hacia él.

—¡Bien! —aplaudió Da Shan cuando Pan Zhudo apuró la última copa y eructó con una mueca de asco. Alzó los pulgares en un gesto de aprobación y se unió al coro de voces que gritaban:

—¡Qué fuerte! ¡Bien! ¡Muy bien!

Trajeron y descorcharon otra botella de vino Abre la Boca y Sonríe.

—¡Abrid la boca, pero queda prohibido sonreír! —bromeó Da Shan, y las risotadas fueron generales. Estaban tan borrachos que se reían por nada.

Cuando de las carpas no quedaban más que las espinas, las camareras recogieron las fuentes y trajeron otros platos de relleno,

por si alguien se había quedado con hambre. Había *dumplings* de tres variedades, pan al vapor relleno de tofu y cebolleta, mucílago de arroz y una pila de pequeños bollitos al vapor decorados por encima con unos puntitos rojos que formaban el carácter de la palabra «prosperidad».

Los hombres cayeron sobre todo ello con el apetito de los borrachos. Algunos pidieron vinagre para acompañar los *dumplings* y otros salsa picante, pero las camareras no trajeron ninguna de esas dos.

—Pero, ¿cómo vamos a tomar los *dumplings* sin salsa?

Pan Zhudo reprendió al encargado, el hijo mayor del tío Jia, quien le pidió mil disculpas y trajo él mismo el vinagre y la salsa.

Los hombres mojaron los *dumplings* en la salsa y en el vinagre, elogiaron la delicadeza del relleno, la sutil mezcla de sabores. Eran de ternera y champiñón; de cordero y monda de sandía; y de cerdo y brotes de bambú.

—Crujientes por fuera y blandos por dentro —anunció Pan Zhudo—. Jugosos y ligeros.

—Una combinación perfecta y saludable —declaró el secretario del Partido Comunista de Shaoyang, y todos estuvieron de acuerdo. Ésa era otra combinación perfecta y saludable: que todos estuvieran de acuerdo con el secretario del Partido Comunista de Shaoyang.

El alcalde y el secretario del Partido se marcharon una vez terminada la cena, pero Pan Zhudo y el resto de los oficiales del ejército decidieron ir a un lugar en el centro de la ciudad llamado Joy Happiness Night Club. Da Shan dijo que ya había bebido demasiado, pero todos insistieron.

—Si tú te vas, no nos sabrá igual el vino —le dijeron—. Vente con nosotros, aunque no bebas más.

El Joy Happiness Night Club resultó ser otra de las empresas del Ejército de Liberación Popular que gestionaba el equipo de Pan Zhudo. Había una chica por cada hombre para servirles la bebida y encenderles los cigarrillos. En cuanto daba un sorbo a su cerveza, la chica de Da Shan se acercaba y le volvía a llenar el vaso hasta que se desbordaba. En cuanto apagaba un cigarrillo, ella le ofrecía otro y se lo encendía. Se adelantaba a sus pensamientos, incluso los

pensaba por él. De no haber estado tan borracho, se hubiera sentido incómodo.

Pan Zhudo estaba como una cuba y apenas se tenía en pie. Le daba la sensación de que se estaban riendo de él, una sensación empeorada por el hecho de que creía que le había tocado la chica más fea. La chica dijo llamarse Fragante Belleza, pero tenía los dientes muy separados, lo que le daba una sonrisa lasciva. Da Shan estaba contando una anécdota de cuando Pan Zhudo era estudiante: de una noche que había salido de juerga y se había emborrachado y al volver había vomitado en el dormitorio de la residencia de estudiantes. Y Pan Zhudo se dio cuenta de que la chica estaba conteniendo la risa.

Da Shan llegó al final y añadió a modo de conclusión:

—¡Uno de esos casos de un pedo que se transforma en un frasco de perfume!

Entonces la chica no pudo aguantar más la risa y se unió al resto. ¡Ja, ja, ja! Vio que Pan Zhudo la miraba furioso y se llevó la mano a la boca intentando contenerse, pero no lo consiguió. Pan Zhudo se percató del intento de la chica y no supo qué le molestaba más: si la risa o el poco empeño que ponía por ocultarla. Da Shan tenía la culpa de todo, pensó, no debería haberlo invitado.

Pan Zhudo se frotó los ojos, intentó mantenerse despierto. No debería haber invitado a Da Shan sólo para que se pusiera a ridiculizarlo delante de los demás. De no haber sido por él, Da Shan estaría todavía en la cárcel. De no haber sido por él. Él era una persona importante. ¡Era comandante del Ejército de Liberación Popular! ¿Por qué narices tenía que haberle tocado a él esta chica fea y estúpida?

Pan Zhudo intentó visualizar a Liu Bei acostada en la cama con el vestido que él le había regalado. Experimentó el placer de saber algo que Da Shan no sabía, el poder que esto le daba sobre él.

—Nos reímos un montón —decía Da Shan—. De veras.

Pan Zhudo alzó su cerveza para hacer un brindis y todos los hombres se unieron:

—¡Por los viejos amigos! —gritó, y bebieron.

Cuando Pan Zhudo se quedó dormido en la silla, Da Shan y los

oficiales decidieron que ya bastaba. Se pelearon durante unos minutos por pagar mientras dos hombres sujetaban a Pan Zhudo, impidiéndole que se uniera también a la disputa. Miró cómo porfiaban, sin entender realmente lo que estaba pasando, hasta que vio que Da Shan estaba pagando y se sintió como si le hubieran quitado el sitio en su propia boda.

—¡Eh! Deja que pague yo —acertó a balbucir, pero nadie le escuchaba, todos se estaban riendo no sabía de qué—. ¡Qué os jodan! —dijo y pareció querer embestirlos, con lo que se rieron aún más.

Pan Zhudo y sus compañeros del ejército subieron a un taxi y Da Shan los despidió con la mano.

Las puertas del cuartel estaban cerradas, pero el soldado de guardia vio los uniformes y los dejó pasar. Uno de los oficiales ayudó a Pan Zhudo a llegar hasta su puerta y luego lo dejó allí todavía maldiciendo y jurando.

Entró en su casa y, apoyándose contra la pared, se quitó los zapatos y se puso las zapatillas de su mujer. Le parecía que la casa estaba torcida, que los suelos subían y bajaban y que las paredes se alejaban o se acercaban sin previo aviso. También que sus zapatillas habían encogido cinco tallas de repente.

Tenía que beber agua.

Se dirigió a la cocina y encendió la luz. Su mujer le había pedido que le alicataran de nuevo la cocina, y todas las superficies refulgían; el resplandor le cegó un instante, lo que no hizo sino aumentar su inestabilidad. Se sirvió un cuenco de agua caliente y se lo llevó a la sala, dejando un reguero por el camino. Tirados por el suelo había varios vídeos de karaoke. Pan Zhudo los apartó a patadas, maldijo a su mujer y a sus amigas y luego dejo caer la cabeza sobre el cuenco de agua caliente.

Se sentó e inhaló el vapor, limpiándose las nariz, y luego bebió un largo trago. Se arrellanó en el asiento, parpadeando sin cesar. Tenía la mente tan embotada por el alcohol que sólo podía pensar en la cena, en la mirada lasciva de la chica y en la bromita del frasco de perfume. Le martillaban en la cabeza, reclamaban a gritos su atención.

Cabrones.

Volvió a beber agua, sorbiendo sonoramente, cerró los ojos e

intentó acallar la voz de Da Shan en su cabeza y hacer que el mundo dejara de dar vueltas.

Cabrones, volvió a pensar; se levantó, se quedó quieto un momento para recuperar el equilibrio y se tambaleó hasta el escritorio. Rebuscó y encontró papel de cartas y un sobre, y se tambaleó de vuelta al sofá, que salió inopinadamente a su encuentro y le hizo tropezar y caer sobre él. Terminó con la cara entre los cojines. Cabrones de mierda, pensó de nuevo intentando incorporarse. Puso el papel sobre la mesa y dejó caer un borrón de tinta en el sobre. Se acodó sobre la mesa, con gran esfuerzo para que no se le moviera, y empezó a escribir con sumo cuidado una carta dirigida a Da Shan en la que le explicaba exactamente dónde trabajaba ahora su antigua amante y cuánto costaba tirársela.

El taxi que tomó Da Shan lo conducía una mujer de mediana edad muy charlatana. Estuvo largo rato divagando sobre la cantidad de salas de fiesta y discotecas que había actualmente en Shaoyang, mientras Da Shan, recostado en el asiento trasero con los ojos cerrados, musitaba algo cuando le parecía que venía a cuento. Cuando ella era joven no había discotecas; lo único que había eran manifestaciones y reuniones políticas.

Da Shan sentía que todo le daba vueltas; parpadeó y abrió los ojos. Este trayecto iba a terminar mal si no salía del taxi cuanto antes.

Le dijo a la taxista que lo dejase junto al Puente del Dragón Negro, le pagó y salió. El río estaba negro, como si no tuviera fondo, y totalmente inmóvil. Todos los ríos llegan al mar, pensó Da Shan, salvo el Shaoshui, que no va a ningún lado.

Cruzó el río, giró a la izquierda y siguió por la orilla. El cieno del río olía tanto a podrido que tuvo que cruzar al otro lado de la calle y caminar por la acera, junto a los comercios, cerrados a esa hora.

Iba por la calle desierta cuando oyó un grito y vio a una chica que salía corriendo de un portal. Le pareció que era Melocotón, pero no estaba lo bastante sobrio para estar seguro. Aceleró un poco el paso, y entonces la parte de él que todavía estaba borracha tomó las riendas y se oyó gritar:

—¡Eh!

La chica no se volvió.

—¡Eh, tú, para! —gritó Da Shan, pero ella no se detuvo, y para entonces él ya había empezado a correr.

Sus zancadas hicieron que la chica se volviera. Melocotón vio a Da Shan, lo reconoció e intentó acelerar el paso a su vez.

Melocotón cayó al suelo cuando él la alcanzó y la miró sorprendido.

—¡Eras tú! —exclamó, sin saber por qué había corrido para alcanzarla ahora que la había alcanzado—. Eso me pareció —era consciente de que debía apestar a alcohol—. ¿Te has hecho daño?

—No; estoy bien —dijo ella secándose los ojos—. Gracias. De verdad.

Da Shan intentaba evaluar lo sucedido, pero era todo un poco confuso. Caminó al lado de Melocotón el corto trecho hasta la entrada del recinto de la fábrica, tratando de aclararse sobre lo ocurrido.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda? —le preguntó al fin.

—Estoy bien.

—No lo parece —dijo él, y ella intentó reír, pero entonces la risa se transformó en un puchero, y él pensó que se iba a echar a llorar otra vez.

—Por favor —le dijo ella—. Sólo quiero llegar a casa.

Melocotón alzó los ojos a la ventana de su madre y vio que aún tenía las luces encendidas. Estaba mareada, no sabía si sería capaz de enfrentarse a su madre. Se paró al pie de la escalera para recomponer su aspecto. Se metió el faldón de la camiseta por dentro del pantalón y comprobó que tenía el sujetador bien abrochado. Al ajustarse los pantalones en su sitio, sintió que le corría por la entrepierna un poco de la cosa de Sun An. Le dio una náusea y se quedó inmóvil, mientras la cosa resbalaba por su piel. De pronto se acordó de que había olvidado ponerse las bragas con la prisa por irse de allí.

Melocotón apretó las piernas y entonces pensó que se le iba a mojar el pantalón. Le entraron ganas de llorar. Quería irse a la cama.

Madam Fan había pasado la velada viendo la Ópera de Pekín en la televisión, sólo levantándose de vez en cuando para reproducir frente al espejo un gesto o una frase. En los momentos tristes de la ópera se le saltaban las lágrimas y pensaba que su hija se había ido de casa para siempre. Lloró un poco en silencio, cogió la labor de calceta y esperó a la hija que no iba a volver nunca.

Melocotón oyó la música desde las escaleras y vio luz por debajo de la puerta. Se sorbió la nariz y se limpió las lágrimas con la manga, respiró hondo y llamó. Tuvo que esperar bastante rato hasta que oyó descorrer el cerrojo y se abrió la puerta.

—Melocotón —dijo *Madam* Fan con voz lacrimosa.

La chica dejó escapar un sollozo y entró. Abrazó a su madre y se echó a llorar.

—Lo siento —intentaba decir entre hipidos.

Pero *Madam* Fan se echó a llorar también. Lloraron abrazadas la una a la otra, y las palabras dejaron de parecer importantes.

XXIV

Dormía. Se dio la vuelta. Se quedó el consejo tratando de decidir cuánto se había bebido ya. Se quedó el consejo tratando de decidir que había dicho la noche anterior y se rió con la historia de Pan Zhudo. Pasó largo rato antes de que se atreviera a abrir los ojos y todavía más antes de atreverse a ponerse de pie. Cuando por fin se levantó, se le aceleró el corazón y se le fue la cabeza. Sintió la fuerza de la gravedad en su estómago revuelto.

Sus padres habían salido. Sobre la cocina había una olla todavía tibia con gachas de arroz y cacahuete. La puso al fuego y le dio una tiritona mientras esperaba. El cerebro le funcionaba más lento que el resto de la cabeza y cuando se volvía o alzaba la vista sentía una opresión en el cráneo. Nunca más, juró, nunca más.

Se sentó a la mesa y tomó el mucílago. Había perdido el gusto y empezó a sudar. Mientras esperaba que se enfriara el té, reposó la cabeza sobre la superficie de la mesa. Cuando estuvo a una temperatura adecuada, se acabó la taza de un trago y se sirvió otra. Tras tomarse tres tazas, se lavó los dientes y empezó a sentirse mejor. Necesito gingseng, decidió, y se puso a buscar por si su madre tenía por algún lado. Revisó un montón de bolsas de papel marrón sin etiqueta que había en el aparador y en una de ellas encontró varias rodajitas perfectamente cortadas con el familiar olor del gingseng y su brillante piel marrón. Sacó un par y se las metió en la boca. Y según las masticaba se sintió revivir.

Era el momento de salir a dar un paseo. El verde del paisaje descansaría sus ojos; posiblemente encontraría un lugar tranquilo donde echar una siesta, y tal vez soñar.

Su esposa había ido a visitar a Nube de Otoño y Da Shan no estaba, así que el viejo Zhu cerró la puerta tras él y se encaminó por la vereda que conducía a su huerto. Le tranquilizaba mucho plantar las semillas y verlas crecer. Era algo que los jóvenes no entenderían nunca; lo único que hacían era demoler edificios para construir hoteles y piscinas.

Aplastó unas cuantas moscas verdes, quitó las hojas secas de las tomateras. Mientras arrancaba de raíz las malas hierbas se dijo que aquel año había tenido una buena cosecha. Se irguió y enderezó la espalda. Iría a dar una vuelta y vería cómo iban las obras del antiguo Edificio Nuevo. Vería qué había por ahí.

Habían construido el Edificio Nuevo en 1978 para celebrar el final de la Revolución Cultural y el de la política extremista de la Banda de los Cuatro. Ellos fueron los que tuvieron encerrados a él y a Li, el secretario del Partido, en un cobertizo durante un año. La Guardia Roja decía que el cobertizo era un «establo de vacas». Dormían sobre paja y se sentaban en cubos. Todo lo que llegaría a saber nunca sobre el secretario del Partido lo aprendería durante ese año, y casi todo ello era digno de admiración. El secretario del Partido había sido un verdadero camarada, honrado y entregado a la causa. Cuando los sacaban para adoctrinarlos o para los interrogatorios los llevaban con correas, como si fueran perros.

Clemencia para quienes confiesen.

¡Severidad para quienes se resistan!, gritaban.

La señora Cao era una de las peores. A su banda le gustaba golpear al resto.

«¡Confesad vuestra culpabilidad!», les ordenaba, y el viejo Zhu había confesado. Una vez que habían quebrado su espíritu, diría lo que quisieran que dijera. La primera vez había sentido tal vergüenza que rechazó su ración de gachas de arroz. El secretario del Partido, Li, se había comido la mitad de la suya y había dejado la otra mitad al lado del viejo Zhu. Ésa era su integridad.

Después de la primera vez, acusar a los otros resultaba más fácil. El viejo Zhu firmaba todo lo que le ponían delante; incluso se inventaba cosas. Se inventaba delitos que compensaran por todos aquellos que él mismo no había sido consciente de cometer. ¿Cómo puede saber uno todas las consecuencias que pueden tener la cosas que hacemos en nuestras vidas? Si decían que había hecho tal o

cual otra, la habría hecho.

El viejo Zhu se mordió el labio. La primera vez siempre era la peor, eso era lo que decían las putas. Lo había hecho para salvar el pellejo. Una voz interior le decía que a Li, el secretario del Partido, no habían conseguido quebrarle la voluntad, pero el viejo Zhu no quiso escucharla: el secretario del Partido estaba muerto.

Pero todo el mundo recordaba que el secretario del Partido no se había rendido, y había protestado llegado el momento por lo que sucedía en la fábrica.

¿Y qué?, se respondió el viejo Zhu, pero la voz tenía una respuesta preparada: Se le recordará; eso es todo. ¡Se seguirá ensalzando su memoria cuando a ti no te recuerde nadie!

Todo elogio después de la muerte es vano, declaró el viejo Zhu en su cabeza. Los muertos nunca escriben la historia.

No, respondió la voz, pero la historia se escribe sobre ellos.

Se le humedecieron los ojos. Se los secó con el faldón de la camisa. La virtud es un lujo que se pueden permitir los muertos, se dijo; ser humano, con todos sus fallos y debilidades, es lo que les toca en suerte a los vivos.

Cuando el viejo Zhu giró al llegar al final de la calle, se le escapó un suspiro de tristeza: donde había estado el Edificio Nuevo había ahora tierra negra surcada de huellas de excavadora; montones de escombros la flanqueaban, y pilas de ladrillos hacían guardia sobre los trabajadores que cavaban las zanjas para los cimientos entre los cordeles tendidos en el solar para marcar su emplazamiento.

—¡Eh! —llamó el viejo Zhu, pero ninguno de ellos levantó la vista para mirarlo—. ¡Eh, vosotros! —insistió, pero ellos siguieron cavando. El viejo Zhu estaba a punto de volver a gritar cuando el hombre que estaba a su lado le dijo que no se preocupara por intentarlo.

—Son de Sichuam —gruñó—. Y no entienden ni una palabra.

—Pues después del Festival de la Primavera, hablé con uno de ellos y creo recordar que me dijo que eran de Shanxi.

—Ésos ya se han ido.

El viejo Zhu observó a los trabajadores: piel de color cobre,

cabello cortado al cepillo; los ojos, unas finas ranuras abiertas en lo más alto de la cara. Su tranquila conversación, extraña, incomprensible.

—¿Y qué están haciendo éstos?

—Cavan —respondió el hombre.

El viejo Zhu se acuclilló a su lado. Le ofreció un cigarrillo. Fumaron juntos viendo a los trabajadores cavar las zanjas como lo habían hecho ellos mismos años antes. Cuando el futuro parecía bueno.

El viejo Zhu pensaba que todavía tenía a su mujer y a su hijo en casa; que las calles de Shaoyang estaban llenas de coches y motos: el futuro no había sido tan malo. El único problema, pensó, es que no ha sido tan bueno como ellos esperaban.

A última hora de la tarde, Da Shan bajó hasta el Edificio Nuevo y se unió al grupo de espectadores que observaba los trabajos. El fuego del sol se transformó en brasas al aproximarse al horizonte, proyectando una extraña media luz naranja que daba una sensación de irrealidad a todo lo que le rodeaba. Las zanjas tenían ya medio metro de profundidad; cuando acababa su turno un equipo de trabajadores, empezaba el siguiente. Picos y palas y cestos de tierra. Y un fuerte acento de Sichuan.

—¿Por qué no contratan a obreros de Shaoyang? —musitó alguien a su lado—. Tiene que haber gente aquí que sepa cavar.

Da Shan continuó mirando a los trabajadores.

—Las zanjas de Sichuan son mucho más baratas.

No parecía que fuera a ser una piscina. Da Shan se preguntó qué irían a construir; luego decidió que daba igual. Mientras construyeran algo. Sintió a alguien detrás de él y se volvió. Era la viuda de Li, el secretario del Partido. Intentaba asomarse por encima de las cabezas para ver qué estaban haciendo. Da Shan se movió y le hizo sitio delante de él.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Nube de Otoño.

—Han derribado el Edificio Nuevo y ahora están echando los cimientos de otro.

Nube de Otoño asintió. Una nube baja ocultó el sol poniente, que irradió un haz de lanzas amarillas. Estaba bien que hubieran

derribado el Edificio Nuevo. Si nunca hubiera habido una Fábrica de Cohetes Espaciales, su hijos no se habrían ido y su marido no se habría suicidado. Pero así lo había querido el destino. Todo lo decidían los Cielos.

—¿Ha ido mi madre a verla esta tarde? —le preguntó Da Shan.

—No —respondió Nube de Otoño con cara de preocupación—. ¿Por qué?

—No, por nada. Sólo que dijo que iba a ir a verla. Nada más.

—¿Tenía algo importante que hablar conmigo?

—No, no creo.

—No estaba en casa —dijo Nube de Otoño, de nuevo con gesto preocupado.

—¡Vaya! —exclamó Da Shan.

La gente miraba en silencio, como si sus futuros dependieran de las zanjas. No había mucho que ver; era esencialmente lo mismo que cualquier otra obra. Fuera lo que fuese lo que pensaban construir, lo verían pasado un tiempo.

—¿Se vuelve ya para casa? —le preguntó Da Shan a Nube de Otoño.

Ella asintió, y él se ofreció a llevarle las bolsas.

—¡No! —insistió Nube de Otoño, pero tras tres intentos más por parte de Da Shan aceptó gustosa, y él la acompañó hasta su casa.

—Eres un buen hijo —le dijo—. Has vuelto para asistir a tus padres en su vejez.

Da Shan rió incierto. No estaba muy seguro de que fuera a establecerse en Shaoyang para siempre. Quedarse allí era como quedarse dormido: era el tipo de sitio donde uno se hacía viejo rápidamente, apenas sin darse cuenta.

—¿Estás divorciado? —Nube de Otoño interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Sí.

—Pues deberías volver a casarte —le dijo Nube de Otoño, reprendiéndole—. Y tener un hijo.

—Ya lo tengo.

—¿Y dónde está?

—Es una niña, y está con su madre.

Nube de Otoño agitó la cabeza en gesto de reprobación.

—No me extraña que tus padres parezcan mayores de lo que

son. Necesitan tener niños cerca. Eso los mantendría jóvenes.

Da Shan miró a la anciana y rió.

—Te lo digo de verdad —insistió ella.

Madam Fan había ido a la casa del viejo Zhu, pero no había encontrado a nadie. Pasó la tarde sentada en su portal, esperando. Cuando vio pasar a Da Shan, se levantó de un salto y lo llamó por su nombre, haciéndole señas con los brazos para asegurarse de que se paraba.

—¡Da Shan! ¡Da Shan! —jadeaba con excitación—. ¡Qué bien que te veo!

Pero no parecía tan contenta de verlo. Da Shan sintió que le volvía la resaca al verla aletear como un murciélago. *Madam* Fan lo tomó del codo y lo condujo a un lado del camino, y todavía nerviosa se puso a hablarle en tono confidencial.

—Mi hija dice que anoche la acompañaste a casa —empezó.

—Sí, así es —respondió Da Shan con cierta cautela.

—¿Y cómo estaba ella? O sea, quiero decir que si notaste algo raro en su manera de comportarse.

Da Shan reflexionó. No era fácil decirlo. Sobre sus cabeza, el monocorde canto de las cigarras hacía vibrar las hojas. Un mosquito le zumbaba en la oreja y le estaba poniendo nervioso.

—Creo que se cayó —dijo al fin—. Recuerdo eso. Estaba llorando.

—¡Oh! —*Madam* Fan le dio una palmadita en el brazo—. Gracias —dijo, y se fue corriendo hacia su casa, el corazón palpitante de contento. Da Shan parecía muy reticente. Tal vez sí había sucedido algo entre ellos, pensó. Algo que sería la razón de que Melocotón se comportara como se comportó al llegar a casa. ¡Qué hija más lista tenía!

¡Pero qué lista realmente!

XXV

Cuando los amenazaba. Por la noche, los obreros encendían faros y continuaban trabajando hasta las primeras luces del alba, cuando se cambiaba el turno y se iban a dormir. Día y noche danzaban los picos, y los cestos de tierra eran subidos y volcados a los lados del solar. Los obreros trabajaban tanto que incluso las ratas que rebuscaban entre las basuras detrás de las cocinas se sentían agotadas con sólo verlos.

Un día uno de los trabajadores se golpeó con el pico en la cabeza. Hizo un extraño ruido gutural, y cuando sus compañeros se agolparon alrededor para ver qué le había pasado vieron sangre en el suelo y una extraña sustancia blanca que provocó náuseas a algunos de los presentes. Un grupo de obreros y de quienes estaban viéndolos trabajar lo llevaron a la tienda que hacía las veces de comedor, mientras un peón corría a buscar un taxi.

El taxi llegó al lugar cinco minutos después; se detuvo con un frenazo e inmediatamente quedó envuelto en la nube de polvo que había ido levantando por el camino. El taxista saltó del vehículo, tosió, sofocado por el polvo, y preguntó que había sucedido. Cuando vio la cabeza del hombre se negó en rotundo a llevar en su coche a un hombre sangrando. Los compañeros del herido empezaron a dar voces en su áspera lengua y gesticulaban profusamente, como si estuvieran amenazándole, de tal modo que finalmente el taxista desistió de seguir discutiendo.

—Chillad todo lo que queráis —les gritó mientras se metía en el taxi—, pero no pienso llenar el coche de sangre.

La gente lo vio alejarse; arrancó con un chirrido y dio varios bocinazos para apartar a la gente de su camino. Las luces de freno

se encendieron cuando llegó al mercado, y volvió a sonar la bocina, hasta que desapareció de la vista. El trauma del suceso dejó a todos los presentes clavados en el sitio, como si todavía tuviera que suceder algo más; pero al cabo de un rato, los obreros volvieron a sus zanjas uno a uno y la gente se fue dispersando.

Al día siguiente, los trabajadores llevaban cascos de plástico azules. No se pararon a responder a las preguntas que les hacían, siguieron cavando y paleando la tierra y transportándola en las cestas que vaciaban a un lado del solar. Corría el rumor de que el hombre herido en la cabeza había muerto; según otros, se había salvado pero había perdido el habla; y alguien que tenía un pariente que trabajaba en el hospital decía que todavía estaba vivo, pero que no tardaría en morir.

—Todos estamos de paso por este mundo —afirmó aquella tarde una de las mujeres del club de cotillas cuando estaban sentadas bajo su árbol—, aunque a veces nos quedemos más tiempo del conveniente.

Todas asintieron muy serias y hubo un murmullo de aprobación; pero en realidad no estaban muy seguras de a qué se refería exactamente.

O a quién.

Da Shan decidió volver al templo ese día. Atravesó las atestadas calles del centro y llegó al otro extremo de la ciudad. En la entrada principal del Parque Central se detuvo un momento a ver a una mujer que tenía una báscula con unas lucecitas rojas parpadeantes y que invitaba a los viandantes a pesarse con una voz de sintetizador informático, «Bienvenidos». Da Shan se paró para pesarse, pero la señora estaba hablando con uno que reparaba relojes y mecheros y ni siquiera levantó la vista o reparó en su presencia.

Siguió su camino hasta la taquilla, compró una entrada y subió las escaleras que conducían hasta la Pagoda del Este. El camino estaba flanqueado de tumbas en forma de pagodas diminutas, en las que estaban enterradas las monjas que habían vivido allí. Antiguamente había habido un convento en lo alto de la colina.

Siendo él niño, las monjas habían sido golpeadas y obligadas a casarse. Recordó haberse reído al verlas con las caras pintadas y vestidas de novia antes de que las condujeran a celebrar sus esponsales con los monjes. Todo el mundo rió entonces, aunque no le vieran la gracia.

En 1985 habían vuelto a abrir el convento: un permiso oficial del gobierno estaba colgado a un lado de la entrada. «Centro oficial de culto budista, Prefectura de Shaoyang», rezaba, y debajo tenía estampado un sello rojo.

Da Shan lo leyó y entró. Sentado junto a la puerta había un anciano de cabellos grises que tenía una catarata plateada en un ojo. Extendió la mano y le dijo que tenía que pagar la entrada.

—Ya tengo una —dijo Da Shan.

—Pero no incluye la visita al templo —afirmó el viejo. Tenía las mejillas hundidas y un corte en la oreja izquierda; el capote del ejército que le cubría estaba raído y lleno de remiendos.

A Da Shan le vino a la mente la imagen de un viejo perro desgreñado, y le dio un billete de un yuan. El hombre pasó un encallecido dedo pulgar por el billete, alisándolo, y lo guardó en el cajón. Separó con todo cuidado una entrada y se la dio a Da Shan, quien se la devolvió al instante.

—No ha cortado la matriz.

El hombre-perro agarró el billete y lo dobló por la línea perforada, le dio un acceso de tos y terminó escupiendo fuera. El viscoso esputo verde se rebozó en la tierra, como una croqueta cubierta de fino de polvo. Da Shan esperó a que el hombre acabara de cortar la matriz y entonces alargó la mano.

—Gracias.

El templo había sido devastado en 1966. Hicieron una pira con las estatuas y quemaron todo lo que encontraron: ropas, libros, objetos religiosos. Las nuevas estatuas eran de papel maché y tenían los brazos demasiado largos y los codos doblados en la dirección equivocada. Guanyin tenía un aspecto severo, y la pintura roja brillante de sus ropas le había goteado hasta las rodillas. Tenía tres papadas, y si la mirabas detenidamente percibías una clara bizquera en el ojo izquierdo.

—Por otro yuan le puedo echar la buenaventura —dijo el hombre. El ojo ciego desconcertó a Da Shan.

—No, gracias.

Da Shan estuvo un rato mirando las ofrendas colocadas delante de la estatua y luego se sentó en la penumbra. En la bolsa llevaba un tarro lleno de té y un bollo al vapor, ya frío. Masticó lentamente, bebió un sorbo de té y volvió a masticar. La primera vez que había estado allí fue en compañía de Liu Bei, unos años después de que volvieran a abrirlo. Aquella tranquila ladera, alejada del tráfago de las calles de la ciudad, era un lugar de encuentro para muchas parejas. Se tomaban de la mano, charlaban. Medio esperaba ver a Liu Bei sentada en una esquina, sonriente, pero lo único que encontró fue a un viejo medio ciego, tres palitos de incienso ardiendo y una estatua ridícula.

Da Shan cogió un libro de historia de la ciudad y lo hojeó. Había sido escrito durante la dinastía Ming y recogía doce vistas de la ciudad con un poema sobre cada una de ellas.

Un verano, él y Liu Bei habían intentado localizarlas todas, pero de las doce sólo quedaban cinco. La última que visitaron era el Templo de la Nube Blanca. Era un domingo por la mañana temprano, y llegaron tan pronto que los mendigos ciegos estaban todavía dormidos en el camino. Al pasar un recodo se encontraron ante una quebrada de arboladas laderas, con un torrente y un santuario tejado de azulejos grises y cubierto de musgos y líquenes.

El resto eran sólo nombres, existían sólo en la memoria. Estaban la Montaña Sheshu, que era más bonita cubierta de nieve, cuando el sol se cuajaba entre la bruma, la Cueva Celestial y el Embarcadero de las Arenas Misteriosas, que él y Liu Bei suponían que debía de haber estado por la zona del Puente del Dragón Negro. Los poetas decían que la imagen de los tinglados rojos reflejados en el agua constituía una de las mejores vistas de Shaoyang.

Los colores del crepúsculo se desvanecían en la bruma, el chapoteo de los remos quebraba el agua, decía el poema.

Da Shan recordaba algo que le había dicho Liu Bei mientras comían unos *dumplings* rellenos de carne de cordero: que el mapa de China no estaba formado de líneas, sino de versos. Excava bajo el hormigón de las fábricas y los rascacielos sin fin, y no encontrarás arqueología, sino poesía.

Cerró el libro y miró alrededor. Allí habían pasado él y Liu Bei su última noche juntos, antes de entregarse a la policía. Era al día siguiente de que los tanques entraran en la Plaza de Tiananmen. Las manifestaciones que él y Liu Bei habían organizado se habían disuelto al llegar las noticias de lo sucedido en la capital. Malas noticias. Los contrarrevolucionarios estaban siendo perseguidos y arrestados. Lo mismo les ocurriría a ellos.

No habían hecho el amor; estaban demasiado cansados y asustados para besarse. Liu Bei se echó a llorar al ver las imágenes que salían en la televisión, y Da Shan había pasado a su lado toda la noche, intentando consolarla. Él no había llorado. Pensaba que tenía que ser fuerte.

«Suceda lo que suceda —le había dicho—. Te esperaré siempre». Y la había estrechado entre sus brazos.

Ella le creyó; y él era sincero. Y no dejó de serlo después de salir de la cárcel y de irse de Shaoyang. E incluso cuando se casó, seguía siéndolo.

Da Shan se puso en pie y se dirigió a la salida, a la luz. El viejo estaba sentado al sol en los escalones, escupiendo sus flemas al polvo del camino. Le susurró algo al pasar delante de él, pero Da Shan siguió su camino.

XXVI

Liu Bei se levantó temprano y tomó al pequeño Dragón dormido en los brazos. Afuera todavía estaba oscuro y los pájaros aún no cantaban. El sol era todavía un pálido resplandor naranja en el horizonte, y el aire estaba fresco y húmedo. Salía humo de la chimenea de la casa de su madre. La puerta estaba abierta y Liu Bei la empujó y entró y volvió a entornarla con el pie. Su madre estaba amasando, arremangada; una costra blanca de harina le cubría las manos. Precisamente ahora que ya podía depositarlo, Liu Bei sintió el peso del niño en sus brazos.

—Está todavía dormido —susurró—. Lo dejaré un rato más.

La madre de Liu Bei asintió, y la hija echó al niño en la cama contigua a la de la tía Tang. La cama estaba fría, y cuanto más te acercabas a la de la anciana, más fría parecía. La tía Tang pasaba cada vez más tiempo dormida. Era como si se estuviera alejando, más que muriéndose. Ya era hora, pensó Liu Bei, acariciando la cabeza del niño y arropándolo con una manta que le remetió bajo la barbilla. Cuanto antes suceda, mejor, pensó masajeándose los brazos, doloridos por el peso del pequeño.

—¿Te apañarás? —le preguntó a su madre, y ésta asintió—. Tengo que ir al centro. Y luego lo más seguro es que me vaya directamente a trabajar. Volveré tarde.

La madre de Liu Bei asintió de nuevo. Hacía tiempo que había dejado de preguntar. Las preguntas eran inútiles a no ser que fueran acompañadas de respuestas.

El sol se elevó en el horizonte y las calles se llenaron de gente, y cuanto más se acercaba Liu Bei al centro, más llenas estaban. Comprobó que llevaba la lista en el bolsillo y luego comprobó que la carta que había recibido de Shanghai seguía en el otro.

Liu Bei se abrió camino entre el confuso hervidero de compradores y vendedores. Tuvo que cruzar la calle porque un puesto de camisas en el que los vendedores gritaban al gentío con megáfonos le impedía el paso. Había una hilera de tiendas nuevas, muy iluminadas en el interior, con aire acondicionado y música a todo volumen, y aquí y allá se veían grupos de campesinos desconcertados intentando orientarse. Al otro lado de la calle acababan de abrir un nuevo supermercado. «El primer supermercado de Shaoyang», decían las banderolas. Había además unos carteles publicitarios en los que aparecían unas sonrientes dependientas junto con el eslogan: «Un personal entusiasta y cortés espera poder servirle todos los días».

Liu Bei decidió echar un vistazo. Fuera había una hilera de jardineras, cada una adornada con un lazo rojo y una inscripción con el nombre de los principales inversores. Uno de ellos rezaba: «Quinta División del Ejército Popular de Liberación». Liu Bei esbozó una mueca de desprecio. Qué hijos de puta, pensó.

Dentro había montones de dependientas con la misma sonrisa que teman las de los carteles publicitarios, y compradores con la cautela impresa en el rostro recorriendo los largos pasillos. En los anaqueles había detergente de veinte tipos distintos: dos secciones enteras dedicadas a los dentífricos y un pasillo en el que se alineaban diferentes marcas extranjeras de leche en polvo. Liu Bei se paró a ver un anaquel de cepillos de dientes. Eran de muchos colores. Los había con una cara sonriente y las cerdas de colorines; otros eran de rayas rojas, blancas y azules. Llevada por un impulso tomó uno para Pequeño Dragón, pero cuando vio el precio volvió a dejarlo en su sito. ¡Siete yuans! Demasiado. Mejor no entrar en estos sitios que exponerte a que te hicieran sentir miserable.

No estaba lejos de la glorieta central, donde las estatuas de grandes pechos de las hadas de Dunhuang esperaban a que la fuente estuviera reparada para lavarse la porquería de sus sobacos de cemento. Liu Bei recorrió las calles, buscando el sitio, pero la cosa no estaba fácil. Pensó que tal vez era demasiado temprano y entró en un restaurante y tomó un cuenco de sopa de *wonton*[7]. El cerdo estaba un poco grasiento, pero el caldo era sabroso; le añadió una

generosa cucharada de salsa de cacahuete. Los cacahuetes eran buenos para el corazón.

Liu Bei se acabó la sopa, se puso en pie y pagó tres yuans al camarero. Dio dos vueltas a la glorieta hasta que vio lo que buscaba: un trozo de cartón sujetado con dos piedras contra una farola.

«SE VENDEN: Diplomas, titulaciones, carnés de conducir, otros», decía. La caligrafía no era muy buena.

Liu Bei se quedó junto al cartel y esperó. Tres hombres que hasta entonces se hacían pasar por simples viandantes se acercaron a ella, reclamando su atención.

—¿Qué quiere? ¿Qué quiere? —le preguntaron, y ella se lo dijo—. No hay problema —le dijeron tomándola del codo y conduciéndola con ellos—. No hay problema, venga con nosotros y la informaremos.

La luna iluminaba la cima de la colina cuando Liu Bei regresó de la casa de té. En casa de su madre, Pequeño Dragón estaba igual que lo había dejado al irse por la mañana, salvo que ahora tenía el pijama puesto y todo el pelo revuelto en la almohada.

—Está dormido —le gritó su madre desde el servicio.

Liu Bei se sentó a la mesa y esperó que saliera. La tía Tang estaba sentada en un taburete fumando un cigarrillo de picadura. La punta del cigarrillo estaba húmeda de saliva y amarillenta por la nicotina. El tabaco despedía un olor acre, como si estuviera mezclado con alguna hierba. La anciana fumaba en silencio, inhalando el humo y exhalándolo como un dragón desdentado.

—Quería preguntarte —dijo Liu Bei después de que su madre se lavara las manos y viniera a sentarse con ella— si podrías prestarme algún dinero.

—¿De dónde te crees que saco yo el dinero? —repuso su madre a modo de contestación.

Liu Bei bajó la cabeza. Su madre reaccionaba así siempre que se trataba de dinero.

—Pensé que tal vez tendrías algo. ¿No se lo podemos pedir a ningún pariente?

—¿Parientes? —le espetó su madre—. No esperarás que vaya a

mendigar a la puerta de nadie.

Liu Bei se quedó en silencio. Tal vez no era el momento adecuado. Permanecieron sentadas sin decir nada. La bombilla que colgaba sobre sus cabezas se balanceó, produciendo un lento y predecible baile de sombras. Liu Bei pensó en cómo abordar el tema de otra forma, pero no se le ocurrió ninguna. No tenía ni idea de que lo que quería fuera tan caro, pero todos le habían dado un precio parecido. Estaban aconchabados, seguro. A veces todo el mundo parecía compinchado en su contra.

Los días siguientes, Liu Bei tuvo que trabajar hasta muy tarde, y Pequeño Dragón se quedó en casa de su madre. Cuando tuvo un día libre completo fue a verlo. Estaba muy ilusionada de poder pasar todo el día con él, pero cuando el niño vio a su madre, miró hacia otro lado y siguió jugando con sus amigos.

—¡Pequeño Dragón! —le llamó, pero él hizo caso omiso.

Liu Bei esperó, pero Pequeño Dragón continuó con sus juegos. Ella fingió que no importaba y entró en la casa y se sentó a la mesa. Este hecho la ayudó a decidirse: una puta no podía educar a un hijo como es debido. Sería mejor para Pequeño Dragón y mejor para ella. Y tal vez podría volver a buscarlo cuando hubiera reunido un poco de dinero.

La tía Tang se negó a levantarse de la cama para comer, y Pequeño Dragón se echó a llorar porque quería seguir jugando. La madre de Liu Bei lo cogió en brazos y el niño se acurrucó contra su pecho, chupándose el dedo. Liu Bei observaba y comía en silencio. La vieja bruja los observaba a todos con sus ojos nublados desde la cama, y se puso a tararear para sí una cancioncilla. Su voz vieja y cascada desafinaba tanto que no se sabía muy bien si realmente estaba cantando.

El ruido empezó a poner nerviosa a Liu Bei. Apretó la mandíbula y le dieron ganas de gritar. La tía Tang siguió cantando, impasible, y Liu Bei empezó a pensar que la canción iba dirigida a ella; como si la vieja estuviera deleitándose con una oscura broma privada. Liu Bei pensó que se habría librado de todo esto si ella y Da Shan se

hubieran ido a vivir juntos, sin jaleos, pero para eso tendrían que haber sido personas diferentes de las que eran, y ella no quería ser otra persona. No, eso no era exactamente así: estarían tranquilamente juntos si él hubiera guardado su promesa. Ella podría estar al lado de otro hombre si no lo hubiera esperado, o si no hubiera tenido a Pequeño Dragón. Posiblemente había pasado por delante de montones de hombres como Da Shan, en la calle, en el mercado; había pasado por delante de su amante ideal y nunca había llegado a conocerlo. Esta idea le produjo una fría desesperación. La tía Tang seguía canturreando.

Liu Bei se levantó y empezó a recoger la mesa, llevó los platos al fregadero. Llenó el hervidor, lo puso al fuego y esperó a que hirviera el agua. Pequeño Dragón estaba sentado en el regazo de su abuela, jugando con ella al cucú-tras.

—Cucú —decía la madre de Liu Bel—. ¡Tras! —y Pequeño Dragón se echaba a reír.

—¿Ya sabes escribir tu nombre? —le preguntó Liu Bei desde el fregadero, con una sonrisa en los labios. Pero el niño no le hizo caso.

—¡Tras! —dijo la madre de Liu Bei, y Pequeño Dragón soltó otra carcajada. Todavía seguía riéndose cuando su abuela le dio un lápiz y un trozo de papel y le dijo—: ¡Venga! Escribe aquí tu nombre y enséñaselo a tu madre.

Pequeño Dragón agarro el lápiz cerrando el puño y empezó a dibujar los caracteres en el papel. Presionaba tanto el lápiz que el papel se rompió y tuvo que volver a empezar en otra esquina. La madre de Liu Bei se acercó a su cama y levantó el colchón; sacó una vieja cartera de cuero y la llevó a la luz. La abrió, extrajo el dinero y lo dejó sobre la mesa. Pequeño Dragón le echó un vistazo mientras seguía escribiendo los trazos de «Dragón» como le había enseñado su abuela. «Pequeño» era muy fácil, sólo tenía tres, pero «Dragón» tenía muchos y era difícil. Cuando terminó, contó los trazos: «pequeño» tres, y «dragón» uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¡seis trazos! Los comprobó otra vez, los retocó y alzó el papel.

—¡Mira! —gritó, pero nadie lo miró. Su madre y su abuela estaban hablando—. ¡Mira! —volvió a gritar, llevando el papel hasta ellas—. He escrito mi nombre.

—¡Qué bien! —le dijo su abuela—. Ahora ve y siéntate otra vez

y escribe el de tu madre.

La madre de Liu Bei contó el dinero que Da Shan le había entregado para su hija. Había más de setecientos yuans.

—No me preguntes de dónde lo he sacado, pero lo guardaba para ti y para Pequeño Dragón —dijo—. Para una necesidad.

Liu Bei se quedó mirando el dinero. Con esta cantidad no tendría que casarse con el hombre del anuncio. Podría hacer algo: poner un negocio o algo. Sus pensamientos se agolparon mientras cogía el dinero. Ésta era su segunda oportunidad. Este dinero junto con el que ella había ahorrado… Liu Bei se sintió aterrada de pronto. ¿Y si se iba a Shanghai y ponía un negocio allí?

XXVII

Había hecho otro tanto con los arroyos en el camino que estaba cuarenta hubo de Otoño vio las grietas en la tierra amarilla hacia el Templo de la Virtud Armoniosa. Había buenas vistas de la campiña próxima a Shaoyang y siempre corría un poco de brisa, aunque una calma chicha se hubiera asentado en el resto del mundo. Subía una vez a la semana y le pedía a uno de los monjes que le cantara el rosario. Mientras el monje cantaba, ella encendía tres varitas de incienso y las ponía a los pies de Guanyin. Que ella le transmitiera a su marido todas sus bendiciones.

Ese día encendió el incienso como siempre y sopló la llama amarilla. Las puntas se pusieron rojas y luego empezaron a descender lentamente dejando sobre ellas unos largos sombreros de ceniza. Nube de Otoño musitó una plegaria, y el monje empezó a toser. Los ojos de media luna de Guanyin seguían fijos, inmóviles, pero Nube de Otoño se volvió asustada. El monje tosió un poco más, falto de aliento, y luego levantó la mano con gesto de despreocupación, bebió un sorbo de té del tarro que tenía preparado y parpadeó.

—No pasa nada —dijo recobrando la compostura y aprovechando la interrupción para saltarse un par de cuentas.

Fuera, el sol formaba pálidas sombras dispersas por el suelo, y una ligera brisa danzaba al compás de la luz. Levantaba el cabello de Nube de Otoño, y los grises mechones azotaban su frente. Con la mano se sujetó el cabello hacia atrás, pero cuando bajó la mano el cabello volvió a revolotear sobre su cara. Desde aquí se veía todo Shaoyang, incluso oía el ronquido de las máquinas en los solares en

construcción.

Todo era mucho más bonito la primera vez que ella había subido allí en 1959. Había entonces tantos pueblecitos, y los bosques de bambú punteaban los campos de cultivo. Hoy estaban todos sepultados bajo el hormigón y el asfalto. Nube de Otoño recordó la época en que la habían soltado del campo de reeducación y le dio un escalofrío. ¿Cuánto tiempo hacía de aquello?, calculó. Diez, quince…, no más de veinte años. Debieron de darle la libertad en 1973, pensó, y a su marido en 1975.

Nube de Otoño suspiró largamente. ¡Qué tiempos más horribles aquellos!

Ella y Li, el secretario del Partido, habían trabajado duro para construir la nueva China. Aunque estaban recién casados, durante días e incluso semanas apenas se veían. Él estaba encargado del Centro de Reeducación de Prostitutas y ella trabajaba en la Oficina de Prensa. El sueño de modernizar el país les mantenía unidos. Era como si se hubieran casado con el país.

Nube de Otoño se estremeció de nuevo e intentó apartarse de la cara una maraña de cabello contra el viento que la envolvía. Recordó algo que había leído una vez sobre las viudas en la Antigua China, tal vez en la época de la dinastía Qing. Siempre había pensado que no tenía nada en común con aquella gente tan remota, pero ahora ya no estaba tan segura. Mira el obrero que había muerto la semana pasada; estaba tan muerto como su marido. Qué importaba el tiempo: todo estaba en la mente. Todos somos arrastrados antes o después por la corriente, y las turbias aguas enseguida vuelven a estar transparentes.

Le llevó una media hora volver a la ciudad. Siempre solía ir al peluquero que había dentro del recinto de la fábrica, el que estaba al lado del bloque de las oficinas, pero se iba a armar demasiado revuelo a su alrededor y además qué más daba a dónde fuera.

La primera peluquería que encontró era una especie de caja de hormigón con una puerta metálica de garaje abierta a la calle. Una jovencita en minifalda estaba sentada a la puerta, limándose las uñas de la mano derecha en forma de perfectas cuchillas curvas. Tenía las flacas piernas cruzadas, y los pies despreocupadamente

metidos en un par dé zapatillas de andar por casa que tenían forma de cara de perro, con dos largas orejas caídas a cada lado. Nube de Otoño se paró y esperó, pero la chica siguió a lo suyo. Las paredes de la peluquería estaban cubiertas de páginas de revistas, bien recortadas y clavadas con chinchetas. Nube de Otoño observó los hermosos rostros de blanca sonrisa y cabellos maravillosos. Los examinó un rato y luego se volvió hacia la chica, que seguía limándose las uñas. Entonces carraspeó y dijo:

—Hola.

La chica levantó la cabeza y se sorbió la nariz.

—Quiero cortarme el pelo —dijo Nube de Otoño.

La chica volvió a sus uñas.

—Quiero cortarme el pelo —repitió Nube de Otoño.

La chica soltó un suspiro de aburrimiento y se puso en pie. Sus zapatillas perrunas la seguían perezosamente por el suelo mientras ella se situaba detrás de una silla metálica llena de abolladuras. Corrió la silla, y las patas de metal arañaron ruidosamente el suelo de hormigón, luego descolgó una toalla claramente sucia y la ondeó en el aire, provocando una nube de polvo y pelos negros que cayó al suelo en un torbellino.

Nube de Otoño se acomodó en el asiento, miró al espejo y su reflejo le devolvió la mirada.

—¿Cómo lo quiere?

—Afeitado.

—¿Afeitado?

—Sí.

—¿Completamente afeitado?

—Sí.

La chica alzó una ceja y alargó el brazo para alcanzar la maquinilla eléctrica. La encendió. Las cuchillas zumbaron ansiosas. Nube de Otoño sintió el tacto del frío metal en la nuca, y el tono metálico cambió cuando empezaron a cortar. Uno a uno, fueron cayendo al suelo mechones de pelo gris.

Nube de Otoño volvió andando a la fábrica, cruzó la verja y subió las escaleras de su bloque de pisos. Nadie la reconoció; era como si ya no estuviera allí. Ni siquiera el hijo de sus vecinos, que

estaba jugando con un avión de juguete y que se la quedó mirando al pasar.

Se preparó una taza de té y luego se sentó a la mesa y dejó la bolsa de plástico delante de ella. Crujió al desatarle el nudo y abrirla. Miró los mechones grises que contenía. Metió la mano y los tocó, esperando que le resultaran familiares al tacto, pero le resultaron fríos, fríos y sin vida.

Nube de Otoño respiró hondo y giró la llave de la puerta del dormitorio y la abrió. No le gustaba entrar allí dentro, le daba aprensión. Se dirigió rápidamente a la cama y alisó la colcha; luego se arrodilló y sacó la caja de debajo. Las cenizas se movieron dentro al levantarla para llevársela al comedor. Cerró la puerta tras ella y depositó la caja sobre la mesa. Volvió a sonar y Nube de Otoño se estremeció. Empezó a temblarle la mano izquierda y se mordió el labio, pero no pudo evitar el temblor. Apretó los puños cerrados sobre la mesa, tomó aliento y contuvo las lágrimas. Hasta ahí todo iba bien.

Abrió la caja. No quería mirar dentro, pero no pudo evitar que le llegara el olor a cenizas húmedas y ver la disposición irregular de los restos negruzcos. Entonces miró premeditadamente el amasijo de cenizas y fragmentos de hueso socarrado y se le helaron las entrañas. Toda la vida de su marido reducida a una caja llena de cenizas.

Las lágrimas le empañaron la vista y cogió a tientas la bolsa de pelo y la vació en la caja. Volvió a taparla y la llevó de vuelta al dormitorio. La dejó encima de la cama, salió cerrando detrás de ella y giró la llave.

XXVIII

La esposa del viejo Zhu estaba regateando el precio de una herramienta cuando vio que estaban regateando el precio de Luna al secretario del Partido. Amontonó el equivalente a más de un kilo, regateó hasta que se las dejaron por una miseria y atravesó la verja de la fábrica y subió al piso del secretario del Partido. Sus pesados pasos resonaron en las escaleras; le faltaba el aliento cuando llegó al rellano y llamó a la puerta. No obtuvo respuesta. Escuchó y le pareció oír voces dentro. Volvió a llamar, con más fuerza esta vez. Nada.

La esposa del viejo Zhu tomó aire, irritada. Probó y empujó la puerta, que se abrió, revelándole una figura sentada a la mesa: la de Nube de Otoño con la cabeza rapada.

—¡Cielos! ¿Qué has hecho? —exclamó—. Pero, ¿qué te has hecho?

Pasó un rato antes de que Nube de Otoño dejara de llorar, y la esposa del viejo Zhu se sintió culpable por haber sido tan brusca, pero entonces pasó la mano por la cabeza de Nube de Otoño y volvió a la carga. Una cabeza afeitada no parecía natural: especialmente en las mujeres.

—¡Ay! ¡Si pareces una monja! —la regañó, y nube de Otoño esbozó una leve sonrisa—. ¡Eso está mejor! —dijo entonces, y de pronto volvió a mirarla con severidad—: Imagínate cómo me sentí esta mañana cuando un campesino me dijo que te habías hecho monja. Le puse verde por andar contando cosas que no eran ciertas y luego vengo a verte y resulta que es verdad.

—Hace tiempo que pensaba hacerlo —Nube de Otoño se encogió

de hombros—. Me parecía que era lo adecuado.

—Pero tienes un aspecto espantoso.

—Anoche estuve dándole vueltas a la cabeza —admitió Nube de Otoño, y suspiró largamente—. A veces me siento muy sola —dijo—. Mis hijos están muy lejos. Mi marido ha muerto. No hay derecho —dijo, y se le quebró la voz de la emoción—, con todo lo que hizo por el país. Con todo lo que hizo por la fábrica. Todo lo que trabajó. Todo lo que hizo por esta gente, y ahora míralos, ¿crees que les importa algo de todo eso? ¡Están construyendo una piscina!

La esposa del viejo Zhu recordó todo lo que tuvo que pasar en los campos de trabajo: el hambre, la vergüenza, la indignación. La noche que vinieron a llevarse a su marido y cuando vinieron a buscarla a ella. ¡Confiesa tus pecados!, le decían, pero no tenía pecados que les satisficieran. El frío pánico de las noches cuando la Guardia Roja venía a interrogarla. El terror que sintió al enterarse de que uno de los hombres presos en el campo se había ahorcado en la celda, y ella estaba convencida de que había sido su marido. Las horas de sufrimiento y preocupación por su hijo: qué iba a ser de él sin madre ni padre a su lado. Y también si tomarían represalias contra él y lo castigarían. Pensó en los años que había perdido. Los años malgastados, los años que ella y el viejo Zhu podrían haber pasado juntos. Los otros hijos que podrían haber tenido.

La esposa del viejo Zhu se secó las lágrimas: la cólera que sentía dentro era tan intensa que temía dejarla escapar. Respiró hondo e intentó calmarse. Al menos su mente había salido intacta de todo aquello, que era más de lo que se podía decir de Nube de Otoño. La cabeza de Nube de Otoño había quedado debilitada para siempre. Había perdido las facultades mentales con el tratamiento de electrochoque que le habían aplicado. Nunca volvió a ser la misma.

Le acarició el punzante cuero cabelludo. Al menos el viejo Zhu y ella seguían juntos, vivos los dos, se dijo, y eso ya era una victoria. Y Da Shan estaba ahora con ellos. Debería estar agradecida. Miró a Nube de Otoño y su cabeza rapada. Le vino la imagen de un arrozal lleno de rastrojos. Pobre Nube de Otoño. La vida la había hecho pedazos y luego se los habían pegado y la habían forzado a continuar. Li, el secretario del Partido, nunca había perdonado al país lo que había hecho de su mujer en los campos de trabajo. Se empeñaba por comprender qué había sucedido, pero no había

comprensión posible. El pasado era simplemente eso: como el frío o las montañas, como el hecho de que Nube de Otoño se hubiera afeitado la cabeza o como el que el secretario del Partido se hubiera ahorcado.

El viejo Zhu volvió a la hora de la comida y se encontró a su esposa picando frenéticamente un trozo de carne de cerdo. Lo miró furiosa.

—¿Se puede saber dónde has estado toda la mañana?

—Trabajando en el huerto.

—¡Pero si te fui a buscar allí!

—¡Ah! Es que bajé un rato al río —contestó el viejo Zhu, como si este hecho hubiera escapado de su memoria.

—Pues esta mañana yo fui a ver a Nube de Otoño —le anunció su esposa—. ¡Y adivina!

—¿El qué?

—Se ha hecho monja.

El viejo Zhu alzó la vista.

—¡Sí! ¡Se ha afeitado la cabeza!

Él movió la cabeza con incredulidad.

—¡Eso es imposible!

—¡Es cierto! El hombre que vende los brotes de soja me lo dijo —continuó ella—. Y como no le creí me acerqué a su casa.

—Pero, ¿por qué?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —le gruñó—. ¿Tú qué crees?

El viejo Zhu miró por la ventana. Las verdes hojas se ondulaban al sol, y se quedó absorto mirando su suave danza.

—¿Estás escuchando lo que te digo?

—¡Umm! Sí —dijo—. Por supuesto.

—Deberías hacer algo.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Pues algo podrás hacer, digo yo.

El viejo Zhu se pasó la tarde detrás del bloque de viviendas número 7 mirando las malas hierbas y fumando. Hacía demasiado calor para nada. Se enjugó el sudor de la cabeza. Estaba sentado a la sombra de un árbol; a su alrededor, los edificios de la fábrica, las chimeneas. Pensaba en Nube de Otoño y su cabeza rapada.

Exactamente igual que aquellas mujeres que tenían a su cargo él y Li, el secretario del Partido, cuando les asignaron al Centro Número Dos de Reeducación de Prostitutas de Shaoyang.

Las primeras mujeres llegaron cuando todavía no habían terminado de construir el edificio. Había mucha demanda. Aquellas mujeres tenían que ayudar en la construcción durante el día, y por la noche tenían que asistir a sesiones educativas donde se les enseñaba cómo había abusado de ellas el Antiguo Orden. No era un trabajo difícil: en un lugar como Shaoyang no había muchas prostitutas de alto nivel. Las primeras chicas eran putas baratas: acosadas por la sífilis, heroinómanas. Sus ropas fueron quemadas y se les afeitó la cabeza. Eso fue lo más duro: habían escupido y mordido como perros acorralados. El viejo Zhu sonrió para sí: le habían mordido al menos tres veces. La madre de Liu Bei era una de ellas. El viejo Zhu se acordaba de Liu Bei de niña: lazos rojos en el pelo y una tímida sonrisa. Le tenía cariño y le agradó que Da Shan empezara a salir con ella, pero su esposa se había puesto furiosa. Ya no le importaba un comino la Nueva China. La Nueva China la había tenido seis años en un campo de trabajo. Lo único que le importaba era que Liu Bei era hija de una prostituta: y de tal palo, tal astilla.

El viejo Zhu se arrimó al tronco de nuevo, a la columna de sus recuerdos. Aquella noche, debía de ser hacia 1950, cuando una banda de gamberros había cercado el centro exigiendo que soltaran a sus chicas favoritas. La mayoría de las chicas había intentado salir y unirse a ellos. Sonrió al recordarlo, pero entonces se había puesto furioso. Tuvo que bloquear la puerta con su cuerpo, mientras ellas le arañaban la cara y gritaban pidiendo ayuda.

El viejo Zhu estiró las piernas. Una a una fueron curando a las chicas física y mentalmente. Dieron una educación a las analfabetas, enseñaron un oficio a las otras, y poco a poco todas ellas fueron encontrando trabajo y maridos y se reinsertaron en la comunidad. Les habían quitado toda la porquería de la Vieja China y les habían dado una segunda oportunidad. Algunas se quedaron en el centro, y entonces nació la fábrica. Era una sensación agradable, pensar que habías trabajado tanto ayudando a cambiar las vidas. Compensaba por todo lo demás que había venido luego.

Así estaba el viejo Zhu, disfrutando a solas de sus recuerdos, cuando vio pasar a la señora Cao, quien miró, lo vio y empezó a cruzar de puntillas el huerto.

—¡Eh! —le llamó, pensando que él no la había visto. Como si fuera ciego—. ¡El director Zhu!

Hacía mucho que nadie le llamaba así. Durante años había sido director de la fábrica, pero ahora la denominación sonaba extraña. No encajaba.

—¡Hombre, el director Zhu! —la señora Cao le dedicó una almibarada sonrisa.

—¡Cuidado! —exclamó él cuando ella pisó el melonar, aplastando las plantas.

—¡Uy!

—¿Qué se le ofrece?

La señora Cao se recompuso y carraspeó antes de hablar.

—Bueno —empezó—, ya que lo dice sí que se me ofrece algo —volvió a carraspear y dejó que brotara en sus labios una sonrisa, que explotó en su cara como una burbuja y terminó posándose en sus ojos castaños—. Es sobre la fábrica. ¿No se ha enterado?

—¿De qué?

—De algo terrible —respondió ella.

El viejo Zhu dirigió la vista a los pies de la señora Cao, que se estaban aproximando peligrosamente a sus melones. La señora Cao los giró.

—Van a empezar a cobrar alquiler a los mayores de cincuenta años. O eso o tendremos que comprar los pisos. A ochenta mil yuans. ¿Cómo vamos a poder pagarlos?

El viejo Zhu chistó y agitó la cabeza. La fábrica siempre había velado por los suyos. Les daba a los trabajadores vivienda, escuelas, hospitales, trabajos e incluso un centro de la tercera edad. Era algo básico en un país comunista.

—Pues sí —continuó la señora Cao—. ¡Es una vergüenza! Después de todo lo que hemos hecho por la Madre Patria. Tratarnos como extranjeros en nuestra propia casa. En sus tiempos no habría ocurrido.

—No, no habría ocurrido —ratificó el viejo Zhu—. Ni muchas otras cosas tampoco.

Parecía que la conversación iba por mal camino, así que la

señora Cao intentó encarrilarla de nuevo.

—Hemos ido a hablar con ellos.

El viejo Zhu soltó un risita seca.

—¿Y?

—No nos escucharon. Pensé que tal vez a usted le escucharían.

Él asintió, sin que su rostro revelara expresión alguna. Permaneció sentado en silencio, mirando su huerto.

—¿Conoce aquel poema de Runa Ji? —le pregunto al fin.

—¿De la dinastía Ming? —preguntó ella a su vez, incierta.

—Final de la dinastía Han —dijo él en voz extremadamente baja—. Siglo tercero.

—¡Oh! ¡Qué tonta soy! —exclamó la señora Cao medio avergonzada y medio orgullosa por el hecho de no saberlo—. Ya sabe que mi generación no recibió ese tipo de educación —dijo irguiéndose—. La Revolución Cultural se interpuso. Nos educamos en el campo, con los campesinos.

El viejo Zhu asintió. Sabía todo aquello.

—Rúan Ji se vio obligado a escoger entre dos facciones de la corte; pero no escogió ninguna y se convirtió en uno de los Siete Sabios del Bosque del Bambú.

La señora Cao se impacientó.

—No tengo ni idea de lo que me está diciendo.

Pero el viejo Zhu continuó hablando, pacientemente.

—Bueno, ¿y de Wang Wei sabe algo?

—Pues claro —aquel viejo idiota estaba poniéndola nerviosa.

—Entonces sabrá que dimitió…

La señora Cao suspiró sonoramente.

—Sí.

—Para llevar una vida sencilla en una cabaña. Y cuando le venían a pedir que volviera a la corte se negaba.

—Claro.

—Pues yo también me he retirado de mis cargos, y ésta es mi cabaña —afirmó, señalando su huerto.

La señora Cao permaneció un momento inmóvil, mirando al viejo Zhu, de pie frente a ella.

—Sí, una buena manera de estar —dijo en tono de desprecio—. Sólo porque a usted no le afecta. Sólo porque tiene un hijo que es como su plan de pensiones —no se le ocurría otra pulla, pero

entonces agitó el puño en el aire y le espetó—: ¿Es que el dinero de su hijo también le ha corrompido a usted?

El viejo Zhu citó a Zhuang Zi:

—¿Cómo vas a hablar del tamaño del océano con una rana que habita un pozo?

—Nunca entenderé cómo llegó a ser director de la fábrica. Usted no es más que un perro capitalista.

La desdentada sonrisa del viejo Zhu se abrió en una sonora risa.

—Creo que eso mismo me dijo en 1967.

La señora Cao gruñó.

—¡Y era cierto! ¡Deberíamos haberlo dejado en aquel establo!

—Puede que tenga razón —dijo él, sin dejar de sonreírle—. Y puede que no. En cualquier caso, ¿por qué no lee algo de Rúan Ji? Es un poeta excelente.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó la señora Cao, volviéndose hacia el camino y pisando el melonar al pasar.

El viejo Zhu se sentó y sacó un cigarrillo, lo encendió y esperó, exhalando nubecillas de humo. Observó las hojas que la mujer había aplastado hasta que poco a poco, una por una, empezaron a enderezarse.

XXIX

Habían pasado dos semanas desde la demasiado Estaba para salir del recinto de la fábrica. Su madre le había sugerido varias veces ir de compras, pero ella siempre ponía alguna excusa: hacía demasiado calor, se había levantado polvo, había demasiada gente, no necesitaba nada de ropa. A *Madam* Fan le pareció raro al principio ese cambio en su hija, pero con los días terminó acostumbrándose: le pareció normal. Si Melocotón hubiera salido sin ella, habría vuelto a llorar.

Una de las razones de la actitud de *Madam* Fan era que cuanto más tiempo pasara Melocotón en la fábrica, más posibilidades tendría de ver a Da Shan; o, aún más importante, de que la viera Da Shan. La cosas habían salido bastante bien, pensó *Madam* Fan, pese a las mentiras y el comportamiento de su marido. A ella no le cabía la menor duda de que Melocotón era la chica más gentil y más bonita de todo Shaoyang; y también tenía una buena opinión de Da Shan. Era rico, inteligente. Tenía la suficiente sensatez para elegir a Melocotón como esposa.

Nunca dejaba de salir el sol. Los cielos eran magnánimos; sólo bastaba esperar con paciencia.

Melocotón se pasó toda la semana ayudando a su madre: a barrer, a lavar, a limpiar el polvo, a fregar el baño. Pero de vez en cuando tenía la sensación de que Sun An estaba en el cuarto, mirándola, o de que aquella cosa blancuzca le corría por el muslo, y entonces le entraban ganas de llorar. Cuando le sucedía así, apretaba los dientes, muy fuerte. A limpiar, a limpiar.

A *Madam* Fan le sorprendió el repentino deseo de su hija de ocuparse de la casa, pero como en el caso de los otros cambios, lo achacó a que su hija estaba madurando, se estaba haciendo una verdadera mujer. Era natural que las chicas empezaran en algún momento a ocuparse de la casa: era un signo de que estaba preparada para tener la suya propia. Después de todo, Melocotón podría ser una buena esposa.

Empezó a mirar a su hija henchida de orgullo. Si además supiera cantar ópera, sería la hija perfecta. Puso una cinta de grandes éxitos operísticos y empezó a calcetar un jersey rojo, mientras tarareaba las canciones. Melocotón estaría muy guapa de rojo, pensó, y se imaginó el día de la boda: el revuelo que se armaría en el vecindario y los excitados cotilleos. Melocotón vestida de la cabeza a los pies de rojo oscuro: su hermoso cutis pálido y su pelo negro sobre el rojo. Estaría preciosa. Tendría la boda que ella nunca tuvo. Habría coches y motos, petardos y vídeo. Los Zhu también se preocuparían de que la ocasión fuera sonada: Da Shan era su único hijo. Estarían deseando tener nietos.

Madam Fan recordó que Da Shan era divorciado y detuvo el curso de sus pensamientos. Su esposa estaba en Shenzhen, y eso le llevaría un par de días en tren. Y además, tenía una niña. ¿Quién quería una nieta cuando podían tener un nieto? Y sería también su nieto.

Los cielos eran magnánimos, se dijo *Madam* Fan, pese a todo.

Mientras calcetaba, el día se fue haciendo más y más frío. Por la noche, del río subió una neblina y unos retazos lechosos se enroscaron en los montones de escombro y en los cañaverales, y luego se aposentaron sobre las calles de la ciudad. La estrellas empezaron a titilar, y una luna menguante se alzó sobre las colinas y se dispuso a escalar tímidamente hacia el cielo.

La neblina era sobre todo espesa en la ciudad vieja, junto al río. Era tan espesa que se condensó en los cristales de las ventanas, que empezaron a gotear. La luz de una ventana iluminaba la bruma con un halo amarillo, y enmarcada detrás de los cristales había una cara de mujer. Liu Bei observó la blancura que envolvía el mundo exterior y se estremeció. Enseguida sería otoño, y el otoño era la

época más triste del año, cuando más la afligía su soledad.

Bueno, no iba a volver a lo mismo. Antes de que llegara el otoño se habría ido.

Echó un vistazo a los papeles que había ido a recoger aquella tarde: habían tardado más de lo que esperaban, le dijeron los hombres, debido a las enérgicas medidas que había tomado recientemente el gobierno contra la corrupción.

—Pero si siempre están tomando medidas.

—Ya lo sabemos —respondió el hombre—. Así hacen negocio. Significa que pueden cobrar precios más altos por algo que tienen la obligación de hacer.

Arriba del montón había una carta que certificaba que Liu Bei era soltera y sin hijos. De haber pertenecido a una unidad de trabajo, se la habrían escrito allí, pero la habían echado después de 1989. En un lugar como Shaoyang, una persona sin unidad de trabajo era como si no existiera. Si no formaban parte del personal de una fábrica, o de una comuna agrícola o de una escuela o un hospital, tenías que apañártelas tú sola. Le habían dicho que en Shanghai era distinto, pero nunca se sabía.

Y debajo de todo estaba el último documento que había comprado. Un nuevo certificado de nacimiento de Pequeño Dragón. Liu Bei se mordió el labio y sorbió una lágrima. Era lo mejor que podía hacer por él. Se estaba haciendo mayor y necesitaba un padre.

«Pequeño Dragón —decía—, nacido el 9 de enero de 1990. Madre: Liu Bei. Padre: Da Shan».

Dobló los documentos, se los metió en el bolsillo y esperó. Habría uno o dos clientes más si esa noche era como las otras. Unos cuantos hombres más e iría a ver a Pequeño Dragón a casa de su abuela. Casi oía la respiración de su hijo: débil, pero audible. Si le hubiera contestado Da Shan… Pensó en cómo podría haber sido, y entonces se contuvo. La señora Zhang estaba subiendo las escaleras. Liu Bei se secó las lágrimas y se dijo basta. Un par de clientes más y se iría y olvidaría aquel sitio para siempre.

Al día siguiente, Liu Bei se levantó temprano, antes de que amaneciera. La estación de ferrocarril estaba lejos, y tenía que

caminar hasta el Puente del Dragón Negro para tomar el autobús 204. Mientras caminaba en la oscuridad de la madrugada, Shaoyang le pareció más bonito que nunca: la luna abrillantaba el río con una luz plateada; oyó ulular una bocina entre la niebla.

Al volver una esquina vio a un vendedor de leche de soja que empezaba a encender el fuego en su carromato. Todavía no se había ido y ya había empezado a sentir nostalgia.

El microbús a la estación costaba dos yuans. Iba lleno de gente, todavía con las caras abotargadas por el sueño. Nadie hablaba, salvo el cobrador, que amontonaba a la gente de dos en dos en los asientos y gritaba a los del fondo para que pagaran el billete.

Liu Bei se adormiló al ritmo de los baches y no se despertó completamente hasta que el autobús paró a la entrada de la estación. El cielo había adquirido un pálido tono turquesa y el sol empezaba a brillar. Pasó delante de los restaurantes callejeros que alineaban la entrada y de los hombres que gritaban los precios de la sopa de *dumplings* o de los bollos al vapor. Las ventanillas de expedición de billetes no se abrían hasta las siete, pero ya había una confusa masa de gente merodeando alrededor, buscando la ventanilla que les correspondía. Liu Bei examinó los carteles, calculando cuál sería la suya. Trenes del Este. Ventanillas número 22-27.

Las colas más largas eran para las ventanillas de los trenes del Sur, el de Shenzhen y el Guangdong, pero por lo menos había cien personas esperando para los del Este. La mayoría eran campesinos, de piel atezada tras las semanas de cosecha, que se iban a trabajar fuera hasta que llegara el momento de sembrar. Empujaban los sacos de sus pertenencias con los pies, se apiñaban en grupos, obstruyendo el paso, o directamente se sentaban en el suelo. Había una mujer de piernas arqueadas que parecía realmente no saber si iba al Norte, al Sur, al Este o al Oeste. Caminaba adelantando las caderas, balanceándose sobre sus torcidas piernas, e intentaba por todos los medios ponerse delante de todas las colas. Los campesinos la dejaban pasar, pero la gente de la ciudad le gritaba y la empujaba; le decían que no intentara colarse y que dejara de armar jaleo. Liu Bei se puso en una cola y esperó. Alas siete en punto se produjo cierto bullicio detrás de las ventanillas, y todo el mundo avanzó expectante. Aparecieron entonces los de la reventa,

ofreciendo billetes a todos los destinos.

—¿A dónde va? —le preguntó una chica a Liu Bei.

—A Shanghai.

—No quedan billetes a Shanghai —le dijo la chica.

—Pues entonces iré a Pekín.

Dejó tranquila a Liu Bei y se dirigió a otro viajero. Otro revendedor había raptado a la mujer de las piernas torcidas y se la estaba llevando fuera.

—Le puedo conseguir un billete para donde quiera —le decía, y la mujer lo seguía, cojeando.

En ese momento se abrieron las ventanillas y empezó la venta de billetes.

A Liu Bei le llevó cuarenta minutos llegar al principio de la cola. Durante todo ese tiempo, unos hombres corpulentos con gafas negras en el interior de la estación empujaban con decisión al resto y se ponían delante sin que nadie se atreviera a detenerlos. Cualquiera que no pareciera rico y seguro era empujado de malos modos hasta el final. Liu Bei aguantó apretujada sin ceder un milímetro en su puesto en aquella caótica cola. No podía evitar que alguien se colara cinco puestos por delante de ella, pero sí podía impedir que nadie se pusiera inmediatamente delante de ella. Cuando la empujaban desde atrás, ni se volvía: que otro se preocupara por ello.

Cuando por fin la marea de cuerpos empujando la dejó en cabeza, Liu Bei se inclinó hacia el pequeño agujero de la ventanilla y pidió:

—Un billete para Shanghai.

—Litera o asiento.

—Asiento.

—No queda nada hasta la semana que viene.

—Vale.

Liu Bei sólo veía la cara de la mujer: estaba pasando las cuentas del ábaco, sumando el total.

—Ciento cuarenta y siete yuans.

Liu Bei contó el dinero y lo metió por el agujero. Oyó todavía el sonido de las cuentas mientras la mujer terminaba de comprobar la suma, y luego le entregó un pequeño billete de cartón. Liu Bei lo cogió y salió como pudo de las apreturas del gentío, con el billete

bien agarrado en la mano. Cómo podía costar tanto una cosa tan pequeña.

El día estuvo soleado y cálido toda la mañana, pero por la tarde se levantó un viento que arrastró las nubes de la costa hasta la ciudad. Sun An estaba sentado a la puerta de la tienda, viendo cómo el cielo se ponía uniformemente gris y amenazante. En los bambúes a un lado de la tienda el viento silbaba una melancólica melodía. Sun An decidió que esta vez no iba a esperar. Iría a ver a Melocotón para saber por qué no iba a visitarlo. Le había dicho que lo quería. ¿Es que eso no significaba nada para ella?

Sun An no había entrado nunca en el recinto de la fábrica. Cuando cruzó la verja se mordió el labio y pensó cómo les iba a explicar a sus padres lo del dinero que faltaba. No iría al pueblo, pensó, no iría hasta que no hubiera recuperado ese dinero. Entonces iría a verlos y llevaría a Melocotón con él. A ellos les alegraría que tuviera una novia de la ciudad. Una madre bonita y educada para sus nietos. Estarían tan contentos que no dirían nada del dinero. Se preguntó qué iba a hacer para pagar la matrícula de su hermana. Iría a visitar a sus parientes y les preguntaría si le podían prestar algo de dinero. Algunos de ellos no aprobaban la idea de que las niñas de la familia recibieran una educación, así que les diría que era para la tienda.

Se produjo un salto en sus pensamientos y se imaginó propietario de la tienda de alquiler de vídeos más grande de la ciudad; con Melocotón como esposa y con su hermana en la Universidad de Ziangtan o incluso en la de Changsha. Llevaría a sus padres a ver el pueblo natal del camarada Mao. A su padre le gustaría. Respetaba al camarada Mao, pensaba que era un gran gobernante.

Sun An abandonó estos pensamientos cuando llegó a los bloques de viviendas. No sabía en cuál vivía Melocotón, así que se acercó a la primera puerta y llamó. Oyó la televisión encendida dentro, las voces de la familia: el marido, la esposa, la suegra, el niño.

—¿Quién es? —gritó un hombre.

—Estoy buscando a alguien —respondió Sun An.

—¿A quién?

—Sólo quiero que me indiquen —volvió a intentarlo Sun An.

—Es un mendigo —oyó decir a una voz de mujer—. No abras.

—¡Vete! —gritó el hombre.

Sun An volvió a llamar, pero sólo obtuvo el titubeante parloteo de la televisión por toda respuesta, así que dio una patada a la puerta y se fue.

Había un viento húmedo, y el fresco de la tarde le puso carne de gallina. Tendría que meter más carbón, pensó, sentándose en un umbral a esperar. Por fin se acercó alguien por el camino. Sun An preguntó al hombre si sabía dónde vivía Melocotón, la hija de *Madam* Fan.

—¿*Madam* Fan la cantante de ópera? —preguntó Da Shan a su vez.

—Sí.

—Ahí arriba. En el quinto bloque, tercer piso, puerta derecha.

Sun An contó los bloques de viviendas y se paró al llega al quinto. Quinto bloque, tercer piso, puerta derecha, se repitió mientras empezaba a subir las escaleras. Quinto bloque, tercer piso, puerta derecha. Quinto bloque, tercer piso, puerta derecha.

Esta especie de mantra se hizo tan hipnótico que se pasó de piso, todavía repitiéndola. Estaba a punto de llegar al cuarto cuando reparó en su error y se volvió. En el descansillo del tercero había dos puertas. Quinto bloque, tercer piso, puerta derecha.

Sun An fue de un lado al otro, nervioso, tercer piso, puerta derecha, se dijo, tranquilizándose, y llamó con el puño.

Melocotón no tardó en descubrir que por más tiempo que dedicara a ellas, las labores domésticas no le ocupaban el día entero. Una cucaracha no podía asomar una antena sin que ella la descubriera y se pusiera a fregar el suelo en el que había estado. Después de fregar el suelo del servicio se sentó, y se volvió a levantar y se volvió a sentar; recorrió el piso y se volvió a sentar. Estaba tan aburrida que incluso la idea de aprender a cantar ópera empezó a parecerle atractiva. Se dedicó a aprenderse las letras cuando su madre ponía las casetes, y cuando sacaba los vídeos se

quedaba sentada en el sofá en lugar de irse directamente a su cuarto.

Madam Fan se volvió hacia su hija a punto de preguntarle algo, pero se detuvo en el último momento.

—¿Qué? —preguntó Melocotón.

—Nada, nada.

—Se te nota que querías decirme algo —dijo Melocotón.

—Sólo estaba pensando —repuso su madre—. Pensaba que sería estupendo si pudiéramos cantar ópera juntas. Eso era todo Melocotón no dijo nada.

—¿Quieres que cante contigo? —le preguntó al fin.

—Ya sabes que sí.

—Vale —dijo Melocotón—. Si quieres podemos empezar mañana.

Madam Fan había empezado a preocuparse de que su pequeño plan fracasara porque Melocotón pasaba demasiado tiempo en casa, pero cuando aceptó aprender a cantar ópera se sintió más satisfecha de lo que había estado nunca. Si Melocotón cantaba ópera por la mañana, no habría corazón masculino que pudiera resistirse. Toda la región de Shaoyang vendría a llamea a su puerta. Incluso podría conseguir un hombre mejor que Da Shan. Un rico que no estuviera divorciado. Alguien con un alto cargo en el Partido.

Pasaron la velada revisando los pasos básicos de la opera pekinesa. *Madam* Fan daba una palmada cuando su hija se equivocaba y se reía cuando lo hacía bien.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —gritaba—. ¡Bien!

Madam Fan estaba convencida de que el cambio operado en su hija era el resultado de todo lo que ella le había contado sobre su propio pasado. Melocotón había aprendido la lección que ella quería que aprendiera. No faltaba mucho tiempo para que Melocotón y Da Shan empezaran a citarse secretamente en los parques; harían manitas y mirarían tímidamente a los viandantes. *Madam* Fan se imaginó encontrándoselos paseando por el parque. Qué lista había sido.

Le dio a su hija dos paños de cocina para que ensayara el movimiento de las largas mangas del atuendo sobre los brazos y

sólo se acercó para ajustar el ángulo de los dedos de Melocotón. Ésta repitió los pasos con los paños de cocina y *Madam* Fan dio una zancada atrás, y alzó los pulgares, diciendo:

—Bien, muy bien. ¿Y si ahora cantamos un poco?

Melocotón hundió los hombros, sin mover los pies del sitio.

—Estoy cansada.

—Vale —dijo *Madam* Fan—. Lo dejaremos para mañana, y se fue a la cocina y puso a hervir agua para hacer té.

Las llamas eran azules y amarillas y parpadearon agitadas por una corriente invisible. Cuando rozaban el hollín del hervidor echaban chispitas rojas. Los cristales de las ventanas vibraron de pronto mientras esperaba. Se había levantado viento. Los vientos otoñales dejarían desnudas las colinas, arrancarían las hojas de los árboles.

Madam Fan estaba perdida en sus pensamientos cuando oyó que llamaban a la puerta. Fue un golpe lento, definido, como una advertencia. Qué podría ser lo peor que pudiera suceder en ese momento, pensó, y se imaginó que fuera su marido, que había regresado. Le diré que soy yo la que he de decidir si puede volver, se dijo mientras se apresuraba a abrir. Le diré lo que pienso de todas las cosas que ha ido diciendo de mí.

Madam Fan abrió la puerta de par en par. Tenía el cuerpo tenso y los pulmones llenos y preparados…, pero no era su marido; era un joven mal vestido.

—¿Sí? —dijo condescendiente, todavía dispuesta a cerrar de un portazo.

—Quiero ver a Melocotón —dijo el joven.

Madam Fan lo miró. El chico tenía un acento del campo y algo le decía que no era uno de los antiguos compañeros de clase de Melocotón, y desde luego no era alguien del vecindario.

—¿Y tú quién eres? —preguntó *Madam* Fan después de hacerse esas consideraciones.

—Sólo quiero ver a Melocotón —repitió el joven.

Se movía nervioso y era sólo un poco más alto que la propia *Madam* Fan. Irguió la espalda y lo miró de nuevo, casi cara a cara. Podría tener unos ojos bonitos si el resto de su cara tuviera alguna personalidad, pero a falta de ésta, le daban un aspecto taimado.

—¡Melocotón! —llamó *Madam* Fan imperiosamente—. Te busca

alguien.

Melocotón salió de su dormitorio y su madre permaneció en la puerta, en guardia. Melocotón se asomó, ocultándose detrás del cuerpo de su madre, y entonces se produjo un largo silencio. *Madam* Fan empezó a darse cuenta de que posiblemente su hija conocía al joven. Cuando Melocotón habló, parecía enfadada.

—No quiero verte —dijo sin más.

Sun An dio un paso adelante y empezó a hablar. *Madam* Fan comenzaba a hartarse; el chico sonaba como un campesino; probablemente era uno de los trabajadores de la obra; no tenía ni idea de cómo sabía el nombre y la dirección de su hija, pero se iba a asegurar de que no volviese nunca más. No le dejó continuar y le dijo unas palabras tajantes.

—No sé cómo te has enterado del nombre y la dirección de mi hija —declaró—. Pero ella no quiere verte.

Sun An intentó apartar a *Madam* Fan y entrar en la casa, lo que encendió a ésta de ira. Estaba roja como la grana y parecía que le hubieran salido espinas en la piel, lo que terminó intimidando al joven.

—¡Largo de aquí, asqueroso mendigo! —chilló—. Deja de molestar a mi hija o llamaré a la policía.

—Pero si ella me quiere.

Madam Fan se puso fuera de sí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nos queremos —dijo el chico.

Uno de los vecinos de *Madam* Fan abrió su puerta y preguntó si no podían hablar más bajo.

Madam Fan intentó cerrarle la puerta a aquel pobre desgraciado, pero él metió la mano y se lo impidió.

—¡Melocotón! —gritó, pero la chica estaba ayudando a su madre a cerrar la puerta.

Consiguieron empujar lo suficiente para poder echar el pestillo, y Sun An se quedó en la oscuridad del descansillo de hormigón. No entendía por qué ella había dejado de quererlo tan rápido, después de todo el dinero que se había gastado en ella, después de lo que había habido entre ellos. Se sentó, desesperado, pero pasado un rato el vecino volvió a abrir la puerta y lo vio allí.

—¡Largo de aquí! —el hombre intentó darle una patada, pero

Sun An la esquivó—. No queremos mendigos por aquí.

Sun An bajó las escaleras a trompicones hasta el siguiente rellano, y no paró de bajar hasta que llegó al río.

XXX

El frío viento soplaba sobre la ciudad, barriendo el verano y la lluvia. Soplaba sobre los campos, dispersando las semillas y transportaba el triste graznido de las ocas, sacando de sus sueños a los residentes de la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang, que se despertaban entumecidos. Medio dormidos, sacaban las mantas guardadas en el armario, se acurrucaban debajo, cerraban los ojos y deseaban poder recuperar sus sueños donde los habían dejado. Por la mañanas oían soplar el viento y se quedaban arrebujados bajo las mantas, decidían no levantarse todavía y disfrutar un ratito más del calor de la cama.

Como el viento no dejaba de soplar, el club de baile fue perdiendo asistentes, hasta que desapareció por completo. Llegó un día en que sólo apareció una mujer de mediana edad con su radiocasete a cuestas y esperó, pero no acudió nadie más. Puso la música, como si ésta fuera a conjurar la presencia de los otros en el fresco aire matinal, pero no apareció nadie. Tendría que bailar sola.

A la mañana siguiente, incluso la última de las bailarinas decidió quedarse en la cama, y *Madam* Fan salió al balcón deseosa de deleitarse con su ausencia, pero después de todo lo que había sucedido con su hija le pareció una triste victoria. *Madam* Fan tomó aire y reparó en que estaba llorando. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas como gélidas babosas.

Al día siguiente del que había llamado a la puerta el joven campesino, Melocotón negó saber nada de él, pero *Madam* Fan no la creyó. Hacen falta dos manos para batir palmas. Los vecinos le dijeron que habían visto a Melocotón con un chico que tenía una tienda en la carretera del centro. Armada de un sentimiento de traición y de justa indignación, *Madam* Fan había persistido hasta

que las defensas de su hija se vinieron abajo y le contó toda la historia. La comida, cómo se había emborrachado, cómo habían vuelto juntos a la tienda, y él le había hecho el amor. *Madam* Fan escuchaba y la ira contra su hija empezó a encauzarse hacia el chico.

—Pero, ¿te forzó? —preguntó casi sin aliento, sintiendo el frío peso del pasado recorrerle las entrañas.

Melocotón se limpió la nariz. Hizo un gesto de no saber.

—¿Sí o no? —insistió *Madam* Fan.

La chica farfulló algo, y *Madam* Fan le dijo que hablara más alto.

—Sí —dijo Melocotón—. Sí que me forzó.

¡Oh, cielos!, pensó su madre. ¡Oh, cielos!

Madam Fan no alcanzaba a comprender cómo su hija podía haber tenido un novio campesino. Como si no hubiera suficientes chicos en la fábrica. Intentó contener la pena que le cerraba la garganta, pero el nudo se hizo más opresivo. Se inclinó sobre la barandilla y lloró por todas las oportunidades que había perdido en su vida. Y lloró porque su hija estaba a punto de cometer los mismos errores. Y lloró porque era agradable dar rienda suelta a la pesadumbre.

Tendría que hacer algo. No podía permitir que aquello arruinara la vida de su hija como había sucedido con la suya. El chico podría empezar a contar historias: nadie querría casarse con Melocotón si se enteraban de que había tenido relaciones con un campesino. Su hermosa hija terminaría casada con un hombre sin educación, como había hecho ella. Terminaría con uno de esos que pegan a sus mujeres.

Madam Fan se limpió las lágrimas: Melocotón tendría el marido que se merecía. Se aseguraría de ello.

Con la llegada del tiempo fresco. Pan Zhudo descubrió que podía volver a dormir normalmente, pero su esposa no dejaba de dar vueltas en la cama. Le había bajado la regla durante la noche y después de haberse levantado a ponerse un tampón, supo que no volvería a recuperar el sueño. Además tampoco tenía un interés

especial en volver a la cama: hacía tiempo que su esposo había dejado de atraerle.

La esposa de Fan Pan llenó el hervidor y encendió el fuego, luego abrió la boca en un bostezo tan portentoso que tuvo que quedarse quieta hasta que hubo pasado. Había limpiado la cocina el día anterior; podría ponerse a limpiar la sala. Lo tendría todo limpio y ordenado antes de que se levantara su marido. Era más fácil sin él alrededor.

Guardó todas las cintas de vídeo en sus cajas y las amontonó a un lado del televisor. Buscó el mando a distancia, pero éste siempre desaparecía cuando lo buscaba. Por fin lo encontró a un lado de uno de los cojines del sofá y lo puso en su sitio, encima del televisor. Si la gente dejase las cosas en su sitio después de utilizarlas, no se perderían.

Suspiró, irritada, al ver un trozo de papel bajo el sofá y se agachó a recogerlo. Pensaba que sería un trozo de algo, pero al sacarlo vio que era un sobre. Había una dirección: «Zhu Da Shan, Fábrica de Cohetes Espaciales de Shaoyang Número Dos, Shaoyang, 422000», y una mancha de tinta. Su marido debía de haberse olvidado de echarla al correo. La dejó sobre la mesita para que la viera y decidiera. Ella no era su secretaria.

Esa misma madrugada, el viejo Zhu se despertó, salió de las sábanas y bajó al huerto. Un frío chaparrón otoñal había teñido las hojas de rojo. La escarcha había marchitado su último melón, y las tomateras no eran más que tallos secos; las judías al menos seguían dando fruto. Parecía que no había pasado el tiempo desde el Festival de Primavera; como si apenas hiciera una semana que había plantado las semillas, y ahora…, hete aquí que ya estaban en otoño.

La vejez se le aproximaba un poco más cada año.

El viejo Zhu se inclinó para coger una hoja amarilla que no había sobrevivido a la noche. Pronto habría que empezar a rastrillar las hojas, pensó.

Una ráfaga de viento le pegó la ropa al cuerpo en el mismo momento en que *Madam* Fan tomaba una moto-taxi hacia la casa de su hermano. El taxista corría demasiado, así que le dio una palmada

en el brazo y le dijo que hiciera el favor de ir más despacio. No le gustaban las moto-taxis. Vibraban y se inclinaban al tomar las curvas, pero se dijo que hacía aquello por su hija. A *Madam* Fan le gustaba imaginarse que daría su vida por su hija.

Su hermano no había vuelto del trabajo, pero su mujer estaba en casa. Azorada, *Madam* Fan se sentó en el sofá a esperar el regreso de su hermano. Pasados unos minutos no pudo esperar más.

—He venido por Melocotón —dijo.

Su cuñada le dio una palmadita en la mano para animarla.

—¿Sí?

Madam Fan se miró las manos.

—No tenía ni idea —dijo—. De verdad no tenía ni idea —se sorbió la nariz—. No me lo dijo…, a mí, su propia madre.

—¿El qué? —dijo su cuñada.

—Que salía con un chico —respondió *Madam* Fan, exhalando el aire sonoramente.

—¿Y no está bien eso?

—No —contestó *Madam* Fan—. No lo está.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Es un campesino.

—¡Cielos!

—Melocotón me enseñó unos poemas que le había escrito. Escribe fatal —*Madam* Fan se frotó la nariz y sorbió—. Me pilló totalmente de nuevas. La llevó a un restaurante muy caro…, y la hizo beber cerveza.

La cuñada de *Madam* Fan adelantó el cuerpo para escuchar mejor.

—La emborrachó. Y luego se la llevó a la tienda… —hubo un momento de suspense; las dos mujeres contuvieron la respiración—. Se la llevó a la tienda —repitió *Madam* Fan—. ¡Y la forzó!

—¡No!

—Sí —dijo *Madam* Fan—. La gente empezará con las habladurías. La destruirán. Lo sé por propia experiencia.

Cuando el hermano de *Madam* Fan regresó a casa, vio a su hermana sentada en el sofá y percibió la tensión en el ambiente. Se quitó la gorra y la dejó sobre la mesa.

—¿Ha pasado algo? —preguntó sentándose en una silla enfrente de su mujer y su hermana—. ¿Qué pasa? —repitió—. ¿Qué ha pasado?

Madam Fan se puso a llorar a moco tendido; hipaba y sorbía mientras volvía a contar la historia, más elaboradamente esta vez, y su hermano escuchaba sin dejar de asentir con la cabeza. Era policía; todos los días oía historias como ésta, pero ello no impedía que la expresión de su rostro fuera muy grave. Ahora se trataba de su familia.

—No te preocupes —dijo, dándole una palmadita en el brazo, mientras su esposa le proporcionaba un pañuelo limpio—. Me ocuparé de ello.

Después de comer, Pan Zhudo se fue a dormir la siesta. Roncaba y su mujer trataba de no oírlo, cada vez más irritada. Suspiró profundamente: se preguntó cómo había podido acabar con semejante vago de marido. Se decía que para empezar no recordaba por qué se había casado con él, pero sabía perfectamente que eso no era cierto. Él vivía en la ciudad y ella estaba desesperada por salir del pueblo. Se casó con él porque pensaba que sería un buen marido. Y suponía que lo era. En cualquier caso, ya no importaba tanto: ella le había dado un hijo y él le había dado un piso nuevo a estrenar.

Mientras daba vueltas por el piso, sin saber qué hacer, pensó en pedirle una lavadora. La carta seguía en la mesita, junto al sofá. La cogió y la miró; estaba claro que no era algo que le interesara mucho. La caligrafía tenía una rara inclinación; era descuidada, y parecía haber sido escrita sobre algo blando. Se la llevó a la cocina para al verla acordarse de preguntarle qué quería hacer con ella, pero mientras se servía una taza de té, se le derramaron unas gotas en el sobre. Intentó secarlo, pero la tinta se corrió y el papel empezó a romperse. ¡Vaya con la carta de las narices!, pensó viendo cómo se rompía el papel. ¡A la mierda!, pensó, e hizo una bola con ella y la metió en una bolsa de plástico que tiró a la basura.

Pero entonces empezó a preocuparle que Pan Zhudo echara en falta la carta, o que viera la bolsa de plástico y sospechara algo. La sacó del cubo y salió con ella al descansillo. Abrió con el pie el cierre metálico del contenedor, que tenía basura seca pegada, y tiró la estúpida bolsa con la estúpida carta dentro.

XXXI

Era noche cerrada, los días, pingüinos, parecían quietos cuando se quejó a llover. Unas gotas lentas, pesadas, y el silbido del viento.

Liu Bei caminaba con Pequeño Dragón bajo la amenaza del aguacero. El niño se quedaba atrás y ella terminó por cogerlo y llevarlo en brazos.

—Tengo frío —se quejó Pequeño Dragón.

—No te preocupes —le tranquilizó ella—. Ya casi hemos llegado.

Las calles de la ciudad vieja estaban mal iluminadas y la tarde estaba muy oscura. Los tejados amontonados unos sobre otros apenas dejaban pasar el pálido resplandor de las nubes. Pasó corriendo delante del edificio de correos y tomó la siguiente bocacalle a la derecha, buscando automáticamente los escalones, y luego volvió a acelerar el paso, subiendo el camino hasta la casa de su madre. Una sola farola de luz amarilla iluminaba el callejón, y unas cuantas mariposas nocturnas revoloteaban en un incansable e inútil romance.

La puerta estaba cerrada. Liu Bei llamó y su madre salió a abrir. No dijo una palabra, pero Liu Bei entró sin más.

—He puesto aquí todas sus cosas —dijo en un tono que daba la impresión de estar resolviendo un asunto de negocios—. Sus ropas y sus juguetes. Los zapatos están en esta bolsa.

Pequeño Dragón se sentó en una banqueta y se puso a ver la televisión, medio dormido. La madre de Liu Bei aguardaba con los brazos cruzados. Liu Bei alzó la vista y la vio. Entonces se calló. Se retiró el cabello de la cara y lanzó un hondo suspiro.

—Y eso es todo, creo.

En madre asintió.

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

—¿Y?

—Le he dicho que mamá tenía que irse por un tiempo y que se iba a quedar con la abuelita.

La madre de Liu Bei se volvió y se dirigió hacia donde estaba sentado Pequeño Dragón. Se quedó a su lado y le acarició el pelo.

—¡A la cama! —dijo, y Pequeño Dragón bostezó—. Venga, da las buenas noches a tu madre.

Cuando hacía frío, Sun An y su hermana dormían en el mismo cuarto. Él llevaba días sin hablar, y sus movimientos eran lentos y resueltos, como si el mundo entero estuviera contra él. Su hermana lo vio ponerse el pijama. Menos mal que había dejado de salir con esa estúpida chica, pensó. No era lo bastante buena para su hermano. Su hermano era demasiado sincero y honrado para ella.

—Buenas noches, hermanita —dijo Sun An y apagó la luz.

—Hasta mañana —dijo ella.

Permaneció despierta en la oscuridad, pensando cuál de sus amigas sería la mejor esposa para su hermano. Era un juego tonto, que la hizo sonreír: no se lo imaginaba con ninguna de ellas. Debería casarse con una chica del pueblo, bonita y sencilla; eso es lo que necesitaba.

Sun An soñó que era pescador y que pescaba siempre el mismo pez. En el sueño se decía una y otra vez que no, que no quería comerse ese pescado y volvía a echarlo al agua, pero cuando volvía a lanzar la caña, el mismo estúpido pez mordía el anzuelo. Su hermana soñaba con sus amigas de la escuela cuando dos golpes súbitos y simultáneos en la puerta delantera y trasera los despertaron a los dos.

—¿Quién es?

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Siguieron llamando mientras Sun An saltaba de la cama en

camiseta y calzoncillos y buscaba sus ropas por el suelo.

—¿Qué quieren? —preguntó su hermana.

Oyeron a alguien que se lanzaba contra la puerta. Los goznes chirriaron.

—¡Ya voy! —gritó Sun An, subiéndose los pantalones. Volvieron a chirriar los goznes—. ¡Ya voy! —gritó—. ¡Mierda! —musitó, saltando a la pata coja—. ¡Voy! —gritó de nuevo subiéndose la cremallera. Y abrió el cerrojo y giró la llave.

La puerta se abrió de par en par, y varias linternas le deslumbraron. Entraron varios cuerpos, cinco o seis, cada uno de ellos apuntándole a la cara con una linterna.

—¿Qué quieren? —preguntó Sun An.

—¿Quién eres tú? —dijo una voz, iluminándole la cara.

—Sun An.

—¿Es tuyo este local?

Sun An asintió, intentando mover la cara de modo que las luces no le deslumbraran. No pudo, pues girara hacia donde girase había una linterna iluminándole.

—¿Tiene la documentación?

Sun An asintió, los ojos casi cerrados. Alcanzó una bolsa y rebuscó dentro.

—¿Quién es ésa?

Una linterna recorrió la habitación.

—Es mi hermana.

—¿Tiene papeles?

Sun An sacó la documentación de su hermana y se la entregó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó otra voz.

Él lo repitió.

—¿Fecha de nacimiento?

—Tercer día del quinto mes. Mil novecientos setenta y dos.

—¿Estás seguro?

Sun An asintió.

—No te creo —dijo una voz más suave.

Sun An miró a las luces, los ojos entrecerrados, y se encogió de hombros, impotente.

Uno de los policías le dio una patada en la entrepierna y Sun An gimió, sobresaltado y dolorido, y se dobló por la mitad.

—He dicho que no te creo.

—¡Es verdad! —Sun An hizo una mueca de dolor.

Su hermana lo miró, alarmada, y se cubrió la cara con el edredón para suavizar sus gritos.

Los golpes y los gemidos se sucedieron.

—Parad, parad. ¡Dejadlo ya! —gritó la hermana.

—Creo que tienes que venir con nosotros —dijo uno de los policías, y levantó a Sun An del suelo.

—¿Qué hacen? —gritó la hermana.

—¿Nos la llevamos a ella también?

—Sí —dijo otra voz—. ¿Por qué no?

Una mano la agarró con fuerza por el brazo y la sacó de la cama a la fría noche y al furgón de la policía.

Sun An y su hermana se cogieron de la mano mientras eran conducidos por las calles, saltando baches. Sun An intentó decir algo, pero le pusieron una linterna en los ojos y le dijeron que se callara.

Les taparon la cara con unas capuchas antes de que se abrieran la puertas traseras. El tejido era muy áspero y olía a moho. Esposaron a Sun An, lo condujeron por un corredor y lo lanzaron a una celda; su hermana fue conducida unos minutos después.

—¿Qué pasa? —le preguntó, y él movió la cabeza. No lo sabía.

La hermana se sentó a su lado y él la rodeó con el brazo.

—No pasará nada. No te preocupes —le dijo, pero su voz no era muy convincente.

Ya muy entrada la noche, volvieron los hombres. Sun An y su hermana estaban dormidos sobre el camastro y ella tenía los brazos protectoramente echados sobre él. El ruido del cerrojo al abrirse los despertó. Sun An se sentó y esperó mientras su hermana se llevaba la mano sobre los ojos, para protegerse de la luz cegadora.

Sun An nunca había estado tan asustado. Cerró los ojos y esperó los golpes, pero no llegaron. En lugar de ello, su hermana empezó a chillar cuando la sacaron de la cama y se la llevaron. Sun An se levantó, y una voz dijo:

—¡Siéntate!

Y él se sentó. No le pasaría nada a su hermana, se dijo. Posiblemente la soltarían. Mañana tenía que ir a la escuela. Mejor

no oponerse, sólo conseguiría que le pegaran más. Tenía responsabilidades. Tenía una tienda de alquiler de vídeo. Tenía que enviar dinero a sus padres.

Se llevaron a la hermana de Sun An por el corredor hasta una celda vacía, donde la echaron al camastro. Dos hombres la sujetaron por las manos, presionando el marco de metal en su carne, para impedir que se resistiera. Otro le desgarró los pantalones. La chica empezó a patalear, y los hombres rieron.

—Esto es para que tu hermano aprenda a no ir por ahí tirándose a las chicas de esta ciudad —dijo uno de los hombres.

—Le dirás que se guarde para el pueblo su polla de campesino —le susurró otro.

La hermana de Sun An lo miró, vio la barba incipiente en la barbilla, la maraña de pelo, mientras el tiempo se ralentizaba y se retorcía. El hombre se abrió la bragueta y sacó un pene brillante y erecto. La hermana de Sun An cerró los ojos cuando le quitaron las bragas; empezó a gritar. Sintió ásperas manos en los muslos y en sus partes. Unos dedos le subieron la camiseta por encima del pecho; eran dedos fuertes, ásperos. Sintió los pelos de las piernas del hombre contra su ingle. El hombre empujó y se colocó entre sus piernas.

—Por favor —gimió, pero el hombre empujó con más fuerza, y ella se echó a llorar. Abrió los ojos. El hombre tenía el rostro contorsionado de ira—. ¡Por favor, no! ¡Por favor!

—Si sigues hablando, terminarás cantando ópera —dijo otro hombre, riéndose, y ella se mordió el labio, pero ellos siguieron.

Sentado en el camastro, el cuerpo en tensión, Sun An escuchaba los gritos que se oían al final del desierto corredor. No era su hermana. A ella la habían soltado. Se la imaginó en la trastienda, en la cama. Demasiado ansioso para quedarse dormido, daba cabezadas, como era su costumbre. Estaba bien que la niña pudiera dormir algo antes de levantarse para ir a clase. Pararon los gritos y crujió una puerta. Sun An se puso de pie. No pasa nada, se dijo. No pasa nada. Ella ya estará en casa, en la cama.

Al oír pasos en el corredor, Sun An volvió a sentarse en la cama: tenía los ojos tan abiertos que distinguía en la oscuridad total los muros y la puerta. Ahora lo soltarían a él, después de haberla soltado a ella. Habían comprobado su documentación: tenía todos los documentos en regla, la licencia de la tienda y todo lo demás. No le pasaría nada. Era todo un error. Si lo que querían era dinero, podía sobornarles o algo.

Los policías arrastraron a la hermana de Sun An de vuelta a la celda y la dejaron allí tirada. Las linternas volvieron a deslumbrarlo, y entonces la puerta se cerró de golpe. Sun An se agachó.

—¿Hermanita? —dijo, y sus manos tocaron piel desnuda. Una pierna. Palpó pierna arriba y dejó la mano posada, quieta.

—¿Hermanita, estás bien?

La voz de la chica sonó muy débil.

—Déjame —dijo y le apartó las manos.

—¿Hermanita?

—Por favor, vete —dijo y se echó a llorar.

Liu Bei tampoco durmió aquella noche. Pequeño Dragón había tomado su brazo como almohada, y ella había echado el otro protectoramente sobre el niño. Lloró en silencio, sorbiendo de vez en cuando y escuchó la suave respiración del pequeño. Le tembló el labio inferior y empezó a llorar de nuevo.

Por la mañana no tenía mucho tiempo para organizarlo todo. Liu Bei se levantó justo después de que dieran las cinco, encendió la cocina y puso agua a hervir. Se le quedó en los dedos el olor a queroseno y una mancha negra aceitosa en un nudillo. Se llevó la mano a la tosca tela del pantalón y se la limpió en ellos, con lo que traspasó la mancha a la pierna.

Liu Bei esperó, de pie delante de la cocina. El agua solía hacer mucho ruido al hervir. Temía despertarlos a todos. Redujo el fuego a la posición más baja y dejó que el agua hirviera lentamente. Se sentó mientras el mundo exterior empezaba a despertarse. De vez en cuando pasaba alguien por la calle, un vendedor ambulante,

alguien carraspeaba y escupía; o sólo unos pasos acercándose y luego desvaneciéndose en la distancia.

Su madre musitó algo entre sueños, se volvió en la cama y se quedó quieta. Pequeño Dragón dormía como un tronco. La tía Tang respiraba fatigosamente, roncaba, resollaba y volvía a roncar. El tren partía a las siete cuarenta y cinco. Tendría que salir en torno a las seis treinta para asegurarse de llegar. Miró la hora; eran las seis y veinte.

Liu Bei hubiera querido sentarse y quedarse mirando a su hijo dormido para el resto de su vida: parecía tan perfecto y tan frágil, como ella deseaba que estuviera, sin la pesada carga de los recuerdos y las culpabilidades, los sueños y las decepciones. Se sonó en un trozo de papel higiénico. Había prometido despertar a su madre antes de irse, pero de pronto le resultaba imposible despedirse. Se sentaría un momento y los miraría dormir y luego se iría sin hacer ruido. Cuando se despertaran verían que no estaba; sería mejor así.

Apagó la cocina; para cuando se levantaran quedaría todavía un poco de calor. Cogió su maleta y se puso el abrigo. En la puerta se detuvo un instante a mirar atrás. Adiós, pensó. Luego salió al mundo recién despertado.

Liu Bei estaba tan cansada que ni siquiera el vaivén del microbús 204 logró adormilaría. Le dolían los ojos, pero no podía cerrarlos; miró por la ventanilla y a través de su propio reflejo vio levantarse el sol sobre las colinas y empezar a brillar con fuerza.

Llegó al bullicio de la estación, un gentío que se empujaba, yendo y viniendo hacia ninguna parte. Liu Bei llevaba el billete en una mano y la maleta en la otra; se abrió paso hacia la sala de espera y le enseñó el billete a un ferroviario.

La sala de espera estaba iluminada con unas bombillas desnudas que daban a la estancia un tono sepia. Casi todos los que aguardaban estaban dormidos o sentados, hablando en voz baja. 7.21. Olía a calcetines sudados y tabaco rancio; había escupitajos en el suelo y toda clase de porquería. Liu Bei se sentó en el extremo de uno de los bancos y esperó, los ojos clavados en el panel digital, que mostraba intermitentemente la hora. El último dígito cambiaba

cada sesenta segundos.

7.22.

Parecían tan cansados. Cada seiscientos segundos cambiaban los dos últimos dígitos.

7.30.

Los ojos de Liu Bei seguían clavados en el reloj, pero pasado un rato dejó de fijarse en los cambios.

A las 7.35 anunciaron por la megafonía que el tren de Shanghai estaba a punto de entrar en la estación, y la mitad de la sala de espera se puso en pie y empezó a empujar para ser los primeros en llegar al andén. Liu Bei se unió a la marabunta, empujando como los demás para pasar el torniquete de acceso a los andenes, donde unos guardias comprobaban que tenías el billete que correspondía.

Para subir al tren había que luchar a brazo partido. Era un tren de largo recorrido y a lo largo de miles de kilómetros se había ido llenando de campesinos que se dirigían hacia el Este del país. Liu Bei subió apretujada entre el resto de los nuevos pasajeros y se las apañó para girarse y sentarse en su maleta. Eran treinta y seis horas de viaje hasta Shanghai: entonces empezaría una nueva vida. Después de tanto tiempo de esperar ese momento, treinta y seis horas más no parecía demasiado.

Unos policías recorrieron el tren, apremiando a quienes todavía no habían subido para que lo hicieran y luego cerraron las portezuelas. Liu Bei miró por la ventanilla. Si aquello fuera una película, ahora aparecería Da Shan corriendo por el andén. La idea le hizo sonreír. Él llegaría corriendo y ella abriría la puerta y saltaría al andén. Entonces aparecería el rótulo FIN, y a continuación los títulos de crédito. Se imaginó cómo podría ser ese final feliz: claro y sencillo. Sin cabos sueltos ni puntos confusos. El tren arrancó con una sacudida que hizo perder un momento el equilibrio al hombre que tenía al lado.

Liu Bei vio como los grises andenes de Shaoyang empezaban a moverse al otro lado de la ventanilla. El tren tomó velocidad, y andenes y estación quedaron atrás. Los altos bloques de viviendas y las calles y los coches y motos pasaban a toda velocidad al otro lado de la ventanilla, hasta que el tren hubo dejado la ciudad y

estuvieron en campo abierto.

Liu Bei miraba por la ventanilla: estaba demasiado abrumada por las circunstancias para llorar. Dejaba todo atrás: incluso a su hijo.

XXXII

Tras la boda, Da Shan pasó una semana en casa de su madre. Era más de lo que había bebido en un mes. Se sentía debilitado y sensible. Era la estación favorita de Da Shan: días frescos y claros, de cielos azules y nubes, y una melancolía que se acentuaba con el cambio de tiempo.

Un día alguien lo paró y le dijo que había una carta para él en las oficinas de la fábrica. Procedía de Shenzhen, le dijo la persona. Da Shan asintió. Volvió a casa con los dulces de masa frita que acababa de comprar, se los tomó con un cuenco de leche de soja y se dirigió caminando bajo los árboles hasta la oficina. Las hojas que habían sobrevivido a la noche colgaban desesperadas de las ramas; las que habían caído correteaban buscando inútilmente una manera de volver arriba. Las pisó y crujieron bajo sus zapatos.

La carta era de la ex mujer de Da Shan. Le decía que había conocido a un hombre de Singapur y que se iban a casar. Se irían a vivir con la familia de él y se llevaba a su hija con ellos. Consideraba que debía saberlo. Sí, pensó Da Shan, supongo que debo saberlo. Releyó la carta y se la guardó en el bolsillo.

Era el tipo de carta que uno espera recibir en otoño: le hizo sentirse desarraigado, melancólico. Caminaba de vuelta hacia los bloques de viviendas cuando se encontró con su madre, que iba apresurada por la carretera.

—¿No te has enterado?

—No.

—Han encontrado un cadáver —dijo—. En la obra.

Da Shan recordaba el hombre que había muerto de accidente laboral hacía unas semanas.

—¿Un obrero?

—No; está dentro de un ataúd.

Caminaron juntos hasta el solar del antiguo Edificio Nuevo. Les llegó un olor pútrido, más intenso conforme se acercaban.

—Una de las ancianas lo vio esta mañana temprano —le dijo su madre—. Al principio no sabían lo que era, luego cayeron en que era un ataúd.

Había un grupo de gente mirando. Las zanjas eran ya tan profundas que había que ponerse en primera fila para poder ver algo. Da Shan y su madre lo hicieron y echaron un vistazo. No era fácil ver nada, pues los obreros estaban fumando justo delante, así que Da Shan tomó a su madre de la mano y la sacó de allí.

—Por aquí —le dijo, agachándose para pasar bajo la soga—. ¿Un cigarrillo? —preguntó a los obreros.

Éstos sonrieron, y Da Shan les pasó el mechero y luego saltó abajo con ellos. Su madre era demasiado mayor para saltar, así que retrocedió un poco y se dejó caer por un sitio en el que la zanja no era tan profunda.

Habían agujereado la tapa del ataúd, y la fetidez era muy fuerte. La caja estaba a medio excavar y la madera se deshacía, como la de los pecios dejados por la marea en la playa. Por un agujero, la madre de Da Shan vio algo blanco y viscoso.

—Por aquí, por aquí —le dijo uno de los hombres, señalando otro agujero más grande, y la esposa del viejo Zhu no supo si mirar o no.

—Venga —comentó Da Shan riéndose—. Está todavía ahí.

Su madre se acercó un poco más y vio que aquello blanco y viscoso era el forro del ataúd. Da Shan estaba a su lado.

—Mire, mire —le dijo otro trabajador, y ella se inclinó sobre el agujero.

Algunos de los trabajadores rieron y dieron una larga calada a sus cigarrillos; la esposa del viejo Zhu rió nerviosa y avanzó un paso más.

—¡Cielos! —musitó. El agujero estaba justo encima de la cara de la muerta—. ¡Cielos!

La noticia de que los trabajadores habían encontrado una sepultura excavando las zanjas provocó un remolino de actividad entre los vecinos de la Fábrica de Cohetes Espaciales. Los más viejos

de la comunidad se apresuraron a cerrar puertas y ventanas por si los espíritus traían mala suerte; los residentes jóvenes estaban más preocupados por el olor. Con olor o sin él, todos se calzaron y fueron corriendo a echar un vistazo. Se intercambiaban cigarrillos por noticias relativas al caso: era una puta que había muerto de una sobredosis en 1950; era el cuerpo del chico de la tienda de alquiler de vídeo; las ropas databan de una época anterior a la Liberación; el cadáver tenía los pies vendados; los trabajadores le habían sacado los anillos y el oro que llevaba.

¡Bah!, era el comentario de la gente al ver el cuerpo pequeño y frágil. Parecía de una mujer bajita. Tenía el cabello atado alrededor de la cabeza, la piel seca y las uñas largas y negras, y estaba vestida con un traje largo de seda. Le había crecido pelo en la tumba y mostraba una barbita de chivo, las mandíbulas abiertas y los dientes completamente negros. Los pies estaban vendados y eran más pequeños que la palma de la mano de un hombre; eran los perfectos «lirios de tres pulgadas».

Las viejas reunidas bajo el árbol escupieron con asco. No les parecía bien sacar los cuerpos de sus tumbas. Se suponía que la historia de cada cual acababa con la muerte y el entierro. Si ni siquiera en la tumba encontrabas la paz, ¿dónde podías encontrarla? Era algo que les resultaba cercano; con cada día que pasaba, más cercano.

La esposa del viejo Zhu fue a contarle a Nube de Otoño las noticias, mientras que Da Shan se quedó un rato más en las proximidades de la obra y luego decidió ir a decírselo a su padre.

El viejo Zhu había cogido un constipado y estaba sentado con el gorro de piel ruso y la bufanda puestos viendo la televisión. Era un reportaje sobre un hombre que había pasado toda su vida de leñador en la parte nororiental de la frontera rusa, y que después de jubilarse se había dedicado a reforestar todas las zonas que había talado. Lamentaba haber causado todo aquel mal a la naturaleza; entonces parecía que aquello era lo que había que hacer, pero ahora añoraba los bosques de su niñez. Quería volver a plantar tantos árboles como había cortado y declaraba que todavía le quedaban 8.345 plantones por poner. Se estaba haciendo viejo. No sabía si

lograría cumplir su objetivo.

—¿Te has enterado? —le interrumpió Da Shan.

—¿Enterarme? ¿De qué?

—Han encontrado un cadáver.

El viejo Zhu siempre sospechaba de todo lo que no le llegara de primera mano, como si el hecho de que se lo contaran lo hiciera menos cierto. Arrastró los pies por el suelo, puso cara de malas pulgas y parpadeó.

—¿En serio?

A Da Shan le entraron ganas de reírse de su padre, pero en lugar de ello abrió la ventana y dejó que entrara el olor. El viejo Zhu se estremeció al sentir el fétido hedor de la tumba, pero al menos dejó de hacer preguntas. Sólo un cadáver podía oler así tan mal.

El viejo Zhu se pasó toda la mañana junto a la tumba. Vio llegar a un funcionario del Servicio de Protección Civil a recoger el cadáver. Aparcó el coche al lado de la obra en construcción, se abrió paso entre los mirones y empezó a dar órdenes a voces. Ordenó a un par de trabajadores que le ayudaran a sacar el cuerpo del ataúd y transportarlo, entre el gentío reunido, hasta su coche. La gente empujaba para ver o apartándose del mal olor, y de pronto se produjo un momento de pánico cuando una de las negras uñas del cadáver rozó al pasar la mano de una muchacha y ésta chilló aterrada y afirmó que estaba segura de que la mano del cadáver se había movido. Todos se echaron atrás. Tal vez había caído sobre ella una maldición.

El funcionario de Protección Civil intentó primero meter el cadáver en el maletero, pero no le entraban los pies.

—Podríamos atar el maletero con una cuerda —sugirió alguien, pero el funcionario dijo que ésa no era la solución.

Intentaron entonces meterla en el asiento trasero, pero sucedía lo mismo: la puerta no cerraba. Por fin terminaron por poner el cadáver en el asiento delantero, reclinándolo al máximo. El funcionario se sentó al volante y se volvió sobre el cadáver para ponerle el cinturón de seguridad. Se lo pasó por encima del cuerpo y lo enganchó.

—¡Allá vamos! —dijo encendiendo el motor.

El gentío se arremolinó alrededor del coche; él les indicó con la mano que se quitaran de en medio, arrancó, giró hacia la carretera y salió del recinto de la fábrica.

El viejo Zhu vio desaparecer el coche y meneó la cabeza, pensativo. La cara de la muerta le había resultado conocida. Era imposible que la hubiera conocido, pero no podía quitarse de la cabeza la sensación de que la conocía. Cerró los ojos y vio el rostro: la piel ajada, llena de arrugas, las cuencas de los ojos hundidas y un rictus malicioso, y tuvo la sensación de que la muerta también lo había reconocido a él, aunque tenía los ojos cerrados.

Al día siguiente hizo más frío, y las ancianas dijeron que era una maldición por haber perturbado el sueño de los muertos. No estaba bien andar excavando las tumbas; una vez te ponían bajo tierra, ahí tenías que permanecer. Algunas de ellas, que habían vivido en la fábrica desde el principio, recordaban que cuando habían empezado a construirla el lugar estaba lleno de tumbas antiguas.

—Está orientada al Sur —explicó una—. Trae buena suerte.

Las otras asintieron. Pese a todo, la Fábrica de Cohetes Espaciales se había portado bien con ellas.

Una vecina le contó a la esposa del viejo Zhu que éste se había pasado toda la mañana al frío. Ella se puso furiosa porque no se le hubiera ocurrido mejor cosa que hacer que ir a ver el cadáver, enfermo como estaba; no mencionó que ella también había ido. Eso no traía buena suerte, le espetó a su marido, quien le respondió con una dolorida mueca; tenía la garganta muy irritada. ¿Y qué pasaría si el espíritu de la muerta empezaba a perseguirlo? No estaba lo bastante fuerte para repelerlo. Primero metía las cenizas de un muerto en el armario y ahora esto.

Al viejo Zhu no acababa de írsele la tos; su esposa afirmó que era lo mínimo que se merecía y como castigo llamó al médico. El primero que vino insistió en llevárselo al hospital y ponerle un gotero. La esposa del viejo Zhu se negó: en el hospital hacía demasiado frío y todo eran corrientes. El siguiente era un hombre bajito con una mirada franca y abierta, que examinó la cabeza y el

corazón del viejo Zhu, le miró la lengua y luego le recetó un tratamiento de medicina tradicional china, combinado con masajes en el pecho con Bálsamo de Tigre dos veces al día. Da Shan bajó a la farmacia que había a la entrada de la fábrica y les dio la receta. Se sentó y fumó un cigarrillo mientras ellos abrían diversos cajones y sacaban lo necesario: polvos, ramitas, raíces, hojas secas en trozos. Todo era pesado y repartido en unas bolsas de papel blanco que contenían las dosis diarias y que el farmacéutico grapó una a una.

—¿Qué le debo?

El hombre sacó el ábaco y un trozo de papel.

—Trece yuans.

La esposa del viejo Zhu insistió en poner a hervir la primera dosis en cuanto Da Shan volvió de la farmacia, aunque en las instrucciones del médico decía «mañana» y «noche».

—Ahora es por la mañana —dijo cuando el viejo Zhu comentó que todavía no le tocaba tomar nada—. Y además, ¿cómo tienes fuerzas para discutir si estás tan enfermo?

Dejó cocer los ingredientes dos horas, y con cada minuto que pasaba peor era el olor que despedían, hasta que el viejo Zhu puso cara de asco y dijo que no pensaba tomárselo. Era la misma medicina que solía darle su madre de niño cuando se ponía enfermo, un líquido de color morado oscuro que sabía aún peor de lo que recordaba. Dejó el cuenco sobre la mesa e hizo una mueca.

—¡Bébetelo! —le ordenó su esposa, plantándose a su lado.

El viejo Zhu era peor que un niño, decidió, y se sentó a hojear el periódico.

El viejo Zhu estaba apurando las últimas gotas, con cuidado de no beberse los posos del fondo, cuando su mujer se levantó de la silla.

—¡Madre mía! —exclamó, y se inclinó sobre el periódico para volver a leer.

—¿Qué pasa? —le preguntó el viejo Zhu, pero ella no respondió hasta que hubo terminado de leer todo el artículo.

—Es sobre el cadáver que encontraron el otro día —dijo—. Había sido enterrado hace cien años.

El viejo Zhu alzó las cejas.

—¿Y qué han hecho con él?

—Lo han quemado.

—¿No llevaba nada encima que pudiera identificarlo?

—Sí, dicen que pertenecía a la clase terrateniente —respondió la esposa, repasando el artículo y eligiendo los trozos que más podían interesarle al viejo Zhu—. Ya no tenía familia en la región; el cuerpo se había conservado así de bien debido a las condiciones del suelo. Eso es todo.

El viejo Zhu suspiró y el suspiro se convirtió en un acceso de tos. Todavía tenía esa sensación de conocer a la muerta. Y recordó que la familia Zhu solía tener un cementerio en una de las colinas de las afueras de Shaoyang. Podría ser una mujer de la familia Zhu.

A medida que pasaban los días, más se obsesionaba, de modo que empezó a intentar recordar todos los cadáveres que habían sido excavados por accidente cuando construyeron la fábrica. Las caras se le aparecían en sueños y al despertar estaba cada vez más convencido de que la Fábrica Número Dos de Cohetes Espaciales de Shaoyang había sido construida sobre un cementerio de la familia Zhu. Todo lo malo que había sucedido se debía a que sus antepasados le habían enviado una maldición. Todos los años pasados en el «establo de las vacas» formaban parte del mismo castigo. El hombre que había compartido con ellos el barracón en el invierno de 1967 se había ahorcado debido a la cólera de los espíritus. Incluso el hecho de que él sólo hubiera tenido un hijo era otra maldición: sólo le habían permitido lo justo para garantizar la supervivencia de la línea Zhu, nada más.

El viejo Zhu se asustó. Pensó en el ahorcado en el establo y se mordió las uñas. Él y Li, el secretario del Partido, se habían despertado una mañana y lo habían encontrado colgando de su cinturón. Era de otra unidad de trabajo. Ni siquiera sabían cómo se llamaba. Pero lo que resultaba extraño era que Li, el secretario del Partido, había mencionado a aquel hombre unas semanas antes de su propia muerte. Tal vez era un aviso. Tal vez era una señal. Incluso dormido contraía el rostro, nervioso. Su esposa se sentaba y lo miraba y pensaba que le dolía algo.

Había toda suerte de enfermedades, pero todas respondían a la naturaleza de cada hombre. Y aquella enfermedad no parecía estar en absoluto en la naturaleza del viejo Zhu: era malévola y depravada. Bastaba con imaginarse la enfermedad y los gérmenes

preservados en aquel ataúd durante todos aquellos años. Lo increíble era que no hubiera acabado con la mitad de los residentes de la fábrica.

—¿Te has terminado la medicina? —le preguntó su esposa esa noche, y el viejo Zhu tosió y levantó el cuenco para que ella viera que estaba vacío.

—Umm —dijo, y lo dejó tranquilo.

El viejo Zhu dormitaba y soñaba con Li, el secretario del Partido, todavía colgado del techo de su dormitorio, la tinta secándose en la pared. El secretario del Partido abría los ojos y sonreía.

«Es fácil —dijo—. Podríamos haberlo hecho hace mucho tiempo. Podría habernos sucedido en cualquier momento».

El viejo Zhu no entendía qué quería decir, y el secretario del Partido se lo explicó, pero la explicación no tenía sentido. El viejo Zhu se volvió y vio al cadáver que habían excavado. Éste se erguía y se quitaba la máscara de la muerte y entonces veía que era su mujer con un elaborado maquillaje.

«Es fácil dejarse ir —le decía—. He estado esperándote».

«Sólo tengo que comprobar cómo van las tomateras», les decía el viejo Zhu. Y entonces se despertó.

A la mañana siguiente, el cielo estaba gris y percutido, y el viejo Zhu se quedó en la cama, extrañamente callado. Ni siquiera protestó cuando su mujer vino a darle la medicina. Pensaba en Nube de Otoño, en su esposa, en lo que todos ellos habían pasado en los últimos cuarenta años.

—Siempre has sido una buena esposa —dijo sin apenas levantar la voz—, durante todos estos años, siempre.

Su esposa lo miró alarmada. Vio a aquel viejo de rostro cansado y pensó en el joven visionario del Partido Comunista del que ella se había enamorado hacía tantos años. Al ver que no protestaba cuando le hizo beberse la medicina, le entró pánico. ¿Dónde estaba Da Shan?

—Ha dejado de protestar —le dijo—, y eso me preocupa.

Da Shan entró a ver a su padre. Los ojos del viejo Zhu habían perdido toda su vivacidad y la piel de la cara le colgaba como un pellejo. El viejo Zhu vio que su hijo tomaba aire para soltarlo en

una larga y profunda espiración. Se miró los dedos y movió la cabeza. Permaneció en silencio largo rato, pensando en lo que tenía que decir.

—Mil novecientos veinticuatro —dijo al fin—. Mil novecientos veinticuatro es el año en que nací.

Da Shan esbozó una sonrisa.

—En una aldea cercana a Dongkou. Era el más pequeño de los tres hijos que tuvo mi madre. Ella murió cuando yo tenía cinco años. Y nunca conocí a mi padre. Fumaba opio. Aunque estuviera allí, estaba en otro lugar. Cada año teníamos menos. Fueron años malos, muy malos —le dio un acceso de tos; Da Shan lo incorporó un poco, metiéndole la almohada detrás de la espalda, y el viejo forzó una sonrisa—. Demasiados cigarrillos —dijo. Da Shan vio que su padre se había recuperado del acceso de tos y que respiraba normalmente—. Eso era antes de la Liberación. Nosotros transformamos todo aquello. Por más que nos equivocáramos, China es hoy un lugar mejor de lo que era —asintió para sí y dejó que sus pensamientos siguieran su derrotero—. No puedes imaginarte el espantoso estado en que llegaban las muchachas que reeducamos. Espantoso. Algunas de ellas eran casi niñas. Las alimentamos y las curamos. Les dimos un oficio, les encontramos marido. ¡Y una de ellas me mordió!

Da Shan tomó la mano de su padre y distraídamente le dio unas palmaditas.

El viejo Zhu se adormiló un rato, y Da Shan permaneció sentado junto a la cama, escuchando su respiración, ruidosa como un concierto de gaitas. El viejo dormía y Da Shan oía a su madre trajinar en la cocina. Se acercó a la ventana y miró fuera. La fábrica ni siquiera había sobrevivido a sus fundadores, quienes la habían visto prosperar y declinar y finalmente cerrar. Vació sonoramente todo el aire de sus pulmones. Entonces el viejo Zhu se revolvió en la cama. Se sintió el crujido de las sábanas contra su cuerpo, y el viejo masculló, quejoso:

—¡Agua!

Da Shan le acercó una taza de té, y el viejo Zhu tomó unos sorbos y empezó a toser. La dejó en la mesilla de noche, cerró los ojos y respiró fatigosamente. Da Shan se sentó al lado de la cama, por si acaso.

A las seis, la esposa del viejo Zhu salió al comedor y anunció:

—La cena está lista.

Da Shan no se movió.

Su madre se asomó a la puerta del dormitorio.

—¡Venga! —le urgió—. Si no te apuras, la comida se aburrirá y se irá.

El viejo Zhu palmeó levemente la mano de su hijo, como si quisiera decirle «ve, todavía seguiré aquí cuando vuelvas».

Los vientos se fueron haciendo más feroces conforme avanzaba el otoño. El viejo Zhu tomaba su medicina todas las mañanas y todas las noches y parecía negarse a mejorar. Un día empezó a contarle a Da Shan cosas de la familia Zhu, pero llegó a un punto en que se embarulló y se puso a mirar, enfurruñado, por la ventana. Otros días se negaba a entender que tenía que guardar cama. Una noche se levantó e iba tambaleándose hacia la puerta cuando su mujer se dio cuenta, fue tras él y tuvo que arrastrarlo de nuevo a la cama.

A la mañana siguiente no parecía atribulado por el episodio.

—Si no estuviera tomando esta porquería, estaría mucho mejor —le dijo, y ella lo calló inclinándole el cuenco para forzarle a terminarlo, lo que le hizo poner cara de pocos amigos.

Durante la semana siguiente, la esposa del viejo Zhu vigiló de cerca al enfermo. Él quiso salir al balcón a ver sus crisantemos, pero ella no le dejaba levantarse más de unos minutos, y desde luego mucho menos salir al exterior. Una noche no la dejó dormir hasta que ella le prometió que iría a rastrillar las hojas secas en su lugar. Ella había intentado no hacerle caso, pero luego se volvió y le dijo que se durmiera de una vez.

—Pero qué va a pasar con la hojas —dijo, y le dio un ataque de tos. Su pecho sonaba como en carne viva, lleno de flemas y bilis.

La esposa se sentó en la cama, le agarró el brazo para tranquilizarlo y le frotó suavemente la espalda.

—Vale, me ocuparé de quemar las hojas —dijo—. Mañana mismo.

—¿Me lo prometes? —consiguió decir casi sin resuello.

—Te lo prometo.

A la mañana siguiente, ella se puso un abrigo acolchado y bajó al huerto mientras la medicina se acababa de cocer. El cuadrado de tierra estaba sepultado bajo un manto de hojas secas; parecía que todas las hojas de Shaoyang habían ido allí a refugiarse del viento. Tuvo que volver por el rastrillo. Formó un enorme montón de hojas. Hay que ver cuánta hoja, pensaba ella, como si las estuviera regañando, si os hubierais quedado colgaditas en los árboles no tendría que estar aquí rastrillando. Si hubierais aguantado un poco, todavía estaríais en los árboles.

Las hojas crujían en respuesta, pero la esposa del viejo Zhu no estaba escuchando. Pensaba en la medicina que había dejado al fuego, sobre una llama azulada, muy baja.

Cuando el olor a las hojas quemadas llegó hasta su cama, el viejo Zhu volvió a dormirse más tranquilo y soñó de nuevo con Li, el secretario del Partido, y la anciana muerta cuya tumba habían excavado por accidente. Soñó que los espíritus, tantos espíritus, de la Fábrica de Cohetes Espaciales habían venido a recibirle a las Amarillas Estancias de los Muertos, pero él no dejaba de decirles que tenía montones de hojas que quemar, y ellos sonreían.

«Sabemos que no volverás a quemar las hojas», le decían, y el viejo Zhu insistía en que sí. Eran sus hojas.

El viejo Zhu comía en la cama; su esposa se sentaba a su lado y le daba la comida como si fuera un niño.

—¡Venga! ¡Abre bien la boca!

Da Shan asomó la cabeza en la puerta.

—Salgo un momento —dijo—. ¿Traigo algo?

—Una comida que esté buena —exclamó el viejo Zhu, y su esposa le llenó la boca con un trozo de tofu para callarlo.

—¿Nada?

—Nada —respondió ella.

Da Shan agarró su bolsa y caminó hasta la parada de taxis. El primer taxista estaba dormido, así que Da Shan tocó con los

nudillos en la ventanilla.

—¿Sí?

—A correos.

Arrancaron y giraron a la izquierda y siguieron junto al río.

—¿No le he llevado ya alguna vez? —le preguntó el taxista bostezando.

—Probablemente.

—Usted tiene negocios, ¿no?

Da Shan sonrió.

—Así es.

—Trabajaba en Shenzhen, ¿no? Recuerdo a su madre. ¡Sabía que era usted! —dio una palmada en el volante y giró en el cruce—. Entonces ha venido para quedarse.

—Tal vez.

—¿Sabe?, acabo de volver de Shanghai —dijo el taxista sonriendo—. Qué bonito y qué moderno es; no tiene nada que ver con esto.

El semáforo estaba en rojo. El taxi se detuvo con un frenazo.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Fumaron, echando el humo por la ventanilla, mientras esperaban que cambiara el semáforo. Da Shan miró por la ventanilla a la fila de limpiabotas sordos que esperaban clientes sentados a la intemperie. Se hablaban con las manos y se daban una palmada en la espalda cuando querían decir algo. Da Shan dio una calada y exhaló el humo; vio sentarse a una mujer de mediana edad para que le lustraran los zapatos de tacón rojos. El hombre sentado a sus pies dijo algo por señas al que tenía al lado, y los dos se echaron a reír emitiendo un sonido extraño, como un croar de ranas.

—Estuve en la cárcel hace algún tiempo —dijo Da Shan, y movió la cabeza, esperando la reacción del otro.

—¿Ah, sí? —el taxista sonrió—. Yo también.

—¿En serio?

—Sí. Hace tres años que me soltaron. Hoy hace tres años.

—Enhorabuena.

El semáforo cambió.

—Maté a alguien —dijo el taxista al tiempo que rozaba el

parachoques del coche que tenía delante.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—No tenía intención de hacerlo. Pero ya lo he pagado —cambió de carril y esperó a que hubiera un hueco para girar. Había un atasco en algún sitio, y un policía hacía sonar desaforadamente su silbato. Alguien tocó la bocina detrás, y el taxista respondió con otro bocinazo—. Cabrones —renegó—. No tienen ni pizca de paciencia —se produjo un silencio y entonces el taxista volvió la cabeza y le preguntó—: ¿Y a usted por qué lo encerraron?

—1989 —dijo Da Shan por toda respuesta.

El taxista escupió por la ventanilla.

—¿Entonces era uno de los que armaban jaleo?

—Supongo.

El atasco se disolvió por fin y giraron a la derecha. Se detuvieron enfrente de correos, al otro lado de la calzada.

—Bueno, ahora los dos estamos fuera —dijo el taxista—. ¡Somos libres!

Da Shan sonrió, le pagó y bajó del coche.

—¡No corra! —le gritó cuando el taxista arrancaba y se alejaba del bordillo—. ¡No corra!

Da Shan pasó delante de un puesto en el que vendían accesorios de telefonía y coloridos calendarios pasados de fecha y entró en correos. Los funcionarios sentados detrás del largo mostrador estaban enzarzados en una complicada conversación a voces que interrumpían constantemente los que llegaban a comprar sellos o hacer envíos. Da Shan se dirigió a la sección que ponía «cartas y paquetes nacionales», y la chica que estaba sentada detrás se volvió para atenderle y sonrió. Tenía un voz muy dulce. Tomó el paquete que Da Shan llevaba preparado.

—¿Qué contiene?

—Un libro —respondió él.

—¿Material impreso?

—No. Lo he escrito yo mismo. Es para mi hija.

—¿Su hija está en Shenzhen?

Da Shan asintió. La mujer terna una bonita sonrisa.

—Debe de echarla mucho de menos —dijo.

—Pues sí.

La chica volvió a sonreír y miró el paquete.

—¿Normal o urgente?

—Urgente, por favor —contestó Da Shan.

La mujer pesó el paquete, le puso un par de capas más de cinta adhesiva sobre los precintos y le pegó los sellos, untándoles la cola con un palito.

—Siete yuans con cincuenta.

Da Shan vio cómo le añadía la estampilla de urgente y le estampaba un sello que ponía «Oficina de Correos de Shaoyang». Hecho esto, se lo volvió a dar.

—Escriba el remite por detrás, por favor.

Da Shan lo hizo y volvió a tenderle el paquete, y ella a su vez le dio los impresos que tenía que rellenar. Él los rellenó lo más rápido que pudo, y ella los selló, uno a uno, añadió al final su sello personal y sonrió.

—Ya está.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo.

Cuando le llamaron de las oficinas de la fábrica para decirle que había llegado un paquete a su nombre, Da Shan se imaginó que su ex mujer le había devuelto el libro que había enviado a su hija. Así que ni eso quiere de mí, pensó, y consideró si debería recogerlo o no. Fumó un cigarrillo y contempló las volutas de humo como si fuera un ritual adivinatorio. Cuando apagó el cigarrillo, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio para comprobar que su padre estaba bien, luego bajó la escaleras y salió. Hacía un día radiante, pero fresco pese al sol del mediodía.

Las hojas muertas cubrían el camino hacia las oficinas; había un par de muchachos jugando al baloncesto contra una pared, y Da Shan daba patadas a las hojas que crujían tiesas de frío. Las oficinas daban una sensación de abandono; ya nadie trabajaba en ellas, y sólo estaban el cartero y un par de hombres mayores que iban allí a fumar y jugar al ajedrez. El cartero estaba distribuyendo los periódicos de la semana en diferentes montones para que la gente

viniera a recogerlos. Vio entrar a Da Shan y le saludó con la mano, blandiendo en ella un paquete cuidadosamente envuelto en papel marrón.

—¡Es para ti! —dijo—. Mira.

Da Shan miró. No era el paquete que él había enviado.

—Firma aquí —dijo el cartero, y Da Shan escribió la fecha y firmó.

El viejo Zhu era presa de un nuevo acceso de tos cuando Da Shan volvió a la casa; su madre estaba sentada al lado de su padre en la cama, frotándole la espalda.

—¡Trae un poco de té! —le dijo haciéndole una seña, y Da Shan sirvió una taza del termo y se la dio a su madre, que la esperaba con la mano extendida.

—¿Esta bien? —preguntó Da Shan.

—Un poco mejor —dijo ella con una sonrisa, y Da Shan comprendió y asintió.

Da Shan se metió en su dormitorio para abrir el paquete. Contenía un sobre grueso doblado en dos; le quitó el envoltorio y lo alisó sobre la cama. No iba dirigido a nadie, así que lo abrió por un extremo y sacó el papel que contenía. Era un impreso oficial; volvió a mirarlo.

Era una partida de nacimiento. Tenía el nombre de Liu Bei y el suyo: tenía un hijo.

El viejo Zhu volvió a toser en la habitación de al lado, y Da Shan volvió a mirar el impreso. Sacudió la cabeza, desconcertado. Todo este tiempo. ¿Por qué no le había escrito o algo?

Da Shan comprobó dentro del sobre y encontró una nota escrita con la letra de Liu Bei:

Te busqué en vano
y volví a casa.

XXXIII

El día que Sun An y su hermana tomaron el autobús de vuelta a casa hacía un gélido viento del Norte, y en la terminal de autobuses a todo el mundo le castañeaban los dientes. Su hermana llevaba varias capas de ropa y no decía palabra. Sun An trataba de consolarla. No había abierto la boca en todo el trayecto, y a él tampoco le apetecía hablar, pero la cobradora quería hacerles pagar de más, y se puso a discutir con ella el precio del billete, intentando que se lo dejara en diez yuans cada uno.

—¡Mi hermana es estudiante! —protestó Sun An, pero a la cobradora pareció darle exactamente igual.

—Los estudiantes pesan lo mismo que el resto —dijo—. Y ocupan el mismo espacio.

El autobús se fue alejando de la ciudad. Sun An y su hermana miraban por la ventanilla. Lo único que se veían eran montañas nevadas y espesas nubes invernales que se cernían sobre ellos. Pasadas seis horas, Sun An avisó al conductor que se apeaban. Bajaron. Había una larga caminata desde la carretera principal al pueblo. Una camioneta que volvía del mercado local al pueblo los recogió e hicieron el resto del camino montados en la caja. La camioneta iba dando botes por la carretera de tierra, salpicando los campos al pasar sobre los charcos helados y haciéndolos bambolearse el uno contra el otro. Al llegar a lo alto de la cuesta vieron el pueblo abajo: se distinguía la casa de sus padres iluminada por una sola bombilla; un pálido farolillo que brillaba en la media luz del ocaso.

—No te preocupes —dijo Sun An sin mirar a su hermana.

Ella no levantó la vista siquiera, de modo que él apretó los labios y no volvió a decir nada.

—Supongo que ahora me obligarán a casarme —dijo la chica, mirando colina abajo al pueblo cubierto de nieve. Los campos estaban llenos de rastrojos de arroz, cubiertos a medias por los parches de nieve.

Sun An se mordió el labio. Había escrito a casa contando que había sucedido algo muy grave. Lo sucedido a su hermana. Tendría que casarse. Tal vez el marido fuese un buen hombre que le permitiera seguir con sus estudios.

Las tumbas de la familia Sun no tenían árboles alrededor y el viento las azotaba con fuerza.

—Tengo frío —dijo la hermana, y clavó la vista en el sendero que bajaba hasta su casa.

El crudo invierno se instaló en Shaoyang de la noche a la mañana; callada e implacablemente, como un ejército invasor. Los crisantemos del viejo Zhu fueron la primera baja: los pétalos se arrugaron y se marchitaron, luego se pusieron marrones y cayeron al suelo. Algunos caían a un embarrado charco, donde flotaban un momento y luego se hundían. La siguiente fueron las cigarras, que empezaron a caer de los árboles y fueron barridas por el viento, junto con la hojas. Los pocos pájaros que no habían emigrado se reunieron en grandes bandadas y desaparecieron. Lo único que quedaba era el viento del Norte y los ruidosos bosquecillos de bambú.

El viento del Norte sopló durante más de una semana, y el río se heló. Olía a las estepas, las tierras que se extienden allende la Gran Muralla. Un noche nevó, y las ocas silvestres cruzaron el cielo sesgadas y desaparecieron en el borde de una nube. El sol del día fundía la escarcha, que de nuevo volvía a congelarse por la noche. Los patios del templo, en lo alto de las colinas, estaban vacíos, y los monjes tiritaban en silencio. El mercado se llenaba de ancianos de aspecto exhausto que vendían nabos y patatas, mientras que los ricos salían a comer guiso de perro, que calentaba la sangre.

El viejo Zhu murió en una noche gélida, con un cielo cubierto de nubes negras y un río blanco de hielo. Los cristales de las ventanas tamborileaban cuando se quedó dormido y se olvidó de despertar. Su mujer fue a encender un brasero para mantener caliente el

cuarto. Atizaba las brasas al tiempo que sus recuerdos y cuando regresó lo encontró frío en la cama. Una helada comente agitaba las cortinas. Fuera, las hojas se arremolinaban para recibir a su espíritu.

Llamó a Da Shan para que comprobara si había algún signo de vida en el cadáver, pero no lo había. Da Shan echó un vistazo al dormitorio de sus padres: la pulcra mesa, las fotos, el cuerpo de su padre en la cama. Reinaba un silencio total, como si nadie estuviera respirando; dio un paso y oyó el crujido del zapato. Casi esperaba que su padre abriera los ojos o que tosiera, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Da Shan le tocó la mano: estaba gélida.

—¿Padre? —susurró dándole una palmadita en la mano—. ¿Padre? —repitió.

Pero no hubo respuesta. El viejo Zhu yacía sin vida.

Su viuda y su hijo estaban sentados en silencio, mientras a su alrededor un revuelo de vecinos y amigos presentaban sus respetos al difunto y lo lloraban. Los sollozos subían y bajaban en una especie de discordante estéreo; cuando callaba uno empezaba el otro, y así sucesivamente en ambas direcciones: ojos húmedos, narices rojas y voces llorosas.

Da Shan fue a la cocina y Nube de Otoño lo siguió.

—Tu padre era un buen hombre —dijo—. Un hombre muy bueno.

—Sí, lo era.

—Y muy amable.

Da Shan asintió. Sentía que sus ojos secos eran una suerte de afrenta y miró por la ventana fingiendo que se secaba una lágrima.

—Tienes que ser fuerte por tu madre —dijo Nube de Otoño.

—Sí.

—Te va a necesitar. Más que nunca.

Da Shan se pasó la tarde prometiendo a cada una de las mujeres que se acercó a él que sí, que cuidaría de su madre, que sería fuerte, que la cuidaría, que no volvería a Shenzhen. Finalmente ya no quedaban más promesas por hacer y se escabulló por la puerta para

bajar a la calle. El ambiente en el piso estaba sobrecargado de lágrimas y congestionado de ruidos, hipidos y sorber de las narices.

Da Shan echó a caminar, atravesó el mercado y siguió el río, donde un anciano pescaba con una caña, esperando que volvieran los peces, y llegó a la ciudad vieja. Hacía poco había encontrado un atajo para llegar a la casa de la madre de Liu Bei, por detrás de una pastelería y una tienda donde vendían carne de cordero.

A la puerta de la tienda había un animal esperando ser sacrificado, mientras que otro estaba siendo despedazado sobre la tabla. Da Shan dio la vuelta a la esquina y vio a su hijo jugando en la tierra con un pájaro que alguien le había cazado. El pajarito tenía un cordel atado a una pata y aleteaba sobre el polvo cuando Pequeño Dragón tiraba de él.

—¡Eh! —gritó Da Shan, y su hijo levantó la vista y corrió hacia él.

—¿Has visto qué pájaro tengo?

Da Shan tiró del cordel. Cuanto más cerca estaba de él, con mayor frenesí aleteaba el pajarito.

—Es muy grande —le dijo—. ¿Lo has cazado tú solo?

—No —respondió Pequeño Dragón—. Me lo dio el vecino. Y su hija se puso a llorar.

Da Shan se rió.

—Ven. Vamos a ver a la abuela.

La madre de Liu Bei estaba limpiando el pescado que había comprado en el mercado. Por su forma de mirarlo, Da Shan coligió que se había enterado de la muerte del viejo Zhu, pero ella no lo mencionó.

—Vamos a ir a remontar la cometa —dijo Pequeño Dragón, y la madre de Liu Bei miró al niño.

—¿De verdad?

—Sí —dijo Pequeño Dragón.

—Y tal vez podríamos soltar el pajarito —empezó Da Shan. Pareció que Pequeño Dragón se iba a echar a llorar, pero Da Shan continuó—: Así podrá volar con la cometa. ¿Qué te parece?

Da Shan caminaba con Pequeño Dragón a su lado. El niño llevaba la mano levantada para agarrar la de su padre. Su madre siempre le había dicho que su padre vendría y le llevaría a jugar con la cometa. Pequeño Dragón intentaba recordarla: recordaba su olor y la sensación de sus brazos alrededor de su cuerpo. Cuando su abuela le enseñaba su foto, sin embargo, no le parecía la misma persona. Ésa no era su madre.

—¿A dónde se ha ido mamá? —preguntó cuando empezaban a subir la colina del templo.

—Se ha ido muy lejos.

—¿Por qué?

—Porque… —empezó Da Shan, pero se calló—. Porque quería vivir al lado del mar.

—¡Oh! —exclamó Pequeño Dragón, como si eso lo explicara todo—. ¿Y por qué no vuelve?

Da Shan iba abstraído. Pensaba en el viejo Zhu, no en Liu Bei. Pequeño Dragón volvió a preguntar por qué no volvía su madre, y Da Shan puso un gesto escéptico.

—Porque… —empezó, pero no supo cómo continuar. A veces no había respuestas—. Porque…, realmente no lo sé.

Pequeño Dragón asintió.

Madam Fan se reunió con el resto del duelo en el piso del viejo Zhu. Melocotón se quedó encerrada en su cuarto pensando en el verano y el tiempo que había pasado con Sun An. Sentía curiosidad por saber qué habría sido de él; parecía que había desaparecido, y la tienda de alquiler de vídeos estaba cerrada. Le habían dicho que había vuelto a su pueblo, y no acertaba a comprender por qué. Echaba de menos tenerlo cerca, echaba de menos tener alguien con quien hablar. Alguien que la escuchara cuando su madre la volvía loca.

Melocotón pasó la página de la revista que estaba leyendo. Decían que Da Shan había encontrado a su hijo. Le entraban ganas de llorar cuando lo pensaba: tenía tanta suerte, parecía que lo tenía todo. Salvo, claro, a su padre.

Melocotón le tenía aprecio al viejo Zhu; era un viejito muy amable. Se levantó y suspirando se acercó a la ventana. Estaba

saliendo la luna, su brillo plateado se derramaba sobre la fábrica, eliminando el polvo y la porquería, dando al mundo un hermoso baño de plata.

Melocotón decidió que saldría a dar un paseo para disfrutar de la luna de otoño y fue a buscar el abrigo. La luna de otoño era la más triste, pero también la más bonita.

Da Shan regresó a casa y saludó a las mujeres que acompañaban a su madre. Se sentó con ellas un rato, pero sus monótonos hipidos terminaron por llevarlo a su habitación. Echó un vistazo a los libros de su padre; eligió *Mil poemas de la dinastía Tang* y lo abrió al azar. «La vendedora de peonías mustias», de una mujer llamada Yu Xuanji. No la conocía. Empezó a leer el poema, pero era muy triste, así que cerró el libro y estiró las piernas. No necesitaba poemas tristes aquella noche.

Cerró los ojos y pensó en la época en que su padre le contaba cuentos. Seguramente antes de 1966; después de esa fecha ya sería demasiado mayor para eso. Le parecía ahora que cuando él era pequeño el viejo Zhu tenía una reserva inacabable de cuentos e historias. Lo sabía todo sobre la Antigua China, y sobre la Nueva. Un día le contaba un cuento popular y al siguiente una historia de la revolución.

Da Shan tendría que preguntarle a su madre si se acordaba de alguna; esperaría al momento adecuado para hacerlo. Los niños necesitaban historias y cuentos. Seguro que ella se sabía alguna que él podría contarle después a Pequeño Dragón.

Permaneció un rato más así sentado; se sacó la cajetilla del bolsillo, pero estaba vacía. Miró en el cajón, pero tampoco le quedaba ninguno. Lo cerró de golpe y dejó escapar un suspiro irritado, luego se puso de pie y fue y vino, impaciente, de la ventana a la pared y de la pared a la ventana. Oía el lamento de las mujeres en el cuarto de al lado y pensó en su madre, llorando. Intentó imaginarse la vida sin su padre y no le fue posible.

Abrió un cajón de la cómoda y sacó un cuaderno viejo; lo abrió y pasó las hojas rápidamente entre el índice y el pulgar. Las dos primeras estaban llenas y se notaba que habían sido escritas rápidamente, con cierto descuido. Era la letra de su madre; había

también números, como si hubiera utilizado el cuaderno para hacer cuentas. Las arrancó y las tiró a la papelera, encontró una pluma dentro de un bote en la estantería y se sentó en la cama. Pensó un momento en lo que iba a escribir; era difícil saber por dónde empezar, elegir el momento de partida, pero todas las historias tenían que tener un principio.

«Tu madre y yo nos conocimos bajo una glicina un día de verano de 1987 —escribió—. Había muchas mariposas y tu madre leía un libro: las poesías de Wang Wei. No creo que fuera amor a primera vista; eso es demasiado sencillo. Fue más lento, pero ahora, cuando lo recuerdo, parece que sucedió todo de repente». Acomodó la espalda en la cabecera y se rascó la cabeza. Era mucho menos de lo que quería decir; las palabras siempre eran inadecuadas.

«Los dos éramos profesores en la Escuela de Magisterio, Ella trabajaba en la Unión de Jóvenes y yo enseñaba en el departamento de Historia Política. Éramos dos patriotas y deseábamos ayudar a la Madre Patria». Apretó los labios en un gesto dubitativo; no estaba seguro de que ése fuera el orden. «La última vez que la vi fue en 1989. Habíamos organizado una manifestación en apoyó de los estudiantes de Pekín y nos arrestaron. Tal vez estábamos equivocados; intentábamos mejorar las vidas de la gente normal. Y no creo que eso fuera una equivocación».

Da Shan cerró los ojos. El verano de 1989 estaba vívidamente grabado en su memoria. Todavía recordaba la ilusión que se sentía en el ambiente cuando todos pensaban que las cosas iban a cambiar. Pero las cosas habían tomado un camino distinto; no habían cambiado para mejor.

«Ahora la gente dice que estuvo bien que el gobierno reprimiera las manifestaciones a favor de la democracia, porque con ello impidieron que el país cayera en el caos. Cuando tú seas un hombre casado, tal vez la gente pensará otra cosa». Da Shan mordisqueó la punta de la pluma. «Ahora, aquí sentado, intento imaginar cómo será China cuando tú seas un hombre, cuando tengas tus propios hijos, pero el futuro es un país extranjero. Cuando yo tenía tu edad, mi padre me contó que la tierra era redonda por una buena razón: para que el futuro fuera siempre un misterio. Y también funciona a la inversa, nunca podemos mirar atrás. Lo único que vemos es lo que tenemos delante de los ojos».

Da Shan leyó lo que llevaba escrito y asintió para sí. «Llegará el día en que se verá distinto lo que hicimos tu madre y yo. Tal vez incluso llegará el día en que tú mismo tendrás que hacer lo que hicimos nosotros. Esas oportunidades sólo se dan una vez en la vida. Estoy seguro de que tu madre estaría de acuerdo conmigo en decirte que no las dejes escapar».

Da Shan y Pequeño Dragón dejaron la carretera de la fábrica y torcieron a la derecha en dirección a la ciudad vieja; iban a casa de su abuela. Pequeño Dragón estaba cansado, así que Da Shan lo subió a hombros. Pero incluso la cometa que llevaba en la mano le pesaba.

—Venga, yo llevaré la cometa —le dijo su padre recolocándolo sobre sus hombros para agarrarlo mejor.

A Pequeño Dragón le encantaba que su padre lo llevara a hombros. Su padre era tan alto y tan fuerte.

—¿Crees que mamá va a volver pronto? —preguntó el niño.

—Ya sabes que no lo sé —le respondió Da Shan—. Lo mejor es que preguntes a tu abuela.

Después de comer, la madre de Liu Bei llevó al pequeño a echar la siesta y luego le preparó a Da Shan una taza de té. Le llenó la taza mientras la tía Tang respiraba fatigosamente sentada en una esquina, en la penumbra.

—Siento mucho lo de tu padre —le dijo dejando la taza sobre la mesa—. Recuerdo que era un buen hombre.

Da Shan asintió. No era de su padre de lo que quería hablar.

—Esta mañana Pequeño Dragón me ha preguntado algo con respecto a su madre —dijo—. Quería saber si su madre va a volver o no.

La madre de Liu Bei lo miró a la cara y dejó la labor que tenía en la mano.

—No —dijo—. No creo que vuelva.

Da Shan asintió. Suspiró largamente y bajó la vista a sus pantalones, se sacudió una mota de polvo y rascó con la uña una mancha antigua: seguía igual de incrustada. —Si no va a volver —dijo al fin—, creo que será mejor para él que le diga que ha muerto.

La madre de Liu Bei lo miró desde el otro lado de la mesa. En su

esquina, la tía Tang encendió una pipa y tosió.

—Pues sí —dijo—, creo que tienes razón.

Esa noche, después de cenar, Da Shan sentó al niño en su regazo y lo estrechó fuerte contra su pecho.

—¿Eres un niño valiente, eh? —le preguntó, y Pequeño Dragón asintió. Tenía la cara seria. Se daba cuenta de la gravedad de la pregunta—. Quiero que seas muy valiente —continuó Da Shan—, porque tengo que decirte algo muy triste.

Pequeño Dragón asintió.

—Es sobre tu mamá.

—¿Va a volver? —preguntó Pequeño Dragón.

—No —dijo Da Shan—. No va a volver. Ha muerto.

El niño volvió a asentir. Su padre estaba muy serio y él también estaba serio. Si su padre lloraba, él también lloraría. Se puso a sobar el cuello de la camisa de su padre. Vio a su abuela fregando los cacharros, sus manos amputadas a la altura de las muñecas por las blancas burbujas de detergente. Aclaraba los cacharros y los ponía a escurrir al lado del fregadero.

—¿Muerta mamá? —preguntó.

—Sí.

—Pero la abuela está aquí, ¿no?

—Claro que está. Y yo también.

Pequeño Dragón se echó a llorar aunque no quería, intentó recordar su cara, pero la imagen había empezado a desvanecerse, su cara estaba desdibujada. Se secó las lágrimas acumuladas en sus pestañas y se limpió los mocos de la nariz, y se imaginó acurrucado junto a ella en la cama. Ahí todavía la sentía.

—No la has olvidado, ¿verdad?

—No —respondió Pequeño Dragón, y su padre le dio un achuchón.

Da Shan lamentó no haber traído el cuaderno para leérselo a Pequeño Dragón.

—¿Y si vamos a visitar los sitios a los que solía ir mamá? —le preguntó.

—Vale, si quieres —contestó Pequeño Dragón en un tono triste y sin apenas levantar la voz. No parecía muy entusiasta.

Da Shan lo hizo botar en sus rodillas.

—Mañana vamos. ¿Vale?

—Vale.

Aquella mañana daba la sensación de que la ciudad vieja estaba pensativa y silenciosa. Un sol radiante bañaba las calles, y las sombras parecían más profundas de lo que eran. Da Shan callejeaba con Pequeño Dragón de la mano, siguiendo las indicaciones que le había dado la madre de Liu Bei. Al principio caminaban confiados, pero pasado un rato, Da Shan ya no estaba tan seguro de que fueran por el buen camino. No conocía bien aquella parte de la ciudad. Tal vez se habían metido por una calle equivocada. Al final de la calle había una bifurcación. Da Shan se paró y miró alrededor. Las dos direcciones parecían exactamente iguales. Se rascó la nariz y decidió que debía de ser la izquierda.

Los años habían ido puliendo los grandes y pesados adoquines; unas casas de madera desvencijadas se inclinaban sobre la calzada, de modo que los aleros de un lado y otro casi se tocaban en el medio. A cada paso que daba, más seguro estaba de que se había equivocado de camino. No era tanto el aspecto del lugar como el silencio total. A mitad de la cuesta había una casa con la puerta pintada de rojo y una jaula de bambú colgada del alero. Bajo la jaula estaba sentado un anciano de ojos acuosos; sus delgados huesos sobresalían como las agujas de calcetar bajo un grueso jersey de lana. Tenía la mirada perdida en el vacío. No pareció darse cuenta de que Da Shan se acercaba a él, pero el pájaro dentro de la jaula ladeó la cabeza y rompió el silencio con un súbito trino: una diminuta melodía, como un fragmento de una pieza mucho más larga.

—Qué buen pájaro —comentó Da Shan. Pequeño Dragón permaneció en silencio a su lado.

El anciano no se movió.

—¿Sabe usted si vamos bien para la Calle del Pozo? —le preguntó Da Shan.

Tampoco hubo respuesta.

Da Shan volvió a intentarlo:

—¿Sabe usted si vamos bien para la Calle del Pozo?

Silencio.

Da Shan se volvió a mirar por donde habían venido y dejó escapar un suspiro de frustración. Una niñita salió corriendo por la puerta de la casa. Se paró en seco cuando vio a Da Shan y se llevó la mano a la boca.

—Hola.

La niña lo miró chupándose los dedos.

—¿Vives aquí?

La niña no respondió.

Entonces salió una mujer de la casa de enfrente.

—No habla —dijo la mujer tomando el camino por el que había venido Da Shan—. Ninguno de los dos habla —añadió volviendo la cabeza por encima del hombro—. Nadie habla en este barrio.

Siguieron su camino, recorrieron unas cuantas calles más, igualmente desiertas, y llegaron a un pequeño tenderete donde una mujer vestida de rojo y calzada con unas sandalias de plástico vendía helados.

—¿Sabe usted si hay por aquí una casa de té? —le preguntó Da Shan.

—¿Una casa de té?

—Sí, eso.

—No sé de ninguna.

—Se llama Casa de Té de Shaoyang.

La mujer repitió el nombre y se frotó la barbilla.

—Me suena.

—Me dijeron que estaba cerca de la muralla de la ciudad vieja.

—La Casa de Té de Shaoyang —repitió la mujer. Da Shan esperó —. La Casa de Té de Shaoyang, sé que la conozco, pero ahora mismo no sé decirle.

Da Shan esperó pacientemente. Pasado un rato le entraron ganas de zarandear a la mujer.

—¡Ah, sí! —dijo ella al fin—. Ya sé. Conozco el sitio. Es una casa de madera, ¿verdad?

—No estoy seguro.

—Tiene que ser ésa. Está en un pasaje que sale del Callejón del Sauce, creo. Tiene que ser ahí —le dijo y señaló calle abajo—. Vaya

hasta el final y tuerza a la izquierda. Luego de frente.

—Gracias —dijo Da Shan.

Las indicaciones de la mujer no eran exactamente precisas, pero cuanto más se acercaban, más empezaba a reconocer Da Shan dónde estaban. Al otro lado había un descampado, a medio camino entre un edificio semiderribado y un solar en construcción. Agachados a la sombra, comiendo, había un grupo de campesinos. A la izquierda había un pequeño pasaje, y Da Shan levantó la vista para ver si tenía algún rótulo. «Casa de Té de Shaoyang», rezaba sobre la cancela de madera.

Da Shan cogió en brazos al niño y lo acercó a su pecho.

—Ya hemos llegado —dijo—. Aquí es donde trabajaba tu madre.

Pequeño Dragón miró, los ojos como platos. Su madre estaba muerta. No iba a volver, después de todo. Se volvió y se acurrucó en el hombro de su padre, echando los bracitos alrededor de su cabeza.

—Pero cuando la gente se muere no vuelve, ¿no? —dijo Pequeño Dragón para comprobar que era cierto lo que pensaba.

—No, no pueden volver —confirmó Da Shan.

—Antes se iban bajo tierra, pero hoy van a una lugar especial para ellos en la ciudad —dijo.

—¿Y no podemos ir a verlo?

Da Shan pensó en el caos y el humo de la incineradora y negó con la cabeza.

—Tal vez cuando seas mayor —dijo, y el niño se conformó con la respuesta.

Da Shan vio que unas lágrimas surcaban las mejillas de su hijo e intentó sonreír.

El funeral del viejo Zhu fue una ceremonia muy sencilla. Las viejas comentaron lo pobre que había sido todo, pues la familia Zhu ni siquiera alquiló una furgoneta para llevar a los parientes a la Incineradora Número Tres. Fueron y vinieron y se recogieron las cenizas, y a las viejas les pareció que se había roto otro lazo con el pasado.

Un día Da Shan fue a recoger a su hijo, y la madre de Liu Bei lo llevó aparte.

—Creo que ha llegado el momento de que se vaya a vivir contigo —dijo—. Después de todo es tu hijo.

Da Shan asintió. Había querido proponerlo él mismo, pero estaba esperando el momento oportuno.

Cuando la viuda del viejo Zhu se enteró de que el hijo ilegítimo de Da Shan vendría a vivir con ellos, se enfadó tanto que fue a la cocina en busca de algo que romper. Cogió un cuenco azul y estaba a punto de tirarlo al suelo cuando recordó que ese cuenco lo había comprado su difunto marido. Se lo imaginó sentado a la mesa y metiendo la cuchara en él o sirviéndose la sopa. No, ese cuenco no podía romperlo.

Miró alrededor en busca de otra cosa que no le recordara a su marido, pero todo le traía su recuerdo. Todo tenía su impronta grabada: cada palillo, cada plato, cada cuenco y cada taza. Alzó la taza en que solía darle su medicina y recordó su cara cuando la tragaba. Qué viejo tan tonto, pensó, y entonces se dio cuenta de que se suponía que tenía que estar enfadada.

Cuando conoció a Pequeño Dragón, intentó mostrarse fría y distante, pero era un niño tan bonito que no pudo resistir pellizcarle la mejilla y hablarle con cariño.

—Así que, ¿cuántos años tienes, hombrecito?

—Cinco —dijo Pequeño Dragón.

—Seis —le corrigió Da Shan, alborotándole el pelo—. ¿O es que te has olvidado de contar?

—¡Seis! —afirmó el niño entonces.

Aquella tarde Pequeño Dragón y Da Shan se sentaron en el balcón, y el padre sacó su cuaderno y escribió en la primera página «Los sueños de la Casa de Té», con trazos limpios y definidos. Pequeño Dragón lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —le preguntó Da Shan pasando la página, como a punto de empezar a leer. El niño batió palmas y se sentó muy tieso en la silla, los ojos fijos en la cara de su padre.

—¿Y de verdad que el presidente estuvo allí alguna vez? —preguntó Pequeño Dragón cuando hubo terminado el cuento.

—Pues claro. Toda la gente importante iba. Todos habían oído

hablar de tu madre. Era muy hermosa y su té era el más dulce de toda China.

Pequeño Dragón se quedó pensando. Intentaba encajar sus recuerdos en lo que acababan de contarle. No entraban, realmente; más bien bullían juntos en una contradictoria sopa.

—¿Y tú fuiste alguna vez allí?

—Una sola vez.

—¿Y estaba mi madre?

—No.

Hubo un silencio y Pequeño Dragón frunció los labios, como para llorar.

—¿Porque ya estaba muerta?

—Sí —respondió Da Shan—. Por eso.

Pequeño Dragón todavía no se había ido a la cama y Da Shan se puso a mirar por la ventana, hacia la colina con el templo en lo alto, donde soplaban los mejores vientos. El niño vio salir la luna.

—¡Mira, papá! —dijo, y Da Shan miró hacia donde señalaba su hijo.

—Ya no tiene vergüenza.

—¿Quién?

—La luna.

—No —dijo Da Shan—. No la tiene.

Se quedaron un rato contemplando la luna y las largas y negras sombras del patio de la fábrica, y de pronto Da Shan creyó ver un movimiento en la ventana de enfrente.

El ruido de un cerrojo despertó a dos grajos, que alzaron el vuelo despavoridos. Aletearon en la oscuridad y se posaron en el árbol más próximo, desapareciendo ruidosamente en la masa de ramas oscuras. La puerta crujió y luego hubo un momento de silencio al tiempo que una mujer aparecía en el balcón. Llevaba un vestido rojo bordado con un remolino de fénix azul turquesa y verde brillante, pero lo único que se veía en la oscuridad eran las tonalidades de luz y sombra que se movían alrededor de su cuerpo. El borde del vestido se escapaba por debajo de la barandilla del balcón y ondeaba al viento. Tenía el cabello y los ojos negros y la piel muy blanca.

Dentro, sentada en la penumbra, *Madam* Fan oyó a su hija empezar a cantar:

Suspira por una mujer hermosa
nacida bajo una mala estrella.

Y Pequeño Dragón jugueteaba en el regazo de Da Shan.

Allende las montaña hay otras montañas.
Un amor despiadado no envía noticias.

Madam Fan repetía en silencio la letra que cantaba Melocotón:

Sólo anhelo enviarle recado,
pero, ¿dónde estará?

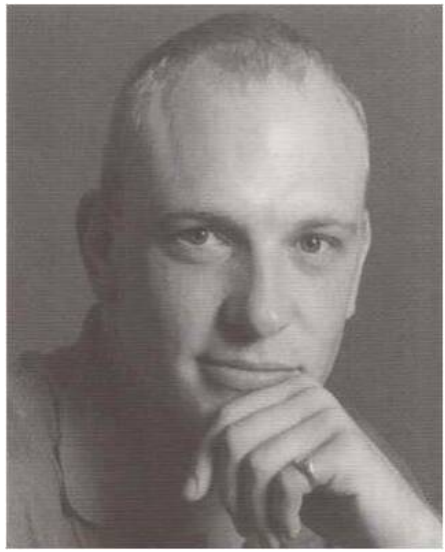
Melocotón ejecutó unos pasos de baile, haciendo ondear las holgadas mangas del vestido en armonía con la sombra que bailaba a sus pies. Da Shan pensó en Pequeño Dragón y en Liu Bei y le entraron ganas de llorar.

Dormir sola no se cura.
No existe remedio
para esa fría mitad del lecho.

Melocotón mantuvo la posición de danza mientras cantaba las últimas notas: la brisa le agitaba el vestido, y por un instante los fénix parecieron bailar y volar, antes de quedarse completamente quietos. Dirigió la vista hacia la fábrica, a la fría luna, a los bloques de viviendas y los tejados grises; luego miró al otro lado del patio, hacia la casa del viejo Zhu. Había una luz encendida y distinguió una silueta en el cuadrado amarillo de la ventana iluminada. Da Shan y su hijo la estaban viendo.

Melocotón siguió mirando unos instantes, luego bajó la cabeza y entró sin volverse de espaldas. El cerrojo volvió a su sitio. *Madam* Fan tenía los ojos cerrados en silenciosa contemplación. Unas largas y frías lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Se las limpió.

—¿Qué tal me ha salido? —preguntó Melocotón nerviosa.
Madam Fan abrió los ojos y miró fijamente a su hija.
—Muy bello —le respondió.



JUSTIN HILL (Freeport, Bahamas, 1971) Se licenció por las universidades de Durham y de Lancaster. Tras unos años trabajando de voluntario en una pequeña ciudad china y después en Eritrea, volvió a Gran Bretaña en 1999 para escribir esta su primera novela, *Sueños en la Casa de Té*. Esta novela ha sido un éxito tanto de público como de crítica en Gran Bretaña, y los derechos de traducción han sido vendidos a prestigiosas editoriales de Alemania, China, Francia, Grecia, Holanda, Italia, Noruega y Portugal.

Notas

[1] Especie de queso de soja muy utilizado en muchos platos de la cocina china. *(N. de la T.)* <<

[2] Tipo de violín chino de dos cuerdas. Se toca con el instrumento en posición vertical sobre los muslos. *(N. de la T.)* <<

[3] Bien Ven Ida In Ver Sion. (N. de la T.) < <

[4] Bolitas de masa rellenas y cocidas al vapor. *(N. de la T.)* <<

[5] Sartén grande de base cóncava, esencial en la cocina asiática. *(N. de la T.)* <<

[6] Vestido que empezaron a llevar la mayoría de las chinas a partir de los años 1930. Ligeramente adaptado a las corrientes occidentales, pero confeccionado con los tejidos tradicionales, es muy ajustado, cortado en una sola pieza de tela y cerrado a un lado en el frente, con un alto cuello mandarín y aperturas laterales hasta las rodillas. *(N. de la T.)* <<

[7] Pequeñas empanadillas de pasta rellenas, que se hierven junto con la sopa. *(N. de la T.)* <<